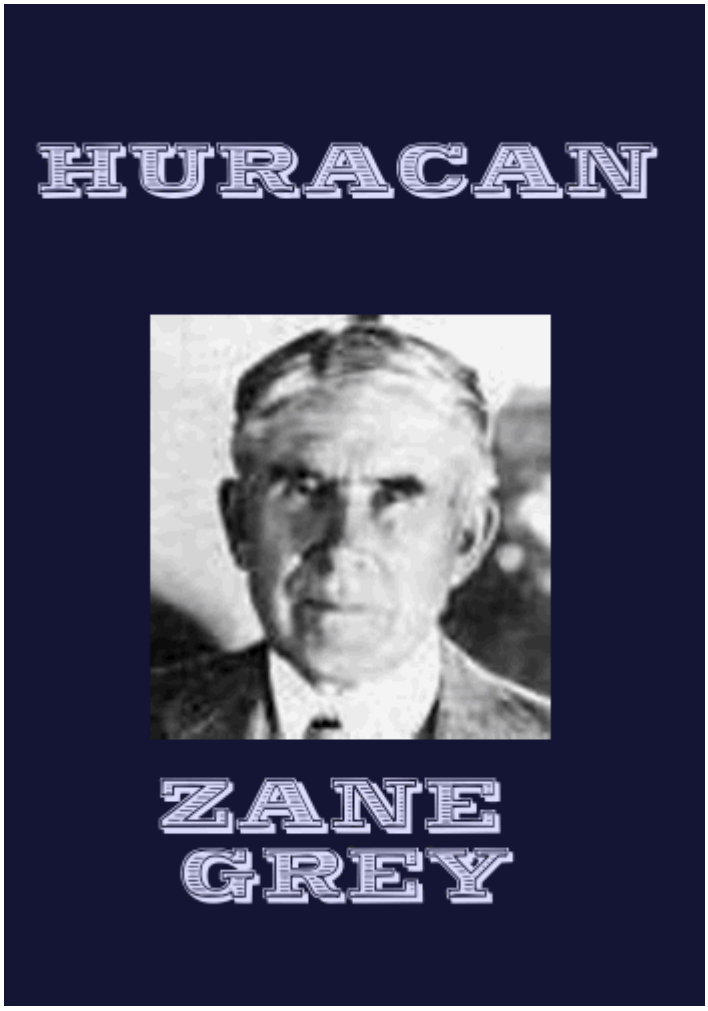
LIBRO dot.com

HURACAN

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Motivos le sobraban a Lucía Bostil para que el panorama que la rodeaba despertase en su corazón diversas emociones. Por una parte sentía un dulce agradecimiento por la plenitud de vida que gozaba en el Vado de Bostil, y por otra, experimentaba, al mismo tiempo, una invencible nostalgia que le hacía imposible la dicha completa. Era esta sensación una vaga soledad espiritual, un amago de temores ante el extraño atractivo que, de una manera grata y desconocida, ejercía en ella el misterio de lo por venir.

Estaba deseando que ocurriese algo, algo que echaba de menos, sin saber qué. No importaba que fuera una cosa terrible, con tal que tuviese algo de maravilloso. Lucía contaba dieciocho primaveras. El día de su cumpleaños salió a pasear con un caballo que le había sido prohibido montar. La muchacha quería mucho a todo el mundo en el Vado de Bostil, y todos la querían a ella igualmente. Le gustaban los caballos, a excepción de uno, el endiablado y perverso favorito de su padre, el vencedor de las carreras, llamado Sage King.

Lucía estaba radiante y palpitaba de amor por todo cuanto alcanzaban a ver sus ojos desde lo alto de su cabalgadura: el caserío verde y florido, que quedaba allá, a su espalda, entre la belleza de una ladera de salvia y la irreal aridez de las cumbres; el rápido caudal del Colorado que retumbaba proceloso en el fondo de los abismos; los grupos de indios que, con vistoso aspecto, cabalgaban por la orilla; el águila que se cernía en las alturas, como una pluma flotante, a unos dos mil metros de elevación, sobre los rebaños que pacían formando negras manchas en el praderío; el intenso y aterciopelado azul de los cielos ; el dorado sol de las cúspides escuetas y la bruma de color lila de las hondonadas; el suave grito de la golondrina que salía veloz de una barranca, recihiendo de frente el soplo de los magueyes de pintadas lanzas; el impresionante silencio, la sierra del fondo, el arrebol de la lejanía.

Lo que Lucía esperaba con impaciencia, lo que el viento le susurraba, lo que veía escrito en el misterio de la inmensidad del prado de salvia y del peñascal lejano, fuera lo que fuese, tenía que acaecer precisamente, para su gusto, en el mismo Vado de Bostil. No le atraían las cosas de la civilización ; se burlaba de la idea de casarse con el rico granjero de Durango. La hermana de Bostil, que, aunque severa, la había educado llena de cariño, nunca lograría convencerla de que contrajese matrimonio contra su voluntad. Le atraían la libertad y la insumisión, como a un caballo salvaje nacido para el desierto; allí era donde quería vivir. Los campos y su vida se confundían en una sola emoción; pero, ¿en qué se asemejaban? ¿En qué punto de aquel horizonte descubriría la verdad de su porvenir?

Encogióse de hombros y rechazó la Idea de seguir la corriente impetuosa, cambiante, inacabable del rojo, proceloso y atronador río. Desdeñó también la hosca masa de rocas encarnadas que se escalonaban melladas, desgajadas y abiertas por las barrancas, porque estaban llenas de desolación. En cambio le atraía el dilatado valle cubierto de salvia, levemente ondulado y extendido con su gris suavidad hasta morir al pie de las montañas y desvanecerse en las arreboladas lomas del horizonte. No podía explicarse Lucía qué era lo que estaba anhelando; no sabía por qué el desierto la atraía y solicitaba; no podía precisar cuál era la afinidad de su espíritu con aquel panorama, pero sentía con toda claridad, unidos en uno solo, estos tres sentimientos en el fondo del corazón. Durante diez años seguidos, todos los días de su vida pudo contemplar aquel deserto paisaje, v nunca lo encontró alterado en lo más mínimo y, sin embarco, siempre le pareció diferente. Diez años, durante los cuales había crecido contemplando, sintiendo y asimilándose todos los matices de aquella naturaleza, amando sus perspectivas, hasta llegar a no sentirse feliz sino en medro de aquella atmósfera, de aquellos colores, de aquella libertad, de aquella selvatiquez. En aquel día de su

cumpleaños, las personas que la amaban le habían dicho que empezaba a ser dueña absoluta de sí misma, y ella reconoció entonces la voz del desierto, que para siempre la llamaba. Y esto le procuró una profunda, sazonada y rara sensación de felicidad.

Suyo para siempre sería el desierto, siempre diferente y siempre invariable a la vez, las leguas de terreno ondulado, como un mar de vegetación, los grandes cañones, los gigantescos riscos, el sombrío río con el misterioso fragor de sus aguas, las mesetas alineadas de pinos, la infinita latitud del horizonte interrumpida por solitarios y majestuosos promontorios, y las últimas lomas con su atracción hacia un más allá. Siempre suyas las solitarias estaciones los vientos helados y estremecedores, la intensidad del frío, los cielos acerados, las pálidas nieves; los grises campos de salvia y la hierba blancuzca al ser semicubierta por la blanca sabana de arena que agitan los vendavales; el aliento de horno ardiente del verano, sus magníficas cabalgatas de nubes, sus negras tormentas que se deshacen sobre unas u otras cumbres, las oscuras cortinas de lluvia y las apariciones del arco iris; las cascadas de encaje sobre los lisos y roqueños precipicios, el fragor de los enrojecidos caudales y la gloria dorada del otoño, cuando el tiempo parece detenerse en un atardecer perpetuo. Suyo el cabalgar bajo los cielos abiertos sintiendo el sol en los hombros y las alas del viento en el rostro. Suyas, en suma, las aventuras indecibles que, tarde o temprano, habría de afrontar y cuyo presentimiento latía ya en el extraño anhelo de su corazón, lleno de presagios que le decían que el lugar de sus andanzas sería el fondo de aquella pendiente cubierta de salvia y llena de atracción.

La casa de Bostil era un edificio de ruda y pintoresca estructura, rojo de piedra y blanco de cal, en medio de unos álamos albinos, cerca del caserío ceñido de verdor.

Bostil gustaba de decir que difícilmente se encontraría en toda la tierra un panorama más grandioso que la vista de aquel mar de ondulantes salvias que se extendía hacia las planicies bordeadas de negro y los horizontes perdidos, limitados de azul y cernidos de oro.

Una mañana de principio de primavera, Bostil, según su costumbre, mandó sacar los caballos de carreras de las cuadras al campo y dejarlos en libertad. Le gustaba sentarse a contemplar cómo pacían sus caballos, que nunca se le habían alejado, saliéndose de la pendiente cubierta de salvia, mientras los picadores andaban también por allí.

Se sentó, disfrutando en la contemplación de aquel espectáculo. Poseía varias manadas de potros mustangs. Un grupo de estos se veía en una parcela cercana; eran hermosos, rozagantes y estaban llenos de vigor. Pero los que más atracción ejercían sobre los ojos de Bostil eran los purasangre favoritos. Parecía extraño que, habiendo sido capturados por los mismos jinetes de Bostil, o por los indios, no hubiese entre esos mejores brutos ningún mustang o bronco salvaje.

Allí estaba Plume, espléndida yegua, así llamada por la manera como le flotaba la crin al viento al correr; allí también Two Face, elegante, reluciente y taimada; el enorme, montaraz y bayo Dusty Ben, y el negro Sarchedon; y, por último, Sage King, del color del campo de salvia, verdadero tipo, espléndido y arrogante, de caballo de carreras.

-¿Donde está Lucía? -pregunto Bostil de pronto.

Así como sus predilecciones, dividía aquel hombre su inquietud. Uno de sus picadores le dijo que había visto salir a Lucía a caballo, flotando al viento la dorada caricia de su cabellera. Era una historia sabida, y Bostil, volviéndose al jinete que había tomado la palabra, le pregunto con viveza:

-¿Se ha llevado a Buckles?

-Creo que sí -fue la flemática contestación que obtuvo.

Bostil lanzo un juramento. Ninguno de los corredores igualaba a aquel en atrevimiento.

-¡Ya te había dado instrucciones, Farlane! Lucía no tiene permiso para salir a caballo, ni mucho menos puede dominar a Buckles. No es caballo ni para un hombre.

-¡Ah, para Lucía si!

-¿Pero no lo había yo prohibido?

-Patrón, lo mandaría usted; ¡pero manda tantas cosas! -repuso Farlane-. Lucía me dio un tirón del ala del sombrero, calándomelo hasta las cejas; me dijo que se iba como un rayo y ¡ zás ! , se metió con Buckles por entre las salvias.

-Debía respetar siquiera el campo de salvia -gruñó Bostil-. Por ahí corre peligro... ¿Donde está mi anteojo? Quiero ver toda la ladera. ¿Donde está mi anteojo?

El anteojo no aparecía.

-¿Que es lo que levanta estas nubes de polvo en medio de las salvias? ¿Son antílopes? Dímelo tú que tienes mejor vista. ¿Te parece que lo son?

Se acerco un picador de ojos avizores, encorvado, envejecido, de cabeza blanca, que al andar hacía resonar sus espuelas.

-Allá abajo digo-preciso Bostil, señalando a lo lejos.

-Es un grupo de caballos -replicó Holley.

-¿Caballos salvajes?

-Así parece, a juzgar por el mucho polvo que levantan.

-¡Malo! No es cosa que me haga gracia. Lucía no debió salir sola.

-Verdad, patrón; pero ¿quien podría alcanzarla si salió con el caballo Buckles? Lucía monta bien. Los únicos caballos que podrían darle alcance los tiene usted ahí, King y Sarch.

Farlane conocía el flaco de su patrón y la costumbre le había enseñado a tratarle. Los ojos de Bostil se iluminaron. Estaba orgulloso del dominio de Lucía sobre el caballo. Lo primero que Bostil le contaba al forastero que acertara a detenerse en su propiedad, era que Lucía había nacido durante una salvaje carrera, sobre un caballo como quien dice. Éste era al menos el mito que cundía de boca en boca, y los picadores juraban que la muchacha era digna hija de tal alumbramiento. Y Farlane sabía muy bien que la manera más segura de captarse la benevolencia de Bostil era elogiar a sus favoritos.

-Una vez al menos has hablado con sentido común, Farlane -contestó Bostil como sintiéndose aliviado-. No pensaba tanto en el peligro que pueda correr Lucía, como en la compañía de esta mala cabeza de Creech, que ella ha aceptado.

-No, patrón, se engaña usted -observo Holley vivamente, Conozco a la muchacha. No le hace el menor caso a Joel. Es él quien la sigue.

-Además, es inofensivo -añadió Farlane.

-No estamos de acuerdo-replicó Bostil en el acto-. ¿Que dices tú, Holley?

El viejo picador se quedo pensativo y tardo un rato en contestar. Por fin dijo:

-Le diré : sí y no. Reconozco que Lucía podía hacer de Joel un hombre. Pero ella no le hace caso y esto da la solución, aunque Joel se incline a obstinarse por su propio mal.

A lo que Bostil añadió:

-Como vuelvan a encontrarse, la dejare atada con cuerdas en casa.

Otro de los picadores, de ojos azules, llamó la atención de su patrón señalando a la gris extensión de ondulante salvia.

-¡Vea usted, Bostil, fíjese en King; está vigilando algo... y lo mismo Sarch!

Los dos caballos estaban mirando hacia un desnivel que había a varios centenares de yardas, con los cuellos estirados y las orejas en punta. Sage King relinchaba agudamente y Sarchedon comenzó a piafar.

-Muchachos, conviene que los entréis en seguida -ordenó Bostil.

-Están a punto de dispararse... ¡Hola! ¿Que es eso que corre sin tino por detrás de aquella loma?

-No es sino Bucklen, espoleado por Lucía -repuso Holley con una risa seca.

-¡Válgame Dios! ¡Ved que locura, cómo viene!

Era inútil que Bostil hubiera mostrado enojo. El entusiasmo de un curtido jinete de las montañas iluminó su intensa mirada. La pendiente que se extendía a su vista estaba despejada y casi horizontal hasta el desnivel donde habían desaparecido la niña y el caballo. Buckles corría por mero instinto de velocidad, y ella le espoleaba inclinada sobre el cuello del bruto, por la alegría que aquellas carreras le causaban.

Sage King volvió a relinchar, y echó a correr con grácil movimiento para unirse a Buckles; Sarchedon partió detrás; también le, siguieron, celosos, Two Face y Plume; en cambio Dusty Ben, después de mover la cabeza, optó por seguir paciendo. El caballo gris y el negro atajaron a Buckles, pero no pudieron dar la vuelta a tiempo y este los pasó. Entonces se oyó un grito de alegría lanzado por la muchacha, y Buckles redobló su veloz carrera alejándose hacia el fondo por momentos. El gris King se disparó como si ya viniera galopando, y así se alejó a su vez de Sarchedon, estilizándose de bella manera en sus movimientos. Era un juego, una carrera francamente ganada de momento por el espíritu de la muchacha.

La cabellera de Lucía era una nube de oro al viento.

Iba la joven inclinada sobre el caballo, altas las rodillas, al parecer casi sin tocarlo, pero fundidos sus impulsos y movimientos con los del animal. Otra vez vibró por los aires su gozosa voz, en un grito que era risa y desafío. Sage King, con una presteza que puso un brillo de ansiedad en los ojos de Bostil y de sus picadores, llegó a tomar delantera a Buckles, y moderó, apartándose graciosamente, el paso, dejando que luego Buckles le pasara como un rayo. Lucía tiraba con fuerza de las riendas queriendo detenerlo, y en aquel momento Holley, que había ido hacia ella, corrió a coger el caballo por la brida. Buckles resoplaba, echaba las orejas atrás y piafaba, haciendo saltar los guijarros.

-Es inútil, Lucía-dijo Bostil -, no vencerás a King, aunque salgas con ventaja.

Los ojos de Lucía eran tan azules y penetrantes como los de su padre, y en aquel momento brillaban de la misma manera. Con una mano se cogía a la larga crin del caballo, y al pasar la rodilla leve y ágil sobre el ancho lomo del animal para apearse, tendió la otra mano enguantada al gris picador de su padre, que había logrado sujetar al noble bruto.

-¡Te detesto, Sage King ! -exclamó la muchacha, como si el caballo la entendiera-.

¡Y un día u otro te venceré!

Bostil aseguraba, jurándolo, que Sage King era el caballo más veloz de todo aquel desierto en que se criaban los mejores caballos. Decía que su gran caballo gris era capaz de correr con la cabeza vuelta a los otros caballos, sin que ninguno pudiese alcanzarle.

Sentía una verdadera pasión por aquellos animales, tanto, que su vida se repartía entre estos y el amor a su hija Lucía. Había conocido aquella época de duro cabalgar, en que poseer un caballo en las desiertas cercanías del Utah era la mayor codicia de un hombre. Su hacienda fue prosperando gracias a los verdes pastos de la tierra alta y a las aguas de la vertiente sur del río Colorado. Los indios, que todavía no habían sido maleados por los blancos, se conducían amistosamente. Bostil construyó una barraca en las tierras de indios bañadas por el río Colorado, y aquel lugar se llamó el Vado de Bostil. Poco a poco su personalidad hizo que se extendiera su fama, y esta, unida a sus necesidades y empresas, fue atrayendo a los laceros, a los pastores, a gente de espíritu aventurero, a viajeros nómadas del desierto, los cuales habían ido convirtiendo aquel solitario rancho en una granja poblada y activa. El lugar más próximo, siguiendo el río hacia el Norte, se hallaba a más de doscientas millas, a lo largo de las cuales sólo se encontraba algún que otro rancho aislado. Al Oeste había varios pueblos, pero también algo distantes, que quedaban aislados durante dos meses al año por las inundaciones del Colorado en la época de la fusión de las nieves en las montañas. Al este del vado se dilataba un imponente e innominado desierto, lleno de quebraduras y cruzado de cañones. Al Sur ondulaban las bellas tierras altas, con valles de salvia y hierba, con mesetas de pinos y cedros, y esas estribaciones verdes y grises estaban limitadas por un horizonte de púrpura en el que

Librodot

irrumpían las lomas de roca y los aislados menhires naturales que limitaban las perspectivas de una manera selvática, grave y misteriosa.

El ganado de Bostil era innumerable, y por más que éste tuviese mucha gente a sus órdenes, siempre había sitio para más. Pero muchos de sus picadores no hacían largo tiempo en su hacienda, en primer lugar porque algunos de ellos eran de índole vagabunda, cazadores-laceros; y en segundo lugar por culpa de los grandes defectos de Bostil; a duras penas pagaba a nadie en metálico, y nunca habría permitido que otro a su lado se adueñara de un caballo de sangre; todas las cabalgaduras veloces habían de ser suyas. En aquellos tiempos, todo montador, sobre todo si era cazador de caballos salvajes, consideraba como media vida el ser dueño de la silla que montaba. Y como éste era su amor, la diferencia entre Bostil y los picadores estribaba en que poseyendo aquél más caballos, tenía en ellos mayor motivo de afecto, y se apasionaba.

Cuando Bostil no podía hacer suyo un caballo codiciado, bien fuera comprándolo o a cambio de otro, concebía invariablemente una gran ojeriza por el propietario. Sucedía, pues, con frecuencia que los picadores se veían instados a desprenderse de sus favoritos, y eso le había procurado muchas enemistades. No podía decirse, sin embargo, que anduviera a la zaga de gangas, pues era capaz de pagar cuanto se le pidiera por un caballo.

A la boca de un cañón de rojas paredes abiertas sobre el río Colorado vivía un pobre pastor y tratante en caballos llamado Creech. Aquel hombre tenía varios purasangre, de dos de los cuales no se habría desprendido por todo el oro del mundo. Esos caballos de carreras, Blue Roan y Peg, habían sido capturados en la sierra por los indios utahs y estaban domados para las pruebas. Eran todavía jóvenes y cada día más veloces. Bostil quería adquirirlos, porque los envidiaba y los temía. Sería un golpe terrible que un día derrotaran a su caballo gris. Pero Creech se burlaba de todas las ofertas y mortificaba a Bostil con orgullo, pronosticando que el verano siguiente pondría uno de sus caballos en competencia con King.

Para agravar la cosa y convertir la rivalidad en odio, el joven Joel Creech, gran caballista, pero inútil a los ojos de todos, menos a los de su padre, había dicho que un día u otro él tomaría parte en una carrera en la que competirían King y Blue Roan. Esta amenaza había sido tomada de diferente manera por unos que por otros. A Bostil le enojaba hasta hacerle perder la esperanza de toda reconciliación. Lucía Bostil, en cambio, se reía y al hablar de ello ponía una mirada de dulce misterio. Ella no tenía enemigos ; quería a todo el mundo, y se llegaba a murmurar entre las mujeres del Vado de Bostil que sentía algo más que simpatía por el perezoso Joel. Y los maridos de las murmuradoras decían que sólo se trataba de un poco de compasión. Los jinetes, en sus charlas, sentados alrededor de las hogueras o tendidos en las cuadras del Vado, cambiaban impresiones acerca de esa carrera prometida por Joel Creech. Nunca habían corrido a la vez King y Blue Roan, y nunca correrían a no ser que en contra de Joel tomara parte Lucía.

En tal caso, se celebraría la carrera más extraordinaria que se hubiese visto en aquella alta región y las apuestas se harían en contra de Blue Roan sólo en el supuesto inverosímil de que llevara doble peso. Si Joel daba a Lucía el caballo Roan y él montaba el Peg, la cosa cambiaría de aspecto. Lucía Bostil era una exhalación de muchacha, venida al mundo sobre un caballo, fuerte y flexible como los indios y apta para montar en pelo, fija como una raíz a la crin de los caballos. Montando el Blue Roan era capaz de ir aventajando a todos los corredores y hasta de vencer a King, lo cual sería un doble disgusto para Bostil porque equivaldría a perder a su hija al mismo tiempo que derrotaban a su caballo favorito. Y si Joel montara el caballo Peg, la carrera acabaría angustiosamente para todos, porque era seguro que King dejaría atrás a Peg, pero éste llevaría a los demás dentro de la distancia de un tiro de fusil.

Venía siendo el tema más sugestivo de las conversaciones aquella carrera tan esperada. Y

la curiosidad subió de punto cuando se conocieron los sentimientos de Joel para Lucía. Eran los menos los jinetes que se inclinaban a creer a Lucía capaz de salir con Joel, que los que afirmaban que éste se quedaría en herrador de los caballos de su padre. Pero todos los aficionados y todas las comadres dadas a la murmuración coincidían siquiera en una cosa: en que aquel asunto, derivase en carrera o en novela, no tardaría en alterar la pacífica y somnolienta vida del Vado de Bostil.

Además del aborrecimiento de Bostil a los Creech, sentía un gran temor por Cordts, el cuatrero. Era un miedo sin tregua, que le tenía siempre alerta. Cordts vivía oculto en los lugares no frecuentados. Tenía amigos secretos entre los viajeros las montañas, seguidores leales en los campos situados al otro lado de los cañones, oro para el soborno, rebaños para repartir y caballos veloces. Nunca había dejado de hacer suyo todo lo que se le antojara menos una cosa. Se trataba de un caballo. Este caballo era Sage King.

Cordts era un hombre malo, producto de aquellos años de los yacimientos auríferos de California e Idaho, resultado de aquella dañina ola de vagabundos que retrocedieran sobre las rutas seguidas de tan loca manera hacia el Oeste. Se había erigido en señor de sierras libres; pero por encima de todo era un jinete. Sabía lo que es un caballo. Era tan ducho como Bostil. Cordts se trasladó a aquel desierto país de ranchos independientes, donde era fama que un ladrón de caballos importaba menos que un coyote emponzoñado. Sin embargo, era un ladrón de caballos. La pasión que había concebido por Sage King era tan intensa como la de un amor desesperado, y Cordts había jurado que no se daría tregua, que no descansaría hasta que King fuera suyo. Había, pues, razón para los grandes temores de Bostil.

II

Bostil se dirigió hacia la casa con su hija, y al llegar a la puerta se volvió para dar en alta voz tina última orden a sus picadores acerca del cuidado de sus caballos.

La casa era un edificio bajo, llano y ancho, dividido por un corredor al que daban las puertas de las habitaciones, de muros de adobe. Las ventanas eran pequeñas aberturas elevadas, dispuestas evidentemente tanto para fines de defensa como para la iluminación del interior, y estaban provistas de recios postigos de madera. El suelo era de tierra y estaba todo él cubierto de mantas indias. Se comprendía en seguida que era la casa de un colonizador, sencilla y rústica, pero confortable, y tenía una rara cualidad, propia de las casas de aquellos desiertos : era fría en verano y caliente en invierno.

Cuando Bostil entró pasando un brazo por la cintura de Lucía, se levantó un perrazo de junto al fogón. Aquella habitación era inmensa, llegaba de lado a lado de la casa y había en ella un gran hogar de piedra, donde una marmita hervía despidiendo gratos olores; varias sillas rústicas de manufactura casera, revestidas de lienzo, mesas que hacían juego; bridas, fusiles, pistolas y armas indias colgaban de las paredes con otros ornamentos, entre los cuales veíanse varios trofeos de caza. En un rincón había un banco de trabajo con herramientas y debajo de él. arreos y jaeces. En el ángulo opuesto se abría la puerta de la cocina. Tal era la famosa habitación en que hacía su vida Bostil, y en la cual habían pasado cosas notables, algunas de las cuales contribuían a la historia del desierto, aunque Bostil nunca hablase de ellas.

La hermana de Bostil salió de la cocina. Era una persona corpulenta, con una expresión de rostro grave pero maternal. Al verles se llevó las manos a la barbilla y lanzó una mirada de

desaprobación al padre y a la hija.

-¿Conque ya estáis de vuelta? -preguntó con severidad.

-Como lo ves, tía - contestó la muchacha con complacencia.

-Te escapaste por no ver a Wetherby, ¿no es eso?

Lucía miró dulcemente a su tía.

-Ha estado esperando varias horas -continuó la robusta mujer-. No había visto nunca a un hombre así. No es de extrañar, si juegas con el de esa manera.

-¡Si ya le he dado el no! -exclamó Lucía vivamente.

-Pero Wetherby no es de los que aceptan un no así como así. Y no me agrada nada lo que haces. Lucía Bostil, ni tú misma sabes lo que quieres; no tienes fijeza. Basta de locuras con esos picadores de tu papá, pues como no vayas con tiento te vas a ver casada con uno de ellos... ¡Sí, con uno de esos salvajes picadores, tan condenados como los indios Ute...! Wetherby es joven y te idolatra. ¿Por que, si es que tienes sentido común, no le haces caso?

-Me tiene sin cuidado -replicó Lucía.

-Le gustas como no puede ser menos... Y tú, ¿que dices, John Bostil? Antes estabas conforme con Wetherby y te oí decirle que Lucía es como un potrillo cerril, pero que tú...

-Es cierto que me gusta Jim -interrumpió Bostil, mas procuró no tropezar con los vivos ojos de Lucía.

-Y ahora ¿que dices?-insistió su hermana.

Bostil se vio cogido entre dos fuegos. Miró primero como con desamparo y luego con disgusto.

-¡Papá! -exclamó Lucía en tono de reproche.

-óyeme, Jane -dijo Bostil con aire decisivo-. La muchacha es desde hoy mayor de edad... Y puede hacer lo que tenga por conveniente.

-Linda contestación en ti -reprochó la tía Jane-. Como si no anduviera ella detrás de ese cualquier cosa de Joel Creech, para que encima lo toleres.

-¡Tía! -exclamó Lucía con reproche.

-¡Señor, cómo me atormenta esta criatura! -dijo la mujer, desazonada-. Si lo digo todo por tu bien... ¡Piensa en ti, Lucía Bostil! ¡Una señorita de dieciocho años, de una familia como la nuestra, y andar así a caballo, de un lado para otro, vestida de esa manera, como un hombre!

-Pero, queridísima tía, ¿cómo voy a montar a caballo con faldas? -dijo Lucía-. ¡A ver cómo lo harta

-Aunque pase aquí toda mi vida, no me acostumbrare, Lucía, a que una Bostil vista esos pantalones. Los Bostil fuimos en otros tiempos algo, allá, en el Missuri.

Bostil lanzó una carcajada y dijo:

-Sí, y si no llego a salir pronto camino del Oeste, allí nos morimos de hambre Querida Jane, eres una loca sentimental. Deja a la muchacha y reconcíliate con estas soledades.

Los ojos de la tía Jane se cuajaron de lágrimas. Viéndolo, Lucía se apresuró a acariciarla y darle un beso.

-Tía, le prometo que desde hoy me comportare con dignidad. He andado siempre libre como un chico, vestida así, de manera que los hombres parece que no me miran nunca como a una muchacha. En cierto modo, tanto mejor. No sabría explicarlo, pero me gusta que así sea. Sólo el traje tiene la culpa de ello. Lo comprendo perfectamente. Y si tanto he crecido, si tan tremendo es el caso, en lo sucesivo vestiré de mujer, menos cuando salga a caballo. ¿Le parece bien, tía?

-Sin duda que te has hecho mujer, al fin y al cabo -contestóle la tía Jane con evidente sorpresa y agrado.

Con lo cual Lucía fue corriendo a su habitación, haciendo sonar las espuelas.

-Dime, Jane, ¿que es ese absurdo que has dicho de Joel Creech? -preguntó Bostil

rudamente.

-Yo no se más que lo que se murmura. Eso es lo que he dicho. Pero, ¿acaso tú has preguntado algo a Lucía?

-Tienes razón -contestó Bostil con torpeza.

-Pues pregúntaselo. Lo que te diga, será la verdad. Lucía no podría conciliar el sueño si dijese una mentira.

La tía Jane volvió a sus quehaceres de ama de casa y dejó a Bostil acariciando pensativo al perro, fijos los ojos en la lumbre. A poco volvió a aparecer Lucía; pero era una Lucía distinta, que no sería el orgullo de los jinetes, pero que hizo estremecerse el corazón de su padre. Poco antes parecía un muchacho delgado, ágil, desgreñado, en quien alentaba el espíritu de las praderas y del aire libre, propicio a los caballos que ella dominaba. Ahora aparecía convertida en una joven, con la graciosa y contorneada esbeltez de su cuerpo, con el oro de los ocasos en el cabello, con el azul de las profundas lejanías en los ojos, con el carmín de los arreboles montañeses en los labios. Y todo en torno suyo se transfiguraba.

-¡Lucía..., eres el vivo retrato de ella! -dijo Bostil, emocionado.

-¿De mi madre? - murmuró Lucía.

Pero los recuerdos tristes no podían albergarse mucho tiempo en la imaginación de aquellos dos seres tan vibrantes, tan fuertes y llenos de vida.

-Lucía, tengo algo que decirte -observó Bostil de

pronto-. Dime, ¿qué hay de ese muchacho, Joel Creech? Lucía, volviendo a la realidad de súbito, se echó a reír.

-¡Papaíto, estás en todo! ¿Le has visto seguirme a caballo?

-No, no es eso. Preguntaba en términos generales.

-¿Qué quieres decir?

-Lucía, ¿hay algo entre tú y Joel? -le preguntó lleno de gravedad.

-No -replicó ella fijando en él sus ojos azules.

A Bostil le pareció ver en aquellos ojos el color de las vincapervincas, y dijo apresuradamente

-Perdona, hija.

-Papá, ya sabes que Joel me sigue. Te lo he dicho. Hace poco le dejé. Debo interesarle. Pero eso no es motivo para que te alarmes. Lo siento por él... Me da lástima.

-¿Le compadeces? Me parece demasiado -repuso Bostil.

Y Lucía afirmó solemnemente

-Padre, me parece que Joel no está del todo... del todo en su juicio.

-¡Bah! ¡Bah! ¡Qué poco favor te haces!

-Hablo en serio. Quiero decir que, recordando ciertos hechos, llego a la convicción de que Joel ha sufrido un cambio desde que un caballo tordo le dio una coz en la cabeza. Estoy segura de que soy la única que lo ha notado.

-El seguirte con insistencia no es cosa inusitada en estos campos. Tenlo en cuenta.

-Estamos hablando de Joel Creech, y de éste digo que desde hace poco tiempo a esta parte viene haciendo cosas extrañas. Sin ir más lejos, hoy mismo creí que le había rehuído, pero ha debido de estar observándome, porque, de pronto, salió no sé de dónde montado sobre Peg. No acostumbra bajar al río con el caballo. Me ha dicho que el pasto empezaba a escasear arriba. Estaba tentada de probar la velocidad de King con la de Peg, pero me ha contenido el pensar que eso te disgustaría.

-¡Naturalmente! -dijo con sequedad Bostil.

-Al acercárseme vi que no estaba nada bien. Le he encontrado peor que nunca. Hasta hemos discutido y le he dicho que lo mejor que puede hacer es dejar de seguirme. Me contestó que estaba dispuesto a hacerlo así; Y. enfurruñado, dió media vuelta. Contenta de

verme libre de él, me he alejado guiando al caballo a un lugar predilecto. Luego, camino de casa, he visto a Peg que andaba suelto al borde del arroyo, cerca del gran hoyo donde mana agua clara y profunda. ¡Y no dirás lo que he visto! Allí estaba la cabeza de Joel saliendo a flor de agua. Al discutir con él le había dicho: «¡Ve a lavarte la cara! u, y lo había tomado al pie de la letra. No he podido menos que reír. Al verme... -aquí Lucía pareció ruborizarse, dudó un momento, balbuciente y encendida de enojo y vergüenza.

-¿Qué? ¿Qué pasó al verte?... -inquirió el padre sordamente.

-Me ha dado una voz diciéndome: «¡Eh, Lucía, quítate la ropa y ven a bañarte! »

Bostil lanzó un juramento.

-No sabes cómo me ha indignado y desconcertado. Ésta es una de las cosas extrañas suyas. Pero hasta hoy no se había atrevido a...

-A insultarte -le interrumpió su padre-. ¿Y qué has hecho tú entonces? -interrumpió Bostil.

-Le grité : «¡Ya te pararé los pies, Joel Creech! » Había dejado la ropa amontonada al borde. De momento pensé en arrojarla al agua, pero al cogerla se me ocurrió otra cosa. Me apoderé de todo, menos de sus zapatos, pues recordé las diez millas que había de andar entre piedras y cactos, y me alejé con Buckles. Joel se puso a chillar y a maldecir de una manera horrible. Pero yo, ni volví la cabeza. Y Peg, que como sabes - aunque quizá no lo sepas -me quiere mucho, se me vino detrás mordiendo la brida todo el camino. He arrojado la ropa de Joel en la zanja, junto al camino, de manera que la verá por fuerza. Y nada más... Papá, dime, ¿hice mal?

-¡Cómo! Debías haber disparado un tiro. ¡Por lo menos le habrías sacado un pedrusco de la cabeza! Pero

después de todo, Lucía, puede que hayas hecho bastante. Veo que no ha sido premeditado.

-¿A qué te refieres?

-Hoy el sol calienta mucho. ¡Fuego vivo! Y aun siendo Joel tan torpe y loco como dices, no pensará en pasar el día en remojo o a la sombra hasta el anochecer, pero tampoco saldrá del agua como piense que en esas dos millas quedaría abrasado.

-¿Abrasado? ¡Oh, papá! ¡Cuánto lo siento! -exclamó Lucía, muy contrita-. Nunca se me hubiera ocurrido. Vuelvo a escape a llevarle la ropa.

-No lo harás -dijo Bostil.

-Déjame, pues, mandar a alguien -intercedió.

-¡Cómo! ¿No tendrás ánimo para llevar a cabo el escarmiento? Deja que Creech reciba esta lección. Bien la merece... Y ahora, Lucía, otras dos preguntas.

-¿Sólo dos? -dijo ella bromeando-. Papá, no me atormentes con tantas averiguaciones.

-¿Qué he de decirle yo a Wetherby?

Los ojos de Lucía se ensombrecieron como si soñara. Parecían mirar fuera de la casa, hacia la sierra lejana.

-Dile que se vuelva a Durango y que olvide a la que sólo puede pensar en el desierto, donde toda su ilusión es tener un caballo.

-Perfectamente. Eso es hablar claro, como hacen los indios. Pero ahora queda la última pregunta... ¿Qué quieres que te regale por tu cumpleaños?

- ¡Es verdad! -exclamó ella jovialmente, dando palmadas-. Se me olvidaba. ¡Dieciocho años!

-De tu madre conservas el arca, pero ¿qué quieres que yo te dé?

-¿Me concederás lo que yo te pida?

-Sí, hija mía.

-¿Sea lo que sea? ¿Un caballo?

Lucía conocía la debilidad de su padre, porque ella también la había heredado.

-Concedido. Cualquier caballo que no sea King.

-¿Podría ser Sarchedon?

-¡Cómo, Lucía! ¿De qué te serviría ese demonio negro y grandón? Es demasiado alto. No lo podrías montar.

-¡Bah! Sarch se arrodilla para que yo pueda montar.

-Atiende a razones, muchacha. Sarch te dislocaría las muñecas.

-Sí, tiene las quijadas de hierro -asintió Lucía-. ¿Y si fuera Dusty Ben?

Lucía complacíase en torturar a su padre jovialmente.

-No... Ben, no. Es el caballo más dócil que he tenido. No sería justo separarme de él, ni aun para dártelo a ti. Son los recuerdos..., la lealtad de un jinete... En fin, Lucía, tú comprenderá?;...

-Papá, tienes miedo de que yo quiera y entrene a Ben y haga que derrote a King. Un día u otro tengo que tomar parte en las carreras fuera del campo de salvia. Piensa en ello, papá. Dame, entonces, a Two Face.

-De ninguna manera, Lucía. No puede uno fiarse de esa yegua. Por eso lleva el nombre que lleva : Two Face, dos caras.

-¡Pues entonces Buckles, queridísimo y espléndido papá, que te estás pereciendo por regalarle algo a tu hija, que ya es tan mayor!

-Pero, Lucía, ¿no estás ya contenta con los caballos mustangs? Tienes una docena. Pueden ser tuyos cuantos quieras. Buckles no es seguro para ti.

Bostil era el más generoso de los hombres y el más bondadoso de los padres. Y que no se diera cuenta de que Lucía estaba bromeando, era debido a lo mucho que le obsesionaba todo lo relativo a los caballos. En esta materia perdía por completo el sentido del humorismo. Todo lo que tuviera algo que ver con sus caballos era para él de suma gravedad.

Entonces Lucía dijo en tono zalamero:

-¡Cuánto me gustaría que Plume fuese mío!

Bostil, que se había ido congestionando, en aquel momento llegaba a su mayor tortura. La monstruosa intransigencia, en estas cuestiones, de un corredor que en sus tiempos no tuvo rival, no podía ceder.

-Pero, chiquilla, ¿no crees que Plume no te serviría para nada?-balbució el padre.

-Es verdad: ¡es un rocín! Un día me tiró al suelo. No se lo puedo perdonar... ¿Y tú no ves, papá, que estoy hablando en broma? ¿No comprendes que yo sé perfectamente que no me puedes dar ni uno de esos caballos?

¡No sabrías desprenderte de ninguno!

Al oír estas palabras, Bostil exclamó, sintiendo un gran alivio:

-Es verdad, Lucía, tienes razón.

-Bien, papá, pero si Cordts cumple su amenaza y se apodera de mí y me retiene para no ser entregada sino a cambio de King por rescate, bien consentirás en darle el caballo.

-¡ No bromees, Lucía ! - exclamó el padre en tono de queja.

-¡Conserva tus caballos, papá!' Pero no olvides que yo soy tu hija, y que también puedo tener predilección por un caballo. ¡Ah, si pudiera hacer mío uno como el que siempre he soñado ! Un caballo salvaje, un garañón del desierto, árabe puro y bien domado por un indio. Ve si puedes hacer que se cumpla este deseo, que con un caballo así no sólo achicaré a Sarch y a Ben, sino que venceré a King.

El poblado del Vado de Bostil estaba situado singularmente, por más que, dada la maravillosa naturaleza de aquella tierra solitaria, no era cosa excepcional. Estaba protegido por un rojo altozano la que sólo Lucía Bostil podía trepar. Una ruta muy trillada bajaba ondulando entre quebradas a un lado del cañón hacia el río. La casa de Bostil, situada la borde

del poblado, miraba en sentido opuesto, sobre el declive cubierto de salvia y abierto como inmenso abanico. Había una ancha calle bordeada de álamos y de casetas, y numerosos jardines y huertos que empezaban a romper en verdores y rojas y blancas floraciones. Un arroyuelo que circulaba por un barranco que quebraba el bravo altozano nutría las zanjas de irrigación y la tierra parecía florecer al solo beso del agua.

Aquel poblado semejaba un campamento indio : silencioso, somnoliento, lleno de color, con delgados caudales de agua por todas partes, y lentas y azuladas humaredas de fogatas de leña. El Vado de Bostil era el polo opuesto de un pueblo trajinador y, no obstante, los pocos moradores del lugar vivían prósperamente. No se sentían grandes deseos de exploración. A lo sumo una vez la mes se botaba la barcaza chata en que se transportaban caballos u otro ganado, como, por ejemplo, corderos. Se acercaba la época, que duraba varias semanas y a veces meses. en que el río era invadeable. Había una veintena de familias estables, una hueste de alegres y revoltosos chiquillos, unos cuantos hombres poco activos y una sola muchacha, que era Lucía Bostil. Pero el lugar siempre era visitado por gentes como aves de paso: amistosos indios utahs y navajos que iban a sus negocios, pastores con rebaños flacos y lanudos, y viajeros que profesaban una extraña religión, afín a la Utah, con la cual se identificaba, los cuales solían dirigirse la desierto. Iban v venían también jinetes de tránsito, algunos de los cuales eran recelosos y vistos con cautela. A veces llegaban hasta allí, llenos de osadía, los cuatreros y hacían sus compras y ventas. En los negocios de caballerías, la gente del Vado de Bostil era tan audaz como los ladrones. El viejo Brackton, hombre de variada experiencia, occidental, tenía un establecimiento que era a la vez almacén, taberna, expendeduría de tabaco, oficina de contrataciones, herrería y todo lo necesario. Brackton se valía de los picadores y de algunos arrieros, a veces indios, para adquirir víveres una vez la mes en Durango. Esta ciudad se hallaba a doscientas millas, y a veces se daba el caso, no corriente, de que las mercancías necesarias no llegasen a tiempo. Las noticias del mundo llegaban sólo de vez en cuando, y aun por boca de los taciturnos transeúntes de paso para Utah. Pero nadie las echaba de menos. Aquellas lamas solitarias eran los precursores de un gran movimiento, y como tales eran vigorosos, bien templados, bastándose a sí mismos. Los caballos hacían allí posible el desenvolvimiento de la vida. El porvenir lejano que vislumbraban los hombres avizores sólo se conquistaría fomentando con tesón y constancia la cría caballar. Y esos hombres gustaban de los caballos y los sabían tratar como merecían. El navajo era un tipo de caballista nomada, el árabe del Desierto Manchado, y el indio utah era muy parecido. Ellos fueron los maestros de los jinetes blancos y de los actuales cazadores de caballos.

A un extremo de la calle del poblado estaba el ruinoso establecimiento de Brackton. No había en toda la casa un solo tablón cortado a sierra, y muchos eran los troncos de las paredes que mostraban aún las señales de haber sido derribados desde lo lato del breñal. Brackton, que era un hombrecillo gris, de barba rala y ojos de pájaro, salió presuroso a recibir a un carrero que llegaba. Al carro le faltaba una de las ruedas de atrás, y el arriero la había sustituido por una pértiga. Se veía lo penoso de las jornadas en lo sudorosos, embarrados y adelgazados que venían los caballos semislavajes y en lo cubierta de polvo que venía la balumba de valijas que llenaban el carromato.

-¿Que es eso, Red Wilson? Parece que se le hace largo el viaje -dijo Brackton, en tono de bienvenida.

Red Wilson tenía los ojos irritados por la arena que levantara el viento, y aun más enrojecida la angulosa barbilla por el polvo encarnado que se le había adherido. Al dar un tirón al portafusil para subírselo, salió una nubecilla de polvo de la funda de su fusil.

-Sí; he dejado una rueda y parte de la carga en el camino-dijo el hombre.

Unos indios que le acompañaban habían empezado a soltar las correas a las caballerías. Los jinetes que mataban el tiempo a la sombra saludaron a Wilson y le preguntaron que

noticias traía.

El carretero declaró que la tierra estaba reseca, las cisternas exhaustas y que el venía sediento. Sus explicaciones despertaron gran inquietud y causaron gracia por la forma con que se expresaba el arriero.

-Ahora el viaje de vuelta, y se acabó... hasta que vuelva a llover -concluyó Wilson.

Brackton lo condujo adentro para darle de beber. Lo que se daba a los corredores era agua para ellos y forraje para sus caballos.

-Ha empezado el calor muy pronto -observó uno.

-Es verdad ; y el viento del Nordeste empieza a estropear la primavera -repuso otro.

-No hay deshielo en la sierra.

-Hay que prepararse para una larga sequía. Pero ¡vaya!; nosotros podemos componérnosla aunque no vengan los arrieros con sus mercancías. Aquí sobra agua y hierba, aunque no llueva.

-Sí; pero las riberas están todas peladas.

-Nunca hay mucha hierba al comienzo de la estación. Y si la hubiera, pronto arramblarían con ella.

-Así es; Creech no tardará en llevar sus caballos allá... Digo yo.

-Puedes apostarlo. El mes que viene se empieza a preparar para las carreras.

-¿Cuándo serán?

-Eso no te lo puedo decir. Van debe de saberlo.

Alguien pellizcó a uno de los picadores que estaba dormido, con su flexible y ancho sombrero encima de los ojos. Se incorporó. Era un mozo de ojos grises, muy rasurado, que miró, entre contento y enojado.

-¿Quien me ha dado un pinchazo?

-Era una pesadilla, hombre. Di, Van, ¿cuándo son las carreras?

-¡Ah! ¿Y para eso me habéis despertado?... Dice Bostil que no tardarán muchas semanas : así que tenga noticias de los indios. Proyecta hacer venir ochocientos indios y otorgar grandes premios para celebrar unas carreras nunca vistas en el Vado.

-¿Volverás tú a montar a King?

-Así lo espero-repuso el picador-. Pero Bostil está preocupado porque he aumentado algo en peso.

-¡Sí eres un puro pellejo con huesos!

-Me parece que esta vez te va a costar un poco más, Van. Dicen que el Blue Roan de Creech ha ganado mucho este año.

-Te funciona mal la cabeza, Bill -contestó Van socarronamente- ¿No vencí el año pasado a todos los caballos de Creech sin que King tuviera que esforzarse?

-Si mal no recuerdo, fue así porque Blue Roan no tomó parte.

Luego siguieron discutiendo todos como buenos camaradas, aunque apasionados y tenaces en defender cada cual su criterio. Prevalecía la opinión de que el caballo de Creech tenía una posibilidad de salir vencedor, si bien ello dependía de las circunstancias y la suerte. Así andaba la discusión a la llegada de otras personas que traían algunos potros cerriles y al parecer hablaban de negocios.

Se veía claro que a los recién llegados había de interesarles la opinión de los demás.

-¡Van, ahí tienes un buen caballo! -exclamó uno.

-¡Que ha de ser l -replicó Van.

Y esta discrepancia fue en seguida el tema general.

Los recién llegados hablaban de que Macomber, el ranchero, había vendido ya su mustang para comprar con la ganancia aquel caballo roano. Tanto si estaba bien como si no, el negocio era ya cosa hecha. En esto salió Brackton con Red Wilson y también ellos hubieron

de emitir su opinión.

-Está bien, veo que ninguno de estos amigos es amable y cumplido -dijo Macomber; rascándose la cabeza-. Pero no se puede pedir que todo el mundo entienda de caballos.

Y viendo luego que Lucía Bostil llegaba por la carretera se le animó la mirada como por una inspiración.

Lucía entró en la casa y leyó en los ojos de los corredores, especialmente en los de Van, algo de lo que sucedía. Le saludó con una expresiva sonrisa, y viendo a Brackton exclamó

-¡Oh, señor Brackton, el carro ya está aquí! ¿Ha venido mi caja?... Hoy es mi cumpleaños.

-Que sea enhorabuena, y que cumplas muchos-le contestó el, contento de verla dichosa- La caja es demasiado pesada para ti. Yo te la mandare... Acaso te la lleve uno de estos muchachos...

Cinco jinetes se ofrecieron a la vez y se miraron entre sí como si todos hubieran sido el primero. Entonces Macomber se dirigió a ella:

-Miss Lucía, ¿ve usted ese caballo? Y Lucía dijo riendo

-¡Oh! La misma y pesada gente de siempre con la misma historia : la venta de un caballo.

-Hay una pequeña discrepancia de criterios -observó Macomber con cortesía y señalando a los picadores-. y como todos sabemos que es usted un juez seguro en estas cuestiones... Además, no es usted capaz de decir una cosa por otra. Reconozco que no es esta una cualidad que suela adornar a los que tratan en caballos... ¿Que opina usted de ese roano?

Macomber estaba entusiasmado con su reciente adquisición, pero los picadores le habían apabullado un poco por su rudeza.

Y Lucía le dijo en tono reprensivo:

-No es usted, Macomber, el más indicado para hablar alto. ¿No fue usted el que vendió a mi padre un caballo viejo y ciego, que era un saco de pellejo cubriendo un esqueleto, a cambio de un pony espléndido, que precisamente a mí me gustaba mucho?

Todos los presentes lanzaron una carcajada y el ranchero se llenó de confusión.

-Palabra de honor, señorita Lucía, que me sorprende mucho que pueda pensar una cosa así de un viejo amigo de usted y de su padre. Estoy seguro de que el no diría lo mismo.

-Mi padre y yo nunca estamos de acuerdo tratándose de caballos. Él creerá que le compró a usted lo mejor que tenía. Pero usted sabe, Macomber, qué gran ladrón de caballos es usted. ¡Peor que Cordts!

-Pues yo le digo que si le comprara a Bostil lo mejor que tuviese, me gustaría que lo creyeran malo. Yo soy el primero que caería así... Pero ahora, señorita Lucía, examine mi caballo.

Lucía Bostil miró, en efecto, detenidamente al animal. Fuese derecha al roano salvaje y peludo, con la seguridad que le daban su intención y su experiencia. Con un movimiento, ni lento ni rápido, tocó la cabeza del animal, el cual hizo como si fuera a saltar, pero se quedó quieto. Se veía en sus ojos que no había sido tratado por manos de mujer.

-Este caballo no está bien embridado -dijo Lucía-. Al hacerlo, algún navajo le pegó en la cabeza.

Y la joven siguió observando al caballo.

-Al pronto engaña porque tiene cierta estampa; pero yo no lo compraría. La silla se le caería del lomo. No es que tenga vicios, pero nunca dominará su espanto. Tiene los ojos muy juntos y eso es mala señal. Tiene las orejas tiesas y también demasiado juntas. Éstos son todos los defectos que le encuentro.

-Demasiados ha visto -exclamó Macomber-. ¿De manera que usted no lo compraría?

-No creo que pudiera ni regalármelo por mi cumpleaños.

-Pues lo siento, porque no pensaba en otra cosa -replicó Macomber de lastimosa manera.

Era evidente que el caballo había caído lamentablemente en su concepto.

-Macomber, yo suelo decirle a mi padre que ustedes los tratantes tienen su mérito de vez en cuando. Lo que les pierde es la vanidad y el querer dominar a quien les hace sentirse inferiores.

Dicho lo cual, Lucía se salió con Van, que llevaba a la espalda su caja, dejando a Macomber defendiéndose de la zumba de los jinetes. El regocijo que reinaba entre ellos cesó en el acto cuando alguien exclamó:

-¡Mirad! ¡Que me lleve el diablo si no se acerca un indio desnudo!

Todos los allí reunidos se apresuraron a ver quien se acercaba y, en efecto, parecía verse a un salvaje desnudo que corría.

-Dispárale un taro, Bill -dijo otro jinete-. Puede

encontrarse con Lucía... ¡Ah!, no, ella ya se ha alejado. Pero puede haber otra mujer por ahí.

-Detente, Bill -intervino Macomber-. ¿Cuándo habéis visto a un indio correr de esa manera?

Los jinetes se reían, lanzaban juramentos y estaban llenos de curiosidad.

-¡No hay duda de que su cara es blanca aunque el cuerpo sea rojo!

La extraña figura se acercó a ellos. Era, en efecto, rojo hasta la cabeza, y el rostro aparecía blanquísimo por contraste. Desde luego, su aspecto general y sus movimientos eran de hombre.

- ¡Apuesto lo que sea a que ése es Joel Creech! -saltó Bill.

Los demás asintieron, llenos de perplejidad.

-¡Sí, es él, que ha debido volverse loco!

-Pero ¿no estará rabioso? La boca le espumea como a un caballo al galope.

El joven Creech se dirigía al vado por la carretera, pues aquél era el camino de su casa. Al ver al grupo de curiosos moderó la marcha y se detuvo. Se le veía en la cara que estaba lleno de rabia, de dolor y de cansancio. Todo su cuerpo estaba cubierto de una espesa y pesada capa de barro encarnado que se había endurecido.

-Por amor de Dios, amigos míos -dijo sollozando, con los ojos llorosos-, quitadme este barro ... ¡Hacedlo, o me muero!

Y entró tambaleándose en el establecimiento de Brackton. Todos lanzaron una exclamación al unísono y acudieron a él.

Después de la cena, Bostil, en su casa, empezó a reírse, congestionado el rostro y ante el asombro de Lucía y la tía, las cuales estaban punto menos que consternadas.

-Bien has cumplido tu venganza, Lucía Bostil -exclamó con retumbante voz.

-¡Señor! ¡Señor! -exclamó la tía Jane.

-¿Qué es lo que he hecho?-preguntó Lucía, demudada.

Bostil se dominó y, secándose la sudorosa y encendida cara, dirigió una mirada entre solemne y burlona a Lucía.

- ¡Joel! -murmuró Lucía, que sentía un remordimiento de conciencia.

-Nunca he oído, Lucía, cosa semejante... Joel es más listo. en algunas cosas, de lo que creemos, pero en otras es mucho más torpe. Ha sabido burlar al sol, pero ¿quién le mandaba pasar por el pueblo? Nunca se han reído tanto mis picadores.

-¡Papá! -exclamó Lucía, casi gimiendo-. ¿Qué es lo que ha hecho Joel?

-Voy a decírtelo : le he visto pasar por aquí. No podía o no ha querido esperar a que anocheciera. Y por otra parte no le apetecía ser abrasado por el sol. Así es que se ha zambullido en una charca de barro, para revestirse de una espesa capa. ¡Ya sabes cómo es ese barro de adobes! Luego se ha dispuesto a irse a su casa. Pero no había previsto cómo se endurece el barro, v la capa se le ha vuelto de piedra. Es una tortura indudablemente mayor

que la de los rayos del sol. Avanzada ya la tarde, ha echado a correr por la carretera, clamando que se moría. Los muchachos, al verle, creyeron que era su ocasión. Joel no les inspira simpatía, y le vieron caer en sus manos. Es posible que no se ensañaran al quitarle el barro. Pero eso no es cosa nuestra. Le han lavado, le han fregado, lo han sobado, y él no cesaba de chillar v maldecir. Y creo que habrán acabado por desollarlo. Lo dejarían como en carne viva. Según dicen, no se ha visto en el Vado de Bostil a una persona más enloquecida.

Lucía luchaba en sus adentros entre un sentimiento de miedo y otro de regocijo. Y corno avergonzada de no sentir un gran dolor, exclamó:

-¡Oh! ¡Oh, papá!

-¿.No es ése un caso extraordinario, Lucía?

-Pero ahora, ¿qué es lo que hará? -preguntó Lucía, alarmada.

-Dios lo sabe. Me preocupa un poco, porque se ha callado la historia de cómo perdió la ropa y por qué se cubrió de barro. Tampoco yo he de decirlo. Sólo nosotros lo sabemos.

-¡Sí, papá, preparará una terrible venganza! -exclamó Lucía, compungida y temerosa, al augurar lo que sucedería.

III

No pasaban deprisa los días en el Vado de Bostil. Y salvo en invierno y durante las tormentas de viento y arena de la primavera, el perezoso tiempo transcurría agradablemente. Lucía salía a caballo, a veces con Van ; otras, sola. No ponía demasiado empeño en salir a caballo con el por dos razones : porque estaba enamorado de ella y porque no le podía vencer, cuando el sacaba a King. Estaban adiestrando los caballos de Bostil mucho antes de las carreras.

Se supo, por fin, la decisión de los utahs y los navajos, que aceptaban la proposición de Bostil y se disponían a presentarse muy preparados; es decir, según Holley y los picadores viejos, aquello significaba que se presentarían ochocientos indios de cuidado.

-El viejo jefe Hawk vendrá también-anunció Holley a Bostil-. Hace años que no ha estado por aquí. ¿Recuerda usted su colección de potros? Son verdaderos caballos, no mustangs. De manera que hay que estar alerta, Bostil.

Ningún viajero, ni ranchero vagabundo, ni pastor nómada de los que pasaron por el Vado dejaron de prodigar advertencias a Bostil. En parte era una broma; pero la* cosa tenía su aspecto inquietante. El caso era que, un día u otro, King tenía que ser vencido. Bostil era el primero en no ignorarlo, pero se resistía a admitirlo. Las advertencias de Holley le llenaron de preocupación. Casi todas las canas que agrisaban la cabeza de Bostil obedecían a preocupaciones sobre caballos.

El día que recibió la contestación de los indios llamó a su casa a Brackton, a Williams, a Mucie y a Creech. Habían de reunirse por la noche. Éstos eran los hombres que desde hacía años constituían una especie de club, que daba al Vado su mayor importancia. Creech no era ya amigo de Bostil, pero este había sido siempre noble y no quería ahora dar oídos a ciertas rencillas. Holley, el decano de los picadores, era el sexto miembro de la reunión.

Bóstil echaba al hogar, las noches de primavera, un leño de cedro que ardía alegremente, pues en esa estación las noches eran frescas.

Brackton fue el último huésped en llegar. Se mezcló a la reunión sin dignarse responder a las lacónicas palabras de recibimiento que se le dirigieron, y sus ojos, por lo general dulces,

estaban hoscos y delataban alguna preocupación.

-John -dijo-, supongo que no va a aumentar tu afecto por mí por la noticia que traigo, en especial para ti, esta noche.

-¡Cómo, ladronazo viejo! Ni por eso ni por nada he de quererte yo a ti-replicó Bóstil. Pero con estas bromas contrastaba cierto temor que se podía adivinar en su grave mirada. En seguida preguntó-: Di, ¿que pasa?

- ¡No dirás a quien acabo de servir un vaso de whisky!

-No caigo-repuso Bóstil, aunque en su mirada se adivinaba que lo había acertado.

-Pues ha estado en mi tienda el mismo Cordts... con cinco de su pandilla. A dos de ellos no los había visto nunca. Gente de mala catadura. Éstos iban un poco separados. Los otros eran Hutchinson y Dick Sears.

-¡Dick Sears! -exclamó Bóstil.

Mucie y Williams hicieron eco a Bóstil. Holley mostró en seguida un vivo interés. El único que no pareció extrañarse fue Creech.

-Pues no estaba muerto? -dijo Bóstil.

-Así parecía; mas por lo visto, ha debido resucitar -contestó Brackton riendo de extraña manera- Me ha dicho que ha pasado dos años en Idaho, en las tierras del oro; pero que, encontrando muy duro aquel trabajo, había decidido volverse. Y el muy diablo se reía al contármelo. Sin duda estaría acordándose del tren de carros que me robó.

Bostil lanzó una mirada a su viejo picador.

-Bien, creo que no debimos matar de veras a Sears -dijo, como excusándose, Holley-. Nunca estuve del todo convencido.

-¡Santo Dios! Cordts y Sears en nuestro campo-exclamó Bóstil, y empezó a pasearse por la gran habitación.

-No; ya se han ido -aclaró Brackton.

-Cálmese, patrón -dijo Holley, dejando caer las palabras con cachaza -. King y todos los caballos de

carreras están a calvo. Puede jurarse que Cordts no ha de franquear la estacada y la alambrada sin quedar con toda su cuadrilla cogido allí toda la noche. No es fácil tarea, y ellos no están para trabajar. Además, en aquel lugar están Farlane y los muchachos.

Estas razones tranquilizaron a Bostil, que volvió a sentarse; pero las manos le quedaron temblando un poco.

-¿Y Cordts, dijo algo? -indagó Bostil.

-Ciertamente. Estaba muy campechano y habladorcontestó Brackton-. Llegó poco después de anochecido. Dejó un hombre, a quien no vi, a la puerta con las cabalgaduras. Se llevó dos grandes paquetes de víveres. Compró también un poco de cuero y, por supuesto, municiones. Bebió whisky. Traía mucho oro, y ha rehusado el cambio. Luego, mientras sus hombres, menos Sears, trasladaban los bultos, ha estado hablando.

-No te detengas -apremió Bostil.

-Pues me ha dicho que viene de más al norte que Durango, y que allá se habla mucho de un proyecto de ferrocarril que unirá el Este y el Oeste. Esto me parece interesante; pero no tiene para mí gran importancia.

-El Norte no es tan quebrado y abrupto como esto -observó Hollen.

-Nunca se pensó cosa más estupenda para el Oeste -sentenció Bostil-, que si tal ferrocarril se construye, todos nos haremos ricos... Pero continúa, Brack.

-También me ha dicho Cordts que la hierba y el agua están desapareciendo a lo largo de la carretera; en esto coincide con lo que nos dijo Red Wilson la semana pasada. Y por fin me ha preguntado: «¿Cómo está mi amigo Bostil?» Le he contestado que perfectamente, y entonces él me ha mirado amable y pensativo. Yo ya esperaba lo que venía... En efecto, su

nueva pregunta ha sido ésta : «¿Cómo está King?. «Magnífico-le he dicho-, verdaderamente magnífico.» «¿Y para cuándo se preparan las próximas carreras?» A eso le he contestado que no se había decidido todavía, pero que de todos modos no tardarían más de uno o dos meses. Entonces me ha preguntado de repente : «Dígame, Brackton, ¿cree que Bostil me pegará un tiro si me ye?» «Creo que sí., le he contestado. «No me hace gracia la noticia de que... Me han dicho que esta vez el caballo azul de Creech competirá con King ¿Es cierto? Y yo le he asegurado que no lo pusiera en duda, que me lo habían asegurado Bostil y Creech. Al oír estas palabras, Cordts me ha puesto una mano en el hombro y me ha dicho, con unos ojos que tenían ustedes que haber visto: «Yo quiero ver esa carrera... Iré a verla.. «Pues me parece -le he contestado -que tendrá usted que desistir.,, Y entonces, no dirá usted, Bostil, qué me ha dicho. Se ha exaltado, lleno de curiosidad e impaciencia, asegurándome que será ésa una carrera a la que no puede dejar de asistir. Ha hecho juramento de no volver a jugar a usted ninguna mala pasada ni a consentir que ninguno de los suyos se desmande en lo más mínimo en tanto que las carreras no terminen.

A Bostil se le iluminó el rostro.

-Sé muy bien lo que le pasa a Cordts -dijo.

-Bien, el caso es particular. Había asegurado usted muchas veces que el día que se tronara con él le pegaría un tiro -continuó Brackton -, todos lo sabemos.

-¡Sí, le mataré!

Otra vez se ensombreció la cara de Bostil. Su voz cambió de tono. Abrió la boca en un gesto violento y nervioso, y la volvió a cerrar apretando tensamente los labios. Bostil había matado a más de un hombre. Y tales recuerdos eran, indudablemente, tormentosos y espantables.

-Parecía que Cordts confiaba en la eficacia de su palabra para que se creyera en su buena fe. Ha dicho que mandará un mensajero indio para preguntar si ya a poder venir a las carreras. Y yo, permítame, Bostil, que se lo diga, creo que su venida no sería en daño de nadie, siempre que durante esa tregua no deje usted la escopeta de la mano. ¿No es cosa singular? ¡Un bandido que por ver unas carreras se hace buena persona una temporada! ¡Me conmueve! Es una manera de procurarle a poco precio un poco de dignidad a Cordts. El negarse a ello podría ser contraproducente: se irritaría más. Y teniéndolo todo en cuenta, puede que Cordts no sea tan malvado como parece.

-Le dejaré venir -declaró Bostil, respirando profundamente-. Pero va a ser muy violento verle, después de lo que me ha robado y de las amenazas que me ha dirigido. Pero no lo hago por sobornarle a que tenga un poco de honradez, sino porque sé lo que le gusta King, y estoy seguro de las ganas que tiene de verle correr en las pruebas. Eso me basta.

Hubo un momento de silencio, durante el cual todas las miradas se volvieron a Creech. Era este un hombre vigoroso, que había ya pasado el tiempo de la juventud, de rostro poblado de una fina y blanca barba, y ojos hundidos y atormentados.

-Bostil, si Cordts es devoto de King, querrá venir para pasar un mal rato -dijo Creech, con un particular sonsonete.

Bostil dio con sus pesadas botas contra el suelo y lanzó una mirada encendida a Creech. Los demás soltaron la risa, y Brackton intervino diciendo

-¡Conténganse por ahora, muchachos! No saldrá de eso ninguna razón... Quedamos, Bostil, en que está decidido. Dejará que venga Cordts, ¿no es eso?

-Con verdadero placer-declaro Bostil. Y añadió-: Vamos a los asuntos que motivaron esta reunión.

Se sentaron todos, rodeando la mesa sobre la cual Bostil había puesto un recio libro de contabilidad, sólidamente encuadernado, y un pedazo de lápiz.

-Empecemos por fijar la fecha -dijo animadamente-; luego pasaremos a los pormenores...

¿Que día es hoy?

Nadie contestó y todos se miraron, un poco pálidos de asombro.

-¿No estamos en el mes de abril?-se aventuro a decir Holley.

Y no pasaron de ahí. Entonces Bostil dio una voz:

-¡Lucía!

Con ansia, casi alarmada, corrió la joven a donde la llamaban.

-¡Por Dios, me han sobresaltado! ¿Que desean?

-Queremos saber que día es hoy.

-¿Que a cuántos estamos? ¿Y por eso tienen que asustamos de esa manera a la tía y a tí?

-¿Te has asustado? Se trata de algo muy importante, Lucía. ¿Que día es hoy?

-Ha pasado una semana justa desde el último martes -contestó la joven afablemente.

-¡Ah! Entonces hoy vuelve a ser martes -dijo Bostil, apuntándolo trabajosamente-. Pero ahora, ¿que día del mes?

-¿No se acuerda?

-¿Acordarme...? Nunca lo supe.

-Pero, papá, si el martes pasado fue mi cumpleaños; el día en que no quiso usted regalarme un caballo.

-Así es -dijo Bostil, un poco turbado ante aquel reproche-. Entonces era... a ver si me acuerdo.., sí, día 6. Con lo cual hoy será día 13. Estamos a 13 de abril. Muchas gracias, hija. Ve otra vez con tu tía. Nuestras conversaciones sobre caballos no tendrían interés para ti.

Movió Lucía la cabeza y dijo:

-Me temo que luego tendré que aclararlo yo todo.

Y sonriendo se fue.

Bostil reanudó su peroración así

-¿Que les parecen los tres primeros días... esto es... los días 1, 2 y 3 de junio, para las carreras?

Todos los encontraron bien, y Bostil con grandes trabajos lo escribió así. Se procedió después a planear los pormenores. Recordóse que Bostil y Mucie, los dos socios más ricos de la reunión, habían puesto de su bolsillo considerables bolsas y otros premios en anteriores ocasiones. Se mantendría la costumbre de siempre, en todo. Todos los picadores e indios tenían opción a inscribirse en una o en más carreras, con los caballos que quisieran. Pero al ganar una prueba, quedaba el vencedor excluido de las demás. Bostil quería que se adoptase algún acuerdo acerca del peso de los jinetes; pero los demás desecharon esta proposición. Además se harían carreras especiales para los indios, con premios consistentes en sillas. mantas, bridas y escopetas.

Bostil se mostraba muy interesado en ello. Parecía respirar con más libertad; pero se asomaba a sus ojos, traicionándole, un reflejo de inquietud. Cuando puso mayor pasión fue al fijar los pormenores para la carrera de los caballos de primera categoría. Algunos puntos fueron sometidos a votación. Mucie y Williams tenían caballos veloces que podían tomar parte en la prueba; Holley disponía de uno; Creech de dos; era seguro que algunos indios se inscribirían con rápidos mustangs, y Bostil tenía a King y otros cuatro para escoger. Bostil insistía tenazmente en que el recorrido fuese de muchas millas. Todos sabían que Sage King era invencible en una carrera larga y que si alguna probabilidad había de vencerle solo era a corta distancia. La votación fue adversa a Bostil, con gran contrariedad suya, y se acordó que el recorrido en la gran prueba fuera de dos millas.

-¡Pero dos millas...! -repitió varias veces Bostil. Esa es la distancia mejor para Blue Roan. Eso es lo que a é1 le conviene; ¡pero no es equitativo para Ring!

A excepción de Creech, no dejaron de argumentar todos, exponiendo las razones por las cuales encontraban justo aquel acuerdo para la mayoría. Por fin, Bostil accedió, pero estaba

muy contrariado. La causa de ello era el miedo de perder la carrera.

En medio de la discusión, Bostil llamo a Creech aparte. Creech quedo sorprendido, pero era evidente que se alegraba al pensar que podía hacer las paces con Bostil.

-¿Cuánto querría por el roano? -preguntóle Bostil bruscamente, como si nunca hubiesen hablado de esta cuestión.

-¿No hemos tratado ya de ello en otras ocasiones, Bostil? ¿Y no había quedado ya todo zanjado? - repuso Creech, abriendo las manos de manera suplicante.

-Podemos volver sobre ello, pues podría convenirle vender o trocar el caballo.

-Lo siento, pero no puedo.

-Usted necesita dinero y caballo, ¿no es eso? -le dijo Bostil ásperamente, pues no tenía conciencia tratándose de tales negocios.

-Dios sabe cuánto lo necesito -contestó Creech.

-Pues ésta es una ocasión. Le doy quinientos dólares y el caballo Sarchedon.

Creech le miro, como si no hubiera entendido; Bostil repitió su oferta.

-No -replicó Creech.

-Pues le doy mil y además a Plome con Sarch -añadió rápidamente.

-¡No! - dijo Creech, pálido y tragando saliva.

-Pues dos mil y además Dusty Ben.

Era ésta una oferta sin precedentes. Creech veía que Bostil estaba desesperado. Le brindaba una tentación casi irresistible; pero Creech la resistía, era evidente, amparándose en el pensamiento de su caballo fino de remos y noble de mirada.

Bostil no le dio tiempo de hablar, v añadió

-¡Dos mil quinientos, y, además de los otros caballos, Two Face!

-¡Por Dios, Bostil, calle ya! No me puedo desprender de Bine Roan. Usted es rico v no tiene corazón. Nunca lo he ignorado. Al menos conmigo no demostró lo contrario hasta que no fui dueño de dos caballos de carreras. ¿No le pedí a usted hace algún tiempo que me prestase algún centenar de dólares? Era para cumplir una deuda. Y usted no quiso hacerme caso, si no le vendía mis caballos. Y tuve que perder mi ganado, mis corderos. Sigo siendo pobre, más pobre cada día; pero no me desprenderé de Bine Roan aunque me ofrezca por él toda su hacienda.

Creech se sentía más fuerte conforme hablaba v más enérgico cuanto más violento se sentía. Sus ojos se clavaron en el rostro endurecido y pálido de su rival. Alzo un puño y exclamo:

-¡Ah, vive Dios, esta vez la carrera es mía!

Durante aquella semana, Lucia había oído hablar muchas cosas de Joel Creech, algunas de las cuales eran para inquietarla.

Uno de los picadores había encontrado la ropa de Joel junto al camino, y no solo eso, sino que había identificado las huellas de las herraduras del caballo que Lucia monto aquel día, y al punto relaciono una cosa con otra. Añadiendo a esto la aparición de Joel cubierto de una pesada armadura de barro, los picadores casi adivinaban la verdad. La broma era para ellos enorme y Joel Creech sentía muy vivamente el ridículo. Los picadores le hacían la vida insoportable. Se burlaban porque veían que Joel quería tomarse la broma como un hombre, y su resentimiento acabo por ganarle menosprecio de ellos, que extremaban el sarcasmo acumulando un odio amargo en su rencor. Llegó a oídos de Lucia que Joel empezaba a obrar y a hablar de una manera extraña. Se enteró de que el picador Van había derribado a Joel en la tienda de Brackton y le había hecho soltar de un puntapié una escopeta que empuñaba. Van se reía mucho de aquellos rumores, v Brackton no le dio a la muchacha explicación alguna de lo ocurrido en su tienda. Después de eso, ya no supo nada más. Los caminos de la murmuración se le cerraron de repente. Cuando preguntaba a su padre, éste maldecía en una forma que la

desconcertaba y se limitaba a decirle que no se preocupara más por Creech. Además, cuando Mucie concedía libertad a Joel, pues trabajaba a sus ordenes, Lucía se daba cuenta de que al mozo le sucedía algo anormal, y ella se sentía responsable.

Estaba preocupada, llena de ansiedad y de sentimiento, pero procuraba serenarse, y se decidió a descubrir por sí misma lo que pasaba. Todos los días, cuando salía a caballo al campo de salvia, procuraba encontrarlo, o al menos verlo por algún sitio; pero pasaban los días y nunca conseguía su propósito. Una tarde vio a varios indios que conducían un rebaño por la carretera del río, hacia el vado, y cediendo a un impulso imperioso encamino hacia ellos su caballo.

Pocas veces bajaba Lucía al río. Bajar y subir era un trabajo al que los caballos se resistían y a ella tampoco le gustaba. Había que recorrer un camino polvoriento, en el que solía pasarse calor, y los grandes muros que lo limitaban ejercían sobre su ánimo un efecto deprimente. Siempre le había impresionado el sombrío cañón y le había causado miedo el extraño murmullo del río. Pero aquella tarde se fue hacia allá con la esperanza de encontrar a Joel. Tenía un vago propósito de decirle que sentía mucho lo que había hecho; pedirle perdón, y que no volviese a hacer caso a los picadores.

El rebaño levantaba una nube de polvo allí donde la carretera se unía a la orilla arenosa. El leve rumor de las pezuñas del ganado y los balidos se fue desvaneciendo poco a poco. Sin embargo, la nube de polvo continuaba cegando el extremo de la barranca, y Lucía tuvo que obligar a Sarchedon a avanzar por allí. No le molestaban al caballo el polvo ni la arena; pero no sufría el olor de los cameros. Lucía nunca le había hincado la espuela, y en esta ocasión hasta tuvo que fustigarlo. Por fin el animal cedió, dócilmente, pero a la fuerza. Se hubiera dicho, viéndole cómo movía la cabeza, que se extrañaba de que su dueña prefiriese con empeño meterse en aquella desagradable hondonada, a cortar el suave y fresco aire del campo de salvia por la abierta pendiente.

El cauce seco de la barranca con su arena y sus muros calizos se iba convirtiendo en una garganta, donde terminaba la vegetación. La carretera seguía sobre peñas, y los lados de esa garganta se iban elevando hasta privar el paso a la luz. Era una ruta que daba vueltas por la hondonada y que no ofrecía garantías de seguridad en tiempo de tormenta. Lucía había visto rodar por allí rocas enteras de una tonelada de peso, al descargar una de las imprevistas y violentas tormentas del desierto que precipito un torrente de agua y fango y piedras al río.

Aquella parte del camino era corta, pero la alargaba el tener que ir a paso lento. Lucía tenía tiempo de prepararse para vencer la impresión del contraste que se experimentaba allá abajo. Mucho antes de llegar a la salida de la garganta oyó el ruido siniestro de las aguas. El río debía de ir muy bajo, pues de lo contrario hubiera producido un estruendo ensordecedor.

De pronto doblo un recodo y se encontró en un espacio amplio entre rojas murallas, a cuyo pie y a unos cuarenta metros corría el río. Los riscos se elevaban otro tanto sobre su cabeza. El camino bajaba por allí, bordeando el tajo, y a un lado quedaba abierto; así es que se veía enfrente otro cantil agrietado y desigual. Una milla atrás daba una vuelta brusca aquel curso de agua rápido, fangoso y turbulento. A lo largo de la orilla se extendía una faja de arena. Pasada esta faja arenosa, en la boca de otro barranco se descubría un grupo de álamos y sauces que delataban la casa de los Creech. Mirando hacia aquel lado, perpendicularmente, Lucía pudo ver al fondo, y a sus mismos pies, la margen del río. En tan angosta ruta y con un caballo inquieto no podía perder el tiempo recreándose en la contemplación del panorama, y condujo con rapidez a Sarchedon bajo la enorme cresta de roca del precipicio, de cuya amenaza no se podía librar el camino. Ya al final, aparecía una pequeña planicie de medio acre, como en una cueva, donde vegetaban unos pocos sauces ralos, en la base de aquel tajo inmenso. Había luz, pero en una claridad rojiza que amedrentaba a Lucía. No podía sentirse a gusto oyendo el rugido del río que corría a sus ojos, y esta sensación no hubiera cambiado

aunque hubiese reinado allí la luz de las alturas. Como una niña de ocho años, seguía sintiendo siempre verdadero terror y odio por aquel precipicio desgajado lleno de bruma rojiza, de humo purpúreo y del fragor de las aguas impetuosas. Nunca lo había podido vencer. La delicia del sol y el viento, el encanto de la extensión sin límites, la suavidad del campo de salvia, todas ésas eran cosas imposibles en aquella hondonada. Algo formidable e imponente, pesado como aquellas murallas pétreas, gravitaba sobre el espíritu de Lucía. La voz del río ahogaba toda ilusión y ensueño. Allí se sentía la presencia constante de las amenazadoras fuerzas de los elementos, y el Vado parecía hallarse bajo la amenaza de catástrofes fatales para el hombre y los animales.

Lucía hizo acelerar el paso al caballo para cruzar la faja de arena y acercarse a los indios que estaban embarcando las reses en una rústica barca ancha y de poco fondo. No era fácil tarea, pues los animales se espantaban. A pesar del ruido del agua, se oía claramente su balar. Shugrue y Somers, barqueros de Bostil, hundían sus pies hasta las rodillas en la movediza arena, y no era menor el esfuerzo que habían de hacer para andar que para manejar a los corderos. Pero no tardó mucho en estar todo el rebaño a bordo. Saltaron a la barca los indios y los barqueros empezaron a desatracar la pesada nave de la arena. Empuñando luego sendos remos, bogaron contra corriente. Junto a la barca arenosa se formaba una resaca que hacía factible el remar. En medio de la corriente sería temeridad, no ya pretender avanzar sino luchar siquiera con el caudal para no ser arrastrados. El procedimiento que habían de seguir para cruzar era subir en la forma indicada hasta un a modo de cabo formado por rocas que estrechaba el cauce; una vez allí se podía ya efectuar la maniobra de dejarse llevar por la corriente bogando en forma oblicua hasta ganar cuanto antes, la orilla. Con lo sobrecargada que estaba la embarcación eran muchas las probabilidades de que aquella maniobra se pudiera hacer con éxito.

Quedóse Lucía un rato observando el magnífico esfuerzo de los bateleros, que movían los pesados remos, hasta que, de pronto, se acordó del motivo de su excursión al vado y se encontró con que estaba completamente sola a este lado del río. En la ribera opuesta había dos hombres, y Lucía reconoció al punto a Joel Creech y su padre. Luego descubrió también una cuadrilla de indios que cuidaban unos jumentos. Se veía que estaban esperando a que los otros indios cruzasen. Joel Creech salto a un esquife y lo impulso por el agua. El otro hombre a juzgar por sus ademanes, se esforzaba en vano en disuadirle de cruzar el cauce; pero Joel, sin atender a las razones de su padre, empezó a remar junto a la orilla, contra la corriente. Lucía le iba siguiendo con los ojos. Sin duda que la había visto y cruzaba para hablar con ella. Tanto por el hecho de que iba a encontrarse frente a él como porque el encuentro iba a ser en aquel lugar, eran causas suficientes para que Lucía sintiera el deseo de retroceder en seguida. Pero su firme sentido de la lealtad y la franqueza la hizo sobreponerse, y así espero con el solo propósito de persuadir a Joel de que fuese razonable. En el momento en que vio que la barcaza que conducía el rebaño viraba a la vista para cruzar, Joel hendió el centro de la comente con su esquife; pero como la chalana se deslizaba con lentitud, le dio tiempo de pasar por delante. Luego, Joel bogo por la parte baja de la barra y abordo la faja de arena, deslizando junto a ella su embarcación. Rápidamente saltó. Venía descalzo y con la cabeza descubierta; pero no fue eso lo que hizo que a Lucía le pareciese otro.

-¿Me busca a mí? -dijo él gritando.

Lucía le llamó con la mano.

Entonces el mozo se acercó. Era un muchacho alto, delgado, ligeramente encorvado de espalda y piernas, a causa del mucho montar a caballo. Le oscurecía el vello la cara, tenía la boca delgada y fino el mentón, y era notable la penetrante mirada de sus ojos pequeños y de distinto color. El uno era zarco y el otro de un tono avellanado. Sin tener ninguna cicatriz en la cara, era ésta tan angulosa que hacía pensar en alguno a quien un caballo hubiera dado una

coz en el rostro.

Creech se acercó a Lucía con tanta vehemencia que ella no pudo menos de apiadarse. No se acordaba Joel, sin duda, de que aquel caballo le tenía ojeriza. Pero si Lucía también se hubiera olvidado, el mismo Sarchedon la habría puesto sobre aviso porque se le vieron las intenciones al distinguirle.

-¡Cuidado, Joel! -exclamo Lucía, dándole con la fusta al caballo en su negra cabeza. Sarchedon dio un salto y un resoplido e hizo saltar la arena con las patas. Lucía saltó a tierra, ligera como un indio.

-Hágalo estar quieto -dijo Joel, mostrando unos dientes de lobo.

-No; no consentiría que Sarch le hiciera daño. Pero una vez le pego y no lo olvida -repuso Lucía.

La mirada del hombre y la del caballo se encontraron, y la actitud de ambos era violenta. Lucía entonces dejó la brida y condujo a Joel hasta un madero de sacar las barcas que estaba medio enterrado en la arena. Ella se sentó, pero Joel siguió en pie. Ahora parecía más extraño que nunca, porque la miraba con grave preocupación. Lu-

cía advirtió que había sufrido una sutil transformación, pero no acertaba a comprender en que consistía.

-¿Que quiere usted? -le preguntó Joel.

-Me han contado muchas cosas, Joel -respondióle Lucía, tratando de hallar las palabras para lo que quería decirle.

-Lo suponía-repuso Joel, abatido; y se sentó en el tablón abriendo dos hoyos en la arena con sus pies descalzos.

Nunca le había visto Lucía cansado, y le pareció que el saludable color de sus mejillas se había desvanecido un poco. La muchacha le refirió, con cautela, algunos de los rumores que habían llegado a sus oídos.

-Todo eso no es nada para lo que ha pasado -repuso el amargamente-. Los picadores se han burlado de mí hasta la saciedad.

-Pero usted, Joel, no debía tomárselo tan a pecho -dijo Lucía sentidamente-. Después de todo, la broma podía hacerla usted. ¿Por que no había de tomarlo como un hombre, sin darle tanta trascendencia? Si no hubiese puesto en ello tanto amor propio, no le hubieran dado importancia.

-Es posible que hubiera sido mejor. Pero la burla pasó de la raya cuando se referían a lo que me pasó con usted.

Así habló Joel hoscamente. Era indudable que estaba resentido en lo más vivo de su amor propio. Lucía sorprendió unas lágrimas en sus ojos, y estuvo tentada de cogerle una mano y decirle cuán pesarosa se hallaba. Pero se contuvo. No se sentía del todo confiada junto a Joel.

-¿A que fue debida la pelea con Van? -preguntóle de pronto.

Pero Joel, bajando la cabeza, contestó:

-No pienso decírselo.

-¿Le da vergüenza?

Joel dio la callada por respuesta.

-¿Dijo usted algo de mí? -Lucía no podía resistir su curiosidad, y en el fondo de ella había un poco de apasionamiento -. Algo malo debió de ser, pues de lo contrario Van no le hubiera agredido.

-Me golpeó, me echó al suelo-dijo indignado Joel.

-¿Y usted le apuntó con su escopeta?

-Sí, lo hice, y me faltó tiempo para ello en cuanto me levante. ¡Pero entonces me dio con los pies...! Ahora no podemos vivir Van y yo en el Vado de Bostil.

-No diga tonterías. No volverán a reñir ustedes... ¿Quien sabe si no estuvo merecido?

Porque usted suele decir muchas barbaridades.

-No dije sino que me vengaría de usted -confesó por fin Joel.

-¿Y cómo?

-Jure que la acecharía para cogerle la ropa, como me hizo a mí, y así tendría que ir desnuda hasta su casa.

Indudablemente, Joel desvariaba, pero no dejaba de ser sincero. La herida se le había enconado en el alma, y le temblaba la voz de ira.

-Pero yo no voy a bañarme a las balsas, Joel -observó Lucía entre divertida y molesta.

-Pues, aunque así sea, esa era mi intención -respondió brutalmente Joel.

-¿Es absolutamente sincero? ¿No le dijo algo más a Van para provocarle?

-Le juro, Lucía, que eso es lo que le dije.

Le creyó y se sintió como nunca responsable de aquella lamentable situación.

-Lo siento mucho, Joel. Tengo que reprocharme lo que hice. No debí haberme enojado ni jugarle aquella broma de la ropa... ¡Pero usted podía haber esperado a que se hiciera de noche! Ahora, ya de nada sirve el lamentarse. En adelante, si usted se compromete a conducirse como es debido, por mi parte no he de hacer menos. Yo les diré a esos muchachos que la culpa es mía. Les convenceré de que no deben molestarle. Iré a ver a Mucie...

A estas palabras Joel la interrumpió:

-¡No, usted no irá a suplicar nada por mí!

Admiróse Lucía de descubrir en el aquel rasgo de orgullo y dijo para tranquilizarle

-Joel, yo lo haré de manera que no parezca que suplico.

-Usted no le dirá a nadie una palabra de mí-prosiguió el muchacho, a quien el rostro empezaba a congestionársele. Y encarándose con ella, ¡oh, el extraño brillo de sus ojos distintos!, dijo-: Lo que se ha dicho de mí y lo que se me ha hecho, Lucía Bostil, jamás lo olvidare. Ya no sirvo para nada en el Vado de Bostil; seguramente no fui nunca gran cosa; pero siempre tenia algún trabajo y, siempre que lo necesitaba, se me daba algún crédito. Ahora todo se me niega. ¡Soy un inútil! ¡Estoy de más! ¡Y usted tiene la culpa!

-¡Oh Joel l , ¿que podría hacer yo por usted?

-Sólo veo una solución -sentenció el, poniéndose sumamente pálido y con los ojos como chispas, tratando de dominar sus impulsos.

-¿Cuál? - preguntóle Lucia con viveza.

-Cásese usted conmigo. ¡Seria la única lección para esos zánganos l Y es lo único que me compensaría. Así volvería a trabajar en el Vado para siempre. Es todo lo que tengo que decir, Lucia Bostil.

Se veía que hablaba haciéndose violencia. Fue el último momento de dignidad de Joel Creech.

-Pero, Joel -advirtió ella sencillamente-; aunque me sintiera del todo. culpable de su desgracia, me seria imposible casarme con usted.

-¿Por que?

-Porque yo no le amo a usted.

-Eso no tiene importancia, si tampoco quiere a otro.

Lucia le miró con asombro. Él se empezaba a sublevar y a sus ojos asomó su feroz acometividad. La muchacha se levantó del tronco en que estaban sentados, y él le hizo esta pregunta, lleno de pasión

-¿Está enamorada de alguien?

-Eso no es cuenta suya-le contestó Lucia bruscamente. Pero se arrepintió, asustada, porque los ojos de Joel se ensombrecían de una manera desconocida para ella.

-¡Si, quiere a Van! - afirmó el sordamente.

-¡Usted está loco, Joel!

Estas palabras le exacerbaron más.

-Eso es lo que han dado en decir de mi. Y han sido tan malvados, que así se lo han hecho creer a mi padre. Puede que tengan razón... Pero, sea como quiera, ¡yo matare a Van!

-¡No! ¡No! ¡Que disparate! Yo no quiero a Van. Me tiene tan sin cuidado como todos los otros..., como usted.

-¡Miente, Lucia Bostil!

-¿Cómo se atreve a llamarme mentirosa? -le recriminó Lucia-. ¿Conque me escuerzo por congraciarme

con usted, por subsanar el daño que le haya podido causar, y encima me ofende?

-Sus dulces razones... no bastan. No me son de utilidad... ¿Quiere casarse conmigo?

-¡No es esa mi intención!

Al confirmar su negativa, Lucia no pudo dominar ya la agitación de su sangre, y dejó que a su voz y a su mirada llegase la expresión de su menosprecio. Era la primera vez que dejaba ver el ridículo que veía en Joel. Y el efecto de ello fue notable. Como un latigazo sobre una herida descarnada, aquella respuesta le hizo retorcerse. Y lo que más impresionó a Lucia fue la transformación violenta de su gesto y el desvarío que leyó en sus ojos. La muchacha se apresuró a volverle la espalda, no por desprecio, sino por necesidad de huir.

Joel la siguió de un salto y la sujetó con rudeza.

-¡Suélteme! -exclamó ella, mostrándose imperturbable. Pero la brutal presión de aquellos dedos la llenaba de ardiente y fiero enojo.

Joel hizo caso omiso de la súplica, que más bien era mandato. La arrastraba hacia atrás otra vez, pronunciando palabras absurdas e incoherentes, y Lucia se acabó de llenar de miedo cuando volvió a clavar en ella la mirada.

-¡Ha perdido el juicio, Joel! -gritó, y empezó a forcejear y retorcerse para escapar de sus garras. Se siguió una lucha breve, pero violentisima. No le fue posible al mozo retenerla entre los brazos, pero le desgarró toda la blusa, y a Lucia le pareció que lo había hecho con un ensañamiento verdaderamente salvaje. Al fin la muchacha logró librarse de el; pero Joel volvió a abalanzarse sobre ella. Entonces Lucia le cruzó el rostro con la correa del látigo. Este castigo le hizo tambalearse, y por poco se desploma.

Lucia se precipitó hacia Sarchedon y saltó como un rayo a la silla. Joel corrió en pos de ella.

Le brotaba sangre de la cara, y tenia rojas las manos. No era el Joel Creech de antes.

-¡Aparta! -le increpó ella, viendo que iba a interponerse en su camino-. ¡Aparta o te atropello!

El enorme y negro animal, al roce del acicate, saltó caracoleando, dispuesto a partir disparado, y Joel se apartó al instante, perdido el color, mas destacando sobre el las

rojas rayas que la fusta había dejado. Parecía que le colgaba la mandíbula inferior, entorpeciéndole el hablar. Y aun así amenazaba, desalentado y ronco

-¡Me las pagará usted! ¡La esperare en acecho y le rasgare la ropa...! ¡La atare desnuda a un caballo, y así se paseará por todo el Vado de Bostil!

Lucía comprendió que sus mejores intenciones serían estériles. Algo había sacudido la imaginación de Joel Creech. Y ella sentía que toda su ternura cedía a una furia sin precedentes, de que nunca se habría creído capaz. Otra vez hinco las espuelas en los ijares de Sarchedon. El bruto dio un salto, paso como una exhalación por delante de Joel y emprendió una impetuosa carrera cuesta arriba. De otra manera no habría podido Lucía abrirse paso hasta el empinado camino.

IV

Tres cazadores de caballos salvajes acamparon una noche junto a un arroyuelo del Valle de Sevier, a quinientas millas del Vado de Bostil.

Estos cazadores iban pobremente equipados, siendo los caballos lo único excelente que tenían. Eran jóvenes, bien formados, aunque flacos y de naturaleza endurecida en los ejercicios hípicos; estaban bronceados como los indios; su rostro era sereno y sus ojos penetrantes. Dos de ellos parecían estar muy cansados y remoloneaban en el trabajo del pequeño campamento. Así que el frugal yantar estuvo preparado, se sentaron cruzados de piernas alrededor de un viejo mantel embreado, y comieron y bebieron en silencio.

El lado de poniente estaba enrojecido y oscurecía con lentitud. El valle se extendía muy amplio y ondulado, todo él cruzado de bordes y zanjas, y su color rojizo se iba transformando en gris cada vez más profundo. Lo circundaban unas crestas pétreas coloreadas por el arrebol crepuscular, y se alargaba hacia una sierra de escasa altura, dilatada y negruzca.

Era un lugar deleitable, selvático, despejado, y tenía un especial aspecto, indecible, que lo diferenciaba de todos los otros lugares de aquellos desiertos. Daba la sensación de ser un espacio de sucesivas valladas, donde reinaba la soledad y cuyas frecuentes franjas de piedra eran tan claras que aparecían distintamente aun en la penumbra de la hora. La negra sierra, que parecía hallarse solo a una jornada de viaje, distaba unas cien millas.

Pronto cayeron las sombras nocturnas, y al terminar su colación los cazadores, estaba todo oscurecido. La hoguera siguió ardiendo, cada vez más moribunda. Uno de ellos trajo unas ramas de cedro y la reavivo. El fuego salto con la blanca alegría de las llamas y el crepitante crujido especial de esa madera. Empezó a soplar el viento de la noche, gimiendo a través de los ñudosos y pequeños cedros que por allí vegetaban, y arrojaba el humo, fragante a bosque, al rostro de los cazadores, que se hallaban harto fatigados para intentar moverse siquiera.

-Creo que la pipa me ayudará a levantar el espíritu -dijo uno de ellos.

-Trastocado ha de estar tu espíritu para hablar ahora de fumar.

-¿Que quieres decir?

-¡Que mucho será si nos queda de esa preciosa fibra para tres últimas pipas!

-Algo es algo... ¡Eh, Lin, ven acá y nos fumaremos las tres últimas pipas!

El más alto de los tres, que era el que había ido por leña, estaba en pie, bañado por el resplandor de la fogata. Era el verdadero tipo del jinete innato, ligero, flexible, vigoroso, y contestó así a la invitación

-¿Como no, compañeros?

E inmediatamente cogió la pipa que se le brindaba, y sentándose al amor de la lumbre se dispuso a gozar con fruición de aquel placer que sus compañeros creían valía la pena de otorgarse con motivo de cierta resolución que habían adoptado y que bien pronto no ignoro su camarada

-¿Conque esta ronda de tabaco quiere decir que habeis decidido volveros? - interrogo Lin, fijos sus negros y brillantes ojos en el fuego.

-¡Sí, nos volvemos! ... Y Dios sabe lo descansado que me siento solo de pensarlo - contestó uno de ellos.

-Llevamos ya mucho tiempo en esta aventura, y todo fue solo por ti - añadió el otro.

Lin, separando con parsimonia la pipa de sus labios y como temiendo decir lo que pensaba, pronunció esta palabra

-¡Continuemos

-No. Me basta por ahora, y no quiero seguir más a ese animal-contestó Bill rotundamente.

El otro, abriendo las manos suplicantes, miró a Lin como en demanda de comprensión, y expuso estas razones:

-Estamos a doscientas millas. No nos queda más que un poco de harina en el saco. ¡Estamos sin café ! Tenemos apenas una chispita de sal. Los caballos, menos tu gran Nagger, están exhaustos. Ésta es tierra extraña. Y tú sabes muy bien lo que nos ha importado nunca esto, ni de nada, en el Sur. Todo son cañones, y entre ellos, más allá, debe de hallarse el terrible cañón nunca visto por ninguno de los nuestros. Nos han contado, sin embargo, cómo es. ¿Qué cabe esperar en una región tan espantosamente quebrada?

Subrayó, sobre todo, las últimas palabras con suficiencia, como si estuviera seguro de que no cabía añadir palabra. Lin quedó pensativo, muy impresionado.

Entonces Bill, alzando una mano fuerte, delgada y morena en un nervioso ademán, exclamó

-¡Imposible dar caza a Huracán!

Le parecía que este argumento era mucho más convincente aún.

-Tiene razón, Bill, si no la tuviera yo, que también la tengo -volvió a decir el primero -. Hace seis semanas que venimos siguiéndole la pista. Nunca se le ha perseguido así. Ha salido de su tierra, ha dejado su manada, hemos agotado todos nuestros recursos y mañas; pero resulta demasiado listo para nosotros. ¡Eso es un caballo! ¿Por qué emperrarnos en echarle mano? Estoy decidido a volverme, y me alegro mucho de ello.

Se siguió otro silencio, que no tardó Bill en romper, diciendo:

-No creas, Lin, que no me causa sentimiento dejar esta empresa; sinceramente te digo que habría tenido verdadera ilusión en dar caza a Huracán, que es el caballo más formidable que hayan visto mis ojos. Sólo en Arabia se habrá visto cosa igual. Pero ahora ha desaparecido, y no hay más remedio que volver atrás.

-Pues yo, amigos míos, estoy decidido a seguir aún

la pista de Huracán -dijo Lin con el mismo tono imperturbable.

Bill le pronosticó una desgracia y el otro cazador se mostró intranquilo

-Oye, Lin Stone, ¿te has vuelto loco por ese caballón alazán?

-Sin duda -contestó él, y sus dos camaradas notaron que se le dilataba extrañamente la garganta.

Bill miró a su aliado, y entre ambos se cruzó una mirada de inteligencia. Vieron la actitud de Slone con preocupación y movieron la cabeza perplejos, lo mismo que si un amigo acabara de confesarles que estaba enamorado fatal y desesperadamente de una mujer. Era muy propio de caballistas el recibir así aquella decisión y el saber comprender tales sentimientos. Al punto cambió para ellos de aspecto la cuestión. Tres días seguidos habían estado unidos los tres en la empresa de perseguir a un inestimable garañón salvaje y no habían logrado siquiera aproximarse a él. Habían agotado su resistencia y sus provisiones y se veían en la necesidad de regresar. Pero de Slone habíase apoderado la extraña y dominadora nostalgia del cazador, pasión que, si no sentida, era bien comprensible para todo jinete. Y los que hasta ahora habían sido sus compañeros en aquella empresa, comprendían que Slone, o daría caza a Huracán, o perecería en el intento. Y tan pronto como vieron claros sus sentimientos, cambiaron al instante de actitud con respecto a él. Desarrugaron el ceño y desapareció la gravedad de su rostro, al mismo tiempo que se arrepentían de haber hablado de la inutilidad de querer dar caza a Huracán, pues, en aquellos momentos, no debía faltar a Slone el ánimo que necesitaba.

-¿Sabes lo que te digo, Slone? -dijo Bill-. Pues que tu caballo Nagger está tan fresco como al partir.

-¿Cómo? Está mucho mejor ahora, pues le convenía perder un poco de peso - sentenció el

otro cazador -. Oye, ¿tienes un juego de herraduras de recambio?

-Completo, no; sólo me quedan tres-contestó Lin, conciso.

-No importa; con eso basta para que tu caballo vaya calzado. En cambio, el caballo alazán que persigues puede llegar a cansarse de los pies. Entonces cojearía y tendrías una buena ocasión...

-Pero aun así podría Huracán correr por los valles, buscando el blando suelo de hierba-repuso Slone.

-¡Cal -observó su interlocutor-. Se va apartando de su región, y, tarde o temprano, ha de encontrar el suelo de granito y arenisca. Es más, una vez allí puede acabar por desgastarse los cascos.

-¡Y que no tendrá perdida la partida en llegando a la región de las rocas! ¡Válgame Dios, que caballo!

-Decidme, ¿creéis, en efecto, que saldrá de esta región? -preguntó Slone, lleno de ansiedad.

- ¡Que duda cabe! -asintió Bill-. No sería el primer caballo que yo cazara pasada la sierra de Sevier. Y creo, además, que se trata de un animal que tiende a salir a nuevas tierras así que se sabe perseguido.

-Desde luego, saldrá de esta región, Lin - añadió el tercero-. ¡Que rumbo más recto ha llevado estos días! Apostaría a que nos ha visto varias veces. Huracán es casi tan inteligente como un hombre. Nació salvaje, de padres salvajes, y ahí lo tenéis campando a su antojo. Y no hay ser más selvático que un garañón del desierto. Es un ejemplar estupendo, Lin, que se dará a los diablos como le eches el guante. En la sierra de Sevier ha matado a más de un caballo. ¡Un garañón salvaje es un animal que mata! Nunca me gustó Huracán por esta razón. ¿Crees que se dejará embridar y domar?

-Yo lo domeñare -repuso Lin Slone con extraña sonrisa-. Lo importante es encontrarlo. Tengo paciencia bastante para domar un caballo, pero con la paciencia solamente no puedo vislumbrar su paradero.

-No hay que perder la esperanza; tienes razón -agregó Bill-. Puede suceder que al caballo se le desgasten las pezuñas, que se vea metido en un angosto cañón o copado en un lugar difícil, acosado por ti. Es muy fácil que así puedas hacerlo tuyo. Además, con Nagger tienes más probabilidades, porque, dime, ¿se ha rendido alguna vez ese animalito?

-Nunca se me ha cansado.

-¿Y cómo es que lo montas sin que haya sido nunca domado? ¡Fue de ver el año pasado, cuando dimos caza a aquel alazán, cómo le corrí yo mismo más de treinta millas y no paró en todo el trayecto ni dejó de llevar su duro galope! Y no se quebrantó lo más mínimo.

-Conmigo ha corrido más aún - advirtió Bill -. Me ha dado pruebas de que resiste cincuenta millas, y acaso más. ¡Palabra!, y sin dar muestras de cansancio.

-Entonces, no puedes decir que tu caballo este gastado aún. Además, no es nada lento - añadió Bill carraspeando-. Así es que te basta por ahora con el.

-De manera -concretó el otro cazador- que tu plan, Lin, es acorralar a Huracán en algún lugar donde se vea perdido, y echarle el lazo, ¿no es eso?

-No tengo ningún plan. Sólo pienso seguirle como siguen los pumas a los ciervos.

-Estoy seguro, Lin, de que como Huracán te descubra el rastro, le vas a dar que correr. No hay en todo el Utah un ojeador como tú.

Slone aceptó este cumplido con una fugaz sonrisa de duda, que no alteró su sombría expresión. Nada contestó ni sus interlocutores añadieron palabra. Se acomodaron en el suelo arropados y de espaldas a la hoguera. Slone echó más leña y se acostó, apoyando la cabeza en su silla de montar, teniendo por colchón una piel de cabra y por abrigo una manta de la silla.

Los tres se durmieron muy pronto. El viento esparcía arena, cenizas y humo por encima

de los tres hombres dormidos. Se oían cercanos los ladridos de los coyotes, que andaban por la sombra, y del borde del valle venía el débil aullido de un lobo en busca de caza. La noche del desierto se hacía cada vez más negra y fría.

Los hermanos Stewart eran cazadores de caballos salvajes por el lucro que ello les reportaba, explotado como industria y aprovechando las ventas casuales. Pero Lin Slone nunca vendió ningún caballo de los que capturaba ni se lucró a costa de ellos. El entusiasmo del deporte y la atracción del desierto, juntamente con su amor por los caballos, le mantenía en aquel ejercicio desinteresado. Era un caso excepcional de hombre montaraz.

Eran los primeros días del establecimiento en Utah, y sólo los más arriesgados y tenaces exploradores habían osado adentrarse en las tierras del Sur, que era una región desierta. Y con estos llegaron una raza de cazadores selváticos, a la cual pertenecían Slone y los Stewart. Los caballos se hacían tan necesarios, que importaban más que el hombre mismo; y esta circunstancia era un requerimiento imperioso para aquellos solitarios jinetes.

Antes de la llegada de los españoles, en el Oeste no había caballos. Estos colonizadores dejaron o perdieron caballos por toda al extensión del Sudoeste. Algunos de sus caballos eran de origen árabe, de la más pura sangre.

A comienzos del siglo XIX los exploradores y viajeros americanos encontraron innumerables huellas de caballos salvajes que cruzaban las llanuras. Con todo por el largo

cañón eran relativamente escasos los caballos al principio, y esos pocos debieron de llegar de California.

Ni los Stewart ni Slone tenían un sistema especial, único para cazar caballos. No habían practicado lo suficiente aquel ejercicio para llegar a procedimientos definitivos. Cada caso exigía una nueva maña, y habían de hacer muchos intentos para que uno diera resultado.

Uno de los sistemas más empleados por los Stewart era buscar una aguada favorita de los caballos, o caballo, que se quería apresar, y rodear la hoya con una valla dejando la entrada justa para dar vaso a la presa. Los cazadores se quedaban de noche al acecho, y si el caballo o los caballos entraban a beber, entonces se apresuraban a cerrar con maderos la abertura. Otro procedimiento consistía en correr a los caballos perseguidos hacia las mesetas o planicies altas que solo tuvieran un camino de ascenso y otro de bajada, y bloquear estos caminos. Luego abrían determinados huecos en el bosque, cortando algunos troncos, y allí procuraban acorralar al animal y reducirlo. Otra manera, descubierta por casualidad, era rozar de un tiro el pescuezo del animal, con lo que se amedrentaba. Eso se llamaba «cazar quebrado.», pero era muy inseguro y, de cualquier manera que se hiciese, por cada caballo que se cobraba se mataban diez.

Lin Slone ayudaba a los hermanos Stewart en sus batidas, pero no tenía predilección por sus estilos de cazar con trampa.

Tal vez el haber tenido la suerte de cazar algunos caballos extraordinarios de manera también extraordinaria había estropeado a Slone. Siempre se empeñaba en empresas que los otros calificaban de imposibles. Era un jinete que no conocía el miedo; pero tenía el defecto de que siempre quería conservar el caballo que montaba y que le causaba una dolorosa contrariedad ocasionar la muerte de un caballo perseguido. Prefería cazar solo, y solo iba en nos de Huracán cuando los hermanos Stewart se le habían unido,

Al día siguiente, Lin Slone se despertó y recogió la manta. Pero no había madrugado bastante para despedirse de los Stewart. Éstos se habían ido ya.

Aquello le sorprendió y le dio una sensación de alivio. Le habían dejado más de la mitad de las provisiones, y tal vez para poder hacerlo así sin que el protestara se habían ido antes. Le conocían bien y sabían que no lo habría aceptado. Y, además, les debió dar un poco de vergüenza el retirarse vencidos mientras él perseveraba. Fuera como fuese, se habían ido sin entretenerse siquiera en tomar el desayuno.

La mañana era fresca y bastante clara, aunque soplaba aire tormentoso y al Este, por encima de la cordillera de tonos metálicos, el cielo se iba encendiendo.

Slone dirigió la mirada hacia poniente, que era el lado por donde se habían ido sus compañeros, y no vislumbró nada que se moviera en toda la extensión salpicada de cedros.

« ¡Adiós! », dijo, y se despidió así de aquella tierra a la vez que de sus amigos.

«Creo que tardaré en volveros a ver, tierras y pueblo de Sevier, y ¡quien sabe si no volveré más! » Así monologaba. Nadie sentiría su desaparición, a no ser la vieja madre Hall, que se mostró muy cariñosa con el en las raras ocasiones en que anduvo por el desierto. Y, sin embargo, no dejaba de experimentar cierta nostalgia al contemplar el panorama del Oeste por encima del rojo valle. Slone no tenía hogar. Sus padres habían perecido en una matanza que los indios hicieron en un ataque a una caravana de carros, y el fue uno de los pocos supervivientes, siendo luego trasladado a Salt Lake. Esto sucedió cuando tenía diez años. Desde entonces su vida fue muy dura, y a no ser por una vigorosa cultura física de sus primeros años, no hubiera sobrevivido. Hacía cinco años que era cazador de caballos en las altas tierras desiertas de Nevada y Utah.

Slone se fijo en el paquete de provisiones. Los Stewart habían partido por igual la harina y el trigo tostado y, si no se engañaba, le habían dejado más de la mitad del café y toda la sal.

«Veo que Bill y Abe tienen conciencia -dijo con pena-. Pero me parece que iré mejor sin tanto estorbo.»

En seguida se arrodilló para encender la lumbre y prepararse el desayuno. A mitad de su tarea se iluminó el cielo de un rosa subido. Lin Slone interrumpió su trabajo para levantar los ojos.

El sol se había elevado del todo sobre la sierra oriental, y Slone, respirando profundamente, lanzó una exclamación. Acababa de transformarse el color oscuro y acerado del desierto, donde soplaba un vientecillo frío. Ahora aparecía como un mundo de tierra encarnada, de doradas rocas y de purpúreos campos de salvia, y aquí y allá se veían los inacabables y desparramados cedros verdes. La brisa hacía crepitar suavemente la fogata. Sintió la tibia caricia del sol en la mejilla, al mismo tiempo que oía el silbante resoplar de su caballo.

-« ¡Hola, viejo Nagger!»,-dijo. «Ya no te seguirán esta mañana los otros dos caballos.»

Y en seguida se dirigió a los cedros, entre los que andaban Nagger y el mustang que le llevaba el equipaje. Nagger pacía en un pequeño espacio que formaban los árboles, pero el mustang había desaparecido. Como si Slone hubiera visto hacia donde había ido, fue directamente a encontrarlo. El caballo de carga cojeaba; pero era uno de esos animales, que, cojos y todo, soportan inacabables marchas. Slone vio en seguida que el caballo no se podía haber alejado mucho, por cuanto la hierba de aquel paraje era fresca y buena. Pero en un país de caballos salvajes no era muy prudente dejar sueltas las cabalgaduras. La llamada de sus hermanos del desierto era irresistible. Pero el caballo de carga de Slone no se había apartado de un boscaje de cedros, y moviéndose con todos sus renques subió una cuestecilla conducido por Slone, de vuelta al lugar donde habían acampado. Nagger lo vio detrás cuando oyó que su dueño lo llamaba.

El caballo Nagger era único en su genero, de la misma manera que Slone era excepcional entre los jinetes. Nagger parecía de varios colores, pero en él dominaba el negro. Era velludo, casi lanoso como un cordero: grandón, huesudo, nudoso, largo de cuerpo y de patas, y tenía una cabeza propia para embestir, como de caballo que entra a la carga en la guerra. No tenía estampa de caballo veloz. Más bien daba la impresión de algo lento y pesado, que le hacía parecer fuerte y resistente como un elefante.

Slone separó el bagaje de silla y los arreos. Éstos estaban casi vacíos. Ató el lienzo embreado sobre el lomo del caballo y haciendo un pequeño bulto con los víveres que le

quedaban, los sujeto por una punta al lienzo. Puso la manta en la silla. De los utensilios que dejaron los Stewart, sólo escogió dos sartenes de largo mango. Todo lo demás lo dejó. En las bolsas de la silla le restaban algunas herraduras de recambio, varios cabos, municiones para el fusil y una navaja de recia hoja.

« ¡Gran equipaje para meterse en una tierra desierta! », murmuró. Slone no solía hablar consigo mismo, y cuando lo hacía se dirigía a la vez a Nagger. Iba a proseguir una larga aventura de caza, de la que acaso no regresara, y por tanto no le convenía llevar peso.

Montó y guió al caballo por el suave declive que bajaba por el valle y que tenía enfrente la chata y negra cordillera del Sudeste. Y apenas llevaba recorridos unos setenta y cinco metros detuvo a Nagger y se agachó, sin apearse, escudriñando el suelo.

En la arena endurecida aparecía claramente impresa una hilera de huellas de cascos de caballo. Éstos estaban impresos de tal manera, que se veía bien su forma alargada, casi oval, de una simetría perfecta, y a Lin Slone le parecieron preciosas. Las observó un rato, luego levantó la cabeza y dirigió la mirada a lo largo de la llanada del valle, a las mesetas de la negra sierra lejana, y aun más allá. Fue la misma mirada que los indios lanzan a una tierra extraña. Slone saltó después del caballo y miró, arrodillado en el suelo, con gran cuidado, las huellas que había descubierto. En los moldes había entrado un poco de arenilla, que en parte estaba mojada y en parte seca. No se precipitó en estas observaciones, y hasta echó un poco de arena de fuera en las marcas de los cascos, para comprobar la diferencia con la que había entrado ya. Por fin se puso en pie y se acercó a Nagger.

-Creo que habríamos discutido en balde esta mañana con Abe y Bill», dijo lleno de satisfacción. «Huracán paso por aquí anteayer, a la madrugada.»

En seguida volvió a montar y puso a Nagger al trote. El caballo de carga seguía con una presteza que revelaba lo poco que le atraía quedarse solo.

En las claras e inconfundibles huellas de Huracán había un atractivo irresistible para Slone. Ya muy lejos, en aquella subida interminable, encontró al borde de una zanja.

unas huellas que le revelaron que Huracán se había detenido allí para retroceder.

-¡Ah, Nagger! -exclamó Slone, victorioso-. ¡Mira! Ha estado mirando hacia atrás. No sabe si todavía le seguimos. Está inquieto. Pero seguiremos separados de él por una jornada.»

Ya estaba el sol caído hacia poniente cuando Slone llego a los cedros. Lanzo una ojeada hacia atrás sobre las cincuenta millas del valle y los taludes y tajos de tierra encarnada. Parecía que cada una de las huellas del caballo le revelaban alguna cosa. Desde allí gozo de la sensación de las alturas aumentada por el fresco aliento riel aire que le llegaba impregnado del aroma de los cedros y los enebros.

A una milla al frente veía alzarse una prominencia sonrosada y gris, llena de hendiduras con hileras de cedros al borde de las mismas. Creyó que aquellas quiebras eran bocas de cañones, por lo cual se desvió. El rastro de Huracán conducía a la boca de un angosto cañón de paredes altas y casi verticales. Nagger olfateo levantando la cabeza, pues percibía la proximidad del agua, y se puso a relinchar. Las huellas de Huracán conducían a un lugar a: pie de uno de los tajos donde brotaba un manantial. También se veían huellas de pumas de los montes y de caza menor.

Allí hizo alto Slone. Su caballo estaba cansado; pero luego de beber en abundancia se tumbo en la hierba tan reposado como si acabara de empezar la excursión.

Después de comer, Slone cogió su fusil y empezó a buscar algún ciervo. No vio ninguno. Encontró muchas huellas de patas de puma, y descubrió con cierto miedo un sitio donde un puma había empezado a seguir a Huracán. Éste había estado paciendo aquí y allá la hierba del cañón, y se sentiría dispuesto a salvar muchas millas en una sola noche. Slone reflexionó que, siendo escasas las probabilidades que tenía de alcanzar a Huracán, siempre eran mayores que las que pudiera tener un puma. Huracán era el más malicioso de todos los animales: era un

caballo de la selva. Su velocidad y su resistencia no admitían comparación; su olfato competía con el de aquellos animales que lo tienen como sentido más agudo para avisarles de todo peligro, y por lo que respecta a la vista, Slone creía que no había animal con pezuñas, a no ser el coraele, acostumbrado a las cumbres, que alcanzase a ver más lejos.

Preocupaba un poco a Slone el encontrarse en una región frecuentada por pumas. Nagger se mostraba muy nervioso, cosa extraña en él. Slone ato a los dos caballos con gruesos ronzales en un sitio de abundante hierba. Luego echo un tronco de cedro al fuego y se durmió. Al despertarse e ir al manantial, no dejo de contrariarle el ver que los ciervos habían estado allí de madrugada, bebiendo. Era evidente que había muchos. Una región de pumas lo es también siempre de ciervos, a los cuales siguen aquéllos.

Slone recogió sus aparejos y se puso en marcha antes de que sol enrojeciese las paredes del cañón. Llevaba los caballos al paso. De vez en cuando veía señales de como había avanzado Huracán. El cañón se iba estrechando, sus paredes decrecían, y la hierba era cada vez más abundante. El terreno, en cambio, ascendía de continuo. No encontró Slone el menor indicio de que por allí hubiesen andado nunca otros cazadores que los indios. El día era agradable, templado y despejado. De vez en cuando soplaba una suave brisa que traía y llevaba los aromas del cedro y de las piñas, y un dulce olor a pinos y salvia. Cada vez que doblaba un recodo esperaba con ansiedad descubrir el verdor de los pinos o el gris de la salvia. Hacia media tarde, llegaron a un lugar por donde Huracán había pasado al trote; guió a Nagger por aquella vereda, y al ocaso llego a lo alto del cañón, donde éste se convertía en un barranco sin profundidad apenas. Y por fin doblo otro ángulo para perderse en un llano donde los pinos, esparcidos, sobresalían sobre los cedros, y los abetos de verde oscuro y plateado sobresalían por encima de los pinos. Allí crecía, a trechos, la salvia, fresca y de penetrante olor, y se formaban cintas de pálida hierba. Era el límite de un bosque. Las huellas de Huracán seguían adelante. Slone llego por fin a un grupo de pinos donde encontró restos del fogón de un campamento y varias flechas de punta de sílice. Probablemente habían estado allí algunos indios, procedentes del lado a donde se había encaminado Huracán. Esto le animo porque donde los indios podían cazar, también podía hacerlo él. No tardo en penetrar en un bosque donde los cedros, los abetos y los pinos estaban muy apretados. De pronto descubrió un débil camino que apenas si era una línea casi imperceptible aun para ojos prácticos. Pero era un camino, y Huracán había ido por allí.

Slone se detuvo por la noche. El aire era frío y la humedad que se notaba hacía suponer que habría nieves depositadas no lejos de allí. La hierba estaba va cubierta de rocío. Descargó a los caballos y le colgó a Nagger una campana al cuello. El sonido de la campana podía asustar a los pumas que nunca la habrían oído. Luego encendió fuego y se preparó la comida.

Hacía ya mucho que había acampado en la alta montaña, entre los pinos. El susurro del viento le causaba la grata impresión de la música. Allí comenzó a experimentar augurios para la captura de Huracán. Empezaba a internarse en una región extraña y hermosa. ¿Cuánto tardaría en darle alcance? Eso no le importaba. No estaba dormido, pero aunque así fuera se habría dado cuenta de que le era necesario tener paciencia hasta que dejaran de oírse los gañidos de los coyotes que le rondaban, detenidos por el fulgor de la fogata. Tanto se le acercaron, que llegó a percibir sus grises siluetas en la sombra. Pero de pronto vio que, cansados de acecharle, se alejaron. Después de lo cual, el silencio que reinaba, sólo interrumpido por los rumores y el aullido del viento, se le hizo delicioso. Se había libertado por completo del vago pesar que antes había sentido y se olvidó de los Stewart. Tuvo la sensación de su absoluta libertad; estaba solo, y nada había dejado tras de sí que le atrajera, sino que le esperaba en perspectiva una vida libre, emocionante, incomparable. En aquel momento se oyó, mezclado al susurro del viento, el largo lamento de un lobo. Pocas veces había tenido ocasión de oír el grito de esos merodeadores de la noche. No se concibe cosa más

impresionante. Ninguna voz podía infundir en el corazón del explorador aquella sensación de inmensa soledad en medio del desierto.

V

De madrugada, cuando el paisaje era aún completamente gris y los grandes y oscuros pinos se levantaban como sombríos espectros, a Slone le despertó el frío. Tan ateridas tenía las manos, que a duras penas pudo encender un poco de fuego. De pie, junto a la fogata, se calentó las manos, extendiéndolas sobre las llamas. El aire era hiriente, límpido y fino, y trascendía de suave manera a heladas fragancias.

Rompió la aurora cuando se hallaba a medio desayuno. La blanca escarcha cubría el suelo y crujió bajo los pies de Slone cuando este se dirigió en busca de sus caballos. Entonces vio huellas recientes de ciervo. Regresó al punto a donde había acampado, en busca del fusil, y volvió a ir por los dos caballos, pero atento a si se producía alguna señal de hallarse alguna pieza de caza por las cercanías.

El bosque se abría como un parque, pero en aquel claro de la selva no había ni árboles caídos ni rastros de hogueras. De pronto llegó a un espacio en que no se veía ni un árbol. Allí estaban paciendo Nagger y el caballo de carga en compañía de una manada de ciervos; pero el tamaño de éstos le sorprendió grandemente. Los ciervos que había cazado en la sierra de Sevier eran mucho más pequeños. Estos otros eran sin duda una variedad de la familia de los alces y eran tan confiados que no se movieron y se quedaron mirándole con las orejas en punta. Era cruel matar a uno de aquellos animalitos, que se mostraban tan mansos ; pero Slone tenía hambre y un largo y duro viaje que hacer. Disparó contra un macho, que al sentirse herido saltó y quiso seguir a la manada; pero cayó en la linde de los árboles. Slone le cortó un anca; después condujo sus caballos al lugar donde había acampado, y allí hizo sus atadijos y ensilló los animales. En seguida partió, reanudando la marcha por la vereda imperceptible.

Una prueba de lo salvaje del país que estaba cruzando fue el oír, en cuanto se internó por la espesura, que los coyotes se disputaban la presa del cadáver del ciervo cazado minutos antes.

De pronto vio las huellas de un puma, que habría pasado el día antes, y le llamó la atención el observar que aquellas pisadas no dejaban de seguir las huellas de Huracán. Recorrida una milla aproximadamente, se convenció de que el puma había perseguido al caballo, y le encogió un rato el corazón. Había concebido ya un gran afecto por aquel caballo, al que ya consideraba como suyo, a pesar de la incomodidad de aquella exploración para alcanzarlo.

El suelo aparecía en aquel lugar de la selva perfectamente llano. Había frecuentes manchas, como obleas, de nieve. Por fin, estas se multiplicaban y se extendían hasta perderse de vista. El piso de nieve era blando y dificultaba la marcha. Slone cruzó centenares de rastros de ciervos, y con frecuencia el camino que iba siguiendo se convertía en una verdadera vereda de ciervos.

Al pronto, parecióle ver que, al fondo de una de las grandes naves formadas por las bóvedas de las ramas de los gigantescos pinos, se destacaba algo que parecía un precipicio amarillento, muy distante, cosa que le llenó de perplejidad, y conforme avanzaba fue viendo que el bosque se desvanecía por completo en un lugar determinado. Los árboles estaban tan espesos que no le dejaban ver claro y el camino se ponía tan blando que tuvo que detenerse y

aun ayudar a su caballo, pues se le hundía en el barro y la nieve. Volvía a haber cedros y piñoneros que obstruían aún más el camino.

De repente, Slone se encontró de extraña manera en un lugar luminoso, amplio y vacío, donde soplaba el viento. El caballo se detuvo en el acto dando un resoplido. Slone lanzo una mirada al frente. ¿Se hallaba en el fin del mundo? Un abismo, un cañón, se abría a sus mismas plantas, y era de tal grandeza aquel panorama, que no admitía comparación. Su aguda pupila de hombre del desierto midió las perspectivas en su tremenda grandeza, antes de que su misma razón asombrada midiera el alcance que aquello tenía. Otra mirada oteadora, más lenta, le empezó a hacer aún más atractivo aquel espectáculo, descubriéndole gigantescos y escalonados tajos y amarillas laderas, salpicadas de cedros, que conducían a unas grietas y simas abiertas en la roca, llenas de una niebla purpúrea, y que a su vez conducían a una tierra desgarrada y peñascosa, desnuda, cegadora e irregular, con mesetas, riscos y despeñaderos, pero llena a su vez de luminosidad y rareza bajo los resplandores de la mañana, sumida en un silencio y un sueño como de muerte.

Aquel era el Gran cañón que, más que una realidad, le había parecido siempre una ilusión de cazador. Los ojos de Slone abarcaron de una manera confusa el gran espectáculo, y sin saber cómo se los encontró llenos de lágrimas. Se los enjugó y volvió a mirar con insistencia, lar gamente, hasta sentirse fundido en la amplitud, en la grandeza y en la vaca tristeza del panorama. Ningún espectáculo le habla impresionado como aquel cañón, por más que los Stewart habían procurado prepararle.

Únicamente la pasión que sentía como cazador de caballos podía hacerle recordar el propósito de su exploración. El camino de los ciervos descendía por una grieta del precipicio. Sólo se veían algunas gradas de esta vereda, camino transitable aunque algo cubierto de nieve. Pero era tal la profundidad del precipicio, que Slone casi sentía vértigo y retrocedió, aunque tan acostumbrado estaba a los caminos de la selva. Al ver de nuevo indistintas huellas de los pies de Huracán volvió a sentir su antiguo entusiasmo.

«Esta tierra es buena para ti, Huracán», murmuró Slone, a mismo tiempo que se apeaba del caballo.

Empezó a descender llevando a Nagger de las riendas. El otro caballo les seguía. Slone se arrimaba al muro, temiendo que los caballos resbalasen. Al principio la nieve estaba dura y no había peligro. La senda que bordeaba el precipicio se fue haciendo más ancha, hasta convertirse en una cuesta cubierta de cedros, piñoneros y manzanos silvestres. Esta abundancia de árboles empezó a dificultar el descenso, pero en cambio, al menos para Slone, alejaba el peligro. No se podía parar. Una vez en marcha, los caballos tenían que seguir andando. Slone comprendía que era imposible volver a subir mientras hubiese la nieve. La vereda seguía zigzagueando cada vez más honda. No tardó en ver que el inmenso y amarillento muro del precipicio se levantaba verticalmente sobre su cabeza. La nieve empezó a ser más delgada y blanda. Los caballos empezaban a resbalar. Se echaban hacia atrás. Por suerte, la pendiente empezó a ser menos rápida y ya Slone podía ver que más abajo era casi horizontal. Con todo, todavía era posible una desgracia. Slone no se apartaba de Nagger y lo ayudaba cuanto podía. El caballo de carga patinó y fue rodando hasta detenerse gracias al tronco de un cedro. Slone llegó hasta el y lo ayudó a levantarse. También el gran Nagger comenzó a resbalar. La nieve y las piedras sueltas se deslizaban a su vez, y a Slone le ocurría lo mismo. Aquel pequeño alud se detuvo, y entonces Slone tiró de Nagger sin interrumpir el descenso, y pronto llegó al pie de la cuesta. Entonces levanto los ojos y vio que había bajado muy de prisa aquella pendiente que lo menos tendría mil pies de longitud. Los cedros y los piñoneros eran lo bastante numerosos para formar un bosque. La nieve no se veía ya más que a trechos y luego desaparecía por completo. Pero la marcha seguía siendo muy difícil porque los caballos se hundían en una tierra blanda y rojiza. Poco a poco, el terreno se fue secando

Librodot

hasta endurecerse. Slone se aparto de los cedros hacia un lugar que era como una planicie cubierta de hierba bordeada por el camino verde y blanco al pie del precipicio y desde la que, al otro lado, se veían los terraplenes y los tajos lejanos. Allí el panorama se reducía. Slone se encontraba ya en el primer tramo del Gran cañón y veía claramente la vereda de los ciervos, camino muy bien trillado que reanudaba el descenso. Ya al pie de la cuesta, Slone llego a una profunda grieta por donde se hundía el camino. Era el nacimiento de otro cañón. Su vista, al recorrer las rocas desnudas y desgastadas, alcanzaba a ver un terreno todo erosionado y socavado por la violencia de las inundaciones. El camino pasaba por delante de varios cañones como aquel, que surcaban el gran macizo del cañón principal y luego, bajando por el lado izquierdo de la pendiente, dejaba de pronto el descenso para ascender hasta otro macizo más alto. Allí había matorrales y hierbas y grandes extensiones de salvia, de tan penetrante olor, que Slone hubo de aspirarlo con deleite. Y siguió bajando, para llegar esta vez a un arroyo que corría entre sauces. Los caballos bebieron mucho, y Slone se refresco a su vez. Hacía un sol muy fuerte. Se respiraba el aroma de unas flores invisibles y se oía el rumor de una oculta cascada. De vez en cuando se cerraban las perspectivas, pero a veces se mostraban a sus ojos por alguna abertura y veía a lo lejos algunos promontorios rojos y encendidos por el sol. Era un extraño lugar, un lugar silencioso en medio de aquellas latitudes cubiertas por velos brumosos. El tiempo pasaba de prisa. Hacia el declinar de la tarde, Slone empezó a trepar en dirección a un promontorio que parecía como un istmo de unión entre el lado izquierdo del cañón y una gran meseta, dorada en sus bordes y orlada de pinos, y que al paso que se avanzaba se iba haciendo más alta. Pero Slone no había salido todavía de la garganta que a esa meseta le conducía, y al anochecer se hallaba más sumido en lo hondo que nunca. Gracias a los reflejos de Poniente de que se teñían los altos bordes de los tajos que gigantescos se alzaban sobre el, se percató de que el sol se ocultaba tras el horizonte. La cuesta subía gradualmente hacia aquel brazo de tierra que conducía a la meseta, v Slone, al llegar a un manantial y a los primeros pinos, decidió hacer alto y descansar. El caballo de carga apenas podía seguir andando.

Condujo los caballos a un prodigo y lujuriante herbazal que crecía junto a la fuente, y desato su equipaje. Cuando las sombras vencieron al crepúsculo y mientras Slone estaba cenando, Nagger empezó a relinchar de miedo. Slone vislumbro el paso fugaz de una silueta gris, como de pantera, y disparo rápidamente un tiro, sin acertar. La sombra se deslizo en la oscuridad.

«Perfectamente; estoy en tierra de pumas.» Así se dijo, y se dedico a encender una gran hoguera al otro lado de donde tenía los caballos, para ampararlos contra las fieras entre dos fogatas. Cortó a tiras toda la carne que le quedaba, y se entretuvo cosa de una hora asándola. Luego se dispuso a dormir, diciéndose: «¿Dónde estará esta noche Huracán? ¿Estaré ya más cerca de el? ¿Adónde se dirigirá?»

La noche era templada y tranquila. En el precipicio era negrísima, y, en lo alto, de un azul aterciopelado con estrellas de blanco fulgor. Pareció a Slone que se percataba mejor de todo lo que pasaba alrededor suyo y tuvo una agradable y más profunda sensación que nunca de soledad. El sueño se apodero al fin de el y la noche se le fue como un soplo. Al despuntar el alba gris, se levantó con una sensación de frescor.

Los caballos reposaban. Nagger resopló lanzando un relincho de salutación al alba. Era evidente que los dos animales habían pasado una noche tranquila. Slone descubrió las huellas de un puma junto al manantial y en los sitios arenosos. En seguida se puso en marcha hacia el largo terraplén que conducía a la meseta. Le interrumpía el paso, haciendo dificultosa la marcha, la abundancia de chaparros. Le había parecido que no estaba muy lejos aquel brazo de tierra que comunicaba con la meseta, pero no resultaba así. Y por todas partes aparecían pinos enmarañados y rocas que hacían cada vez más difícil el averiguar lo que venía. Pero una

Librodot

vez en lo alto, vio que aquella franja de tierra era como una cinta estrecha y de bordes curvados que acababan en dos declives.

Delante mismo de Slone, y al fondo, se abría el cañón, cegador y magnífico, entre crestas y laderas bañadas por el sol matutino sobre la bruma humosa y sombría que llenaba las misteriosas hondonadas.

Costaba un gran esfuerzo de voluntad el no quedarse contemplando el panorama. Pero Slone se sobrepuso para seguir entregándose a la ingrata tarea de la persecución que había emprendido. La senda que llevaba abajo era un camino de indios, que utilizarían estos una vez al año; también pasarían de seguro por ella los animales salvajes. Era un vereda sumamente empinada y áspera. Huracán había pasado y repasado por la margen angosta de aquel camino, marcando repetidas huellas antes de seguir adelante. Slone creyó que el extraordinario garañón se habría impresionado ante aquella tremenda y quebrada hondonada; pero que al fin se habría decidido a salvarla para interponer tan grande barrera entre el y sus perseguidores. No podía Slone atribuir a Huracán menos inteligencia. Entonces se apeó y empezó a conducir a Nagger de las riendas. El otro caballo, con su carga, rezongaba. Resoplaba, relinchaba y piafaba; pero no quería quedarse solo, y eso le hacía seguir.

La vereda continuaba descendiendo entre los cedros que bordeaban un precipicio. Slone se percataba de ello, sin necesidad de mirarlo. No ponía su atención más que en la senda por donde hacía ir al caballo. Sólo un indio podía descubrirla, y resultaba cruel hacer que un caballo la siguiera. Pero Nagger era resistente, estaba muy bien calzado y era capaz de meterse por todas partes donde su amo lo llevase. Poco a poco, Slone iba salvando aquel mal paso. Era una empresa dura, difícil y peligrosa, pues no se podía andar despacio. Matorrales y rocas, pizarra suelta y pendiente resbaladiza; largos e inclinados trechos de tierra arcillosa y amontonados pedruscos; todo ello hacía muy arriesgada la marcha por aquel sendero zigzagueante, que bajaba entre cedros y medía varias millas. Por fin la senda entraba en un lugar que parecía un barranco.

Y el barranco se convertía en un cañón. Al comienzo del mismo había un depósito natural de agua, seco y lleno de grava y piedras. Parecía que se abrían las entrañas en la

tierra, y se dejaba de ver la fuente, pero del pie del tajo brotaba agua. El hilillo del manantial, nutrido por varios arroyos, se convertía en un riachuelo. Era una hendidura, una profunda hoz que al principio era caliente, seca y pelada, pero que se iba haciendo agradable conforme la sombra la refrescaba, y se iba cubriendo de exuberante vegetación, de flores, de musgos ambarinos, salpicados de cálices de plata. El color de las rocas había cambiado de amarillo en rojo profundo. Cuatro horas de avanzar por vueltas y revueltas, descendiendo interminablemente, rodeando peñas y terraplenes y por las quebradas del terreno más inconcebibles, habían acabado con el caballo de carga ; y Slone, apiadado, lo dejó en una larga embocadura del cañón donde nunca faltaban el agua y la hierba. Allí se detuvo Slone al mediodía y dejó a Nagger que comiera cuanto apeteciese. A pesar de la continua marcha que habían llevado, los tres días que hacía que andaban por tierras abundantes en hierbas le habían probado muy bien a Nagger. Estaba gordo, y Slone no le había sorprendido todavía descansando. Nagger tenía la fortaleza del hierro. Slone dejó en aquel lugar todo su equipaje, menos lo que llevaba en la silla, el saco que contenía las pocas libras de carne que le quedaban y las dos sartenes. Ató el saco a la parte posterior de la silla y reanudó la marcha.

De pronto llegó a un sitio donde Huracán había cambiado de rumbo para meterse por un cañón lateral. La salida de la hondonada fue muy dura para Slone, aunque para Nagger no lo fuese. Una vez en lo alto, Slone se encontró en una amplia y despejada meseta de roca encarnada que reflejaba violentamente la luz y en la que crecían chaparros y cactos. Aquella planicie tenía una superficie de varias millas de anchura y la cerraban unas grandes murallas de roca rojiza. El sol del mediodía quemaba atrozmente y barrió la planicie una racha de

Librodot

viento como el vaho de un inmenso horno, cargado de polvo rojo. Slone siguió a pie, aunque por allí ya podía haber ido montado. Y avanzó varias millas por las ondulaciones de aquella áspera meseta. Los grandes tajos del lado opuesto del cañón se agigantaban, cada vez más cerca.

«¿Que habrá en el fondo de esa abertura de la tierra?», se preguntó Slone.

Por allá corría sin duda el gran río del desierto, que él no conocía. ¿Habría retrocedido Huracán al llegar allí?

Slone recordó sonriéndose lo que tantas veces haba dicho de Nagger, es decir, que tenía algo de pez y de pájaro. Huracán no se escaparía.

Aquí y allá alteraban la monotonía de la planicie algunas pitas mezcales aisladas con sus largas lanzas amarillas. Y Slone fue dejando el suelo, que al principio era de roja arena y grava, para pisar sobre pizarras, después de las cuales el terreno era de roca encarnada. Por primera vez, después de siete días, desaparecieron las huellas de Huracán; pero Slone había descubierto ya la dirección que emprendiera, bajando por la planicie a cuyos lados se veían las verticales hendiduras de los cañones. De vez en cuando, Slone encontraba rastros de la vieja senda de los indios, lo cual le confirmaba en la idea de que iba bien orientado. No necesitaba ver las huellas de Huracán. Dejaba que Nagger escogiera el camino, y el caballo no se equivocaba al seguir por donde menos dificultades había. Pero el suelo era cada vez más duro. Aquella roca desnuda, áspera como una lima, había de gastar en poco tiempo los cascos de Huracán. Y Slone se alegraba de ello. Acaso en algún punto de aquella profunda cañada darían el y Nagger con el garañón. Y SIone empezó a otear el paisaje a uno y otro lado, como si presintiera que iba a descubrir a Huracán. Sólo por dos veces lo había visto desde que lo perseguía, y aun eso a gran distancia. Le había parecido ambas veces una roja exhalación, y de ahí le venía el nombre que Slone le había puesto.

Aquella región pelada empezaba a verse cruzada de cauces secos, que era preciso sortear, o bien dando vuelta hasta su comienzo, o bajando al fondo de los abismos para subir por el otro lado. Lo uno y lo otro suponía haber de andar muchas millas para adelantar muy poco en realidad. Pero SIone no titubeó. Tanto el jinete como la cabalgadura sentían más bien calor, y ello les entonaba para la marcha. De vez en cuando, el viento llevaba a oídos de Slone un ruido como un trueno débil, muy distante. ¿Sería una tormenta o un caudal de agua que seguía su curso o se despeñaba? No lo habría podido precisar, pero se trataba de un ruido significativo y sorprendente.

De una cosa estaba seguro Slone, y era de que le hubiera sido imposible, caso de querer retroceder, encontrar de nuevo su ruta. Pero a la vez estaba persuadido de que no tendría que volverse atrás.

La desgajada planicie que se extendía ante el se hacía cada vez más abrupta y de contorno más desigual; tomaba un color más oscuro y un aspecto más desgastado, de suerte que el avanzar por allí se hacía por momentos lento y peligroso. Con frecuencia el terreno era tal que Nagger se veía obligado a sortearlo, pues para él un ligero resbalón en aquel lugar significaba una pata rota. Pero Slone no volvería atrás por nada. Y algo más que su indomable espíritu le daba ánimo. Otra vez percibió aquel lejano fragor, pero ya un poco más fuerte. La planicie parecía terminar en una serie de grandes cabos o promontorios. Slone temía llegar a uno de aquellos y no poder pasar adelante, pero al salvarlos se empezó a sentir aliviado, ya que el camino se le acortaba así y se le hacía más asequible. Al salir con presteza de uno de ellos se encontró en un caminillo de una inclinación tan pronunciada, que era un peligro para cualquier caballo. Nagger pasó por el con menos seguridad. A la derecha se alzaba una masa como un bajo muro, y a muy pocos pies a la izquierda se abría un precipicio. Allí la vereda se desvanecía casi por completo, pues no tenía más de siete pulgadas de anchura y era también muy pendiente. El reborde por donde iba la senda se le antojó a Slone interminable. Ponía

Librodot

toda su atención en mirar dónde pisaba y en escuchar las pisadas de Nagger. El enorme caballo andaba con mucho tiento, pero con naturalidad, y no resbalaba. Aquel reborde daba al fin un rodeo, apartándose del precipicio y empinándose en forma de pequeña cuesta en su extremo. Cuando Slone vio que Nagger ponía pie sobre la roca horizontal dio un profundo suspiro de alivio.

De súbito, un imprevisto, aunque familiar ruido, sorprendió a Slone, dejándole como petrificado. ¡El relincho salvaje, penetrante, agudo, de un garañón! Nagger lanzó también un relincho como respuesta, y golpeó la roca con sus herradas patas. Lleno de emoción, Slone tendió a lo lejos la mirada.

-¡Cielos...! ¡Es Huracán! » exclamó con los nervios en tensión.

No acertaba a dar crédito a sus ojos. Le parecía un sueño. Pero viendo que Nagger relinchaba en forma de desafío, volvió a mirar y se convenció de que lo que el creía un bello sueño era una realidad.

Huracán era del color del fuego. Su larga crin, tendida al viento, era como una llama sacudida y veteada de negro. Recortada la silueta de Huracán sobre el tajo del fondo del cañón, parecía la de un titánico, un diabólico corcel dispuesto a lanzarse a los ardientes abismos infernales. Tenía vuelta la cabeza y muy erguida, y todo en el pregonaba su instinto salvaje. De nuevo volvió a lanzar el toque de clarín agudo y penetrante de su relincho. Y Slone comprendió que era un reto a Nagger. Si este se hubiese encontrado solo en aquella situación, Huracán lo habría matado. El garañón rojo era un matador de caballos. Todas las sierras de Utah estaban llenas de sus rastros destructores. Nagger comprendió el desafío y contestó con un relincho de rabia a la vez que de espanto. Solo el brazo de hierro de Slone pudo retenerlo. Entonces Huracán pareció que se hundía en la tierra, desapareciendo así a la vista de Slone.

Presuroso, avanzo Slone hasta que una grieta enorme del suelo le corto el paso. Hubo de sortearla. Y, tras de aquella, otra, y todos estos obstáculos le quitaron la prisa que tenía por llegar a un promontorio que se alzaba a lo lejos. No tuvo más remedio que marchar despacio. Huracán no había estado más que al alcance de la vista, pero las dimensiones en el cañón eran engañosas y mentían deseadas proximidades. Bajando y subiendo, buscando el paso a un lado y otro se tuvo que acostumbrar a no impacientarse. Había visto a Huracán en la loma próxima, v no necesitaba saber más. Insistió en su marcha, vigilando a Nagger, que le seguía llevado de al rienda. Una hora tardó en llegar donde Huracán había desaparecido.

Era, en efecto, un promontorio que se alzaba a pico casi a mil pies sobre un valle. El blanco caudal de un riachuelo lo surcaba ondulante. Seguían las ondulaciones de la corriente algunos álamos alineados. Slone volvió a ver a Huracán que avanzaba, sin prisa, por la parte llana, siguiendo la orilla. Había descendido por aquella falla del terreno que a Slone se le antojaba por completo perpendicular.

Se diría que Huracán andaba cojo. Al convencerse de ello, el corazón le dio un salto a Slone. Pero cuando se percató de lo que aquella cojera significaba, se abatió y movió con desencanto, como en señal de despedida, el sombrero que tenía cogido por el ala. El rojo garañón debió oír los pasos, pues volvió la cabeza y reanudó la marcha; por fin se metió en el arroyo y bebió copiosamente. Luego empezó a cruzar la mansa corriente, pero esta le hizo retroceder varias veces. El agua se rizaba con blancura, ciñéndolo. Se veía que no era muy profunda, y finalmente logro vadearla. Una vez en la otra orilla, volvió a lanzar una mirada a Slone y Nagger, tras de lo cual reanudo la marcha y desapareció en seguida entre los álamos.

« ¡Como bajar! », se dijo por lo bajo Slone.

Había un saledizo en un agrietamiento del precipicio, una pendiente de piedra desnuda por donde habían subido y bajado algunos caballos. Slone tuvo bastante. Hubiera bajado por allí, aunque el único caballo que se hubiera atrevido a hacerlo fuese Huracán. Y no obstante

Librodot

se le empezaron a poner los pelos de punta. Un caballo como Huracán, los corderos montaraces y los pones de los indios podían intentarlo, pero Nagger... ¡Nagger tenía pocas probabilidades de lograrlo

-«¡Adelante, amiguito! - le dijo -. Si yo bajo, tú también puedes bajar.»

No había visto Slone una senda más peligrosa que aquella. En tal lugar, el más ligero resbalón era la muerte. Se comprendía el miedo de Nagger al ver como le temblaban los músculos de todo el cuerpo. Pero no se resistió ni por un momento. Mientras Slone le dirigiera o le guiara, el iría a cualquier parte. Siendo imposible el montar, Slone marchaba a pie, delante. Si el caballo resbalaba, sería doble la desgracia, porque empujaría a su amo, y ambos se despeñarían. Apretando los dientes, Slone fue bajando. No dejaba que Nagger advirtiese su miedo. Estaba corriendo el riesgo más grande de su vida. El saledizo de la grieta daba a otro reborde que tenía como unos escalones, y entre estos había trozos muy pendientes y resbaladizos. Pero Nagger se las componía admirablemente en los malos trances. Tenía procedimientos propios de su gran talla y peso. Empezaba por hincar sus dos herraduras delanteras juntas contra el suelo y se echaba sobre las ancas; en esta forma se dejaba resbalar, rascando, con las patas delanteras rígidas, el suelo. Le temblaba el belfo y resollaba sudoroso. En algunos sitios movía la cabeza como dudando. Pero no titubeaba, aunque le era imposible ir bastante despacio. Le agradaba llegar a sitios donde la piedra tenía ondulaciones. Pero estas eran escasas. Eran rocas como de hierro bruñido. Nunca había visto Slone una piedra tan dura, y le costó mucho ver que se trataba de mármol. Tenía el corazón oprimido, hecho un nudo en el pecho, perdida la sensación de los latidos y como si estuviera en suspenso, su funcionamiento por la tensión de la bajada. Nagger no le dio ni un tirón a la brida. No vaciló un momento. Dio, eso sí, algunos resbalones, a veces sobre las dos patas delanteras; pero nunca patinó sobre las cuatro herraduras a la vez, y ello le salvó. El rojizo muro se elevaba ya mucho sobre la cabeza de Slone. De repente llegó a un sitio donde no era posible continuar. Se presentaba un abultamiento de la roca con un declive espantoso, en el cual sólo había unas insignificantes desigualdades de la superficie donde hacer pie. Huracán había dejado clara huella de haber pasado resbalando por aquel lugar, y en las asperezas de la piedra lateral se veían algunas crines. Afortunadamente, al pie de aquella protuberancia de la roca había un saliente que hacía de tope o freno. Hacia allí se encaminó Slone; pero como Nagger empezaba a resbalar, tuvo que soltar las riendas y dar un salto. Pero el hombre y el caballo habían salvado tan imponente obstáculo. Había sido una gran suerte. Y continuaron bajando para llegar al pie del tajo, llenos de rozaduras y rendidos y sudorosos, pero indemnes. Cuando Slone pudo, por fin, levantar los ojos, le pareció mentira haber bajado por allí. Acarició al caballo y se encaminó al sonoro riachuelo.

Era un agua verdosa, con blancuras de espuma. Slone vadeó el arroyo, encontrando que la corriente era rápida y fría y el cauce poco hondo, pero se tuvo que coger al caballo para no ser arrastrado por el agua. Cruzaron sin contratiempo. En la arena del otro lado se veían distintamente las huellas de Huracán. Había también en aquella orilla vestigios de un campamento de indios que al parecer, pasaron por allí medio año antes.

Los álamos daban una sombra gratísima. Slone encontró que en aquel valle hacía un calor asfixiante. No hacía nada de viento, y la arena estaba tan candente que le inflamaba los pies a través del calzado. Huracán había continuado guiándose por la misma senda de los indios que le había conducido a aquellas asperezas de roca roída. Y la senda atravesaba repetidas veces la corriente, a cada curva del angosto valle. A Slone le agradaba meterse en el agua. Colgó la escopeta en el arzón y dejó que el agua le cubriera. Lo menos vadearon el impetuoso arroyo una docena de veces. Al fin llegaron a un lugar en que el valle se encajonaba en un cañón, y por allí el camino seguía indudablemente el lecho del torrente. No había otra salida, y Slone se metió en él una vez más con Nagger; tropezó, rodó y salió a flote delante del impertérrito

Librodot

caballo. Nagger iba metido hasta el pecho, pero no se tambaleaba. Aquella cañada era como un agujero lleno del ruido de las aguas, y se abría a un valle amplio, donde Huracán había tomado a la izquierda, siguiendo la vereda de siempre, que empezaba a subir la ladera.

Allí la marcha era fácil en comparación con lo que habían pasado. Una vez subida la primera cuesta, Slone vio a Huracán a lo lejos. en la ladera. No se le veía cojear, pero andaba despacio. Slone le observaba a medida que iba subiendo. ¿Cuál y dónde sería el fin de aquella persecución?

A veces, a Huracán se le veía un momento totalmente; pero casi siempre iba oculto entre peñas. Aquella pendiente era como un talud enorme, como una aglomeración de rocas caídas de una montaña roja y amarilla. El sol quemada con toda su intensidad. Tan calientes estaban las peñas, que no se podían tocar con la mano desnuda. La tarde declinaba ya, y aquella cuesta parecía interminable. Con todo, no era muy empinada, y la senda en aquel lugar era bastante buena.

Por fin apareció Huracán en lo alto de la loma mirando atrás y hacia abajo. Al punto desapareció. Slone se afanó en ganar la loma. Mucho antes de alcanzarla empezó a oír el lúgubre rugido del río. Había crecido de manera que producía un gran fragor, y, no obstante, se comprendía que la corriente que así se anunciaba estaba aún lejos. ¿Se detendría Huracán ante el gran río del desierto? Slone lo ponía en duda. Traspuso la loma y, por una abertura enorme del cañón, vio una pendiente muy a lo lejos y al fondo, donde el sol caía cegadoramente, y que aquella pendiente se perdía en una honda y negra garganta donde un río rojo discurría, se irritaba y rugía.

No podía esperarse otra cosa sino aquel gran río, pues sólo sus aguas tenían la fuerza suficiente para haber abierto y socavado aquel cañón. La senda bajaba hasta la corriente, y era seguro que la cruzaba para salir y remontar luego el otro lado del cañón. Le hubiera gustado quedarse allí contemplando el panorama y oyendo aquel rumor, pero al fin empezó a bajar. Conforme lo hacía, le pareció que el ruido del río se iba ahogando. No comprendía la causa de ello. Tardó media hora en llegar al último piso del cañón, imponente, negro y veteado de hierro, y al fondo rasgado por el río. En aquella parte no encontró rastro de Huracán, pero volvió más adelante a descubrir sus huellas, y éstas conducían a una garganta abierta en la negra ribera, que a su vez daba a una faja de arena, al río mismo. Huracán se había ido derecho al agua. Slone inspeccionó el río y la orilla. El agua bajaba lenta y pesadamente, formando pausados remolinos. De la parte de arriba venía el ruido de un rabión, y hacia abajo se oía aún más distintamente el fragor de otro más violento. El río aparecía imponente a primera vista, pero no era en aquella parte impetuoso. Slone lo examinó y vio que en la muralla negra y desigual que se alzaba por el lado en que él se hallaba tenía señales de que el caudal había llegado en ocasiones a setenta pies más arriba. Ello significaba que estaba a muy bajo nivel. ¡Qué suerte que no hubiera empezado todavía la temporada de la crecida! Vio que Huracán había cruzado sin grandes dificultades y comprendió que Nagger podía hacer otro tanto. Entonces amontono y ató sus provisiones y armas sobre el lomo del animal, para que no se mojaran, y buscó un sitio para el vadeo. Huracán se había sumergido mucho para pasar al otro lado y el último trozo debió pasarlo con dificultad. Slone encontró un lugar mejor, y se metió por él, animando a Nagger. El enorme caballo se adentró y casi se sumergió al pronto, pero empezó a nadar. Slone iba junto al animal, desafiando la corriente. Al pronto encontróse con que ésta era mucho más rápida de lo que había imaginado, y que el río, que al parecer sólo medía cosa de cien pies de anchura, era en realidad mucho más ancho. Se agarró, pues, a una correa, comprendiendo que tenía que ser llevado a remolque. Con todo, Nagger llegó tranquilamente a tierra y trepo a la ribera de roca. Había superficies de arena humedecida, donde las huellas de Huracán habían quedado tan hondas que el agua aun no las había borrado del todo.

Slone hizo que su caballo reposase un poco antes de emprender la subida que les esperaba por una resquebrajadura de la masa de rocas, por la que, no obstante, Huracán había encontrado buen paso. No dominaba la roca desnuda el lado del cañón en que ahora se hallaban. Un caminillo fácil de seguir conducía a una cuesta polvorienta a cuyo borde crecían algunas desmedradas matas de sarcobatos y de cactos. A la media hora de subir, Slone vio que iba a entrar en un amplio valle en declive y que se estrechaba hasta terminar en una garganta, entre oscuros precipicios que remataban el gran macizo rojo, en el que se veían laderas cubiertas de cedros y aristas de rocas amarillentas.

Y apenas a una milla apareció otra vez el rojo garañón, encendido por la luz del ocaso y avanzando pausadamente.

Slone apresuro la marcha sin tregua y poco antes de anochecer llego a un lugar ideal para acampar. El valle se había estrechado de tal manera, que sus muros confundían sus sombras. Había un verdadero oasis en medio del desierto raso, formado por grupos de álamos que rodeaban un manantial, abundancia de hierba alta, varios sauces y multitud de flores que bordeaban los desniveles. Slone se sentía rendido, porque la jornada había sido de un incesante subir y bajar y los párpados se le cerraban. Pero se esforzó por no dormirse en seguida. El sepulcral silencio del valle, las secas fragancias del desierto, los fantásticos precipicios, la acumulación de las sombras nocturnas en las hondonadas, en tanto que en las crestas roqueñas menguaban los últimos rayos rojos, lo extraño de aquellas soledades, todo ello eran elementos que contribuían a hacer el lugar dulce y agradable.

El sueño de aquella noche pasó en un momento. Slone despertó entre agrietados macizos coronados de puntas y lomas a lo largo del río. Se levantaban ahora en medio del alba gris y húmeda, y se iban volviendo de color de rosa, lila púrpura, a medida que el sol iba ascendiendo.

Se levantó y empezó a recoger sus bártulos, cosa que hizo en breve tiempo, y diligente se puso de nuevo en marcha.

Huracán había estado paciendo en un lugar del camino, a cosa de una milla de donde Slone hiciera alto. Éste miro con ansia a lo alto del cañón, cada vez más angosto, pero no vislumbró la silueta del caballo. Al acercarse por una pendiente contigua a aquel estrecho paso que había estado mirando de lejos, vio que los dos muros del tajo casi se tocaban. El caminillo zigzagueaba trepando por aquella angostura, tan empinado que no era posible avanzar más de unos pasos seguidos sin cansarse. Slone se esforzó por salir de aquel paso marchando durante una hora que le pareció un siglo, y se llenó de sudor, todo él encendido y abrumado por un enorme peso en el pecho. Y pasado ese tiempo aun no se hallaba más allá de a media ladera entre los muros. Desde algunos puntos de aquella ascensión podía arrojarse una piedra a un nivel próximo dejado atrás ; pero aunque así lo parecía ópticamente, en realidad separaba esos dos puntos una distancia larga y difícil de recorrer. Al acercarse a lo alto, la garganta se ensanchaba. Lo que desde el valle inferior había parecido cosa minúscula, resultaba ahora de dimensiones colosales. El camino venía a ser como una hebra retorcida, de una milla de longitud, entre dos murallas formadas por un corte en la montaña y cuyos bordes casi uníanse en lo alto, formando como un túnel.

Slone descansaba a cada momento. Nagger parecía sentirse reconocido de ello y resollaba a cada alto. En tan monotona caminata llegó a olvidársele a Slone en absoluto la causa de su exploración, así es que hubo de sorprenderse cuando, de improviso, Nagger lanzó un resoplido, previniéndole de algo.

Por encima de su cabeza se extendía un muro bajo y rojo sobre el cual indudablemente pasaba el camino, y apenas a cien pies más arriba, en la curva que formaba una prominencia, aparecióse algo rojo que avanzaba oscilando. Era un caballo.

No le separaba de Huracán la longitud de tres lazos.

Librodot

Allí estaba, mirando hacia abajo. Respondía perfectamente al ideal de Slone. Únicamente lo encontraba un poco más grande de lo que había soñado; pero sus proporciones eran tan justas, que daba una sensación de ligereza. Era rojo y velludo. No era lustroso, sino que el color le hacía parecer brillante. Tenía la crin subida en su nacimiento como una cresta, y luego le colgaba. Era el caballo más musculoso que había visto Slone. Y a pesar de ello sus líneas eran bellas y elegantes. Su cabeza era realmente la de la más salvaje de las criaturas, un garañón de la selva. Era, en efecto, hermoso, rebelde, magnífico; reunía todas las cualidades menos la de la nobleza. Fuera como fuese, Huracán resultaba satánico, sanguinario; no tenía una noble estampa. Ocurriósele a Slone pensar que si los caballos expresan sentimientos, los de Huracán en aquel momento eran de odio. Indudablemente, su expresión era de curiosidad y de furia.

Slone agitó al aire el puño cerrado, amenazando al caballo, como si se lo hiciese a un hombre. Era un ademán natural en un jinete como él. Huracán volvió la grupa, fulguró sobre el fondo oscuro y desapareció.

VI

Y durante tres días no volvió Slone a ver a Huracán. El primer día lo pasó entero subiendo por aquel cañón. Al segundo hizo una marcha lenta de treinta millas por unos bosques de cedros enanos y pinos, y tras estos boscajes se veían las amarillentas moles del cañón. Aquella noche Slone encontró un hoyo con agua en una concavidad de piedras y un poco de hierba para Nagger. Al tercer día anduvo treinta millas lo menos por bosques de pinos en terreno horizontal, cuyo aire era fragante y seco; mas por allí no se gozaba de los frescos y bellos parajes de la selva que quedaba al lado norte del cañón. La extraña característica de aquella parte de la región era que las aguas, en vez de encauzarse, se desbordaban. Slone hizo alto aquella noche en un pantanoso lugar lleno de barro que mostraba claramente las huellas de Huracán.

Al día siguiente Slone siguió cabalgando hasta salir de los bosques y entrar en una tierra de escasos cedros blancuzcos y raquíticos. Y de allí pasó a la linde de una planicie desde donde el desierto cegador enviaba la amenaza, que era como una prohibición, de sus inmensas y desoladas latitudes. No era aquél el desierto de la alta región de Utah, sino un mundo desnudo y esquelético de rojas peñas y arenas : la pintura de un desierto de fuego y viento, de nubes de arenas, extensiones resecas y flancos estériles. Pero no intimidó aquello a Slone, porque a lo lejos, allá abajo, por entre las desigualdades rasas y ondulantes, movíase una mancha roja a paso de caracol, y aquella lenta mota de color era Huracán.

En un terreno abierto como aquel era donde Nagger, llevando sus doscientas cincuenta libras de carga, podía poner bien a prueba su formidable resistencia. No le importaba el calor, la arena, la cegadora luz, la distancia y el peso. No se cansaba. Era una máquina de extraordinario poder. Slone ganó terreno a Huracán y hacia el anochecer se había puesto a media milla del garañón. Decidió seguirle a esta distancia. Por la noche acampó en un sitio cubierto de hierba, pero sin agua.

Al día siguiente persiguió a Huracán descendiendo por una inmensa comba de graduados terraplenes faltos de toda vegetación, a no ser por una requemada hierba blanquecina y algunos ralos sarcobatos, siempre de cara al rojizo desierto cruzado por bruscos y quebrados terraplenes. Aquella jornada fue de cincuenta millas. Slone llegó al fondo de un valle surcado

Librodot

por un desmedrado arroyo que corría como un hilo de agua y se esparcía sobre un amplio y arenoso lecho. Era agua salobre, pero fue un hallazgo, tanto para el jinete como para el caballo.

Lo cruzó al día siguiente siguiendo las huellas de Huracán, que se conservaban frescas en las márgenes arenosas. El garañón avanzaba lentamente. Slone lo vio cojeando y no muy lejos. Anduvo una distancia de diez millas sobre el terreno llano y endurecido como la roca, en el que todo estaba calcinado y no se descubría una brizna de hierba. A este siguió un paisaje fantástico de dunas calizas, violetas de heliotropo y flor de espliego, alisadas por la lluvia y el viento, y entre las cuales ondulaba el sendero. Huracán escogía ahora el terreno blando. Se había desviado de su ruta, y prefería los embalses y hondonadas donde pudiera haber agita. No desdeñaba ya el agua, aunque la hallase en un charco cubierto de verde limo y de blancos bordes alcalinos. Aquella noche Slone acampó teniendo a Huracán a la vista. El garañón se paraba cuando sus perseguidores hacían alto, y pacía la hierba al mismo tiempo que Nagger. ¡Cuán extraño le parecía a Slone!

En aquel lugar había huellas evidentes de un campamento indio. Huracán se había desviado en una curva hacia el Norte. Ahora marchaba otra vez en dirección de Utah, de donde había salido.

A la mañana siguiente, Huracán había desaparecido, mas no sin dejar huellas en la arena. Slone las siguió al trote de Nagger. Al final de aquella llanura de arena, Slone llegó a unos viejos campos de trigo y a un aljibe roto donde había habido un depósito de agua. De allí partían varias sendas hacia la derecha. Por aquel lado del desierto debían de vivir algunos indios. Fue en aquel punto donde Huracán dejó del todo la ruta que había seguido durante varios días para orientarse al Norte. Slone empleó toda la mañana en remontar unos terraplenes y macizos que le condujeron a una meseta de extraordinaria amplitud, que se convertía en un nuevo arenal. Levantose el viento y por doquier corrían sabanas de arena. A lo lejos se levantaban en círculo formas diabólicas de polvo amarillo como chorros de agua, y al otro lado, sobre el valle requemado por el sol, se agitaba majestuosamente una tormenta de arena amortajando el desierto con su amarilla capa.

Después pasó dos días más sobre la arena y al tercero encontró un terreno que se iba alzando suavemente y que pasaba de la aridez a un aspecto gris, y del gris al verde, para pasar de éste a una púrpura de salvia y cedro. Durante estas tres jornadas extenuadoras no encontró Slone más que un solo charco.

Huracán iba cojo y de capa caída, en tanto que Nagger, aunque adelgazaba, daba muestras de su resistencia. Slone se sentía huraño, ennegrecido y aviejado, y para ahorrar esfuerzos a su caballo anduvo a pie muchas millas.

Slone comprendía que era inútil querer forzar la marcha. Nagger no podría nunca atajar al garañón. La intención de Slone era seguir sin tregua a Huracán, obligándole también a cansarse y obsesionándole, siempre con la confianza puesta en que llegaría a un sitio en que la naturaleza misma del terreno lo haría caer en una emboscada. Aquella persecución parecía no tener fin, pues Huracán procuraba escoger la tierra llana, donde no había peligro de sorpresas. Una mañana encontróse Slone subiendo a una meseta cubierta de cedros a la que tardó un día entero en llegar, y de donde partía un nuevo y laberíntico macizo de cañones. Se veían en aquel lugar árboles, hierba y agua. Era una tierra alta, fría y selvática, como las montañas que había abandonado. Todavía pasó varios días durmiendo sobre las huellas de Huracán, acosándole siempre sin sosiego, en espera de coparlo en un sitio u otro. El rojo garañón perdió mucho tiempo en mirar atrás. Así que Slone llegaba a su vista, volvía la cabeza, vigilante. En aquella tierra blanda de los cañones había empezado a reponerse de su cojera. Pero eso no le preocupaba a Slone. Tarde o temprano, Huracán bajaría a una aguada entre muros inaccesibles, de la que no podría salir. O se perdería en un cañón sin salida, o subiría a una

meseta sin bajada posible, a menos que se cruzase con Slone para buscar salida por donde subiera, o llegaría a una cuesta fangosa donde se le hundirían los pies y no podría correr. Había cambiado el aspecto del desierto. Slone había entrado en una maravillosa región, incomparable como ninguna de las que conocía : una elevada meseta abierta en todas direcciones por cañones estrechos, por rojos tajos de mil pies de altura.

Uno de aquellos extraños cañones daba la vuelta y se abría a un amplio valle lleno de prominencias como gigantescos monolitos.

La meseta se desvanecía para convertirse en una masa de roca seccionada con grandes muros de piedra aislados, de distinta forma y dimensiones, pero todos ellos muy recortados, de líneas atrevidas y verticales. Se erguían con una imponente y singular belleza de distintos colores sobre el verde y gris valle que ondulaba hacia el Norte, donde unos quebrados y sombríos peñascos como almenas parecían querer competir con las nubes.

El único ser viviente que no perdían los ojos de Slone era Huracán. Éste aparecía brillante al pie de la verde ladera.

Slone dio un suspiro. Aquel era el lugar propicio para el gran caballo : una serie de estribaciones verdaderamente selváticas. Pero asimismo parecía ser el único lugar que ofreciese alguna ocasión para reducir a Huracán. Sin embargo, Slone no perdió su entereza, aunque sí parte de sus anteriores esperanzas, y descendió aquella pendiente que daba al ondulante fondo del valle. Huracán se volvió para mirar a sus perseguidores, y en aquel instante el silencio del campo fue roto por un relincho penetrante y salvaje.

Slone continuo persiguiendo al potro salvaje, día tras día, sin perderlo de vista mientras no se hacía de noche. El valle era inmenso y los monolitos habían quedado muy

lejos. Mas parecía que estaban cerca y muy juntos entre sí. La atmósfera daba magnificencia a todo. Slone había perdido la noción del tiempo. Aquellas jornadas de soledad solemne, aquellas noches silenciosas y también solitarias, el ansia de la persecución sin tregua y la inmensidad del desierto de aquel fantástico valle habían influído en Slone como si hubieran transcurrido varios años; pero el estaba contento, sin pensar en nada, casi como un salvaje.

El ejercicio y las privaciones le habían desgastado mucho, mas parecía de hierro. La ropa le colgaba en jirones; las botas se le habían roto y carecían de suela. Hacía mucho que se le habían acabado las provisiones de harina y de todo, menos de sal. Vivía de los conejos que cazaba, y llego un momento en que ya no encontró conejos tampoco. Pasó varios días sin comer. De vez en cuando mataba algún ave del desierto, y una vez un gato salvaje. Pero no era el hambre lo que le hacía sufrir por entonces. Con el tiempo empezó a sentirse débil, y entonces se dio a abrir nidos de ratas para cocinarlas, pero estas también escaseaban. Por fin el hambre le salió al encuentro. Muchas veces había tenido a Huracán a tiro de fusil, y esto le sugirió la amarga idea de que acaso se vería obligado a matarlo. Tal pensamiento era como involuntario, y lo rechazaba en el acto. Sin embargo, de lo que estaba seguro era de otra cosa, es decir, de que si no lograba echar mano al caballo, en último caso este lo mataría a el. No otro había sido el desenlace de algunos cazadores desesperados en la persecución de un animal codiciado.

Con la misma constancia implacable con que Slone perseguía a Huracán, el tiempo corría sin sentir. La primavera dio paso a los comienzos del verano. El ardiente sol abrasaba la hierba; secábanse los hoyos de aguada del valle, y sólo se encontraba de beber en los cañones. Los vientos cálidos empezaron a azotar los arenales. Era un valle todo arena, en el que solo había una parte verde y gris; hacia el Norte no se veían alturas, y el lento oleaje de la arena se iba elevando en dirección a las oscuras murallas.

Huracán seguía el camino del Sur a través de este vasto valle, hacia donde se levantaban los monolitos naturales. Estos se fueron acercando y aparecieron unidos en parte a los tajos de

la meseta central por lomas desgastadas por una erosión del tiempo. Slone dedujo de sus observaciones que Huracán se conservaba en espléndidas condiciones, en tanto que Nagger no era ni sombra de lo que había sido, pero comprendía que, fuera como fuese, aquella persecución se iba acercando a su fin.

Al fin encontró una cisterna en una grieta de un cantil y allí dejó que Nagger descansara y paciese durante todo un día, el primero, desde hacía tiempo, en que dejaba de ver al garañón. Aquella jornada se señaló por la fortuna de dar caza a un conejo, y al devorarlo, con cara sombría y mirada fija, reconoció que había empezado a saber lo que era el hambre. Temía que llegase la madrugada. Pero no estaba en su mano el detener las cosas. Detrás de los promontorios como centinelas, el cielo se inflamaba de oro y escarlata y el sol acabó por surgir radiante. Entonces, aprovechando la larga sombra, como de una milla de longitud, que proyectaban sobre el suelo aquellos ingentes monolitos, reemprendió la marcha al encuentro del día solemne y silencioso, encadenado a su persecución casi sin esperanza.

Huracán, por excepción, había empezado a subir por un talud, en un paso estrecho que conducía a una combada extensión de movedizas arenas. Desde allí miró Slone hacia abajo, oteando un anfiteatro poblado de pináculos, extraño, como todo lo de aquellos parajes. Más arriba, a unas tres millas al frente, se formaba una cuenca en el terreno. Aquella depresión oval estaba llena de losas de piedra corroída por la intemperie y de empinadas cuestas de roja arenisca. El suelo era blanco y parecía tener un suave movimiento de ondulación como el de radiantes olas de fuego. Observándolo bien, Slone dedujo que aquellas ondulaciones eran producidas por el soplo del viento sobre la calcinada hierba. Recordaba haber cruzado por algunos sitios de aquella gran hondonada.

Las huellas de Huracán conducían al fondo de aquella cuenca, y, súbitamente, Slone, aguzando mucho la vista, logró descubrir un punto rojo que no era otra cosa que el salvaje caballo.

« ¡Está viendo cómo salir de ahí! », exclamó monlogando Slone, mientras presenciaba la escena.

Con reposada y penetrante mirada estudió la disposición de las cimas y de la pendiente, y así que hubo observado todo el circular contorno de la inmensa hondonada, se convenció de que Huracán no podía salir de ella, a menos de que volviera a ganar la cuesta por donde había entrado. Pero en la boca de ese paso se hallaba precisamente, Slone cabalgando sobre Nagger. A un lado tenía un depósito natural de agua de varios metros de anchura y bordeado de ásperas rocas, y al otro un declive infranqueable.

«Si este hoyo fuera pequeño, sería posible cazarlo ahora; pero es tan grande que nunca lo alcanzaríamos», exclamó Slone, contemplando la llanura ovalada y cegadora de arena barrida por el viento.

Allá abajo no había agua y Slone reflexionó que convendría vigilar, sin moverse, a Huracán, porque Nagger no resistía como él la sed. Por primera vez Slone dudó. Era cruel conducir a Nagger por aquella hondonada ardiente y azotada por el viento. Éste soplaba del Oeste y subía por la rampa ardiente y oliendo a vegetación muerta y reseca.

Pero ese ardiente viento que no cesaba sugirió a Slone una idea que le hizo estremecer y le puso súbitamente los nervios en tensión, excitado y radiante y, sin embargo, cejijunto y sombría su expresión.

« ¡Te juro, Huracán, que te haré correr por entre eta; altas hierbas! », exclamó Slone. En estas palabras había mucho de la amargura del fracaso, de sentimiento, de la ira implacable de un cazador que no puede resignarse a dar por perdida una buena pieza.

En lo que Slone pensaba era en bajar a prender fuego a la hierba. El viento correría el fuego, acosando así de modo terrible al garañón. Podía causarle la muerte, pero cabía esperar que el fuego lo hiciese salir de una manera u otra de aquella hondonada, donde el perseguirlo

Librodot

sería vano empeño.

«¡Qué bien te haría buscar la salida-exclamó Slone - si me fuese posible pasar al otro lado!»

Veía que si lograba rodear al caballo y prender fuego desde el lado de allá, el viento empujaría las llamas hacia donde él estaba ahora, obligando a Huracán a tomar esta dirección. Las pendientes y los tajos rodeaban el arenal, en forma cada vez más angosta, hacia la salida, y la alta hierba reseca se extendía hasta pocas varas de distancia de la boca del paso. Con todo, parecía imposible poder ganar el lacio opuesto, detrás de Huracán.

Luego Slone, midiendo con escrutadora mirada las dimensiones del círculo de precipicios, se dijo: «De noche podré darle la vuelta. ¿Por que no? De noche suele parar el viento. La hierba arderá poco a poco hasta la mañana siguiente, y la temporada de vientos del Este dura todavía. »

En seguida empezó a dar cariñosas palmadas a Nagger y a decirle con alegría : « ¡Viejo caballo mío, es nuestro! No pasarán veinticuatro horas sin que le eche el lazo al pescuezo.»

Entregóse un momento a un regocijo sin trabas, pero no tardó en ponerse serio y en pensar razonablemente.

Descendió a la hondonada montado sobre Nagger, andando cosa de una milla, y se convenció de que Huracán no tenía salida posible por la derecha. Luego pasó a la izquierda. Por este lado la rampa arenosa era tan violenta que apenas si un hombre habría podido trepar por ella; además había abundante hierba que ardería fácilmente. Y retornó a la embocadura del paso, convencido de que, por fin, Huracán había caído en una emboscada que ni el mismo Slone habría podido soñar. El brioso corcel no tendría más solución que entregarse a las llamas o al lazo.

Slone siguió cavilando : aquella madrugada Nagger había bebido a su sabor, como no lo había hecho desde hacía tiempo hasta la parada del día anterior. Si descansaba una jornada más, al día siguiente estaría lleno de toda la fuerza de que era capaz. Apeóse el cazador y dejó suelto a Nagger. El animal se fue despacio resoplando, cuesta abajo, hacia la hierba. Slone llevó la silla a un lugar de sombra proyectada por un fragmento de roca y un falso roble, y allí se instaló para recapacitar, vigilar y esperar.

A simple vista podía asegurarse que Huracán no estaba más lejos de dos millas. Insensiblemente se iba alejando, al paso que ramoneaba la hierba, hacia el lugar donde se erguían los promontorios, que era el fondo de aquella especie de cuenca. Slone creía que, puesto que el espacio hondo era tan vasto, Huracán esperaba encontrar salida por aquella parte, bien trepando por las cuestas, bien por algún paso entre los cantiles. Hasta entonces el resistente garañón no se había equivocado en nada. Y de pronto asaltó a Slone el temor de que hubiese alguna escapatoria impensada. Mas no tardó en abandonar tal temor. Había revisado detenidamente el cinturón inmenso de rampas y tajos, y, como Huracán no volase, a la manera de otro Pegaso, no tenía más remedio, para salir, que volver al camino por donde había entrado.

Slone se tendió a la sombra, teniendo por cabezal la silla, y se dedicó a concretar su plan, mientras contemplaba la relumbrante llanura de la hondonada. Empezó a estudiar cómo tenía que hacerlo, y veía que no le quedaba más remedio que prender fuego al lado opuesto, empleando en ello el menor tiempo posible y regresando cuanto antes a la embocadura del camino. Prender fuego había de costarle bastante, pues no contaba con más recursos que el pedernal y el eslabón. Le pareció lo mejor esperar a la noche y llevarse un haz de ramas, encendidas por un extremo, a la manera de un hacha, con la confianza de que la misma carrera daría aire para que no se apagase. Y una vez prendida la hierba, volvería a toda prisa a su puesto, donde esperaría el desarrollo de los acontecimientos.

El día transcurrió lento y muy caluroso. Alzábanse del fondo del valle ondulantes oleadas

de calor excesivo en oscuras líneas y cortinas de vaho. Sopló de continuo un viento que era casi un ciclón. Delgadas y retorcidas sabanas de arena se levantaban por encima de las crestas, produciendo un leve rumor de crujidos como de seda. El cielo era, en lo alto, de un azul acerado que se volvió cobrizo junto a las alturas lejanas. Aquella tarde, al anochecer, consumió la última comida que le restaba. A la puesta del sol el viento empezó a desfallecer y el aire refrescó. Las altas rocas circundantes y la cima de los pináculos estaban ceñidas de una cinta roja, de una corona brillante y extraña que se mantuvo bastante rato. Nagger estaba allí cerca; pero Huracán había desaparecido, probablemente detrás de alguno de aquellos menhires inmensos del fondo.

Entre dos luces, Slone bajó por Nagger, lo embridó y ensilló v luego empezó a buscar leña a propósito. Retrocediendo hacia el lado de la embocadura de la hondonada, encontró viejos falsos robles caídos, que le proporcionaron las ramas suficientes. Hizo una hoguera y prendió el extremo de un haz de ramas, sin hacer llama, como había previsto. Púsose el haz bajo el brazo, con los extremos encendidos hacia atrás, y montó en su caballo. Empezaba la oscuridad de la noche cuando marchó Slone cuesta abajo. Una vez en terreno llano, guió a Nagger a lo largo del pie de las ramas de la izquierda, donde la hierba y las malezas eran escasas y la arena tenía una pálida coloración. Gracias a estas circunstancias no fue muy difícil la marcha. De vez en cuando, las patas de Nagger tronchaban tallos retostados en los herbazales, y el crujido que hacían le sonaba a Slone como música. Poco a poco los enhiestos pináculos como ciclópeos menhires se iban haciendo fantásticos, recortada su silueta en el cielo azul y estrellado, que parecía rozar sus cúspides. Slone había creído que la hondonada era menos ancha y larga de lo que resultaba en realidad. Esto le contrarió. Huracán podía percibir el olor o el ruido del cazador e iniciar una retirada oportuna hacia la salida. Llegó un momento en que ya los menhires se confundían a sus ojos con la negrura de la sombría muralla del fondo. Y empezó a marchar más despacio, porque la oscuridad lo exigía. Llegó, por fin, a donde el terreno empezaba a subir por encima de la roca desigual, señal de que allí ya empezaba el borde desgastado por el tiempo.

Entonces dobló a la derecha y salió a pleno valle. El terreno era llano y estaba densamente cubierto de altas hierbas y sarcobatos, todo seco, como yesca. Se veía que hacía muchos meses que no había nevado ni llovido. Slone agitó al aire una de las ramas secas que llevaba prendidas, y la mortecina chispa del extremo empezó a inflamarse y a dar chispas. En seguida arrojó la rama al suelo, con una sensación de ansiedad a la vez que de extraño temor.

Al punto empezó a arder la hierba con ruido crujiente y chasqueador. Nagger relinchó. Slone exclamó: « ¡ Ah, Huracán!», y emprendió la carrera de regreso, sin volver siquiera la cabeza, dejando caer de trecho en trecho, cada cuarto de milla, una rama ardiendo. Cuando llegó al lado donde acampó durante aquella jornada, había ya a sus espaldas doce hogueras lentas que elevaban al cielo sus perezosas humaredas. Tiró de la brida a Nagger llevándolo a la faja desnuda de vegetación junto al paso único, para lo cual subió la rampa de arena. Una vez allí empezó a indagar con la mirada por si descubría algo que delatara a Huracán. Éste no se había escapado, y Slone se sentía regocijado y dichoso. En medio del camino de paso, en lo más estrecho del mismo, se apostó montado sobre Nagger, otra vez alerta y dispuesto a afrontar lo que sobreviniera.

Lejos, a lo largo de la hondonada, doce largas líneas de fuego muy separadas entre sí se iban acercando unas a otras. Aparecían delgadas y lentas, y sólo de vez en cuando se producía una llamarada intensa. Algunas de las manchas negras que las separaban debían ser promontorios de roca rodeados de sierpes de fuego. Stone contemplaba fascinado aquel espectáculo y exclamó en alta voz, dirigiéndose a Huracán:

«¿Que te parece eso?»

Las largas líneas de fuego se iban extendiendo y empezaron a levantarse pálidas

humaredas. A la izquierda del valle se alzaban las llamas más altas, que era donde había comenzado el incendio, y las dos primeras rayas ardientes se iban corriendo para unirse. Parecían tener prisa por cubrir toda la extensión. No soplaba ni la más ligera brisa, pero, a pesar de todo, era posible que se estuvieran corriendo rápidamente las llamas, aunque a Slone desde lejos no se lo parecía. Al llegar a juntarse ambas líneas se produjo una fuerte llamarada.

Entonces salió una exclamación del pecho del cazador. Las otras líneas ardientes iban arrastrándose unas hacia otras. Mas ¡cuán despacio le parecía que se movía el fuego. El caballo codiciado tendría tiempo, como lo advirtiera, de salirse del círculo de fuego por entre las líneas de llamas. Pero lo que más teme un caballo salvaje es el fuego.

Huracán no se atrevería a pasar por los espacios del ardiente cerco que todavía no había prendido. Así y todo, el ver que los trazos de fuego se iban uniendo entre sí alivió los temores de Slone de que el caballo pasara al lado de allá. Aquella noche fueron transcurriendo lentas las horas, y por fin, a través de la hondonada, apareció una línea, roja y brillante, de fuego, tan sólo interrumpida por las siluetas ingentes de los promontorios de roca.

Cambió la oscuridad del valle y cambió la luz de las estrellas y de la luna. 0 bien el fuego encontraba más pasto a sus llamas, o era que se acercaba tanto que éstas aparecían ya muy altas, crepitantes y deslumbradoras.

Aguzó Slone el oído por si percibía ruido de pisadas en la arena. Parecíale que el tiempo transcurría con lentitud y sin que la situación adelantara gran cosa; no obstante, comprendió que habían pasado varias horas, porque la hoguera que había encendido junto al paso estuvo varias veces a punto de extinguirse y se había reavivado de nuevo.

Se veía un sector del valle con mucha claridad y el fondo de las moles enhiestas de los fantásticos picachos envuelto en vestiduras de humo.

De pronto, el fino oído de Slone vibró en un emocionante sonido. Se agachó y aplicó el oído al suelo. Un rápido y rítmico golpear de pisadas de caballo le hicieron ponerse en pie de un brinco y aprestarse con el lazo en la mano derecha y el fusil en la izquierda.

Nagger levantó la cabeza. Olió el aire y relinchó. Slone acechaba desde la penumbra que había un poco más abajo. Era difícil descubrir la silueta de un caballo, aunque fuese lo bastante alto para recortarse sobre la muralla de fuego, que parecía elevarse hasta el cielo. Pero se oían perfectamente las pisadas, rápidas y firmes, más fuertes cada vez. Las sombras nocturnas engañaban. El maravilloso resplandor le confundía, le hacía creer que aquello era un lugar fuera de la realidad. ¿Estaría soñando? ¿Le habría trastocado el juicio el largo viajar en persecución de una pieza, pasando las mayores privaciones? Llegóse a Nagger. ¡No había engaño! El enorme caballo negro estaba allí realmente vivo, temblando, piafando en la arena. Presentía a un enemigo.

Otra vez Slone quiso penetrar con los ojos la hondonada, donde parecía abrirse a sus pies el vacío. Pero aquella sombra de primer término también estaba cambiando, se llenaba asimismo de resplandores. Todo el valle se hallaba iluminado. Semejante luz no recordaba haberla visto más que en sueños. La pálida luna, las lejanas estrellas, la desvaída luz del amanecer, todo parecía vago y sombrío ante el fulgor del violento incendio del campo.

En el pálido camino que se abría como un abanico de arena a los pies de Slone se vislumbraba una sombra negra y veloz, como un fantasma huyendo. Era un fantasma de caballo. A Slone le parecía que sus ojos, engañados por la imaginación exaltada, creían ver objetos que corrían. No sería la primera vez que en un lejano desierto soñaba con salvajes carreras. Mas ¿que podía ser aquel golpear de pisadas que le daba en los tímpanos agudo, veloz y aun rítmicamente? Nunca le había engañado el oído. Jamás en sueños había percibido sonidos. Lo que corría era un caballo, y, a juzgar por las pisadas, corría cada vez más velozmente, como el viento. Slone sintió como si algo le oprimiera el corazón. Todo el tiempo, la tenacidad, los sufrimientos, la sed, la incertidumbre, la nostalgia, la desesperanza

Librodot

de la larga agonía de la persecución de Huracán se resumían de pronto en su corazón.

El caballo que venía corriendo se detuvo de pronto al borde mismo de la franja de luz proyectada por el incendio. Allí se destacaba, recortado como un camafeo, a menos de cien pasos de Slone. Era Huracán.

Un involuntario grito salió del pecho de Slone. Una tras otra, las emociones le penetraban. La alegría y la esperanza, el miedo y la desesperación se sucedieron instantáneamente, como rayos, en medio de su alma. Y por fin le dominó la pasión de todo buen jinete, el deseo de poseer aquel magnífico y hasta entonces incapturable caballo. En aquel soberano momento, Huracán se brindaba a Slone. ¿Cómo se atrevió nunca a pensar en que iba a poder cobrar aquella pieza? Slone no se saciaba de mirarlo, de alimentar su fantasía, sin arrepentirse de nada de lo pasado, pues aquella escena, por sí sola, era bastante premio a sus trabajos.

Las fantásticas llamas daban magnificencia a la estampa de Huracán y lo mostraban con evidencia luminosa. Parecía gigantesco. Brillaba negro contra el rojo del incendio, erguido el testuz, la crin flotante. Detrás, el fuego llameaba y una inmensa columna de humo tan ancha como todo el valle ascendía al espacio, en tanto que los grandes pináculos como monolitos iban quedando a retaguardia invadidos por las llamaradas que avanzaban y avanzaban cada vez más. Era un espectáculo fuera de lo vulgar, cuyo aspecto más impresionante lo procuraba el inmenso silencio del desierto.

De súbito, Huracán desgarró el silencio con un relincho agudo y restallante como la fulminación del rayo, que tuvo la virtud de distender las potencias de Slone. E inmediatamente, Huracán partió disparado hacia el paso que ocupaba Slone.

Éste lanzo un grito con toda la fuerza de sus pulmones, y sin lograr atemorizar al garañón, para que retrocediese cuesta abajo, disparo su fusil. Huracán, después de transformarse otra vez en una sombra que corría, desapareció.

La ingente línea de fuego fue corriéndose más allá de los monumentales menhires del fondo, y se extendía ya del lado del cantil al del talud, llenando toda la hondonada. Huracán no podía atravesar aquella muralla de fuego.

Entonces Slone vio que el cielo palidecía y que por oriente despuntaba el alba.

VII

Estaba Slone sonriendo gozosamente, cuando al mismo tiempo que por Oriente aparecía el primer tinte rosado, una ligera brisa le acaricio el rostro. Lo único que a sus planes convenía era un poco de viento oeste, y aquello era un buen anticipo.

Todo el valle aparecía brumoso a causa de las lentas ondas de humo que se desprendían de la línea que limitaba el fuego. La luz del nuevo día iba haciendo palidecer las llamas que devoraban la hierba, y Slone distinguía aquí y allá vacilantes llamaradas de un rojo oscuro. El garañón salvaje no se apartaba del centro del valle, aun no invadido, y se volvía a uno y a otro lado, lleno de impaciencia, pero nunca miraba el humo. Slone estaba seguro de que Huracán iba cediendo terreno al paso que el fuego avanzaba hacia el.

Por momentos, la brisa refrescaba y se hacía más fuerte y seguida, hasta que Slone empezó a ver que su soplo empujaba los nubarrones de humo que se apelotonaban lentamente en el valle. Llego un momento en que la larga línea de fuego se reavivo de lado a lado de la hondonada.

Huracán estaba perseguido, atrapado. Varias veces Slone había arrollado y desenrollado el lazo. Pronto se le presentaría la ocasión más extraordinaria de su vida, el más comprometido e importante lanzamiento de su nudo corredizo. No acostumbraba fallar nunca; pero podía fallarle en aquella ocasión, y era necesario hacerlo con presteza y seguridad. Le enojaba sentir que le sudaban y le temblaban las manos y que un extraño peso le oprimía el pecho. Se decía a sí mismo que se hallaba muy cansado y que no era aquel estado el más conveniente para una gran lucha con un caballo indómito. Y no obstante, él tenía que capturar a Huracán; su pensamiento no se apartaba de ello. Daba por descontado que, a la postre, Huracán se dispararía para pasar por encima de él; mas para tal caso tenía ya planeada su táctica. Lo único que le preocupaba era que el caballo pudiera reservarle alguna imprevista sorpresa. Slone estaba dispuesto a seguir esperando largas horas y a realizar luego un esfuerzo desesperado; a afrontar el choque con Huracán, que podría matar a este y dejar malparado a Nagger, o bien a una interminable carrera de combate.

Pero pronto se convenció de que se equivocaba en lo de una larga espera. El viento había adquirido gran violencia y estimulaba rápidamente el avance del incendio. Las llamas, acariciadas por el aire, se amontonaban en formidable barrera. Aunque Slone, excitado, no advertía el paso del tiempo, en menos de una hora Huracán había llegado a la parte en que se estrechaba la garganta del valle, y no cesaba de correr de un lado para otro. Slone esperaba que en cualquier momento el caballo arrancaría aterrorizado en dirección al paso.

Daba ya muestras de espanto, pero no acababa de decidirse. En vez de ir hacia el paso, en donde continuaba Slone, intento subir la cuesta de la derecha. Era muy pendiente y de terreno inconsistente; y, no obstante, el garañón emprendió la subida por allí levantando nubes de polvo, haciendo que las arenas se corriesen hacia abajo, formando una cascada por donde rodaban las piedras. Se veía el apuro en que estaba Huracán en la ansiedad con que miraba a lo alto.

Y Slone, que se sentía altivo, le gritó:

« ¡Sube, sube, demonio rojo! »

Estaba seguro de que por aquel empinado banco de arena Huracán perdería las fuerzas, si no sufría algún accidente.

Y contemplaba al caballo en tal trance, con admiración, lástima y entusiasmo a la vez. Huracán no avanzaba gran cosa, pues iba resbalando al paso que subía. Al fracasar por un lado, hacía esfuerzos para subir por otro. Había un banco arcilloso algunos pies más arriba, y no lo podía rodear por ninguno de sus extremos ni salvarlo por en medio. Por fin se abrió paso piafando, lo mismo que si tratara de abrir un hoyo en la arena para poder beber agua. Una vez salvado aquel obstáculo, su situación no mejoro mucho. La pendiente que allí se levantaba parecía no tener fin y se hacía más empinada, más difícil en la parte alta. Slone estaba completamente seguro de que no había caballo capaz de subir por allí. Sin embargo, temía que Huracán permaneciese a aquella altura en medio de la cuesta hasta que las llamas hubiesen pasado por debajo. El caballo daba muestras de no gustar de la menor proximidad del fuego, y hacía prodigiosos esfuerzos para elevarse.

«No tardará en bajar patinando sobre un alud», murmuro Slone.

Largas sabanas de arena y grava resbalaban hasta deshacerse finamente en el banco inferior. Huracán, hundiendo las patas hasta las rodillas, no cejaba en sus esfuerzos, hasta que llego a la mitad de la pendiente, situándose sobre el extremo de una larga y amarilla masa de arena que no inspiraba mucha seguridad. Allí se detuvo porque había un desnivel, que, de no tener los pies hundidos, hubiera podido salvar fácilmente. Pero el caballo se quedó apresado en la arena. Por primera vez volvió la cabeza para mirar al fuego y a Slone.

De pronto, la masa de arena empezó a deslizarse arrastrándolo. El animal dio un resoplido de terror. El alud bajaba lentamente, y debía de ser muy espeso, no superficial. Su

Librodot

profundidad era grande. Se detuvo, volvió a deslizarse y volvió a detenerse. Huracán se iba hundiendo más al mismo paso. Los esfuerzos que hacía para salir le aprisionaban aún más. Luego el banco de arena, con un imponente ruido sordo, reanudo su descenso. Ahora la bajada era rápida. Se levantaba una nube de polvo que apenas dejaba ver al caballo. Rodaba la grava formando como largos arroyos y por toda la cuesta bajaban cascadas de arena.

Casi con la misma rapidez, el alud se detuvo nuevamente. Slone pudo comprobar, viendo el hoyo que arriba quedaba, que el banco que se corría era en verdad muy denso. De lo contrario habría bajado mucho más de prisa. Así que se disipo la nube de polvo, Slone vio que el caballo se había hundido hasta los flancos y que estaba completamente perdido.

De un salto salvaje se apeo Slone de Nagger y, con un lazo en cada mano, corrió por la pendiente. El fuego distaría un cuarto de milla, y como la hierba era cada vez más clara, las llamas adelantaban menos; el caballo se encontraba como a la mitad de esa distancia y a unas cien yardas de altura en la cuesta.

Como un loco, trepo Slone por la arena suelta. Lo tenía ya junto a él, excitado de furor. Le parecía un engaño de los ojos, que no era posible tener allí a aquel formidable caballo enclavado en la arena sin poderse valer. Y, no obstante, a cada esfuerzo que tenía que hacer para subir se le presentaba una dificultad imprevista. En su ansiedad resbalaba, caía, se encogía y saltaba, y así llego hasta el cauce abierto por el alud de arena que se llevaba prisionero a Huracán.

A juzgar por los movimientos de Huracán, éste debía de estar por completo agarrotado, pues lo único que podía mover era la cabeza. La tenía levantada, con los ojos dilatados mostrando el blanco del globo, la boca espumeante y abierta, los dientes relumbrantes. Un grito como un quejido desgarro los aires. Era un relincho penetrante, que hablaba de odio y de pánico. Y el rojo caballo, desencajado, sudoroso y ardiente, ponía en la expresión y el movimiento de su cabeza todo el horrendo salvajismo de los brutos.

Así que Slone se hubo puesto de un brinco a la distancia del lazo, la mole volvió a resbalar un par de pies, y después se paro de nuevo para reanudar poco a poco su movimiento, que siguió despacio, con sordo rumor.

Pero Slone no se fijo en ello, sino que se acerco aún más, como un lobo, decididamente, dando vueltas al lazo. El nudo corredizo silbo por encima de su cabeza, y cuando, una vez lanzado, Slone volvió a tirar del lazo, el nudo apretaba ya el cuello de Huracán.

-¡Válgame Dios, por fin lo he cogido!» -exclamo Slone, alentando roncamente.

Y se quedo mirando, sin dar crédito a lo que veía; parecíale irreal aquella escena, lo mismo que el movimiento arrollador de la luz a sus pies. La cabeza de Huracán revelaba un odio satánico. Se movía abriendo la boca para tascar y morder, y su grito terrible no parecía el de un caballo.

Slone era un cazador de caballos salvajes, un jinete, y en cuanto pasó el primer momento de perplejidad, sintió plenamente su triunfo. Ningún momento de su vida era comparable a aquel instante en que se vio teniendo en sus manos la cuerda que aprisionaba el cuello de aquel magnífico garañón. Daba por bien empleados tantos días y tantas millas de trabajo, así como el haber soportado tantas desesperanzas y privaciones a cambio de aquellos instantes. No le cabía el corazón en el pecho.

¡Te he venido siguiendo -exclamó como un salvaje -; he hecho alto siempre que tú lo hacías... y por fin te he echado una cuerda al cuello! ¡Te montare, te montaré, demonio rojo!

Era intensa la pasión de aquel hombre. La persecución tenaz a que se dedicara había agotado casi la dureza física que la vida del desierto le diera. Más que el amor era el odio lo que vertía Slone en sus palabras. Estiraba del lazo abatiendo más y más la cabeza del garañón. Era un movimiento causado por el placer mismo de la captura, tanto como por el instinto de cazador que le hacía procurar que el caballo le temiese. La vitalidad de aquel caballo era

fuerte, inquebrantable; se traslucía en el odio, que lo hacía repulsivo. En aquellos momentos de instintos adversos a todo noble sentido de la vida, se confundían la actitud del hombre y la del animal.

El alud se iba deslizando a pequeñas sacudidas, como si amenazara con desprenderse traidoramente del todo para rodar un largo trecho. Al fondo, los labios del fuego mordían la hierba y se perdía en el aire.

Con la mano izquierda sostenía Slone el cabo tirante del lazo. Con la derecha dio vueltas a la otra cuerda y rodeó las mandíbulas de Huracán; soltando entonces la primera, tiró de la otra abatiendo completamente la cabeza del caballo. Y mudando poco a poco de mano, Slone se acercó cuanto pudo a el. De pronto saltó sobre la cabeza del cautivo, la oprimió fuertemente bajo sus rodillas y le rodeó el belfo con un nudo o improvisada

brida: hecho lo cual se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y le vendó con el los ojos.

-¡Que fácil todo! -exclamó Slone respirando con fatiga-. ¡Señor! ¿Quién lo hubiera dicho?... ¿Estaré soñando?

Se levantó y dejó que el caballo moviera la cabeza.

-¡Te tengo cogido con una cuerda, Huracán, con un nudo en el belfo y ciego! ¡Ah, si tuviera una brida ! ... Y ¿quién iba a decir que ibas a caer metido en la arena?

Como quiera que Slone se cayó de improviso, hubo de darse cuenta de que el suelo iba bajando cada vez más de prisa. Había empezado no sólo a arrastrarse, sino a ondularse, a henderse; en torno suyo se levantaban verdaderas nubes de polvo. La arena se abría y le cogía las piernas hasta las rodillas. El ruido de la grava se perdía en un denso y pesado rumor. De pronto, empezó a bajar a toda prisa, hundidos los pies en la arena, perdido, pero sin soltar las cuerdas; como si fuera una barca, fue sintiendo sucesivamente todas las sinuosidades de la cuesta y por fin ocurrió la larga caída final, hasta que el banco de arena chocó en la parte llana y se esparció por el fondo. Entonces todo cesó instantáneamente. Slone estaba medio enterrado. Mientras se esforzaba en salir de la densa arena que le cubría, vio que Huracán yacía delante de él, al borde del declive, mucho menos cubierto que cuando se hallaba en medio de la cuesta. Hacía grandes esfuerzos y no tardaría en saltar. La línea de fuego estaba muy cerca, pero no era esto lo que Slone temía. Llamó a Nagger con un silbido y el animal se acercó al momento, dócilmente; pero resoplaba con las orejas echadas hacia atrás. Se detuvo. A un nuevo silbido volvió a arrancar. Por fin, Slone logró salir de la arena y anduvo hacia Nagger todo lo que la longitud de las cuerdas dio de sí. El negro animal tenía miedo y sentía la lucha; los ojos le rodaban y casi se esquivaba.

-¡Ven aquí! -le gritó Slone ásperamente.

Echó una mano a Nagger, lo montó como un relámpago y ató las dos cuerdas al arzón de la silla.

-¡Arráncalo de la arena, Nagger, mi buen amigo! - gritó Slone, hundiendo las espuelas en los ijares del noble bruto. Y este, de un solo tirón sacó a Huracán de la arena. Éste saltó resoplando, salvaje, y, aunque cegado, sacudiendo las patas. No veía a sus enemigos, y el denso humo de la hierba quemada no le dejaba orientarse por el olfato. Pero supo la dirección en que éstos se hallaban guiado por la tirantez de las cuerdas. Retrocedió. Dio un salto hacia sus captores y allí, volviendo la grupa, coceo tanteando en el aire. Slone aparto a Nagger rápidamente con las espuelas y la brida, con lo cual Huracán perdió el apoyo del blanco que buscaba y se vino pesadamente a tierra. Slone lo arrastró, lo estiro y le dio dos embestidas antes de que recobrara la estabilidad. En pie otra vez, Huracán retrocedió extremando su rabia y sacudiendo al azar el aire con sus cascos. Slone dio vueltas a su alrededor y le derribó de nuevo.

-Esto no será una lucha noble -dijo agriamente-; pero tú me has inducido a la caza... y ahora comprenderás que soy tu amo.

Volvió a arrastrar al garañón. Pero no era bastante rudo con el. Debió haberlo sido sin piedad hasta tenerlo casi estropeado o medio muerto, ya que de lo contrario nunca lo domaría. Pero Huracán era sumamente ágil. Se enderezó, respiró y dio una embestida. Nagger, a pesar de su gran vigor, no pudo resistir la sacudida y cayo. Slone evito con su habilidad de jinete que el caballo le cayera encima y lo cabalgó otra vez mientras éste se levantaba rápidamente. Nagger sostuvo las nuevas sacudidas, bamboleando un poco su corpulencia, pero la silla se inclino ligeramente y la cincha crujió. Slone procuraba atenuar la violencia de los tirones haciendo seguir a Nagger los movimientos de Huracán, y dando vueltas a su alrededor.

Los caballos se habían alejado del fuego, y libre Hura- cán del olor atosigante del humo, empezó a dar tirones, saltos y embestidas en torno a Nagger, corriendo en círculo sin ver, pero guiado certeramente por el olfato. Gracias a su destreza de caballista, Slone esquivaba las acometidas del garañón, y convirtió a Nagger en un eje alrededor del cual Huracán desfogaba todo su frenesí. El salvaje potro ya no intentaba desatarse, sino que tan solo parecía querer matar.

-¡Firme, Nagger, amigo mío! -decía Slone sin cesar- ¡Nunca te alcanzará... Y si la venda se le cayera, lo mataría!

El garañón era un demonio en su furor, más rápido que una pantera, de una maravillosa seguridad en sus pies y de un poder de toro. Pero tenía una desventaja. No veía.

Y al decir Slone que estaba dispuesto a matarlo si se libraba del pañuelo que lo vendaba, reconocía que iba a serle de todo punto imposible domar al caballo salvaje en tales condiciones. Huracán era una montura más corpulenta, más rápida, más fuerte de lo que Slone podía prever, y por lo que hacía a su espíritu, era algo que causaba miedo.

Al dar sus embestidas, Huracán socavaba con sus pies la arena movediza. Estaba sudoroso y muy arrogante. Su piel encarnada parecía arder. Toda su estampa era finísima, con las orejas casi horizontales.

Slone desenrolló un poco las cuerdas del arzón y las sacudió ligeramente. Huracán coceó al aire y lanzó un relincho. Slone intentó que Nagger se le acercara, y fue milagro que jinete y cabalgadura escaparan a los agresivos cascos. Pero Slone había conseguido aminorar la distancia. Fue un recurso desesperado; aguijoneó a Nagger haciéndole embestir de un brinco a Huracán, al tiempo que éste retrocedía. Los caballos chocaron y Slone sostuvo las cuerdas fuertemente. El topetazo hizo que Huracán se derrumbara, tal como Slone había previsto, y en el momento en que el garañón se erguía otra vez, Slone acerco cuanto pudo a Nagger. Huracán quedaba así a- muy corta distancia de suerte que no podía retroceder con holgura, a menos que cayera cuantas veces lo intentase, porque Slone le arrimaba a Nagger oportunamente en tanto que sostenía las cuerdas con mano de hierro. Y cuando Hura- cán se volvía para dar bocados, Slone lo castigaba con el puño cerrado.

Una vez en lo alto de la garganta de aquel valle, los brutos emprendieron veloz carrera. Con la alegría salvaje de un gran jinete, Slone vio ante sus ojos el verde y gris valle. En aquella larga planicie podría quebrantar y dominar a Huracán. ¡Cuán benigna había sido al fin la suerte con él:

-¡Arre, no pares, diablo rojo! -gritaba Slone-. ¡Arrástranos ahora de un lado a otro hasta que no puedas más!

Dejaron la cañada y se lanzaron a través del extenso campo de salvia. La fuerza con que su rostro cortaba el viento daba a Slone idea de que Nagger iba arrastrado a una velocidad fantástica. El difícil caballo negro nunca hubiera partido así la atmósfera. Más abajo, el garañón se estiraba cada vez más y su carrera se hacía más veloz, hasta el punto de que Slone creyó que aquel competir con el rayo sería una fatal carrera de la muerte

Librodot

VIII

Lucía Bostil llamo dos veces a su padre, pero éste no le contesto. Se hallaba en el patio con el picador Holley y otros dos hombres, y no daba muestras de haber oído a Lucía. Ella avanzaba el rostro, pero no se atrevía a cruzar la puerta.

-Somers ha ido a Durango y Shugrue salió a cazar caballos.

Esto oyó Lucía decir a su padre hoscamente.

-Pues bien, creo que ahora podría ir por la barca a traer los caballos de Creech -dijo Holley.

Bostil levantó con impaciencia una mano, como apartando la idea de Holley.

Entonces hablo otro de aquellos hombres, a quien Lucía había visto alguna vez, pero cuyo nombre desconocía.

-La verdad es que no es menester precipitar las cosas. El río no da señales de crecida, pero Creech está muy preocupado; sí, le preocupan enormemente los caballos. No lo dudéis. Y no es para menos. Ese Blue Roan es un verdadero corcel. Ayer, haciendo pruebas, comprobó Creech que su caballo ha ganado algo en velocidad desde el año pasado. La hierba se acabo allá arriba y Creech ha hecho provisión de grano estos días, pero resulta carísimo.

-Y ¿cómo está la planicie alta del cañón? -pregunto Bostil-. ¿Tampoco hay allí hierba?

-Creo que no. Es el sitio más seco con que cuenta Creech -contestó el oro-; y aunque la hubiera, de nada le serviría. Un desprendimiento de tierras ha cortado la subida.

-Como ve, Bostil, no hay más remedio que traer los caballos, sobre todo los de carreras -dijo Holley con impaciencia. Amaba los caballos y pensaba en ellos.

Bostil le objeto:

-Es que hay que reparar la barca.

Lucía comprendió que también su padre se preocupaba por los caballos de Creech, pero de una manera distinta a la de Holley. La muchacha se puso seria y siguió escuchando atentamente.

Hubo un extraño silencio. Quienquiera que fuese aquel jinete de Creech estaba temblando de ansiedad; sacudió sus polainas con el látigo, que estaban llenas de barro, como si hiciera poco que hubiese cruzado el río.

-Bien; ¿queréis que pasemos a este lado los caballos? -insistió decisivamente Holley -. Creech necesita saberlo.

-Sí, en cuanto esté hecha la reparación de la barca. Mañana mandare a Shugrue que ponga manos a la obra.

-Gracias, Bostil; todo irá bien. Creech se sentirá satisfecho -repuso el picador, como si le quitaran un peso de encima. Luego monto y se alejo por la avenida, hacia abajo, en compañía del otro.

Holley, encorvado y con su cabeza gris, envió una mirada penetrante a Bostil, el cual pareció no darse cuenta porque estaba entregado a sus pensamientos.

-No hay seguridad -observó- de que, por secos que sean el invierno y la primavera, allá en la alta sierra no haya grandes nieves.

El reparo de Holley sorprendió a Bostil.

-Ciertamente.

-Y el día menos pensado nos despertará el rugido del barranco, el cañón lleno de agua del deshielo-volvió a decir Holley significativamente.

Bostil no le respondió esta vez.

-Creech no ha vivido lo suficiente allá arriba. ¿Que sabe él del río? Es más, ¿quién puede adivinar las intenciones de ese río del infierno?

-No es cuenta mía el que Creech viva o no ahí arriba exponiendo a la sequía a su ganado todas las primaveras-tal fue la hosca contestación de Bostil.

Holley abrió los labios, como para hablar; pero titubeo, y por fin aparto la mirada diciendo:

-Cierto, no es cuenta de usted.

Luego dio la vuelta y se alejo, inclinada la frente al peso de un grave pensamiento.

Bostil se dirigió a la puerta abierta, donde se hallaba Lucía. La miro cejijunto, y cuando ella le saludo mostró cierta sorpresa.

-¿Qué hay?-pregunto él.

-Acabo de decirte : «¡Hola, papá!» - repuso ella, un tanta gazmoña.

Pero su acento melindroso no le privó de observar detenidamente la sombría expresión de su padre.

-¿Que te pasa...? ¿Sabes que Van se ha caído y se ha hecho daño?

-Lo sé.

Bostil reprimía sus juramentos y mascullaba:

-No hay ya jinetes en el rancho, ni hay picadores en quien tener confianza. Todos son lo mismo: no piensan más que en meterse en un garito y en chancear y jugar. Necesitan caballos de mantequilla. A los caballos buenos los vician, y parece que no saben montar si no se encabritan y que disfrutan cuando los arroja el animal por la cabeza... ¡Mira que dejarse derribar ese tonto de Van por un miserable mustang de la región Utah, por el que nadie daría dos dólares! ¡Y ha quedado en tal forma que tardará en volver a cabalgar! ¡Y las carreras se vienen encima! Créeme que estoy enfermo.

-Pero ¿tú no habías sido también un gran jinete? -le preguntó Lucía.

-Nunca de la clase de éstos.

-Van se repondrá en unos días.

-No importa. Es una mala cosa. Como tuviera a otro capaz de montar a King, prescindiría de Van.

-Yo puedo sacar tanto partido del caballo como el -afirmó Lucía vivamente.

-¡Tú! -exclamó Bostil mirándola con orgullo.

-Estoy segura de que soy capaz de ello.

-Tú nunca serviste para montar a Sage King -rectificó Bostil, como si se sintiera engañado.

-Yo quiero un poco a ese caballo y el me aborrece del todo -observó Lucía, riendo.

A lo cual replicó su padre, cediendo:

-Pues bien, mientras Van este herido, tú entrenarás al favorito.

-No es que quiera tomar parte con el en las carreras, sino que lo preparare magníficamente para ese día.

-Juraría que quisieras verlo derrotado por Sarch -bromeó Bostil, celosamente.

-Claro que me gustaría -repuso Lucía para mortificarle-; pero estoy segura, papá, de que jamás podrá vencerlo.

Entonces Bostil dijo en tono aseverador

-Oye : no quiero que se cargue a King con el menor peso. Tú lo sacarás estos días. ¡Y a correr con él! ¿Entendido?

-Sí, papá.

-Hazle correr millas y millas cada día y regresa por buenos caminos; pon a prueba su resistencia... Además, Lucía, procura estar siempre alerta. No dejes que se te acerque nadie en el campo de salvia.

-Así lo haré... Pero ¿cómo, papá, todavía te preocupa lo de Joel Creech?

-No es Joel. Es que preferiría perder todo mi ganado antes que ver a Cordts o a Dick Sears acercársete a la distancia de una milla.

-¡Una milla! -exclamó Lucía, risueña, aunque una sombra fugaz pasó por su rostro-. ¡Aunque llegaran a diez yardas de mí, no me darían alcance montando a Sake King!

-Te digo, hija mía, que una milla es ya mucho acercarse. Cordts ha jurado robarme el favorito, o secuestrarte.

-¡Bah! Siempre preferirá el caballo.

-Con todo, Lucía, tengo el mal presentimiento de que Cordts no dejará estas montañas sin hacer lo imposible para llevársete a ti con el caballo.

-¿Y tú, papá, consientes que ese ladrón venga a las carreras? - exclamó, indignada, Lucía.

-¿Por que no? Ningún mal puede hacer en ellas. Si él o alguno de los suyos intentasen una trastada, tanto peor para ellos, porque habrían de conocerme. Cordts me ha dado palabra de no mover la mano contra mí hasta pasado el día de las carreras.

-¿Y le das fe?

-Sí. Ahora bien, sus hombres, lejos de su vigilancia, pueden hacer de las suyas, sobre todo Dick Sears. Éste es un malvado. Por eso te digo que no dejes de estar alerta cuando salgas del rancho.

Lucía se fue hacia los corrales hondamente preocupada.

Mujer al fin, leía claramente en el alma de su padre, y ahora lo veía lleno de temor y ansiedad. Pensaba en la conversación sostenida por el y el jinete de Creech, y recordaba la penetrante mirada que le había lanzado Holley. Y aun mejor se le representaba lo sombrío de su expresión. Aquello la disgustaba. Recordaba que una vez, siendo niña, había sorprendido aquella misma expresión, que le dejo honda huella, así como la escena que se desarrollo entonces : algo trágico había pasado en la habitación grande. Había habido una confusión de voces de hombre, fuertes e irritadas, y sonaron varios tiros. Luego, los hombres sacaron una larga forma cubierta con una manta. Lucía amaba a su padre, pero su amor dejaba sitio al miedo, y lo que a éste se refería tenía siempre algo que ver con la dureza de Bostil para con Creech, con su intransigencia en el trato con todo aquel que tuviera un caballo de primera línea, con su obsesión, en fin, por todo lo concerniente a su ganado de pura sangre. A veces, Lucía gustaba de atormentar a su padre diciéndole que, puesto a escoger entre sus buenos caballos y su hija, la decisión sería favorable a aquellos. Pero ¿se trataría ahora también de una broma? Lucía advirtió que en aquellos momentos acababa de salir de la infancia, con todas sus fantasías y gracias, y empezaba a pensar en la vida de una manera perfectamente seria.

Sin embargo, poco le costo ahuyentar las sombras en cuanto vio los corrales y se represento a Sage King corriendo alrededor. Encontró a un grupo de jinetes, entre los cuales estaba Farlane, y todos ellos tuvieron palabras de enhorabuena cuando Lucía les dio la noticia:

-Farlane, mi padre me ha encargado de sacar a paseo a Sage King.

-¡Imposible! -prorrumpió Farlane, metiéndose la pipa en el bolsillo.

-Digo que sí; y soy yo quien ha de montarlo. Ya saben quién es mi padre mandando.

-Nada, que me deja perplejo -añadió Farlane, con ojos alegres y pesarosos a un tiempo-. Supongo, señorita Lucía, que no se estará divirtiendo a costa mía.

-¡Como, Farlane! -reprocho Lucía-. ¿Bromeé nunca hablando de caballos?

Farlane se froto el agudo mentón con gesto de duda. -Bien, señorita, es cierto; pero no lo es menos que algunas veces, con tal de cabalgar, se olvida usted de todo.

Todos los picadores se echaron a reír y Lucía también.

-Pero tampoco ignoran ustedes-repuso ella-que estando a caballo me encuentro a salvo de todo.

Los hombres trajeron el caballo gris, y como caballistas amantes de las buenas cabalgaduras, lo acariciaron, peinaron y frotaron minuciosamente antes de ensillarlo.

-Creo que debe llevar la misma silla de Van -sugirió Farlane-. Las carreras se acercan, y una silla nueva requiere acostumbrarse a ella.

-Por supuesto, no cambien nada de lo que sea familiar al caballo, salvo los estribos - contesto Lucía.

A pesar de toda su antipatía por Sage King, la joven no podía dejar de mirarlo con orgullo de caballista. Era luciente, gracioso, corredor, tan gris que se confundía casi con la salvia, y su estructura y sus movimientos eran magníficos. Además, no era uno de esos caballos que exigen una continua vigilancia. Estaba lleno de espíritu y de vida, siempre impaciente por correr, pero apenas Farlane lo llamo y le hizo pararse, obedeció dócilmente. Un caballo así permite que hasta los niños jueguen a sus pies. Nunca coceaba, nunca mordía, nunca se sacudía bruscamente. Era un encanto verlo con Farlane o con Bostil. No quería a Lucía, y acaso por eso le era antipático a ella, porque el favorito no gustaba de ser gobernado más que por hombres. Si tenía algún defecto, solo lo mostraba cuando lo montaba Van, pero todos los jinetes, y el mismo Bostil, opinaban que Van tenía la culpa.

-Creo que estos estribos irán bien-dijo Farlane -. Ahora, señorita, conviene que lo oprima para que los bordes de la correa se desgasten. Hay que trabajarlo.

Sage King no se arrodillaba como Sarchedon para que Lucía pudiera montar en él.

Una vez a caballo, lo guió hacia la carretera, y luego por el primer sendero que llevaba al prado de salvia, dispuesta a hacerle correr diez o quince millas al trote, y darle un poco más de trabajo, regresando a paso más veloz. Era un día de principios de mayo, que prometía ser muy caluroso; no habla una nube en todo el cielo. El viento, cargado de los aromas de las salvias, soplaba bruscamente del Este. El panorama se extendía a los ojos de la muchacha con el dilatado valle, gris y polvoriento al principio ; más allá, donde se alzaban los pináculos de roca, el paisaje se azuleaba, y más lejos negreaban las pétreas laderas. Lucía acostumbraba soñar cuando iba a caballo, costumbre que todo picador procuraba vencer; no es que Lucía diera rienda suelta a su imaginación cuando montaba a Sarchedon, y menos ahora que, aunque segura en Sage King, no lo descuido ni un instante. El caballo se apartaba como asustado por todo: pájaros, murciélagos y ramas floridas; hasta parecía asustarse de las mariposas; pero Lucía comprendió que debía hacerlo por la desconfianza que tenía en ella. Era sabido que Sage King había dado pruebas de no atemorizarse por nada, en ocasiones en que esto hubiera sido lo natural. No le gustaba Lucía y por eso quería fastidiarla. Se gano un buen espolonazo, y entonces, hincando bien los cascos, dio un salto y describió remolinos y pasos de danza en medio de las salvias. Lucía no se impaciento, cosa que no hacían la mayoría de los jinetes, y con paciencia y firmeza domino al caballo y lo hizo volver a la senda. El animal no estaba enojado y, sintiendo un ligero toque de espuelas, emprendió graciosamente la marcha.

Al cabo de una hora, Lucía se hallaba lo menos a diez millas de su casa, mucho más lejos, valle adentro, que nunca. En efecto, nunca había pasado de la pendiente cubierta de salvias hasta pisar el fondo del valle. ¡Como cambiaba el horizonte! Los promontorios se levantaban sombríos, como centinelas extraños. El primero, una inmensa roca encarnada, parecióle que no distaba más de cinco millas. Era altivo, corto de pico y tenía al pie una verde cuesta. Detrás de ésa, otra mole se alargaba hacia el fondo del valle. Lucía pensó llegar al primero y desde allí emprender la vuelta. Aquellos monumentos naturales la habían fascinado siempre, y ahora se le presentaba la ocasión de contemplar el primero de cerca. ¡Qué soberbios eran, que maravillosas tintas los teñían y qué próximos se mostraban !

De pronto, donde aquellas moles eran más densas, y donde poco a poco entraban sus laderas y sus siluetas entre las amarillas barreras del valle, vio Lucia errantes nubes de humo.

«¿Que será eso?», se pregunto Lucía. No parecía coca normal aquel humo por aquella

parte, aunque más lejos, hacia Durango, las paredes de hierba se quemaban con frecuencia.

«Está lejos», volvió a decir.

Y siguió avanzando, observando de vez en cuando el humo. Al ir aproximándose al primer pináculo, se admiro de las proporciones, de la altura del mismo. Era como una montaña -soberbia torre-monda, corroída, encarnada y amarilla. La senda que había escogido se perdía en una aguada. Luego no volvió a encontrar derrotero marcado. La salvia era cada vez más mezquina y los sarcobatos estaban resecos y muertos. En los espacios desnudos aparecían algunos cactos. No es que faltara hierba, pero distaba enormemente de ser lo fresca y jugosa que en la pradera del declive que había dejado varias millas atrás, donde pacían los caballos. El aire era muy caliente. La brisa era densa y estaba cargada de olor a incendio, y por todas partes se levantaban leves sabanas de arena. Experimento así una gran impresión por la anchura de aquel valle, por su soledad y su extrañeza. Los aislados menhires de roca viva que en medio del mismo se alzaban convertían el paisaje en algo nunca visto. No semejaban simples peñascos erguidos. Parecía que se iban retirando a medida que ella avanzaba, y la miraban con fijeza. Y con eso la llenaron de interés, haciéndola ser curiosa. ¿Como se habrían formado aquellos monumentos? El terreno era llano en muchas millas de longitud y se hacía levemente inclinado para subir hacia la base de los ingentes peñascos. Recordaba haber visto en un libro de historia grabados que representaban las pirámides de Egipto; pero los monumentos que contemplaba eran más grandes, más extraños y estaban cortados perpendicularmente, a pico.

De súbito, Sage King se paro, irguió las orejas y dio un resoplido. Lucía se lleno de sorpresa. Aquello anunciaba indudablemente algo inesperado. Midió anhelante con la mirada toda la planicie que se extendía delante de ella. Una milla más allá de donde el caballo se había detenido, no lejos de la primera altura, se divisaba una pequeña mancha negra. Era un bulto inmóvil. Pero el resoplido de Sage King denunciaba la presencia de otro caballo. Recorrida una cuarta parte de la distancia que de la mancha la separaba, Lucía vio claramente la silueta de un caballo, y noto algo extraño en la posición en que aquel animal estaba. Hizo galopar a Sage King, y no tardo en llegar a aquel sitio. El caballo negro tenía la cabeza caída hacia delante, pero no mordía la hierba. Estaba como una inerte escultura. Se hallaba al lado de un grupo de cactos y enredado a unos matorrales de sarcobatos.

De pronto, un sonido extraño rompió el silencio. Sage King dio un salto y resopló con miedo. A Lucía se le heló la sangre en las venas, porque aquello era un lamento terrible. En seguida se percató de que era el grito de un caballo en la agonía. No era la primera vez que oía cómo se queja un caballo que sufre o que se muere, lanzando esos, gritos estremecedores y prolongados. El caballo negro no se movía, así es que el lamento no podía ser suyo. Lucía creyó que Sage King se asustaba demasiado en aquella ocasión. Recordando la advertencia que le había hecho su padre, hizo subir a King a una colina, a unas cien yardas de donde estaba el caballo negro, y miró con mucha detención hacia aquel lado.

Era un caballo enorme, flaco, peludo y negro, que llevaba la silla mucho más arriba del lomo de lo que sería natural. Permanecía impasible, como si estuviera completamente exhausto. Tenía las patas delanteras trabadas con una cuerda, que le hacía echarse un poco atrás. Lucía vio que la cuerda estaba tirante y pasaba por el casco. No había otro caballo, ni se veía más ser viviente. La escena estaba dominada por el enorme monumento. A Lucía le causó la impresión de algo magnífico, casi terrible.

Vaciló. Comprendía que debía haber otro caballo, seguramente atado al otro extremo de la cuerda, a la parte contraria del matorral y del nopal. De fijo que algún jinete había sido derribado, acaso muerto. No cabía duda de que había un caballo herido, pues inmediatamente se volvió a oír el lamento, si bien más débil. Lucía perdió definitivamente el temor de que le hubieran preparado una emboscada. Allí estaba acaso la muerte; por lo menos había

Librodot

sufrimiento cerca de ella, y así pensando hizo avanzar a Sage King.

Había que bajar una ligera rampa, cruzar una charca y salvar un altozano. Y por fin se acercó al caballo negro. Le fue necesario castigar más que nunca a Sage King por su resistencia.

-¿Qué te pasa? - le dijo, incitándole a avanzar. De pronto le sintió temblar, y es que estaba espantado.

«Es notable», se dijo para sí. Y cuando hubo calmado al caballo dio una ojeada en tomo suyo.

El caballo negro era verdaderamente grande. Su crin, sus peludos flancos estaban manchados de sudor y polvo como de jabón y lejía. Levantó la cabeza para mirarla. Lucía, acostumbrada a los movimientos de los caballos, comprendió en el acto que aquel animal se alegraba de su vista. Pero estaba el pobre a punto de desplomarse.

Eran dos las cuerdas atadas al arzón de su silla, y las cuerdas daban, tirantes, la vuelta al matorral para perderse en una ligera depresión del suelo, llena de maleza, piedras y nopales. Allí vio Lucía un caballo alazán. Estaba tumbado en una mala posición. Se oían sus débiles resuellos. Probablemente se habría roto las patas o el lomo. Un caballo sufriendo era un espectáculo superior a sus fuerzas. Era capaz de todo por ahorrarle el sufrir, hasta el extremo de quitarle la vida si no había otra solución. Pero antes de socorrer al caballo se persuadió de que no había nadie cerca y atisbó entre los matorrales y detrás de las rocas. Sage King no quiso avanzar un paso más, y la joven tuvo que apearse.

El caballo caído estaba, en parte, oculto por ramas bajas de arbustos. Se había caído en un hoyo lleno de cactos. Tenía el belfo atado y un lazo apretado al pescuezo. Éstas eran las cuerdas cuyos cabos opuestos estaban atados a la silla del caballo negro. Un pañuelo de los que llevan al cuello los cowboys estaba sucio y roto colgando de la cabeza del caballo.

-¡Un caballo salvaje, un garañón que acaba de ser quebrantado! -exclamó al punto Lucía, haciéndose cargo de lo que aquella escena significaba, y añadió intrigada-: Pero ¿dónde estará el jinete?

Miró a un lado y otro, al fondo de la pequeña cuesta y más allá; pero no descubrió ninguna sombra que delatara la presencia de un hombre. Entonces retrocedió.

Lucía volvió a observar detenidamente al rojo garañón. Le pareció que no se había roto ninguna pata ni el espinazo. Lo que tenía era que estaba agotado y enredado entre las malezas y las cuerdas en forma que no se podía levantar. El enorme caballo negro y de crines abundantes seguía firme y trabado. Pero estaba también a punto de caer. Viendo la clase de caballo de que se trataba y la forma en que estaban las cuerdas, comprendió Lucía la formidable lucha y carrera que habrían seguido. Y otra vez se preguntó : «¿Dónde estará el jinete?» Habría quedado atrás, en el campo, de seguro, tendido sin vida o sin sentido.

Lucía se acercó al garañón hasta casi poderlo tocar. Él la vio. Estaba casi reventado. Le salía sudor y sangre por los costados, al paso que le temblaban, al resollar, los ijares. Era preciso hacer algo sin tardanza. Y en su precipitación, la joven se pinchó las manos y los hombros con el cacto.

Acercó al caballo caído el negro, para que las cuerdas no tirasen. Éste parecía alegrarse de aquella liberación, tanto como la misma Lucía lo celebraba. ¡Que noble y dócil parecía! A Lucía le gustaban los ojos de aquel animal.

Luego bajó al hoyo donde estaba el rojo caballo tendido. Éste no debía de hallarse a gusto en aquella violenta posición. Levantó la cabeza. Viendo Lucía que todavía el nudo corredizo le apretaba el cuello, sin miedo se lo aflojó. Hecho lo cual retrocedió, para ponerse fuera de su alcance. El caballo tosió, respiró holgadamente y por fin hizo temblar sus belfos resoplando:

-¡Ya estás bien! -le dijo suavemente Lucía, y le acercó despacio una mano a la cabeza. El caballo la retiró con rapidez, echándola atrás cuanto pudo. Ella dio unos pasos en torno de él y

le posó la mano en su grupa. A continuación saltó del hoyo y fue a soltar uno de los cabos de cuerda, para volver junto al animal y desenredarla de sus patas. El caballo estaba completamente libre, salvo el belfo y el cuello, con el lazo muy aflojado. Lucía se detuvo junto a él, mirándole, como hablándole, esperando a que se enderezase. No estuvo cierta de que no se hallaba malherido hasta que lo vio de pie. El caballo no hizo de momento esfuerzo alguno por levantarse. Miró a Lucía con menos miedo, según a ésta le pareció, que al principio. La muchacha no se movió. Quería que el animal cobrara confianza, asegurándose de que ella no le había hecho, ni le haría, el menor daño, y entonces empezó a caer en la cuenta de que era un caballo soberbio.

Por fin, dando un resoplido lento y prolongado, el garañón se incorporó. Lucía lo sacó del hoyo de los matorrales. Empezaba a sentirse tranquila, y no veía más que un camino a la situación.

«¡Un poco de sentido de lo que son los caballos!, como diría papá.» Así monologaba, y una vez el caballo a campo raso se impresionó, se asombró al verle.

«¡Oh, qué hermoso caballo salvaje! ¡Es un gigante! ¡Es más grande que Sage King! ¡ Si lo viera papáe!»

Al parecer, el rojo garañón no estaba herido. El estremecimiento de sus músculos debía causarlo el que su cuerpo estaba lleno de puntas del cacto. Tenía un flanco con muchas manchas de sangre. Lucía pensó que podría arrancarle las espinas. Nunca había temido a los caballos. Farlane, Holley, todos los picadores y su mismo padre, le pronosticaron que, como no fuera prudente, el día menos pensado sería víctima de un accidente. Pero la muchacha no lo podía evitar; no les tenía miedo. Pensaba que el más suave de los caballos sentía el influjo de la superioridad violenta del hombre en forma de miedo; pero ella era mujer, y trataba a los animales de distinta manera. El rojo caballo demostraba sentir odio por las cuerdas y por el caballo negro que las tenía atadas a la silla ; se inquietaba un poco por los continuos resoplidos que daba Sage King; pero, en cambio, se mostraba confiado con ella.

-Ha sido un brioso e indómito caballo salvaje -murmuró Lucía-, y se ve ahora quebrantado, terriblemente quebrantado, pero no hecho una ruina.

Luego se acercó a él tranquilamente, y diciéndole unas suaves palabras le echó una mano al cuello.

-¡Ven aquí, Colorado...! No temas, amigo. ¡Estás en buena compañía! ¿Lo ves? Yo nunca te hubiera atado cuerdas, ni te hubiese hecho el menor daño. Ven aquí, Colorado, que soy una débil muchacha.

Irguióse un poco el animal e intentó dar un brinco, cosa que ella evitó con su caricia. Luego se quedó parado, temblando, mirándola fijamente, en tanto que ella le decía lindezas, le daba palmaditas y le miraba de la manera peculiar que tenía ella de mirar a los caballos para vencerlos infaliblemente. Lucía opinaba que los caballos eran tan buenos, o mejores, que la gente para el trato. Y en seguida le arrancó una de las puntas del cacto que se le habían clavado. El caballo se resintió, mas sin moverse. Lucía siguió sacándole aquellas espinas despacio, cuidadosa, paciente y hábilmente. Las espinas estaban sueltas y no fue difícil librar de ellas al caballo. Cuandoéste se sintió libre de ellas estaba tan bizarro como ella contenta. Pero, gradualmente, fue bajando el caballo la cabeza ; estaba rendido y toda su vitalidad quebrantada.

«Y ahora, ¿que hacer? -se preguntó la muchacha-. Buscaré el derrotero por donde vinieron esos caballos. Se ve que no hace mucho que se han caído aquí. El jinete se habrá perdido. Si no lo encuentro, llevaré los caballos a casa.»

Le sacó del todo el lazo a Huracán, dejándole únicamente la cuerda amarrada al belfo, y arrolló la cuerda suelta para colgarla en el arzón de la silla del caballo negro. Luego cogió las bridas de éste.

-¡Vamos! - le dijo.

El negro animal le siguió, y el garañón, que seguía atado por una cuerda al otro, se dejó conducir con la cabeza gacha. Lucía estaba entusiasmada, pero a Sage King no le gustaba nada la cosa. La muchacha tuvo, pues, que soltar las riendas del caballo negro y conducir por sí misma a Huracán, y así montada en su favorito hubo de guiar a los otros.

Un ancho rastro marcaba el camino que habían seguido los dos caballos atados, y este camino iba por la izquierda, hacia donde los monumentos estaban más juntos y las pendientes del valle aparecían desmoronadas y más bajas. Lucía daba prisa a Sage King pero los otros llevaban el paso tardo. A la muchacha le llamó la atención el caballo negro, que, a pesar de su fealdad, era un animal extraordinario y sumiso. Todo lo comprendía.

De pronto se le ocurrió a Lucía atar las riendas de este caballo, de las que lo conducía, al extremo del lazo que ella usaba, con lo cual pudo guiarlo a mayor distancia, a fin de causar menos irritación al brioso King.

Atenta a seguir el derrotero de las huellas, Lucía no se dio cuenta del tiempo transcurrido, ni de la distancia que recorría hasta que se encontró con que tenía delante aquellos inmensos torreones. ¡Qué misterioso efecto producían! Semejaban colosales estatuas puestas allí para registrar las señales, el trabajo de los años. Lucía comprendió que en otras edades todo el valle fue de piedra maciza, piedra que por la acción del tiempo fue erosionándose en sus partes más blandas hasta convertirse en arena y desaparecer más tarde, como también las aguas del mar que un día debió tener el valle por lecho. Pero la hermosura, la solemnidad, la majestad de aquellos monumentos la fascinaron. Pasó el primero, un inmenso hito cúbico; luego el segundo, como un lanzón desastillado, y después pasó entre otros dos que se alzaban hacia el cielo como brazos monstruosos. Andaba contemplándolos, sin apartar de ellos la mirada más que para vigilar de vez en cuando si seguía el derrotero. Notó que llegaba a una tierra de hierba, con vestigios de agua en las hoyadas. Empezaba a subir otra vez, a pocas millas del muro opuesto de roca.

De súbito, Sage King se desvió, y Lucía descubrió el cuerpo inerte de un hombre tendido. Tenía abiertos los ojos; ojos negros, que miraban con fijeza. Se movieron. Algo dijo, pero Lucía no pudo comprenderle.

Ella saltó como un rayo a tierra y corrió al caído arrodillándose junto a él.

- ¡Oh! - exclamó Lucía, llena cíe espanto-. ¡Oh ¿Está usted mal herido?

-Levánteme la cabeza-le rogó el, débilmente.

Así lo hizo. ¡Qué mirada de ansia, de pasión lanzó el hombre a los caballos!

-Son míos, muchacho. ¡El negro y el rojo! -exclamó.

-Claro que sí - repuso Lucía -. Pero, ¡oh!, dígame ¿está usted herido?

-Dime, muchacho, ¿trajiste los caballos buscándome mí?

-Naturalmente.

-¿De modo que cogiste al caballo rojo y seguiste sus huellas buscándome? - prosiguió la voz débil y vacilante-. ¡Oh, muchacho, muchacho !

Estiró el hombre un brazo cubierto de desgarrones, dando un empujón a Lucía, que la derribó. Aquel movimiento la desconcertó tanto como su apasionado agradecimiento. Estaría herido, pero su brazo era de hierro. La muchacha se sentía inerme y no sabía qué hacer. Un momento había sentido su cara y su pecho junto al rostro y al pecho de él. El corazón de aquel hombre palpitaba con recios golpes. Al punto casi le dio risa, mezclada de compasión ; pero luego, aquel contacto, aquel poderoso brazo, le causaron una impresión desconocida. ¿Pues no la había tomado aquel jinete maltrecho por un chico?

¡Ella no era un chico! No podía renunciar a su personalidad. Ningún hombre se había atrevido jamás a poner la mano en ella. Al pensarlo se llenó de rubor y de enojo, viéndose cogida por aquella mano. Se defendió con tanta energía que logró desprenderse, y el volvió a

caer de espaldas.

-¡Eh, no es manera de tratar y apretujar a una persona! -exclamó Lucía, con las mejillas encendidas.

-Es que yo, muchacho...

-¡Yo no soy un chico! Soy una señorita.

-¡Cómo !

Lucía se quitó rápidamente el sombrero, pues lo llevaba muy echado hacia delante, y mostró por completo su rostro y la cabellera, que le cayó. El jinete estaba estupefacto. La muchacha se ruborizó suavemente.

-¡Una joven...! ¿Cómo es eso? Usted perdone, señorita. Creí que era usted un muchacho.

Parecía sobrecogerse, tan lleno de vergüenza, tan tímido, y a la vez tan consumido y débil, que Lucía recobró al punto la serenidad.

-Sí, soy mujer. Pero eso no importa... Usted se ha caído, y hay que saber si se ha lastimado.

Él sonrió con una débil afirmación.

-¿Y es grave la herida?-le preguntó ella, a quien no tranquilizaba nada el estado de debilidad e inanición en que el hombre se hallaba.

-Creo que sí; no me puedo mover.

-¡Dios mío...! ¿Qué puedo hacer?

-¿Puede usted... traerme un poco de agua? -murmuró el herido con los labios resecos.

Lucía corrió en busca de la pequeña cantimplora que llevaba siempre que salía a caballo. Pero como había cambiado su silla por la de Van, se encontró con que no la traía. Entonces miró alrededor; no lejos se veía el agua de los charcos, que había cruzado varias veces, entre verde hierba y ondulaciones del terreno. Se dirigió allí. Encontró varias charcas, más para lograr agua limpia hubo de ir bastante lejos. Con el sombrero lleno, volvió corriendo junto al herido. Fue difícil darle de beber.

-Gracias, señorita - dijo con agradecimiento, después que hubo bebido. Le salía la voz más entera y menos ronca.

-¿Se habrá roto usted algún hueso? -le preguntó Lucía

-No lo sé. Estoy como insensible.

-¿Así no tiene dolor?

-Muy poco. Pero siento una pesadez...

Lucía, que era una muchacha inteligente y estaba acostumbrada a la experiencia del desierto, tenía recursos para todo.

-Permítame que vea si tiene roto algún hueso... Éste no, puede estar seguro.

El jinete volvió a sonreír levemente. ¡Cómo miraba con sus ojos rendidos y oscuros! Tenía una expresión extraña, lúgubre, con su fina barba y su tez curtida. Lucía encontró que tenía lesionado, pero no fracturado, el brazo derecho. Se persuadió también de que los huesos del cuello y los omoplatos estaban intactos. Más difícil era apreciar si tenía rota alguna costilla; pero también comprendió que no se le había roto ninguna, porque no se resentía a la presión del tacto. Y le ayudó a mover las piernas, para convencerse de que tampoco se le habían fracturado.

-Temo que la lesión sea en la espina dorsal -dijo él.

-Tampoco, porque ha levantado usted la cabeza -observó ella- Si usted tuviera rota o lesionada la espina dorsal no podría incorporarse.

-Lo digo-repuso el-porque he estado bastante rato sin poder levantar la cabeza. Me siento fuera de juego. Ya me encontraba bastante débil antes de que Huracán me derribase de Nagger.

-¿Huracán?

-Es el nombre del caballo encarnado.

-¡Ah! Pero ¿ya tiene nombre?

-Se lo puse ya hace tiempo. Se le conoce en muchos ranchos.

-¿De dónde?

-Creo que al Norte, pero lejos. Lo he perseguido días, semanas, meses. Hemos cruzado un gran cañón.

-¿El Gran Cañón?

-Ése debe ser.

-El Gran Cañón está ahí abajo-dijo Lucía, señalando con el dedo-. Yo vivo junto a él... Ha andado usted mucho.

-Cientos de millas... ¡La tierra que he corrido! ¡Oh, la harte de ese cañón terrible... ! Pero no perdía de vista a Huracán. Y por fin le eché un lazo. Cogido y todo se

me escapó... ¡Y ahora es un muchacho, digo, una señorita, quien me lo recupera, quien viene a salvarme!

Lucía apartó los ojos para rehuir la fija mirada de aquellas oscuras pupilas. Tenían una luz que la confundían.

-No se preocupe usted de mí. ¿Decía usted que estaba muy débil? ¿Ha estado enfermo?

-No, señorita. A punto de morir de hambre... Iba desfalleciendo por apresar a Huracán.

Lucía le trajo corriendo unas galletas que llevaba como provisión en la silla.

-Tenga usted, no se me había ocurrido antes. ¡Cuántas penalidades no habrá pasado! Lo comprendo. Es que ese caballo de fuego es una maravilla; yo también lo hubiera seguido. Mi padre fue corredor. Se llama Bostil. ¿Lo ha oído usted nombrar?

-¿Bostil? Me parece recordar ese nombre.

El jinete se entregó al recuerdo mientras mordía tina galleta, y dijo:

-Sí, me acuerdo, pero hace tanto tiempo... Una vez pasé una noche con la gente de una caravana de carros que formaban un campamento en el que también había mujeres; eran gente piadosa que iba de viaje a Utah. Bostil tenía una barca en el Cruce de los Padres.

-Sí, aquello se llama Ferry.

-Como si lo viera. Decían que el ganado de Bostil era incontable, que era hombre rico, duro con los picadores, y que en más de una ocasión había sabido hacer uso de su rifle.

Lucía inclinó la cabeza.

-Sí, ése es mi padre.

El jinete parecía no advertir que había herido los sentimientos de la joven, que dijo al fin:

-Estamos perdiendo el tiempo charlando. Tengo que volverme a casa y usted no puede moverse. ¿Que hacer?

-Eso es usted quien puede decirlo, hija de Bostil.

-Me llamo Lucía -replicó la muchacha, ruborizándose de dolor-, y quiero decir que haría con gusto lo que usted creyese más conveniente.

-Es usted muy bondadosa.

Y así diciendo, dejó de mirarla. Lucía le miró entonces con detenimiento. Era, en efecto, un jinete arruinado. La ropa y el calzado se le caían a pedazos. No tenia sombrero, ni chaqueta, ni abrigo. Su descarnado rostro conservaba las huellas de haber sido fuerte y agraciado, pero ahora se le veían los huesos; estaba flaco, descolorido, e inspiraba esa piedad que siempre conmueve el corazón de una mujer. Se adivinaba en su mirada que era un caballista sin hogar. Lucía había conocido algunos de esos tipos nómadas ; así es que la historia de aquel hombre se le presentaba con toda claridad. Pero a la vez tenía un gesto altivo que despertó en ella cierto interés.

-Le he dicho que estoy dispuesta a hacer lo que más le convenga en esta situación -insistió Lucía.

Primeramente desensilló al negro Nagger para hacer con la silla un cabezal en el que apoyó la cabeza del jinete; luego le cubrió con la manta que había separado de la silla. Él la miró de pronto y ella se sintió un poco cohibida. ¿Estaría, después de todo, herido de gravedad? Era probable. ¡Que hombre más extraño!

-Abrevaré los caballos... Luego atare a Huracán con doble cuerda. Ahí hay hierba.

-Pero no se dejará guiar por usted.

-Me seguirá.

-¡Ese demonio rojo! -dijo el jinete, dudoso.

Lucía tenía una débil idea, a juzgar por las circunstancias, de la formidable lucha que habían librado hombre y caballo.

-Sí; me seguirá. Cuando lo encontré, estaba completamente domado. Mírelo ahora.

Pero el jinete no demostraba tener muchas ganas de ver al garañón. En cambio, prendió su mirada en Lucía, y ésta sorprendió en sus ojos algo que parecía infantil. Se fue a dar de beber a los caballos, cosa que hizo sin dificultad, y ató a Huracán entre los sauces de un herbazal. Luego volvió al hombre caído.

-Ahora me voy-le dijo.

-¿Adónde?

-A casa. Mañana volveré a primera hora con alguien que pueda ayudarle a usted.

-Señorita, si quiere usted ayudarme más de lo que lo hizo, tráigame un poco de pan con mantequilla. No cuente nada. Y ahí está Huracán. No quiero que lo vea nadie hasta que me pueda tener en pie. Conozco a los jinetes y... nada más. Si es usted tan buena, vuelva.

-Volveré -contestó sencillamente Lucía.

-Gracias. No sabré como pagárselo... ¿Como dijo usted que se llamaba?

-Lucía... Lucía Bostil.

-Perdón, se me había olvidado... ¿Se ha asegurado de que Huracán está bien sujeto?

-Sí. Ahora ya no me detengo más. Confío que mañana se encontrará usted mejor.

Lucía vacilo, puesta la mano en la brida de Sage King. Le dolía tener que dejar a aquel joven tendido y desvalido en medio del desierto. Pero ¿qué otra cosa podía ella hacer? ¡Qué extraña aventura se le presentaba! Y al pensar que todavía no se había acabado, sintió un íntimo estremecimiento y el pulso se le acelero. Tan extraña preocupación la dominaba, que no se acordó, de momento, en que para montar sobre Sage King necesitaba algo donde apoyar el pie. Cayo en la cuenta en el preciso momento de ir a montar. Así, pues, tuvo que llevárselo de la rienda por entre las salvias que en la parte llana crecían hasta encontrar una piedra. Allí monto y encamino a Sage King por el camino de retorno contemplando a lo lejos la extensión de millas que había que recorrer y viendo por donde atajaría. Solo una vez volvió la cabeza. Ya no se veía al jinete ni se distinguía el negro caballo Nagger, pero Huracán aparecía brillante a los reflejos del sol mientras veía alejarse a la muchacha.

IX

Lucía Bostil no hallaba manera de vencer la extraña excitación que la poseía; mas no por eso dejo de poner sus cinco sentidos en guiar a Sage King. Lo que no podía era caer en la cuenta de que estaba entrenando al caballo, dominada por una intensa agitación moral.

Había empezado por avanzar para orientarse y ver de que modo acortaría mejor la distancia que tenía que recorrer, y, no obstante, no se percataba de que no era difícil perderse

antes de encontrar el derrotero directo que a la ida había seguido. Era muy fácil perder aquellos rastros, y el tiempo volaba, sin que aparecieran. Puso a King a un brioso trote, siguiendo las ondulaciones del pálido verdor de la salvia.

No tardo en dejar tras de sí los promontorios y en hallarse otra vez en la planicie del valle. De vez en cuando le asaltaban deseos de volverse a mirar hacia atrás y se sintió muy contenta cuando, de pronto, descubrió las huellas que había dejado antes. Muy aliviada, puso a Sage King sobre su propio rastro y prosiguió su marcha despreocupada por completo de toda ansiedad, aunque esto no la libraba de cierta inquietud. Dejo marchar descansadamente a King a lo largo de una pendiente zigzagueante, y conforme el animal se enardecía en la marcha, también ella se iba excitando más. Era difícil refrenar a aquel caballo una vez emprendía el trote, y cuando, después de muchas millas, ella quiso disminuir la marcha, le costo grandes esfuerzos y gran tensión en los brazos; pero por fin consiguió dominar al noble bruto. Ante ella se extendían millas y millas de camino áspero o blando, que hacía el regreso monótono e interminable. Detrás de aquel terreno hallábase la cuesta del valle que había al pie de su casa, de la cual solo se vislumbraba una rampa muy distante. Había entrado en una ancha pista de piso firme y no muy duro, por donde había oído decir que los jinetes solían llevar asiduamente a los favoritos.

Lucía se aseguró de que King llevaba bien ajustada la cincha, se calo fuertemente el sombrero y dio rienda suelta al caballo. Éste altero su marcha; sorprendido de aquella libertad, pareció que quería volver la cabeza para mirar a Lucía, admirado de que una débil mujer como ella se entregara a su albedrío. Una de las' razones por las cuales el caballo debía tenerle antipatía era el que siempre lo llevaba a rienda corta. Como caballo de gran instinto que era, quería cerciorarse de lo que aquella libertad significaba.

-¿Qué es lo que te pasa? -dijo Lucía desdeñosamente-. ¿Tienes pereza? ¿O crees que no soy capaz de montarte?

Y así diciendo le clavo las espuelas. Sage King dio un bufido. Respondió con una actitud maravillosa. Hizo resonar sus patas contra el suelo y emprendió la carrera por aquel camino con un golpeteo regular y rítmico.

Lucía se inclino hacia delante apretando los dientes y los puños. Después de todo, pensaba, no hay trampa en cabalgar a este animal. Peligroso sí era, pues una caída con semejante marcha significaba la muerte; pero corría con tanta suavidad, que el manejarlo se hacía fácil y en verdad magnífico. Tanto corría, que el viento la cegaba, y casi la privaba de aliento. No podía respirar. El camino no se veía más que como un rastro blanco en medio de un gris confuso. Por fin empezó a notar que el caballo iba moderando aquel paso formidable. Habían recorrido así muchas millas. Gradualmente, empezó a poder ver con claridad, y cuando el caballo, cubierto de sudor y ardiente, empezó a ir más despacio, satisfecho de su carrera salvaje, Lucía se dio cuenta de que estaba ya en lo alto del terreno en pendiente, a muy pocas millas de su casa. De pronto creyó descubrir una cosa negra que se movía detrás de unos arbustos por donde había de pasar. Sin darle tiempo a mover la mano para asirse bien de la brida, Sage King dio un salto lanzando un relincho. Fue un movimiento tremendo y de gran violencia. Se puso sobre dos patas. Lucía se vio despedida de la silla, y hubo de darse maña para agarrarse y volver a montar, sin caer al suelo. Parecióle ver, en el momento en que el caballo se levantaba, un lazo silbante y largo como una serpiente, que cayó allí donde Sage King había pasado.

Dio un grito. El caballo salto de costado y se lanzó a la carrera. Lucía, levantándose sobre los estribos, volvió la cabeza y vio a Joel Creech que tenía un lazo en las manos. Había intentado dar caza a Sage King.

La sangre de su padre se agitó en las venas de Lucía. Pensó en el caballo sin temer por sí misma. Si el caballo no hubiese tenido el instinto tan agudo para descubrir el lazo y moverse

Librodot

tan ágilmente, sin duda habría caído con una pata rota. Nunca había sentido Lucía tan grande indignación.

Joel agito el puño al aire, gritando:

-¡Bien te habría cogido de ser otro caballo!

La muchacha no replicó, aunque tuvo que sobreponerse para no ceder al impulso de coger su rifle y disparar contra él. Puso toda su atención en guiar al caballo, que recorría con ligereza la ruta de retorno, dejando a Creech perdido en la distancia.

a Está furioso, no hay duda -se dijo entre sí Lucía-, y me quiere causar daño.»

Guió a King directamente a las cuadras, y todavía llevaba buena marcha al doblar el granero. Allá lo hizo entrar.

Farlane estaba en aquel lugar y salió a recibirla. Lucía vio que se hallaba solo y se alegró.

-Muy bien, señorita Lucía. King trae buen aspecto -le dijo Farlane mientras ella se apeaba de un salto y le entregaba las riendas-. No quisiera equivocarme, señorita, pero se diría que está usted usted muy pálida. Dígame, ¿se arrepiente de querer entrenar a Sage King?

-No-respondió Lucía, respirando fuertemente.

-Entonces, ¿que ha pasado? -le dijo el corredor, con voz muy distinta ahora y con un oscuro brillo de ansiedad en sus ojos claros.

-Joel Creech me acechaba más allá de la pendiente de salvias y... por poco me coge.

Lucía se interrumpió. No valía la pena de dar pormenores de cómo Joel le había querido echar mano.

-¿La quiso coger? ¿Pero yendo sobre Sake King? -Y así diciendo Farlane soltó una carcajada, sintiéndose aliviado-. ¡ Bah ! No es la primera vez que lo hace, señorita Lucía. Pero el hacerlo yendo usted sobre este caballo gris demuestra la ira de Joel.

-Sí, está furioso, y yo indignada.

-Bien, serenémonos, señorita Lucía. No vale la pena de hablar del asunto, y sobre todo no se lo diga a su padre.

-¿Por que no? -le preguntó Lucía.

-Pues porque hace una temporada que tiene un humor de perros. Sería peligroso. Hay que tener en cuenta cómo aborrece a los Creech. Créame, no se lo diga.

-Está bien, Farlane, no se lo diré; pero no se lo diga usted tampoco -repuso Lucía concisamente.

-Como si fuera mudo. Pero como Joel no se apresure a alejarse un poco, seré yo quien le eche mano.

Lucía salió presurosa y entró en su casa sin tropezarse con nadie. Ya en su habitación cambióse de ropa y se echó un poco para descansar y pensar.

Era bastante extraño el que no pensara en la aventura de Joel Creech, sino que toda su imaginación se hallase ocupada alrededor del jinete maltrecho. ¿Quién sería? ¿De dónde vendría? ¡Cuánta pasión había demostrado por recuperar aquel maravilloso caballo alazán! Lucía no podía olvidar la sensación de aquel brazo de hierro cuando la retuvo con una especie de gratitud frenética.

¡Un jinete de las montañas, que no vivía más que por un caballo salvaje! ¡Algunos de estos corredores son como los mismos indios ! Y, no obstante, aquel jinete era muy distinto de cuantos ella había conocido. Su dicción era más correcta. Parecía haber tenido algunos años de educación escolar. Lucía no se daba cuenta de que se estaba interesando por él. Creía simplemente que lo compadecía y que su interés era por el caballo. Empezó a comparar a Huracán con Sage King, y recordaba que el primero, aunque en aquel estado lastimoso, le había parecido un digno rival del segundo. ¿Que diría Bostil si viera aquel caballo de color de fuego? Lucía se estremeció.

Más tarde salió de su cuarto para ver si era hora oportuna de empezar a preparar el

paquete de provisiones para el jinete. Su tía estaba ocupada en la cocina y Bostil no había regresado. Lucía aprovecho aquel momento para hacer un fardo con comestibles y llevárselo a su cuarto. En cierto modo aquello le hacía gracia. Se acordaba del rostro demacrado del jinete, y le trajo a la imaginación los jirones de que estaba vestido. ¿Por que no hacer también un paquete con ropas? Bostil tenía una habitación - ropero llena de esas prendas necesarias para sus hombres. Lucía, entusiasmada con tal idea, se apresuro a ir al ropero y rápidamente separo un equipo y hasta puso un peine y una navaja de afeitar. Todo se lo llevo a su habitación, donde añadió al paquete un pedazo de espejo, jabón y una toalla. Con todo junto hizo un pequeño fardo.

Bostil no fue a cenar aquella noche, lo cual saco de quicio a la tía. Comieron las dos solas y, esperando, tardaron bastante en levantar la mesa. Después de lo cual, aprovechando la penumbra del anochecer, Lucía salió a esconder los bultos entre la salvia, junto al camino.

»Espero que no vendrá esta noche ningún coyote -se dijo. »

Sin embargo, la posibilidad de que los coyotes se llevaran los fardos no la preocupaba tanto como el pensar en que tenía que cargar con ellos montando a Sage King. ¿Como se las compondría?

Volvióse presurosa a la casa, marchando con cautela a la sombra de los álamos para no ser vista, pues habría sido una situación muy difícil el tropezarse con su padre, aun en el caso de que estuviera de buen humor. Pero llego a la casa con fortuna. Se habían encendido ya las luces y en el rincón del hogar ardía un tronco. Púsose a leer y así la encontró su padre.

-¿Qué tal, Lucía? -le dijo.

Llegaba cansado, y Lucía comprendió que había bebido, pues en tales casos no la besaba. Seguía dominándole una expresión sombría, que se disipo ligeramente al ver a su hija. Ésta le saludo cariñosa, como siempre.

-Farlane me ha dicho que has manejado a King mucho mejor de lo que últimamente lo hacía Van -dijo Bostil -; pero no le digas a él que te lo he dicho.

Aquello debía ser un poco de adulación por parte de Farlane.

-¡Oh, papá, eso es difícil! -objeto Lucía- Tanto tú como Farlane estáis un poco mal dispuestos para con Van.

-Estoy muy quejoso de él -contesto el padre.

-Sea como sea, ¿como puede saber de que manera manejé a Sage King? -interrogó Lucía.

-¡Ah! Es que Farlane sabe leer en el menor detalle de un caballo. Así dice Holley... Pero, Lucía, tú sigue sacando el caballo todos los días. Hazlo ejercitarse, ¡y vigila de continuo! Joel Creech ha estado hoy en el pueblo. Cuando me ha visto, se ha escabullido como un reptil; sin duda está tramando algo...

Lucía no sabía mentir, pero tampoco sabía en aquel caso como expresarse. De pronto, Bostil dio las buenas noches y se retiro. Lucía, una vez en su habitación, procuró dormir, pero la desvelaba la aventura de aquella jornada.

A la mañana siguiente la muchacha no acertaba a disimular su impaciencia; pero vino a favorecerle la suerte. Bostil no sospechaba nada y Farlane no tuvo tiempo sino para ensillar a Sage King. Lucía salió a caballo por el campo de salvia, segura de que nadie la observaba.

La víspera había ocultado los bultos detrás de la mata más alta de sarcobato del borde del camino y se detuvo detrás de ella, segura de que no la podían ver desde las caballerizas. Cogió los paquetes. El pequeño fue fácil atarlo en la parte posterior de la silla, pero el grande ya fue otra cosa. Resolvió llevarlo delante. Cerca había una roca de considerables proporciones y allí condujo al caballo para montar subiéndose antes a la piedra. Fue un momento embarazoso, pero por fortuna, y por excepción, Sage King se mantuvo dócil.

Sujetando el paquete sobre el regazo, avanzo y puso a Sage King a todos los pasos distintos que acostumbraba, para probar que marcha era más cómoda, dado el recorrido que le

esperaba con aquella impedimenta. Lo malo era que Sage King no podía marchar a paso lento. Hasta su marcha normal era rápida, y este paso se vio obligada Lucía a mantenerlo. Habría querido ir con la mayor velocidad, pero eso era inadecuado, y procuraba no escudriñar el horizonte por no impacientarse, ya que los «monumentos» estaban muy lejos.

¿Como encontraría al jinete caído? Paso por su imaginación que pudiera encontrarlo muerto, y esta idea la atormentaba. Su sentido común la persuadió de que no era posible que hubiese muerto, a juzgar por su estado. Es más, lo natural era que lo encontrase aliviado. El paquete era molesto de cargar y Sage King se ponía nervioso de llevar siempre el mismo paso monótono. Transcurrían las horas. El sol se hacía cada vez más ardiente. Y era ya el mediodía cuando llego al punto donde había de desviarse hacia la izquierda. A partir de aquel momento. teniendo a la vista los «monumentos», que parecían cada vez más gigantescos, y viendo como mermaba la distancia, las horas se le hicieron menos pesadas.

Por fin llego al lugar de las rocas prominentes y las encontró distintas, aunque no hubiera sabido explicarse en que consistía la diferencia. Cabalgo entre ellas y no tardo en alborozarse al ver los enormes mojones, que eran como hitos indicadores de la meta. Luego vio las charcas y el grupo de cedros. Por fin, un caballo rojo que se destacaba sobre la hierba, y otro que ponía allí su negro esmalte. Aquella visión estremeció a Lucía. Avanzo llena de ansiedad e impulsada por lo raro de la aventura.

Antes de llegar, muy cerca de los cedros, vio un hombre que andaba a pocos pasos de la sombra; iba algo encorvado. Era el jinete herido, y la muchacha, llena de alegría al verlo en pie, lanzo una exclamación. Así que Sage King piso el lugar indicado, ella echo el paquete rodando al suelo.

-¡Oh, qué pesadez de fardo! -dijo.

El jinete tenía la mirada más fija, menos perdida que cuando la muchacha lo encontró la víspera.

-¿Otra vez usted? Temí que no volviera.

-Pues he venido. Le veo a usted mejor. ¿No está malherido, verdad? -dijo ella seriamente-. Lo celebro.

-Tengo tan solo un poco dolorida la espalda.

Lucía se percato en seguida de que, luego de mirarla a ella, el jinete no tenía ojos sino para contemplar a Sage

King. ¡Era un verdadero caballista ! Le observo, segura de que en seguida se daría cuenta de la clase de cabalgadura que la había llevado hasta allí. Se apeo, le soltó la brida y desato el paquete pequeño, que también dejo caer al suelo.

El jinete avanzo con paso lento y doloroso y con la espalda encorvada, y puso una mano delgada, fuerte y morena sobre la piel de Sage King. Lo toco como queriendo convencerse de que no era una aparición irreal. Dio un leve silbido. Cuando se volvió a mirar a Lucía, tenía en los ojos una nueva claridad.

-Es Sage King, el favorito de mi padre -dijo Lucía.

-¡Salte King! Parece el rey de los campos, pero ¿fue nunca caballo salvaje?

-No.

-Hermoso animal -añadió el jinete-. Correrá mucho, por supuesto -dijo, poniendo en estas palabras un tono de envidia.

- ¡ Que si corre ! No hay caballo para él en toda esta alta tierra.

-Apuesto a que Huracán lo gana - repuso el jinete con mirada fosca.

-Acepto el reto - agrego atrevida la muchacha.

Se miraron más fijamente, y él sonrió en una forma que transfiguro por completo su rostro, desvaneciendo la dureza de su expresión.

-Reconozco - observo él -que habré de reponerme ; pero no puedo tardar más de unos

días en poder montar... En el supuesto de que usted no vuelva.

Esta observación hizo pensar a Lucía que, en verdad, era difícil que volviese a verle. Aun suponiendo que el pudiera trasladarse al Vado de Bostil, cosa poco probable, no le sería posible permanecer allí mucho tiempo. Experimento una sensación de desconcierto y se apodero de ella una extraña confusión.

-Le he traído a usted algunas cosas-dijo señalando el paquete grande.

-¿Algo de comer?

-No.

-Pues es lo único que necesitaba, señorita -replicó el un poco ásperamente.

-Sí, pero yo creí que...-continuó ella con indecible desconcierto, temiendo que aquel jinete se molestara-.

Va usted tan desgarrado y lleva unas botas... Por eso creí que debía...

-Creyó usted, a lo que veo, que necesitaba vestirme, además de comer algo-insistió él con visible amargura.

Más que el tono de su voz, lo que la cortó fue su mirada. Pero, tocándole ligeramente el brazo, le dijo en tono suplicante:

-Pero no me diga usted que lo rehusa. Acéptelo...

Al sentir aquel contacto, al jinete se le subió la sangre al rostro.

-¿Que acepte? ¿Cómo no? - Y lo dijo con una sonrisa.

Fue a agacharse para coger el paquete grande, pero Lucía le detuvo con esta amable protesta:

-Pero usted está sin almorzar. ¿Por que no come algo antes?

-¡Bah! No tengo apetito... es decir, prefiero comer algo una vez me cambie de ropa.

Y empezó a alejarse discretamente; pero, de pronto, se volvió para decir:

-Señorita Bostil, ¿es usted tan bondadosa con todos los jinetes nómadas que cruzan por el país?

-¡Por Dios! -exclamó la muchacha, entornando con modestia los párpados al sentir posarse sobre ella su mirada-. Usted es el primer cazador que encuentro... Es decir, el primero que veo en estas condiciones.

-Es usted un ángel-concluyó él emocionado; y reanudó la marcha a pasos lentos y firmes, hasta ocultarse entre los sauces de la hondonada.

En tanto, Lucía soltó la cuerda arrollada en la silla de Sage King y llevó al caballo al lugar de mejor hierba que

encontró por allí. A continuación abrió el paquete de la comida, pensando que no podía entretenerse mucho.

« De todos modos -se decía-, Sage King me llevará al regreso como el viento.»

Del paquete salieron frutas secas, carne y conservas.

Asimismo un surtido de comestibles frescos, que estaban ya algo estropeados a causa del largo camino. Lo distribuyó todo esparciéndolo a la sombra de un cedro. Los utensilios eran pocos, pues se reducían a dos copas, sartenes y un bote de lata. Reunió un poco de leña y la amontonó, a punto para prenderle fuego, a fin de que el jinete pusiera manos a la obra en seguida. Parecía que tardaba un poco. Lucía aguardó un rato, pero el desconocido no aparecía. Por fin pensó en el caballo alazán y bajó al lugar de las charcas para observarlo. Estaba paciendo. Se había librado ya un poco del barro y de la suciedad que antes lo deslucía un poco. Al verla, levantó el belfo y lanzó un relincho penetrante, claro, fuerte. ¡Que salvaje apariencia! Los otros dos caballos le contestaron. Lucía se acercó más a Huracán. Su asombro subió de punto.

Al acercarse, Lucía se dijo

« ¡Ah, si no me reconoce! » Pero tuvo la sensación más grata, pues cuando ella esperaba

alguna muestra de salvajismo, y por ello se había mantenido a cierta distancia, el caballo, por el contrario, no mostró temor ni agresividad al verla de nuevo. Lucía se llegó decidida hasta el y le puso una mano encima. Huracán retrocedió ligeramente, pero en seguida le pasó esta impresión. Se quedó con la cabeza alta mirando a la muchacha con unos ojos como de esmalte. Ella le fue haciendo bajar la cabeza poco a poco. Entonces le cambió de forma el nudo de la cuerda, que le había dejado una señal por encima del belfo. Dijérase que la suerte había querido que todo lo que Lucía hiciera en torno a aquel caballo fuese encaminado a aliviarlo en su situación. La muchacha sabía que el animal se daba perfecta cuenta de eso como ella misma. Uno de sus conceptos que con frecuencia habían motivado grandes discusiones era el de que los caballos son tan inteligentes como los hombres, y que experimentan los mismos temores, gustos y aprensiones.

Si Lucía le soltó la cuerda que lo ataba a una gruesa raíz saliente para llevarlo al agua a fin de que se bañara, lo hizo segura de que no corría el menor riesgo. Y ahora estaba junto a él, con una mano apoyada en su pescuezo. El caballo bajó la cabeza para hocicar en el agua. Vaciló un momento, porque era agua maloliente y llena de limo ; pero venció su repugnancia y bebió por fin. Lucía lo llevó después a otra charca y lo ato fuertemente a un tronco.

Cuando volvió al lugar de los cedros, allí estaba ya el jinete, encendiendo de rodillas el fuego. Una vez afeitado y con el nuevo indumento, parecía otro. Era joven, y de no estar tan demacrado hubiera podido juzgársele hasta guapo. Así pensó Lucia y dijo con entusiasmo

-Huracán me ha reconocido. No ha sido receloso. Déjemelo manejar a mi. Me ha seguido a las charcas.

-Si, se está aficionando a usted -observo él, muy serio-. Otros casos conozco, pero nunca tan de prisa. ¿Estaba muy mal cuando lo halló ayer?

Lucia se lo contó brevemente.

-¡Ah! Si alguna predilección es capaz de tener este demonio rojo, no será ciertamente por mi. Al contrario, siempre que me vea se acordará de lo que fui para él.

En este momento Lucia noto que el jinete no podía moverse con facilidad. No le era fácil erguirse, y parecía sentir gran dolor en la espalda. Le sudaba la frente.

-¿Me permite que le ayude? -dijo ella.

-Gracias. He necesitado de todas mis fuerzas para poderme meter en estas ropas nuevas- dijo, cediendo al ofrecimiento de la joven.

En cuanto lo hizo y se levanto, vio que el se hallaba ya sentado a la sombra de un cedro, mirándola como quien no acaba de convencerse de lo que ve.

-¿Le costo a usted mucho salir de su casa con todo esto sin que le preguntaran de que se trataba? - interrogo.

-No; pero la verdad es que he pasado no pocos trabajos para traerle los dos paquetes.

-Debe ser usted un jinete maravilloso.

Una sola vanidad tenia Lucia, y acababa de halagársela el desconocido con tales palabras.

-¡Pche! Mi padre, Holley y Farlane discuten mucho acerca de mi; pero estoy segura de que convienen todos en que se lo que es montar un caballo.

-¿Holley y Farlane son picadores?

-Si, son la mano derecha de mi padre.

-Su padre suele contratar, por lo visto, muchos jinetes.

-En efecto. Nunca he visto que rechazara a ninguno sin hacerle efectuar por lo menos fina prueba.

-Me gustaría saber si me tomaría a mi a su servicio.

Lucia le lanzo una rápida mirada. La idea la sorprendía... le gustaba.

-En el acto -le respondió-. Y se mostraría espléndido con usted. ¿No ve que en seguida pondría los ojos

en Huracán?

El jinete movió la cabeza, comprensivo.

-Por supuesto, ¿usted no pensará en vender su caballo?

La sonrisa del hombre fue triste, pero concluyente.

-Entonces será preferible que no se ponga a las ordenes de mi padre-insistió Lucia lacónicamente.

No le contesto, y Lucia se entretuvo, como distraídamente, en acabar de encender y arreglar aquel fogón rudimentario. Luego extendió un hule a la sombra, y dijo:

-También yo siento apetito; pero de seguro que no sé lo que es hambre.

-Al cabo de algún tiempo se pierde la sensación de lo que es sentir hambre -repuso él -. Pero confío en que no tardaré en experimentarla. Todo está diciendo «comedme».

Y se pusieron a comer. La extraña sensación que causaba a Lucia lo irreal de aquella aventura no le dejaba sentir apetito.

Estaba entregada por completo su sensibilidad a las percepciones del momento. A la sombra de los cedros se sentía frío. A lo lejos, en cambio, observaba un vaho de calor que desprendía la tierra como oscuros velos. La brisa se hallaba cargada de olor a arena y hierba. Se oía el zumbido de alguna abeja que pasaba volando, v les rodeaban los altos monumentos naturales, cuyas rojas cimas parecían incrustarse en el azul del cielo. Era aquél un lugar silencioso, de ensueño e impresionante, donde Lucia experimentaba una sensación de vida distinta a la suya propia.

-No puedo entretenerme mucho -dijo de súbito acordándose de la realidad.

-¿Volverá usted?-le pregunto él.

Esta pregunta desconcertó a Lucia.

-No sé... No se lo puedo asegurar... Pero ¿no irá usted al Vado así que se encuentre en condiciones de montar?

-Creo que no.

-Le advierto que es el único poblado que encontrará en varios centenares de millas a la redonda. Supongo que no pretenderá recorrer otra vez ese camino inacabable por donde vino.

-Salí de mi región cuando salió de ella Huracán. Y no es cosa de volver a ella.

-¿Luego usted no tiene nadie por quien velar? -le preguntó ella con dulce gravedad.

-Nadie. Soy huérfano. Los míos perecieron en una matanza que hicieron los indios al asaltar un carro de viaje que cruzaba el Wyoming. Unos pocos se salvaron. Yo fui de los más jóvenes entre ellos. Arrastré una dura existencia, como un can perdido, hasta que empece a ser mayor, y entonces me fui al desierto.

-¡Ah, comprendo! ¡Cuánto me apena esa historia! Pero no es muy distinta de la de mi padre en sus años mozos. ¿Que decide usted, por fin?

-Me quedo aquí hasta que se me vaya este dolor que me impide enderezarme bien... Entre tanto, ¿no volverá usted?

-Si - contestó Lucia, sin acabar de comprender si era ella misma u otra persona la que por ella contestaba.

Entonces él le preguntó algo acerca del Vado de Bostil, de las sierras y de los poblados del Norte, de los corredores y de los caballos, y Lucia le contó todo lo que sabia y de lo que se acordaba, y, por fin, después de expresarse con elocuencia acerca de los caballos, sobre todo de los de su padre, le puso al corriente del caso de Cordts y de Dick Sears, con gráfica expresión.

-¡Cuatreros! -exclamó él sombríamente, con una sonrisa nerviosa que delataba, más bien que encubría, cierto temor-. He oído hablar de Sears, pero no de Cordts. Y ¿dónde se cobija esa banda?

-Nadie lo sabe. Holley afirma que se esconde en el fondo de la comarca del Gran Cañón.

Ningún picador se ha atrevido a seguir las huellas hasta muy lejos. Seria inútil. Holley dice que allá hay mesetas de abundante pasto y de grandes bosques. Los indios utahs dices lo mismo. Pero no sabemos gran cosa acerca de esa región selvática.

-¿No hay cazadores en el Vado de Bostil?

-¿Quiere usted decir cazadores de caballos salvajes?

-No; cazadores de osos y alces.

-Ninguno, y seguramente a eso se debe el que la región del Gran Cañón permanezca para nosotros en el misterio. A mi me gustaría internarme alguna vez y acampar en ella, pero nuestra gente no tiene afición a estas aventuras. Les gusta el paisaje abierto. Sólo hay una excepción, y es un muchacho medio estúpido que siempre va a caballo por esas montañas. ¡Y que maravillosos lugares deben de ser! Yo no me puedo alejar de casa más de veinte millas... Pero es cosa de pensar en mi vuelta. Me olvidaba de Sage King. ¿Le dije que lo estoy preparando para las próximas carreras?

-No; es la primera palabra. ¿Que carreras son ésas? Cuénteme-indagó él con vivísimo interés.

Entonces Lucia le habló de la gran pasión de su padre... de la vieja costumbre, consagrada ya por el tiempo, de las carreras libres para todos y de las celebradas en años anteriores. Le habló también de los Creech y de sus veloces caballos; de las rivalidades, de las especulaciones y de las apuestas, y por fin le enteró de las carreras que se iban a celebrar al cabo de usas semanas. Tan importantes serian, dados los antecedentes, que el mismo malhechor Cordts había pactado para poder presenciarlas.

-Yo iré a ver cómo derrota Sage King al favorito de Creech -exclamó el jinete, alborozado y con la cara encendida de entusiasmo.

Y ese entusiasmo se transmitió a Lucia, si bien la puso a la vez un poco pensativa. Cruzaron varias ideas por su imaginación. Si el jinete iba a las carreras llevaría su formidable caballo... No se podría separar del animal cuya posesión tanto le había costado. ¿Que dirían Bostil, Holley y Farlane al ver a Huracán? ¡Cabía suponer que tomara parte en la prueba! En lo posible estaba entonces que avanzase a los otros caballos, incluso a Sage King. Lucia empezó a estremecerse. ¡Que gran sorpresa seria! Ella no dejaba de comprender cuánto deseaba el jinete que su montura, no esperada, triunfara sobre el favorito de su padre. Hacia años que ella deseaba ver, y aun montar, un caballo que se despegara del grupo de los otros, contendiera de cerca con Sage King y lo dejase atrás. E inmediatamente, todas aquellas ideas, confundiéndose en su mente, se resolvieron en un irresistible deseo que no pudo por menos de formular en esta demanda, que le salió como una exclamación, y dijo de un tirón

-¡Déjeme montar a Huracán en las próximas carreras!

La respuesta de él fue instantánea : una sonrisa penetrante, amable y firme; y al mismo tiempo le tendió la mano. Lucía se la estrechó impulsivamente entre las suyas.

-¿De verdad? -dijo-. ¡ Oh, esto es lo que mi tía llamaría uno de mis sueños locos! ... Dice que he de ser más seria, porque ya soy mujer; pero ¡ah, si pudiera montar a Huracán ese día !

Tenía encendidas las mejillas al solo pensamiento de que iba a ser posible su anhelo. No se percataba del efecto que estaba causando en el ánimo del jinete, que la miraba extasiado, con una nueva luz en los ojos.

-Usted puede muy bien tomar parte con Huracán. Por mi parte, le aseguro que siento por ver esas carreras la misma vehemencia, por lo menos, que su padre, Cordts o cualquier otro. Y óigalo usted, señorita, Huracán es capaz, no lo dude, de vencer al favorito de su padre.

-¡Oh! -exclamó ella.

-Huracán puede vencer a Sage King -dijo otra vez el jinete con gran fuerza de expresión -. No hay caballo en toda la tierra que se le iguale. Es un caballo nervudo que ha matado a otros muchos. Tiene el instinto de matar. Si tomara parte en unas carreras, ese instinto le

dominaría.

-Y ¿cómo lo arreglaremos? - añadió Lucía con vehemencia.

Distraída, no había retirado las manos que oprimían la de él.

-Eso ha de ser una cosa de sorpresa... una sorpresa completa. Si usted fuera a vivir al Vado no podríamos mantener el secreto, y Farlane o mi padre se las compondrían para prohibírmelo.

-Nuestro plan no puede ser más sencillo-dijo él-. Venga usted aquí con frecuencia, pues yo no he de moverme. Traiga una silla ligera. Se la pondremos a Huracán, y yo la ayudaré a montarlo. Así lo irá ejercitando, preparando, hasta ponerlo en condiciones. Luego, el día de la prueba, o la noche de la víspera, yo iré al Vado y me esconderé en el campo entre las salvias, esperando que usted envíe o vaya por Huracán.

-¡Oh, eso será maravilloso! -exclamó, con los ojos convertidos en estrellas-. Hasta sé dónde se ha de esconder usted. Hay un grupo de rocas junto al lugar que sirve de pista para las pruebas ; en él hay un manantial y buena hierba. El público no sale del otro extremo de la pista. A este lado sólo se sitúan los corredores. ¡Ya estoy viendo la cara que pondrá mi padre cuando vea aparecer a este caballo alazán!

-¿Quedamos, pues, en eso? - preguntó el jinete de una manera extraña.

Aquel tono de voz hizo que Lucía volviera en sí. i Que sensación más rara le debía haber causado! Él la miraba con ojos penetrantes.

-¿Quiere decir que usted quiere que yo corra con Huracán? -observó ella con un poco de vergüenza -. ¿Me complace usted en esto?

-Para mí es un honor.

-Es usted muy amable... Y ¿cree en verdad que Huracán derrotará a Sage King?

-Estoy seguro.

-¿Por qué?

-Porque no hay más que ver a los dos caballos.

-Pero será una carrera extraordinaria de rivalidad.

-Así lo creo. Será la más importante que se haya presenciado. Pero, al fin y al cabo, Huracán será el primero porque ha vivido siempre en las selvas y ha hecho correr a varios caballos hasta causarles la muerte. Lo único que importa es saber si usted será capaz de montarlo.

-Nunca encontré caballo que yo no pudiera dominar. Dice mi padre que algunos hay imposibles para mí; pero Farlane opina lo contrario. Sólo me han derribado dos caballos : Sage King y Sarchedon, y aun fue cuando todavía no me conocían. Me indignó mucho. Pero a Huracán sabré acostumbrarlo a que me quiera.

-Eso era lo último que me faltaba saber de cierto -repuso el jinete- Ahora, conformes. Yo me quedare acampado aquí. En pocos días me repondré. Entonces empezaré a domar a Huracán. Usted véngase por aquí siempre que encuentre ocasión de no ser vista y entre los dos domaremos al caballo y lo pondremos en condiciones para las carreras.

-Perfectamente; así queda convenido.

Los ojos del jinete atrajeron a los de la muchacha. ¿Por qué estaría él tan pálido? Es que estaba lastimado por la caída, debilitado en extremo.

Aquel compromiso que acababan de contraer cambió en cierto modo su relación. A ella le parecía conocerle desde mucho tiempo antes. Entonces fue cuando le preguntó:

-¿Puedo saber cómo se llama usted?

-Lin Slone - contestó el jinete.

Ella le soltó las manos, por fin, diciendo

-Tengo que irme ya. Si esto no es un sueño volveré. Lucía acercó a Sage King a una roca y montó. -Me gusta verla a usted a caballo -dijo Slone-. ¡Que magnífico caballo... ! Parece

darse cuenta de lo que vale. ¡Y qué disgusto para el padre de usted el día que lo vea derrotado

-Mi padre tendrá un gran disgusto, pero eso le hará un gran bien-repuso Lucía.

Era el espíritu rudo del viejo jinete el que le hablaba por boca de su hija. Slone se acercó a Sage King y, poniendo una mano en el arzón, miró otra vez a Lucía

-Es posible que esto... sea un sueño... y que usted no vuelva más -dijo él, con la voz algo quebrada.

-En tal caso, volveré también en sueños -repuso ella vivamente-. Cuídese usted lo mejor que pueda... ¡Adiós!

Y a una ligera indicación, el impaciente Sage King partió. Desde muy en lo alto de la cuesta, cerca de uno de aquellos monumentos de la Naturaleza, Lucía volvió la cabeza. Slone la contemplaba inmóvil. Ella agitó al aire su mano enguantada... Y no volvió a mirar hacia atrás.

X

Pasaron dos semanas en las ligeras alas del viento y todas las circunstancias indicaban a Lucía que su propósito en aquella aventura iba a realizarse tal como ella soñaba.

Lucía marchaba por el campo de salvia hacia las torres de piedra, con todo el día por delante. Bostil estaba

más encerrado cada día en sí mismo, cosa que, si bien la contrarió, no la preocupó demasiado. Van había vuelto a la preparación por sí de Sage King, y Lucía había reñido expresamente con él para verse en libertad de suscribirse en las carreras como se le antojara. Farlane la amonestó algunas veces a propósito de sus salidas a través del prado, insistiendo en que no era prudente que se alejara tanto y que estuviese tanto tiempo ausente. Cuando Van tomó por su cuenta a Sage King, ella empezó a montar a Sarchedon.

En el Vado de Bostil habían ocurrido cosas que habrían interesado grandemente a Lucía de no encontrarse por entero entregada a sus propios asuntos. Alguien se había apostado no lejos de los álamos y acechando a su padre había disparado contra el casi a quemarropa, pero sin que por fortuna le acertara. Bostil había jurado que él sabía perfectamente que se trataba de un disparo de fusil y que no dudaba de quién era el agresor. Los picadores no le creían, prefiriendo opinar que algún mozalbete, queriendo cazar conejos o coyotes, había sido el causante de aquel suceso, y que en vista de la gravedad que hubiera tenido el herir a Bostil no se atrevía a confesarlo. Los picadores estaban acordes en decir que desde hacía algún tiempo Bostil no estaba en sus cabales. El río estaba todavía muy bajo. La barca no se había hecho componer, y los caballos de Creech se hallaban todavía al otro lado.

Todo eso tenía que ver con Lucía, y ella no dejaba de pensar en tales acontecimientos, si bien no se preocupaba mucho de ellos. En cambio, la obsesionaba algo más directamente relacionado con ella.

« ¡Oh, no debiera volver! » Así se decía a sí misma en voz alta; mas, a pesar de ello, ni refrenó nunca el largo trote de Sarchedon, ni evitó el duro salto de la silla. Cien veces se había dicho que no debía volver a los «monumentos» de piedra, porque Slone se había enamorado terriblemente de ella.

Y no era esto solo, sino que aquel mismo paisaje con sus torres graníticas, la bella estampa de Huracán y la sugestión de la aventura habían tejido a su alrededor una red que no podía deshacer. Había hecho trotar a Huracán por todo aquel paisaje, y los gigantes de piedra

parecían exigirle ahora algo más. Y no menos maravilloso era el cariño que mostraba por ella el salvaje caballo. Éste se sentía ahora gratamente dominado por Lucía. Nunca había tenido noticia de un caso más desconcertante. Le hacía hacer cuanto se le antojaba; toda su fiereza se desvanecía en cuanto ella se presentaba ante él; acudía a su voz, relinchaba apenas la descubría, y lo hacía también, pero de un modo lastimero, cuando la veía alejarse. No pasaba día que no tratara de morder o de cocear a Slone, mas era una malva a las caricias de la muchacha.

Pero aquella mañana se despertó el primer recelo en la imaginación de Lucía. Y, conforme pensaba en ello, su temor era más claro. Entonces sentía reverenciar y querer a Slone como a un hermano. Había algo en el fondo de su conciencia que la acusaba. Era como si hubiese nacido otra persona en sus adentros : la primera, su libre albedrío; la segunda, la severidad que la acusaba. A ésta no la quería la muchacha. La temía. Procuraba no pensar en ella hasta el momento en que no pudiera ,prescindir de ello.

«Nunca me había preocupado por él de esa manera -se dijo, hablando alto-. Siento que no puedo... que no podré nunca dejar de querer a Lin Slone.»

Formulado en estas palabras su pensamiento, causaba en ella estragos a pesar de sus esfuerzos por serenarse. Le ardía la sangre. Estaba toda ella temblorosa. Se indignaba contra sí misma. Y en esta lucha interior espoleó a Sarchedon, que la lanzó más veloz que nunca a través del prado. Luego lo contuvo un poco y, arrepentida, lo acarició con tales extremos que ella misma no lo advertía. El violento ejercicio de aquella carrera no había hecho sino encenderle más la sangre y vino a aumentar el tormento que de tan súbita manera se le había declarado. ¿Por que había dejado su habitual traje de caballista, sustituyéndolo por un vestido de montar que le había hecho su tía y del cual se había burlado? Una voz medrosa y acusadora le zumbaba en los oídos, preguntándole por que había cambiado de traje si no era porque sentía vergüenza de seguir presentándose ante Lin Slone en traje varonil; quería parecer otra a sus ojos, no quería ser más que una muchacha. Y si esta acusación tenía un real fundamento, ¿que significaba? No acertaba a explicárselo y, sin embargo, temía descubrir la verdad.

De pronto, Lin Slone se le apareció distintamente en su imaginación, como el más gallardo tipo de jinete, como un caballista fuerte, esbelto, extraordinario, del que los sentimientos se revelaban en su amor a los caballos, y cuya rudeza indicaba su energía, pues era un hombre extraño, de carácter acusado, de vida solitaria, que había llegado a despertar en ella sentimientos de orgullo, gratitud, ternura, pasión y desesperación. A Lucía se le dilataba el corazón al darse cuenta de que lo había cambiado, haciéndole más amable, y dividiendo su amor, a la manera de su padre, humanamente, con la esperanza, con la nostalgia de algo que no podía ser por completo satisfecho sólo con las ocupaciones en el desierto y la atracción de los campos. Ya no podía dominar su orgullo : se sentía obligada a amarle de extraordinaria manera. Así se atrevió a reconocerlo, sin atenuantes. Eran aquéllos unos momentos de extraña agitación e incertidumbre, que la llenaban de desconcierto y preocupaciones. Se había resistido a admitir semejante pensamiento, pero la realidad se abrió paso a la fuerza en su imaginación. Y luego nacieron sus propias acusaciones. No; no debía volver junto a Lin Slone.

-¡Pero, entonces, las carreras...! -se dijo por lo bajo-. Eso no lo puedo abandonar. Mas ¡ah!, temo que todo el mal está ya hecho. Y ¿qué hacer?

En efecto, ¿que haría después de las carreras Todo el mundo se enteraría en el Vado de Bostil de que había estado yendo a visitar a Slone, lejos del prado, para adiestrar su caballo. Y ¿qué diría la gente?

-Mi padre se sentiría satisfechísimo si pudiera comprar a Huracán; pero, de lo contrario, parecería una fiera-volvió a decirse con un murmullo.

Lucía se daba cuenta de que su vehemencia había llegado hasta la temeridad. Era ir demasiado lejos. Sólo se

excusaba pensando en que llevaba sangre de jinete: era la hija de Bostil. Pero no era menos cierto que había estado pasando horas enteras en compañía de un desconocido, faltando a su deber. Esto no tenía excusa. Estaba avergonzada. Y ¿que diría Slone cuando le confesase que no podría volver a verle? Esta pregunta la hizo vacilar. Pero estaba segura de que él no se rebelaría: volvería a recorrer solo con su caballo aquellas interminables regiones desiertas.

-¡Huracán no le quiere! -exclamó.

Y, así diciendo, un golpe de sangre le encendió el rostro. Era como si al acelerársele el pulso hubiera dado suelta a un torbellino de emociones. Lo que había empezado por ser una preocupación dolorosa, acababa siendo una tortura insufrible. Hizo volver grupas a Sarchedon, pero en cuanto se vio de nuevo en dirección de su casa, deshizo lo hecho, y tan pronto a paso lento como al galope siguió avanzando.

Lo primero era para ella terrible, porque parecía retenerla más en la situación de la cual quería librarse; lo segundo era también espantoso porque la precipitaba de irresistible manera a su fatal destino.

Lin Slone había cambiado el lugar de su campamento, escogiendo para ello un alto desfiladero allí donde los precipicios que rodeaban el valle de los pináculos mostraban grandes grietas que se cruzaban. Entre los tajos de peña roja veíanse salidas en todas direcciones, y hacia el Norte aparecía una gran abertura que daba a dicho valle. Las altas rocas agrupadas parecían alejarse, cada vez más distanciadas y solas.

El lugar escogido por Slone era un grupo de cedros que rodeaban un manantial. Allí abundaba la hierba y entre las matas de salvia blanca los conejos iban y venían fugaces.

Lucía no llegaba a ese punto dando el gran rodeo de los primeros días, pues Slone había encontrado un desfiladero por donde podía cabalgar la muchacha atajando varias millas. En realidad, el Vado de Bostil no distaba de allí más de quince millas.

El camino resultaba así tan corto, que Lucía siempre recelaba que alguien le siguiese la pista y descubriera su camino. Aquella mañana se detuvo, como de costumbre, en lo alto de una roca desprendida para ver si descubría a lo lejos a Slone. Él también solía atisbar a fin de verla cuanto antes. Largo rato había pasado en esa espera los días que ella no compareció, que fueron pocos. Como estaba sin quehacer se entretenía en esperarla. Lucía conservaba en la memoria, de una manera tenaz e insistente, pero grata y suave, la manera de aparecérsele Slone en aquella solitaria espera mirando siempre a lo lejos. Resultaba un galán esbelto y fornido, que no tenía otra cosa que hacer sino esperarla a ella : un derroche de tiempo inestimable.

Agitaba ella la mano al aire desde muy lejos, y él contestaba en la misma forma. Cuando se acercaba al lugar del desfiladero poblado de cedros dejaba de verlo. Aquel día puso a un trote ligero al caballo y llego al punto del encuentro antes de que Slone hubiese descendido.

Lucía se apeo un poco disgustada. ¿Qué diría él cuando la viese con aquel nuevo vestido? Estaba llena de curiosidad y se sentía más vergonzosa que nunca, pues encontraba que la falda la hacía más femenina.

-¡Hola, Lin! -exclamo al verle.

La manera de saludarle no podía descubrir sus íntimos sentimientos.

-Buenos días, Lucía-repuso Slone muy pausadamente.

También él parecía haber sufrido un cambio, aunque hiciera ya tiempo que había reaccionado, y su esbelta figura de jinete, su rostro afeitado y varonil y sus ojos oscuros le hacían parecer una persona muy interesante. Y por la simple razón de haber cambiado la muchacha el calzón de montar por la falda, había de parecerle todo nuevo. Tal vez su tía llevaba razón y ahora era cuando las cosas empezaban a estar en su lugar.

Tan detenidamente se quedo Slone contemplándola, que ella no pudo menos de echarse a

reír.

-¿Como me encuentra usted así?

-Mucho más linda-contestó él, como con torpeza.

-La tía me ha hecho este vestido y no ha parado hasta vérmelo puesto.

-La cambia a usted, Lucía, pero ¿puede usted montar con la misma holgura?

-Creo que no... ¿Qué impresión le causaré a Huracán?

-No ha de quererla a usted menos por eso... Y dígame, Lucía, ¿como va Sage King?

-Si no estuviera yo tan interesada en favor de Huracán como usted mismo, diría que el pretender vencer a Sage King puede costarle la vida.

-También lo dudo yo a veces -dijo Slone -. Pero luego no tengo más que observar a Huracán para reanimarme en seguida... ¡Lucía, ésa va a ser la carrera más formidable de todas!

-Así lo creo-suspiro Lucía.

-¿Cómo? ¿Ocurre algo? ¿No quiere usted que gane Huracán?

-Sí y no. Pero, sea como sea, tengo que derrotar a Sage King... ¡Venga! ¿Dónde está su Huracán?

Lucía desensillo a Sarchedon y lo dejó suelto, paciendo, mientras Slone se dirigía por Huracán. En seguida se vio que la muchacha iba a tener que esperar un rato, pues Slone había dejado suelto al fiero caballo, aunque con la traba de una cuerda desde una pata al belfo, y seguramente se habría alejado bastante.

Entre tanto, Lucía se entretuvo en mirar a su alrededor: la altura de los rojos precipicios y la lejanía del desierto al fondo de las cabañas. Aquella aventura pronto tendría un desenlace, pues el momento de las carreras se acercaban y luego ya no le sería posible seguir viendo a Slone. Le dio un vuelco el corazón al pensar que no tendría luego ocasión de seguir haciendo aquellas visitas al desfiladero, donde siempre soplaba un viento que era la causa de que la arena estuviese limpia y dura. El de aquel día era un vientecillo agradable, ni sofocante, ni cargado de polvo, que cantaba sus melodías en las copas de los cedros. El humo de la fogata que tenía encendida Slone en el lugar donde acampaba se desvanecía en la atmósfera después de describir vagas espirales. La soledad reinante era absoluta, en medio de la presencia ingente y abrumadora de los cantiles. Pero la soledad parecía ser prodiga en alegría. Entonces comprendió la razón de la vida nómada de Slone. Era espléndida aquella vida, indudablemente, para un hombre joven, sensible a las sugestiones de la vida aventurera y azarosa. Pero Lucía dudaba que aquella existencia libre y solitaria fuese buena para un hombre ya en la madurez de sus años. A una mujer no le era dado comprenderlo del todo. Se hacía cargo de que tanta selvatiquez, soledad y convivencia con los elementos habían de ser poco propicias para el feliz desenvolvimiento de la vida de una mujer. Y, sin embargo, amaba todo aquello y apetecía convivir de cerca con el desierto, para poder, cuando sintiese ganas de ello, ir a caballo a través de las inmensas llanuras y acercarse a las gigantescas torres de granito hasta llegar al pie de ellas en el silencio y en las matizadas sombras.

Pronto volvió Slone con Huracán. El caballo brillaba como una gran llama a la luz solar, y en la forma que obedecía a Slone era fácil comprender el miedo y el odio que le tenía. Slone lo había domado y siempre conservaría su dominio sobre él. Desde el primer momento se trato de una lucha entre el hombre y el bruto, y la muchacha opinaba que siempre habría de ser así.

Cuando divisaba a Lucía, Huracán era otro caballo. A Slone le gustaba más cada día, y a cada momento se esforzaba más y más por conseguir que le hiciera en algo partícipe de su afición a la muchacha. Y, aunque no lo lograba, se sentía orgulloso de que sin violencias, ella tuviese tanto dominio sobre el caballo. Al principio esta había montado a Huracán sin silla; luego se la pusieron.

El adiestrar a Huracán para ponerlo en disposición de poder competir con los otros caballos era cosa difícil, y Slone tenía ideas personales acerca de ello. Aquella tarde, Lucía lo hizo correr de un extremo a otro del desfiladero hasta hacerle entrar en calor; luego Slone monto a Sarchedon. Huracán siempre relinchaba con aire de desafío ver a Sage King o a Nagger, y Sarchedon lo irritaba porque también éste se mostraba belicoso. Slone partió delante de Lucía; hicieron una carrera a lo largo de todo .:1 desfiladero, y a pesar de que Sarchedon era un caballo muy veloz y Slone un jinete sin rival, la carrera se decidió apenas comenzada. Huracán corrió como el fuego empujado por el viento. Tenía ganas de correr y el otro caballo lo estimulaba fieramente. Lucía iba agachada sobre el pescuezo del animal, formando un todo con él, y era tan ligera que el caballo parecía que no se daba cuenta de ella más que por las animadoras voces que iban hiriendo sus oídos. Lucía nunca le clavo la espuela, decidida a no usar nunca con él los acicates. Aquel día corrieron dos millas y la muchacha aventajó a Slone. Al llegar a la meta acaricio a Huracán. Slone volvió con ella y no tardaron en estar en el sitio donde aquél acampaba.

Pero Lucía no se apeó. Estaba verdaderamente entusiasmada. Cada vez que competía en una carrera sentía enardecerse toda ella. Se hallaba muy sofocada, sin aliento, y su cabello estaba revuelto. Inclinada sobre el cuello de Huracán, lo halagaba, acariciándolo y susurrándole palabras. Slone se apeo y llevo a Sarchedon aparte ; luego fue a donde Lucía estaba acariciando aún a Huracán.

Se detuvo un momento para contemplarla; pero así que la muchacha le miró, reanudó la marcha hasta llegar junto a ella, que se hallaba todavía a caballo.

-Me ha pasado usted como un proyectil.

-No corre, sino que vuela-murmuró Lucía.

-¿Cree que hoy habría vencido a Sage King?

Esta pregunta solía hacerla Slone todos los días varias veces.

-Sí, hoy lo vencería; estoy segura-contestó Lucía-. ¡Oh, y cómo me entusiasma! Sólo el montarlo me pone ya fuera de mí. Pero cuando corre de esa manera, ¡oh, Lin ! , siento una exaltación gloriosa.

-Verdaderamente, puede usted montarlo -observó Slone-. No he notado el menor defecto en él ni en la manera que usted tiene de manejarlo. Nunca quiebra ni tropieza. Lleva una gran marcha, pero evita todo obstáculo. Va todo el tiempo como loco, fieramente; pero a la vez sabe ir por donde le mandan. Nunca, Lucía, he visto cosa semejante. Usted y Huracán se compenetran. No pueden ser vencidos.

-¿De veras lo gobierno bien?-preguntó ella con dulzura.

-No sería yo capaz de otro tanto.

-¡Oh!, Lin, quiere usted halagarme, cuando ni el mismo Van podría competir con usted.

-No me importa eso, Lucía -repuso Slone firmemente-. Usted ha conducido este caballo de una manera perfecta. Le he encontrado defectos guiando a Sage King, a sus mustangs y a ese negro Sarchedon; ¡pero nunca con Huracán ! Con él se supera usted.

-¿Qué dirán mi padre, Farlane, Holley y Van? Dejare chiquito a Van - dijo Lucía -. Me gustaría dar una exhibición de la velocidad de Huracán un poco antes de las carreras en presencia de los indios, de la gente de los ranchos y de los picadores para que quedaran boquiabiertos.

-No, Lucía, el mejor plan es el de sorprenderlos a todos. Tome usted parte en las carreras, pero sin poner a nadie en antecedentes acerca de Huracán, sino entrando en la contienda en el preciso momento de la salida.

-Sí, será lo mejor... ¡Sólo faltan cinco días!

Estas palabras pusieron a Slone muy pensativo, y Lucía, viéndolo, quedó pensativa también.

-Ciertamente, sólo faltan cinco días-repitió Slone, pausadamente.

El tono con que lo dijo convenció a Lucía de que él quería hablar de nuevo como en otra ocasión, precipitando el único motivo de disputa que hubiesen podido tener.

-¿Sabe alguien en el Vado de Bostil que usted viene a verme?-le preguntó Slone con viveza.

-Mi tía y nadie más. Se lo dije el otro día, porque comprendí que me estuvo observando. Empezaba a entrar en sospechas, y tuve que hablar.

-¿Que dijo?-volvió a indagar Slone.

-Estaba furiosa - repuso Lucía-. Me riñó. Dijo que... Pero, de cualquier manera, la obligue a prometerme que nada revelaría.

-Quiero saber lo que dijo -insistió el jinete, con intención.

Lucía se sonrojó, enojándose un poco al sentir algo confusa su conciencia y viendo el tono con que le hablaba Slone.

-Pues dijo que si me encontraban aquí se levantaría gran revuelo en el Vado y que se hablaría de ello no poco. Tiene la preocupación de que ya no soy una niña... ¡Oh, y aun dijo más! : «Tu padre sería capaz de matarle. Y si él no lo hacía, alguno de los picadores quizá fuera capaz de pegarle un tiro...» ¡Oh, Lin, era completamente ridícula la manera como me hablaba mi tía!

-Yo opino que no -repuso Slone-. Temo que he hecho muy mal en hacerla venir aquí... ¡Pero lo hice sin pensar! No estoy acostumbrado a tratar con señoritas. Merecido tengo, pues, lo que pueda acarrearme esto.

-Es cuestión mía tan sólo -afirmó Lucía, llena de carácter-. Sospecho, por lo demás, que lo más seguro es que le dejarán a usted tranquilo.

Slone movió la cabeza tristemente. Se le estaba ocurriendo una de esas ideas sombrías que tanto odiaba la muchacha. Ella sentía también una inquietante aceleración en los latidos de sus sienes.

-Lucía, no habrá la menor duda sobre mi manera de ser en el momento en que me enfrente con Bostil - expuso Slone.

Y algún pensamiento pareció reanimarlo.

-¿Qué quiere usted decir? - preguntó Lucía, un poco temblorosa.

Se veía tal serenidad y dignidad en Slone, que parecía cosa nueva, y añadió:

-Le diré que me deje..., que me deje casarme con usted.

Lucía le miró asustada. Slone estaba sufriendo de mortal ansiedad.

-¡Eso que usted ha dicho no tiene sentido! -excla- mó ella vivamente, de una manera tajante.

-Reconozco que carece de sentido la posibilidad de lo que digo-repuso Slone con amargura-, pero mi pro pósito es sensato.

-No, porque apenas si nos conocemos... Mi padre se saldría de sus casillas. Daría con usted en el suelo... Le aseguro, Lin, que mi padre es... es bastante brusco. Y precisamente en vísperas de las carreras... ¡Y no digan nada si Huracán venciera a Sage King!

-No diga si Huracán venciera a Sage King, sino cuan do Huracán venza a Sage King - rectificó Slone.

-Mi padre será de temer -previno Lucía-. Por fa vor, no le haga usted semejante pregunta. Luego todo e: mundo sabría que usted..., que yo...

-Eso es lo que quiero yo, que todo el mundo en su poblado se entere.

-Le advierto que es un lugar de cuatro almas -observó Lucía vivamente, Todo el mundo me conoce. Soy la única muchacha que vive entre ellos. Otros ha habido que han pretendido... Y ¡oh!, no quiero reírme de ello con usted.

-¿Por qué?-le preguntó él.

Lucía volvió a otro lado la cabeza sin contestarle. Algo muy hondo en su ánimo amortiguaba su enojo y hasta había de violentarse para mostrarse enojada; pero encontró que eso era bastante fácil con tal de representarse con claridad la oposición de Slone hacia ella. Descubrió, extrañada, que hasta entonces le había sido muy grato el encontrarle dominado con tanta facilidad por la voluntad de ella.

-Seguramente usted no me ha comprendido -dijo él reanudando el diálogo en seguida, con voz poco segura -. Yo no me olvido de que soy tan sólo... un jinete,

casi un pordiosero. Nunca habría podido ir al Vado de Bostil, porque estaba hecho un andrajoso...

-¡No hable de esa manera! -interrumpióle Lucía con impaciencia.

_Escúcheme -repuso él-. El pedirle a su padre la mano de usted no quiere decir que yo tenga la menor esperanza... Es que quiero simplemente que todo el mundo se entere de que la he solicitado.

-Pero mi padre, todo el mundo, opinaría que usted cree que existe alguna razón bastante poderosa que justifique el que usted pida mi mano-exclamó Lucía, llena de rubor.

-Precisamente - repuso él.

-Pero no hay razón alguna ¡en absoluto! Ni un tanto así de razón a la luz del día -protestó Lucía con vehemencia-. Yo le encontré a usted ahí tendido; le serví de algo en aquella situación. Hemos proyectado hacer tomar parte a Huracán en las carreras v yo lo guiaré, de acuerdo con lo convenido..., pero no hay otra cosa.

La sombría y firme mirada de Slone desconcertó a Lucía.

-Pero es que nadie me conoce en el Vado, y hemos estado viéndonos en secreto.

-No tan en secreto, puesto que yo se lo he contado a mi tía-protestó la muchacha.

-Sí, pero precisamente al cabo de muchos días.

A lo que Lucía replicó con sorprendente energía:

-Lin Slone, nunca le perdonaría a usted el que hiciera lo que dice.

-Estimo que eso tiene muy poca importancia.

-¡Oh! Entonces a usted le tiene sin cuidado.

Lucía se encontraba en un estado difícil de comprender en ella. El corazón se le alborotaba. Quería irritarse contra Slone. Pero algo le ocurría que le imposibilitaba de lograrlo del todo. No sabía qué notaba en él que la hacía sentirse débil, inconsiderada y egoísta. Slone había herido su orgullo. Pero lo que en verdad temía v lo que no acababa de comprender era la extraña alegría que la declaración de Slone le había causado en lo más íntimo de su ser.

Procuró conservar la serenidad y así pudo seguir pensando con lógica. Dos emociones pugnaban en su ánimo una de gran molestia al pensar en las trabas que seguirían a la actitud de Slone; la otra era un algo dulce, turbador, impetuoso e inexplicable. Era necesario disuadirle de que hablara a su padre.

-Por favor, no se acerque usted a mi padre-le dijo poniéndole una mano en el brazo mientras él seguía al lado de Huracán.

-Estoy decidido a hablarle -replicó Slone. -¡Lin!

Pronunció esta palabra con un encanto sutil, indecible, de intimidad, que hasta este momento no le había otorgado. Él se sintió atraído como por invisibles lazos, ycogiendo los enguantados dedos de ella se los estrecho.

Y Lucía, que se hallaba en aquel momento en el caso de la mujer que necesita mandar o ser dominada, oprimió con su pequeña mano la de él. ¡Que extraño se le hacía ver como el haber cedido un poquito nada más a sus sentimientos la llevaba muy lejos! Cada palabra que pronunciaba, cada movimiento que hacía parecían exigirle más. No se conocía a sí misma.

-¡Lin!, prométame que no hablará con mi padre.

-No puedo-contesto decidido.

-No me descubra; no se lo diga a mi padre.

-¿Qué? - preguntóle él con incertidumbre.

Lucía no acababa de comprenderle, pero el asombro con que él se lo preguntaba y su mirada perdida eran elementos que venían a ayudarle a penetrar en el tumulto de sus pensamientos. Cien ideas simultáneas se arremolinaban en su cerebro, y, no obstante, todas parecían borrarse ante la tibia sensación del contacto con aquella mano varonil. ¿Que es lo que ella pensaba que Slone podía querer decirle a su padre? En lo más hondo de su conciencia parecía existir una oculta y profunda voluntad y dominio de sí mismo. Y de aquellas profundidades le pareció que surgía como una voz asegurándole que Lin Slone podía tener más esperanza en aquella ocasión que en ningún otro momento de sus extraviados sueños. Pero aun así y todo le dijo noblemente:

-Lin; si habla usted con mi padre, en cuanto él se entere... se perderá toda esperanza para usted.

Si Slone comprendió todo el sentido de aquellas palabras, no les dio crédito. Y volvió a decir con terquedad:

-Una vez terminadas las carreras me presentaré a Bostil, es cosa resuelta.

Lucía perdió el dominio de sí misma y no pudo menos de exclamar:

-¡Ah, es usted un loco, completamente loco!

Como si hubiera recibido un golpe, Slone retrocedió, y una oleada de sangre oscura ascendió por las venas de su rostro.

-No, no es locura - replico-, es que veo que ésa es la única manera de proceder en mi caso.

-Sea la única o no, eso me tiene sin cuidado. Lo cierto es que no se me puede poner en lenguas de esa manera. ¿No lo comprende?

-Comprendo con mucha más claridad que antes en que yo solo era un cazador cegado por su pasión por un caballo. Ahora soy un hombre que solo sueña en una muchacha... ¡Ojalá no hubiera llegado nunca el momento en que usted me encontró!

Lucía giro sobre la silla para apearse, en tanto que Huracán brincaba. Así que éste se tranquilizó en sus saltos, entrego las riendas a Slone y le dijo, toda convulsa

-¡No montaré a Huracán en las carreras!

-Lucía Bostil, quisiera estar tan seguro de lo que es el cielo como de que usted tomará parte con Huracán en las carreras.

-No quiero montar en su caballo.

-Dice mi caballo, el mío, ¿verdad? Pero yo digo que usted guiará a Huracán ese día.

-¡No!

Slone palideció de súbito y por sus ojos paso como un lúgubre fulgor.

-No podrá usted evitarlo, en tanto que a mí me sea posible.

-Veo que no me conoce bien, Lin Slone -repuso ella con zumba-. Si usted es terco, más terca soy yo.

Era evidente que Slone conservaba la calma, por más que continuase sumamente pálido. Hasta llegó a sonreír a Lucía.

-Usted es la hija de Bostil -dijo.

-Cierto.

-Si alguna mujer tiene sangre y huesos de caballista, ésa es usted. Usted quiere a Huracán. Y, lo que es más extraño, este caballo salvaje, este matador de caballos, la

sigue a usted de la manera que ve, relincha llamándola, corre como el rayo por usted: la quiere.

Slone había puesto el dedo en el punto sensible. La muchacha sentía una fuerza que la dominaba. Ni se atrevía a mirar a Huracán. Sí, era cierto cuanto Slone decía. ¡Qué

desesperante le era la idea de tener que renunciar a tomar parte en las carreras, estando segura de tener en su mano la victoria! Pero, aún así y todo, volvió a decir, bajando el tono

-¡Nunca! Jamás volveré a montar a su Huracán.

-¿Mi Huracán, dice? ¿De manera que todo el inconveniente es ése? Pues bien, cuando usted tome parte en las carreras, Huracán no será mío.

-¿Que quiere usted decir?-repuso Lucía-. ¿Que se lo venderá a mi padre? ¡Bah! ¡No podría!

-¿Como iba-yo a vender a Huracán, con lo que me ha costado darle caza y domarlo...? No lo vendería por todas las tierras, dinero y caballos juntos de su padre.

La voz de Slone tenía ahora un profundo timbre de ironía. Y Lucía, dominando su carácter, empezaba a admirar la serenidad del jinete, su dominio de la situación, percibiendo en el algo vago y formidable que la hería.

Slone avanzó hacia ella y Lucía retrocedió hasta el tronco de un cedro que le cortaba la retirada. Slone estaba más pálido que nunca, y el corazón le dio un salto a la muchacha ante el temor de que él intentara cogerla en brazos. Pero no era ésta su intención. Lo que hizo fue repetir hoscamente

-¡Cuando corra usted en la prueba guiando a Huracán, el caballo será de usted!

-¿Como es posible eso? -exclamó ella, asombrada.

-Yo le regalo Huracán.

-¡Que usted me regala Huracán! -repitió Lucía con creciente asombro.

-Sí. Desde este momento.

Al afirmarlo así Slone, su rostro pálido y sus oscuros ojos dejaban traslucir la gran violencia interior que semejante sacrificio le causaba.

-¡Lin Slone...! ¡No le comprendo

-Usted tomará parte en las carreras con Huracán. Ha de derrotar a Sage King... Para ello le ruego que acepte mi caballo. No puede usted oponerse.

-Pero ¿por que me regala el caballo? -volvió a objetar ella entrecortadamente.

Se habían desvanecido todo su orgullo y todo su carácter, y se perdía en un mar de confusiones.

-Se lo doy porque usted lo quiere, y él le tiene una irresistible querencia... Y si esto no le parece bastante razón... lo hago porque quiero a Huracán como ningún jinete a su caballo y porque la quiero a usted como ningún hombre es capaz de querer.

Eran las primeras palabras de amor que salían de sus labios. Lucía inclino la frente. Ella adivinaba sus pretensiones, aunque él nunca se había atrevido a insinuarlas, salvo en una ocasión en que ello motivo un conato de disgusto. Con el pecho traspasado de dolor, Lucía se lamentaba -en su fuero interno de que Slone no le hubiera hablado antes en aquella forma. La transformaron de tal manera aquellas palabras, que era como si acabara de volver a la vida por segunda vez. Algo se había transformado. Algo había venido de repente a darle una sacudida en el corazón. Se sentía temblar como la hoja del árbol, sin la menor fuerza para contraer un músculo. Y comprendía que si levantara los ojos, Slone leería con toda claridad los más secretos sentimientos de su alma. Se llevo las manos al rostro, y aun así le parecía ver a través de ellas el desierto, todo de oro fundido, con blancuras y manchas azules, como iluminado por la luz lunar de los sueños; y que los altos peñascos se acrecían solemnes y grandiosos, como imperativos reveladores de su amor y de su alegría. Y de súbito se encontró sentada al pie del cedro, llorando, con las manos húmedas sobre los ojos.

-No es para llorar-le dijo Slone -. Pero deploro de veras haberle causado tanto daño.

-¿Quiere hacerme el favor de buscarme a Sarchedon? -le rogó Lucía Lucía con voz trémula.

Mientras Slone iba por el caballo y lo ensillaba, Lucía se compuso un poco. Dos intensos

sentimientos la acosaban : el deseo de decirle algo a Slone y unas ganas invencibles de salir al galope. Al fin decidió responder a ambos.

Slone le trajo el caballo. Ella se puso los guantes, y, montada ya, se detuvo un momento para ordenar su falda, mientras miraba a Slone, que estaba en pie, junto al caballo. La blancura de la tez del hombre era ya como una palidez mortal. Sus ojos denotaban una profunda tristeza. Lucía sintió el intenso latir de su corazón y un escalofrío recorrió su cuerpo deliciosamente.

-Lin, no quiero aceptar a Huracán -dijo ella.

-Lo aceptará usted. No puede negarse a ello. Piense que él solo quiere estar con usted. Sería injusta para con el pobre animal.

-Pero el caballo es todo lo que usted tiene en el mundo -protestó Lucía, con todo y saber que toda protesta sería vana.

-No; me queda mi bueno, leal y antiguo camarada Nagger.

-¿Sería usted capaz de lanzarse a la busca y captura de otro Huracán?

Ahora Lucía le hablaba haciendo uso del suave poder que tenía de otorgar un poco de felicidad a los otros. -No quiero ya cazar más caballos. Además, no encontraría otro Huracán en toda la tierra.

-Suponga usted que yo me niego en absoluto a aceptarlo.

-¿Como ha de rehusar? No lo digo. por mí, sino por la suerte de Huracán... Y si usted lo dice en serio y no rectifica, puede irse Huracán otra vez en buena hora, suelto, a sus campos desiertos.

-¡No! -exclamo Lucía.

-Confío que eso no será necesario.

Lucía hizo una pausa. Tenía la lengua seca y respiraba con trabajo. Un resplandor extraño, fulgurante, pareció circundarla de pronto. También el rojo caballo parecía hallarse envuelto en el mismo resplandor, en tanto que los ingentes peñascos contemplaban a la muchacha desde su altura con gesto paternal, sensato y reposado, irradiando colores de felicidad.

-Huracán necesita varios días de ejercicio todavía -observó ella -; luego un día de descanso, y al día siguiente las carreras.

Una sonrisa empezaba a cambiar la dureza de su gesto.

-Así es, Lucía.

-¿Y soy yo, en efecto, quien lo ha de montar?

-Indudablemente, si alguna vez Sage King ha de ser derrotado.

A Lucía se le iluminaron de azul los ojos. Se representaba a toda la gente llena de expectación : los curiosos y familiares indios, los jinetes anhelantes, los caballos ágiles, el rostro de su padre, y, por fin, la carrera, una carrera sin precedentes, velocísima, empeñada, prodigiosa.

-Así, pues, Lin -dijo Lucía, con una suave agitación en su pecho -, si yo acepto a Huracán, ¿usted me lo guardará hasta que...? ¿Y si lo acepto, y le indico la causa de ello, me promete usted decir...?

-¡No me haga más preguntas! -dijo Slone, interrumpiéndola con precipitación -. Yo deseo hablar con Bostil.

-Solo quiero una cosa: ¿me promete no decirme ni una palabra más, hasta después del día de las carreras?

-¿Ni una palabra... a usted? ¿Acerca de que? -indagó él, desorientado. Algo vio Lucía en sus ojos que le produjo el efecto de un amanecer.

-Quiero que no me diga nada acerca... del porque he de aceptar el caballo.

-Se lo prometo -respondió él con presteza.

Entonces Lucía se acomodo bien en la silla, acorto las riendas y se dispuso a espolear a Sarchedon para que, de un salto, se pusiera en marcha. Y en aquel momento la muchacha exclamó:

-Lin, acepto el caballo porque... le quiero a usted.

Sarchedon dio un salto hacia delante, y Lucía no pudo ver la cara que puso Slone ni le oyó añadir nada. Partió por entre las matas de salvia, dejando atrás a Huracán, que relinchaba viéndola irse, y sintiendo la dulce caricia del viento en sus mejillas. Y no volvió ni una sola vez la cabeza.

XI

Durante todo el mes de mayo estuvo creciendo una idea siniestra y negra en el ánimo de Bostil. De momento la rechazo, como indigna de un hombre como él. Pero la idea insistió. No podía negarlo. La fomentaban circunstancias especiales e imprevistas. Las conversaciones con Creech, las acciones subrepticias del mozo Joel y, sobre todo, las murmuraciones debidas al favorito de Creech eran cosas que iban agrandando, agigantando en la imaginación de Bostil la idea monstruosa que no podía echar de sí. De manera que se volvió caviloso y sombrío.

Podía creerse una prueba de su intensa preocupación el que no se hubiera percatado de las largas ausencias de Lucía. Pero ya lo había observado él, mucho antes de que Holley y otros jinetes le llevaran la noticia.

-Dejadla estar-decía malhumorado a sus hombres-; le encargue de la preparación de Sage King y cuando Van se encontró restablecido, ella ya había adquirido la costumbre de correr a sus anchas; ahora ya sabe velar para sí misma.

Pero cuando se quedaba solo se decía:

-¿Qué diablos habrá encontrado por ahí esa chiquilla? Apostaría a que prepara alguna trastada.

Y, sin embargo, se abstuvo de decirle nada, porque en el fondo de su conciencia se percataba de que no podría afrontar la mirada penetrante de los ojos de su hija, y durante aquellos días se alegraba de poder evitar la presencia frecuente de Lucía, pues había momentos en que no le era posible ocultar lo que le pasaba.

Bostil tenía miedo de que su hija descubriera lo que se iba fraguando en su imaginación. A nadie más temía. Holley, el viejo jinete, de ojos de halcón, era capaz de penetrar en su ánimo ; pero Bostil estaba persuadido de que podía contar con la lealtad de Holley en todo momento, viera lo que viese.

A fines de mes, así que Somers regresó de la caza de caballos, Bostil le encargó que arreglara, juntamente con Shugrue, la barca chata del Vado, y él mismo se personó en el lugar de la reparación, hecho éste digno de ser tenido en cuenta por lo raro.

-Poned nuevas planchas - ordenó a los hombres - y verted alquitrán fundido en las rendijas. Luego de eso, una vez seco el alquitrán, botaréis al agua la barca, pero no lo hagáis hasta que yo os lo ordene.

Todas las mañanas, el hijo de Creech pasaba a remos la corriente para ver cómo iba la reparación de la barca que había de conducir a la otra orilla el ganado de su padre. Al tercer día por la mañana. Bostil encontró allí a Joel Creech. Joel parecía tener impaciencia por decirle algo. Era en verdad un mozo de mirada anormal.

-Bostil, viejo amigo, ¿viene usted a ver cuándo po

drán pasar los caballos al otro lado? Allá no hay pastos.

-Pero no ocurrirá nada, Joel - repuso Bostil-, pues el río no crece todavía... ¿Qué tal van vuestros caballos?

-¡Magníficamente, señor! -exclamó sin malicia el mozo-. Peg corre mucho más que el año pasado; pero hay que ver, a pesar de todo, cómo le aventaja Blue Roan en una milla, con gran facilidad. Mi padre está dispuesto a apostar todo cuanto tiene. Roan no puede perder este año.

Bostil se sintió como el toro mordido por un sabueso. Blue Roan era un caballo joven, que cada año había ganado en condiciones y en velocidad. Sage King había alcanzado el máximo de su rapidez. Y ello era garantía para Bostil de que, como no ocurriera algún accidente adverso, la carreta era para su favorito, al que ningún caballo de todas aquellas tierras podría derrotar. Pero la suerte es un elemento voluble.

-Yo aconsejaba a mi padre que hiciera pasar de una vez los caballos a nado - declaró con toda intención Joel.

-¡Ah, ah ! ¡Eso le decías... ? ¿Y por qué? -le preguntó Bostil.

La tontería y la franqueza del muchacho desaparecieron con aquella pregunta, y con ellas sus facultades racionales. Le miró fijamente. Sus ojos descentrados lanzaban como dos rayos malignos. Masculló unas palabras incoherentes, empezó al mismo tiempo a echarse atrás sobre el esquife, y cada vez su balbuceo fue más fuerte, hasta que terminó lanzando verdaderos gritos, incoherentes siempre.

-A éste le falta de veras un tomillo-observó Somers.

Y Shugrue, a su vez, movió su agrisada cabeza de significativa manera.

Bostil no hizo el menor comentario. Se apartó de la hondonada donde los dos hombres trabajaban y se sentó en una piedra adecuada que encontró. Desde allí estuvo observando la corriente sinuosa, lenta y roja, y escuchando con atención. Nadie conocía como Bostil el extraño, el implacable Colorado. Nunca se equivocaba al anticipar lo que el río iba a hacer.

En aquella ocasión escuchaba como si el maligno y bronco rumor, el ruido del agua, los súbitos chapoteos que desde allí percibía, fueran un lenguaje sólo para él descifrable. El río estaba a bajo nivel, como si se sintiera cansado y débil. El agua bajaba sucia, rojiza, en lentos remolinos y oleadas. A veces la corriente era casi imperceptible, y luego, de pronto, aceleraba su velocidad. Parecía un riachuelo petulante, que se entretenía, pero que no podía dejar de sobrevenir con un amago cruel. Traía mil voces, pero no la- única que Bostil quería oír.

Después Bostil empezó a subir por el caminillo ascendente, con sombría expresión, deteniéndose en cada recodo oscuro, como resistiéndose a llegar a lo alto, a plena luz. Y cuando llegó al poblado se sacudió nervioso, como quien intenta echar fuera de sí una pesadilla maligna, obsesionante y opresora.

Sólo faltaban unos días para las carreras. En el prado de salvia habían empezado a acampar los piutes y los navajos, y su número iba creciendo por horas. Se construían cobertizos con ramas de cedro. Aquí y allá ascendían espirales azules de humo. Por todas partes se divisaban mustangs y pones paciendo, y a lo largo del terreno una hilera de indios que presenciaban las pruebas y ejercicios de algunos jinetes. El poblado estaba lleno de corredores, traficantes en caballos, cazadores y gente de los ranchos. La vida de éstos se había interrumpido aquellos días, y al cabo de uno o dos más, todos los habitantes de la región estarían concentrados en el Vado de Bostil.

Bostil entró en el pueblo, viendo con contrariedad que la presencia de los indios, los jinetes y los caballos, la actividad, el colorido y el trajín que anunciaba la inminente llegada del día de las carreras, eran cosas que habían perdido para él, aquel año, no poco de su típico sabor, de lo que otras veces le había procurado un gran regocijo y múltiples negocios. Era el quien había cambiado. Algo le pasaba, pero no tenía más remedio que acercarse a los

forasteros y darles la bienvenida como de costumbre. Él, que venía siendo desde antiguo el alma de aquellas jornadas, estaba obligado a continuar siéndolo a los ojos de los demás. Y fue para él ardua empresa, porque sus viejos amigos que entre los indios y los jinetes tenía le saludaban con gran alborozo. Bostil era conocido como viejo ladino y tratante en caballos, pero asimismo como amigo leal. No pocos indios y jinetes le festejaban, le rodeaban y animaban, hasta el punto de hacerle olvidar sus cavilaciones y entrar en apuestas y tratos.

La tienda de Brackton era, como siempre, una especie de cuartel general de todos los forasteros. Acababa de entrar en ella Macomber, entusiasmado y orgulloso del caballo que traía dispuesto a arriesgar en él todo su dinero.

Dos indios navajos, llamados por los blancos «Caballo Viejo» y «Plata», y que eran jefes de tribu, acudieron allí por primera vez. Estaban dispuestos a trocar al azar caballo por caballo. También habían llegado ya Cal Blinn y sus picadores, además de Colson, Sticks y Burthwait, antiguos amigos y rivales de Bostil.

Hacía ya rato que la alegría reinaba en la tienda de Brackton. Se bebía y se jugaba mucho. Era cosa sabida que Bostil no dejaba de aceptar las apuestas que se le hicieran sobre Sage King. Además apostaba sobre otros caballos. Mientras se trataba de sus caballos, ponía todo su amor propio en las apuestas ; pero en las carreras en que tomaba parte su ganado parecía divertirse apostando, como en un juego entretenido cuyo resultado le importara muy poco.

Por de pronto, había dos apuestas sobre Sage King, ambas de indios. Macomber apostaba por su caballo en segundo o tercer lugar de la carrera principal. Las apuestas que le propuso Bostil no le interesaron.

-¡Eh! ¿Por dónde anda Wetherby? -gritó Bostil-. Que venga a apoyar a sus caballos.

-Wetherby no llega hasta mañana -le contestó Macomber-; pero si queréis apostar con él ha de ser de dos contra uno.

- ¡Aquí le llaman, Bostil! -gritó el viejo Cal Blinn-; si quiere que yo apueste por Sage King, ha de esperar a que yo lo vea correr. Hasta entonces no expondré mi dinero.

Y Colson intervino a su vez:

-Por mi parte todavía no he decidido que caballo poner a prueba.

Burthwait, viejo picador, se acercó al mostrador de Brackton y depositó una bolsa, apostando contra todo el campo, lo cual dejó a todos perplejos.

-¡Válgame Dios] -exclamó Bostil, poniéndole una mano en el hombro-; veo que no anda usted ni corto ni perezoso, y no tiene qué presentar.

-¿Como que no? -repuso el otro-. Tengo un soberbio caballo. Debe tener unos cuatro años; nació y vivio salvaje, y nunca lo ha visto usted.

-¿Un caballo salvaje? ¡Bah! -exclamó Bostil-. A ver quien lo monta.

-Le digo, Bostil, que lo monta quien sabe guiar un rayo.

-Hombre, lo celebro-añadió Bostil ásperamente. Y volviéndose al dueño del establecimiento le pregunto -: Brack, ¿cuántos caballos hay inscritos para la gran prueba?

Brackton, rasurado y gris, se combo sobre su libro, mientras todos los presentes callaban esperando la respuesta con expectación.

-Aquí tengo apuntados los siguientes: Sage King, presentado por Bostil; Blue Roan y Peg, por Creech; Pies Blancos, por Macomber; Rocks, por Holley; Hosshoes, por Blinn; Bay Charley, por Burthwait. Luego los dos mustangs presentados por «Caballo Viejo» y por «Plata», y finalmente Huracán, por Lucía Bostil.

-¿Qué caballo es el último? -inquirió Bostil.

-Huracán, que presenta Lucía Bostil - repitió Brackton.

-Pero ¿es que mi hija ha inscrito un caballo?

-Como lo oye. Vino hoy aquí con toda naturalidad y con aire de negocios, escribió en el libro el nombre de su caballo y depositó el importe de la matrícula.

-Bueno, bueno. ¡Maldita sea la...! - exclamó Bostil. asombrado y complacido a un tiempo -. Ya me dijo que haría eso, pero no la creí. Y ¿como se llama el caballo inscrito?

-Huracán.

-¡Hum! ¿Huracán? No hay duda de que esa muchaca sabe buscar nombres a los caballos. Y ¿cuál será ése que se llama Huracán?

-No dijo una palabra acerca de eso -replicó Brackton-. Cuando llego estaban aquí Holley, Van y algunos otros que bromearon un poco con ella. Por excepción parecia muda. Luego se marcho con aire de misterio.

-Con toda seguridad, Lucía ha comprado un poney a alguno de estos indios-exclamo Bostil, echándose a

reír-. De modo que así los caballos inscritos son diez, ¿no es cierto?

-Eso es. Pero, con seguridad, se inscribirá alguno más. Yo creo que la pista es suficiente ancha para doce caballos.

-Han de tener en cuenta, Brackton, que uno irá delante y todos los demás le seguirán de un modo escalonado-replico Bostil con sequedad- No hay duda, pues, de que la pista es bastante ancha.

-Será una carrera estupenda -exclamó un caballista entusiasta-. Me gustaría tener un millón para apostarlo.

-Y ahora que me acuerdo, Bostil -continuó Brackton-; Cordts me ha enviado aviso, por medio de los piutes que han llegado hoy, acerca de que él vendrá con toda seguridad.

Cambio de repente la expresión del rostro de Bostil; pareció como si la luz le hubiese abandonado, pues se ensombreció. No replico a Brackton ni tampoco dio muestras de oír los comentarios que se hacían a su alrededor. La opinión pública era adversa al permiso que Bostil se disponía a dar a Cordts y a sus cuatreros para que pudiesen presenciar las carreras. Bostil estaba muy serio, al parecer pesaroso. Sin embargo, todos sabían que, a pesar de su carácter raro y de la perversidad de su naturaleza como caballista, quería que Cordts presenciara la victoria de King en aquella carrera. Obraba así impulsado por su vanidad y para desafiar cara a cara un famoso cuatrero. Pero era indudable que ningún bien resultaría de la presencia de Cordts.

Hubo un momento de silencio. Aunque aquellos hombres no temiesen a Bostil, lo cierto era que a veces estaban a disgusto cerca de él. Y algunos, más imprudentes que discretos, gustaban de irritarle, dando con ello una nueva prueba de una de las debilidades de los aficionados a caballos.

-¿Cuánto llegarán los caballos de Creech? - preguntó Colson con repentino interés.

-Me parece que pronto -replicó Bostil de mala gana y apresurándose a salir.

Al llegar a su casa había desaparecido ya en él al excitación de la hora anterior; pero, de todos modos, siguió muy malhumorado.

Evito encontrarse con su hija y olvido el hecho de que la joven hubiese inscrito un caballo para la carrera. Ceno solo, sin dirigir la palabra a su hermana. Luego, al anochecer, salió a los corrales y llamo a King para que acudiese a la valla. Entre el hombre y el caballo existía un gran afecto. Bostil hablo en voz baja, como si fuese a una mujer, a Sage King. Aquel caballista duro de corazón se emociono y hasta sintió un nudo en la garganta, porque al hallarse en contacto con King recordó que otros hombres amaban a su vez a otros caballos.

Bostil volvió a su casa y se encamino a su habitación en donde, a oscuras, se entrego a sus reflexiones. Poco a poco, todo fue tranquilizándose a su alrededor. Luego, de pronto, y como violentándose, se dispuso a hacer algo raro en él. Quitóse las botas y se calzo un par de mocasines. Salió de este modo de la casa, sin abandonar la acera, se encamino hacia la salida del pueblo y, penetrando por entre las matas de salvia, dio media vuelta para acercarse a la orilla del río. Y con la seguridad, los pasos y los ojos propios de un indio, descendió por aquel

cañón, negro como la tinta, hasta llegar al río y al Vado.

La corriente parecía ser la misma que durante el día. Él escudriño con la mirada a través de las sombras. El río que tanto conocía seguía corriendo, envuelto en las tinieblas, misterioso y murmurador. Bostil se acerco a la orilla del agua y sentándose allí escucho. Sí, las voces de la corriente eran las mismas. Pero después de largo rato se imagino que entre ellas percibía otra voz mucho más débil y cual si procediese de gran distancia. Primero se lo imagino, dudo luego y, por fin, estuvo seguro; pero casi inmediatamente volvió a creer que ello era hijo de su fantasía. En su mente solo había una idea y todo se relacionaba con ella. Esforzó el oído durante tanto rato y con tal intensidad que, al cabo, estuvo seguro de haber oído lo que deseaba. Inmediatamente volvió a tomar el camino de regreso y entro en su casa con el mismo silencio con que la dejara, y con pasos tan quedos y silenciosos que habrían sido más propios de un indio.

Pero Bostil no pudo dormir ni descansar.

A la mañana siguiente, muy temprano, volvió al río. Somers y Shugrue habían terminado de reparar la embarcación y estaban aguardando. También había allí otros hombres curiosos e interesados. Joel Creech, descalzo y lleno de harapos, con los ojos hundidos y los movimientos ex

travagantes, se hallaba paseando por la arena de la orilla.

La embarcación estaba con el fondo al aire. Bostil examino la costura de los tablones y las nuevas planchas de madera del fondo. Hecho esto, se enderezo.

-Dale la vuelta-ordeno- Métela en el río y deja que se humedezca la madera.

Todos parecían satisfechos. Joel Creech oyó las palabras y se acerco a Bostil.

-¿Irá usted a buscar los caballos de mi padre? -preguntó.

-Sin duda. Mañana-replico Bostil muy contento.

Joel sonrió y en aquella sonrisa demostró lo que habría podido ser de el si las condiciones de su vida hubiesen sido algo mejores.

-Debo decirle, Bostil, que siento mucho lo que antes dije -exclamó Joel.

-Cállate. Ve a avisar a tu padre.

Joel se metió en su esquife, y una vez en él empezó a remar con vigor para atravesar la corriente. Bostil se quedó observando a los hombres que estaban ocupados en dar la vuelta a la embarcación para hacerla deslizar luego por el banco de arena y atarla, por fin, sólidamente al embarcadero. Bostil noto que ninguno de los allí presentes había descubierto nada desacostumbrado en el río. Y, en realidad, no era posible ver cosa alguna, porque la corriente seguía siendo la misma.

Al salir le abandono la opresión que había sentido desde que anocheciera. ¡Cuán interminables fueron las horas! Ya no le agobiaban la ansiedad, la duda ni la incertidumbre. La noche era oscura, en el cielo se veían muy pocas estrellas y el aire frío se hacía sentir. Contra su acalorado rostro soplaba un viento suave. El perro de un vecino, que ladraba con acento muy triste, sobresalto a Bostil. Se detuvo para escuchar y luego se deslizo por debajo de los álamos a través de la salvia y siguió el sendero hasta llegar al cañón, que entonces estaba sumido en profundas tinieblas. Sin embargo, el siguió el sendero con la misma seguridad que si fuese de día. En la oscuridad de su cuarto fue esclavo de su propia indecisión; pero ahora, en la que reinaba entre los altos acantilados, sentíase libre, resuelto e inmutable.

La distancia le pareció muy corta. Paso más allá del estrecho cañón, siguió la orilla de la garganta sobre el río y descendió a un sombrío anfiteatro, dominado por el alto peñascal.

El bote seguía amarrado al embarcadero y uno de sus extremos descansaba ligeramente sobre el banco de arena. Con manos fuertes y nerviosas, Bostil palpo los nudos del cable. Luego miró hacia la sombra opaca de aquella extraña y enorme abertura en forma de V, que

había entre las grandes paredes del cañón. La mente de Bostil empezó a preguntarse si estaba solo. A excepción del leve murmullo del río, reinaba un silencio de muerte, que no se parecía a otro alguno, y muy propio de aquel lugar, cercado por tan altas murallas. Sin embargo, Bostil escruto las sombras y luego levanto los ojos. Las desiguales murallas se erguían altivas y negras; por entre ellas aparecían algunas frías estrellas, y el tono azul del cielo no parecía aterciopelado como de costumbre. ¡Cuán lejos estaba el borde rocoso del cañón! Y, de pronto, Bostil sintió un odio profundo por aquel enorme hoyo, tan negro como el ébano.

Se acerco al agua y, sentándose en la piedra que con tanta frecuencia había ocupado, empezó a escuchar. Volvía el oído hacia la parte alta de la corriente, y luego en dirección contraria y también a un lado, para fijarse, por fin, en la primera dirección escuchando atentamente.

El río parecía el mismo de siempre.

Su corriente era lenta, copiosa, incansable; formaba remansos y se entretenía a veces, pero sin interrumpir nunca el curso de sus aguas ; es decir, que, al parecer, no había sufrido la menor transformación. Chapoteaba con suavidad, murmuraba y gorgoteaba débilmente. Producía en ocasiones, leves sonidos musicales y el ruido propio de sus pequeños saltos. Corría el agua; mas, sin embargo, daba muestra de hacerlo con pereza. A veces parecía que la corriente se interrumpiese por un momento y luego proseguía la marcha. Era un río de misterio que, con su leve música, decía una mentira. Mientras Bostil escuchaba aquellos ligeros ruidos acuáticos, le pareció que se confundían en un quejido y que éste contenía un rugido tan suave, que solo podía percibirlo un oído acostumbrado a ello.

No, el río no era el mismo, porque la voz de su suave queja indico a Bostil su significado. Resonaba en el lejano Norte, en el Norte de los picos cubiertos de hielo, que empezaban a resplandecer poco antes de la aparición del sol; donde había enormes cañones llenos de nieve que ya iniciaba su fusión; donde abundaban los arroyos de cristal que, de pronto, se teñían y se enturbiaban, llenando por completo sus estrechos cauces que atravesaban los prados de la montaña; donde había numerosos arroyuelos, que iban saltando por entre las rocas, para añadir su volumen a las corrientes, cada vez más turbias, que se deslizaban por las pendientes. Era la voz de todas aquellas aguas separadas y desperdigadas por un mágico poder, hasta que iban a parar al solitario río, para convertirlo en un potente y ruidoso torrente, rojo y sucio, terrible en su violencia, cada vez mayor, hasta que se metía en el cañón, profundo y poderoso y, al mismo tiempo, rápido; es decir, el Colorado cuando va crecido.

Cuando Bostil oyó aquella voz, se echo a temblar. ¿Qué significaría? Le asaltaban mil ideas distintas a guisa de respuesta, pero ninguna de ellas era clara. Sintió un escalofrío y, luego, que éste le invadía todo el cuerpo desde los pies. Éstos los tenía metidos en el agua. Se apresuró a sacarlos e inclinándose observo la oscura masa de la corriente. Ésta crecía por momentos, pulgada a pulgada y con la mayor rapidez. El río estaba creciendo.

Bostil dio un salto cual si estuviese poseído por los demonios. La sangre caliente inundo sus venas y empezó a temblar.

-¡Por Dios! ¡Y ó tenía razón! ¡El río está creciendo!-exclamo con voz ronca.

La certeza que sentía le hizo fijar en el río su mirada fascinada. Todo había cambiado alrededor. El murmullo y el gemido se convirtieron en un rugido apagado. Había desaparecido la música. La corriente se arrojaba contra las orillas roqueñas. El río parecía un ser inquieto y atormentado. La luz de las estrellas brillaba sobre las aguas oscuras, resplandecientes y desasosegadas, desiguales y extrañas. Y mientras Bostil observaba, se evidenció la naturaleza destructora y despiadada del río.

Bostil empezó a ir de un lado a otro por la arena de la orilla y pensó en aquellos hermosos caballos de carreras en el momento de atravesar el río.

-Todavía no es demasiado tarde -murmuró-. Aún podré lograr que la embarcación cruce

el río.

Sabía que a la mañana siguiente el Colorado, muy crecido, aprisionaría a aquellos caballos en un cañón desnudo, condenándolos a la muerte.

-¡Sería espantosa! No puedes hacer eso, Bostil. No eres hombre para eso. Sería como envenenar el pozo en donde los caballos van a beber o quemar la hierba a su alrededor. ¿Qué pensaría de ti Lucía? No, Bostil. Te has dejado llevar por el rencor. Apresúrate ahora y salva a los caballos.

Se acerco a la embarcación, que ya flotaba libremente, pues hasta incluso corría agua entre ella y la orilla. Bostil puso las manos sobre los cables y, al hacerlo, pensó en Creech y le pareció que le rodeaban las tinieblas. Olvido los caballos de Creech. Algo se apodero de él, atormentándole : un sentimiento amargo que le pareció ser odio contra Creech. De nuevo le invadió una oleada de fuego y sus manos enormes se esforzaron sobre los cables. El genio malo del río se había apoderado de él. Disponíase a arruinar a un hombre y aun más que arruinarle, pues quería destruir todo cuanto amaba su rival. Rodeado por la oscuridad, por las tinieblas y por las sombras siniestras del cañón, así como por el rugido, cada vez mayor, del río, todo ello le impulso a realizar su intento, le dio ánimos, le empujo y lucho y estrangulo, por fin, la resistencia que había en su corazón. Y mientras reflexionaba, la justificación de lo que se disponía a hacer crecía y se vigorizaba como el mismo río despiadado. ¿Acaso el hijo de su enemigo no le pego un tiro después de haberse emboscado? ¿No estaba su propia vida en juego? Era preciso acogotar a Creech, darle un golpe tal que lo destruyera o le diese el valor de ir a su encuentro, armado de un fusil. En su tormenta, Bostil adivino que Creech sabría muy -bien quién fue el autor de su ruina. Y veríanse frente a frente, según Bostil intento más de una vez. Entonces comprendió que en su alma había una sima tan profunda como aquel cañón en el que rugía el río. Por un momento retrocedió ante su visión mental, pero las furias de la pasión le prestaron nuevos ánimos. Sus manos empezaron a deshacer los nudos de los cables. Luego fue de un lado a otro, en la oscuridad, notando que por momentos cambiaba la voz del río. Al cabo de una hora habría llegado la avenida y sería demasiado tarde.

Bostil recordó, de nuevo, los brillantes y esbeltos caballos de pura sangre : Blue Roan, caballo salvaje que deseo poseer, y Peg, yegua que no tenía rival en las tierras altas; pero ¿podía compararse el odio de Bostil por un hombre con el amor hacia los caballos? Empezó a sudar y aquel sudor pareció quemarle la piel.

-¿Cuánto tardará Creech en enterarse de que el río está creciendo y en darse cuenta de lo que va a ocurrir? -murmuro Bostil con acento sombrío.

Y esta pregunta le demostró que estaba perdido. Sus luchas, sus dudas, el temor y el horror eran inútiles por completo. Proponíase condenar a los caballos de Creech. Aquello fue algo inalterable desde el momento en que se le ocurrió la idea odiosa e insidiosa. Fue irresistible y, por fin, se convirtió en un propósito vigoroso, duro, feroz e implacable. Pero reacciono y volvió a los cables. Los nudos, sumergidos en el agua, estaban ya hinchados y no pudo deshacerlos. Por eso empezó a cortar sus hilos uno tras otro y al fin el bote, al quedar libre, fue arrastrado por la corriente y se puso fuera de su alcance.

Instintivamente Bostil alargo las manos para cogerlo.

-¡Dios mío! ¡Se ha escapado! -murmuró-. ¿Qué he hecho?

Él, Bostil, que había creado aquel paso del río más famoso con el nombre de Vado de Bostil, había dejado escapar el bote. Era una cosa inconcebible.

Creció en intensidad el rugido del río, de un modo triste, amenazador e incesante, interrumpido, a veces, por extraños gorgoteos y chapoteos a medida que la masa de agua rompía contra la orilla. A veinte pies de distancia flotaba la embarcación, que, al ser arrastrada por la corriente, giraba con lentitud. Parecía poco deseosa de alejarse. Se inmovilizo casi en uno de los remolinos de la orilla, pero las pequeñas y fuertes olas

empezaron a lamerla, llenas de hambre y de deseo. Bostil observaba la embarcación con los ojos muy dilatados. La corriente se apoderó de uno de los extremos y el agua se arrojo ruidosa contra ella. Pareció que una mano poderosa, como si perteneciese a un gigante, hacía girar el bote; y su masa, que al principio fue negra, se convirtió en opaca y empezó a confundirse con la oscuridad, hasta desaparecer casi. ¡Cuán rápido corría aquel río maldito! ¿Había medio de que Bostil pudiera recobrar su embarcación? El río parecía contestarle con voces profundas y burlonas.

Se apodero de él la desesperación, en tanto que la forma vaga del bote, espectral y amenazadora, se alejaba de las asustadas miradas de Bostil.

-Dios me ayude, pero yo tengo la culpa - gimió con voz ronca.

Retrocedió tambaleándose y luego se sentó. Su mente, su corazón y su alma comprendían muy bien la vergüenza de su acto; el remordimiento se apodero de él, y sufrió una agonía física tal como si un lobo estuviese devorando sus entrañas.

-¡Al diablo Creech y sus caballos ! Pero el caso es que yo quedo en una situación muy desairada -murmuró.

Y se sentó, rodeando sus rodillas con las manos, sumido en la mayor inacción física y mental.

El agua, que iba subiendo sin cesar, rompió el encanto y le obligo a retroceder. Ya el río no se limitaba a crecer con lentitud, sino que aquello era una verdadera inundación. Y lo mismo ocurría con respecto al ruido, cada vez más potente y amenazador. Bostil atravesó el espacio de tierra llana hasta el sendero pequeño para evitar que el agua le cortara el paso. E incluso anduvo unos momentos con el agua hasta las rodillas.

-Aquí no dejaré ningún rastro -murmuró riéndose de un modo que le pareció tan desagradable como la risa del río.

Al pie del sendero roqueño se detuvo para escuchar. Volvió a llegar a sus oídos el ruido memorable. Acercábase la avenida. Durante veintidós años oyó el ruido de las aguas cuando el Colorado venía muy crecido, pero nunca fue como entonces, porque el rugido que a la sazón percibía armonizaba perfectamente con la lucha y la pasión de su propia sangre, de manera que se sintió casi identificado con aquel río cruel. Pasaba el tiempo y, a cada momento, observaba la intensificación del volumen del sonido. El rugido apagado, que resonaba casi a sus pies, se perdía en otro distante y más vigoroso; empezó a soplar un fuerte viento a lo largo del cañón y las murallas de éste parecían ensancharse y prepararse para el alud de agua que iba a llegar. Bostil subía por el sendero, un paso tras otro, a medida que crecía el nivel de la corriente. El suelo del anfiteatro era entonces un lago de aguas revueltas. Los sauces se inclinaban y se agitaban

en la orilla. Más allá pasaba corriendo una masa desigual y enorme, que parecía un monstruo corpulento y gris. En la penumbra, Bostil pudo ver cómo el río daba la vuelta, en torno de una pared de rocas y luego se apartaba de ellas, hacia el centro, en donde parecía llegar a mayor altura. Sobre la cresta de las olas aparecieron algunos objetos negros y flotantes, que quizá serían troncos de árboles. Mostrábanse un instante y luego desaparecían. El ruido era cada vez más firme, cercano y fuerte, y las repercusiones, semejantes a truenos lejanos, iban siendo menos perceptibles a consecuencia de la confusión de los ruidos.

Una brisa más fuerte fue a golpear el rostro de Bostil. Llevaba consigo un trueno tremendo, como si las paredes colosales cayesen en alud. Bostil comprendió que la cumbre de la avenida había dado la vuelta al recodo superior y pronto estaría a su lado. Se quedo en observación y escucho, pero el ruido había cesado. Le pareció que le zumbaban los oídos y sintió en ellos algún dolor. Tuvo frío y siguió subiendo con los pies insensibles.

Alumbráronse las sombras del cañón. El río estaba cubierto de espuma, semejante a una cortina que descendiese, como maelstrom poderoso, para rodar por la superficie del río. Bostil

echo a correr, a fin de escapar de la enorme ola, que surgió en el anfiteatro y se encaramo por el sendero roqueño. Al volverse para mirar atrás, le pareció contemplar una visión infernal. Abríanse a sus pies lóbregas profundidades, cruzadas por rayas de color pálido y también diviso sombras negras y siniestras que a cada momento cambiaban de forma. Estuvo mirando con la mayor fijeza hasta que, una vez más, su oído recogió un trueno norme que le dio a entender lo que ocurría. Aquello era solo una avenida del Colorado.

XII

Bostil pudo dormir aquella noche, pero con sueño inquieto en el que dominaba un rugido extraño y terrible, del mismo modo que el huracán dominó todos los ruidos de un oscuro desierto. Se despertó muy temprano al oír una voz junto a su ventana. Presto atención y luego oyó un golpe en el postigo.

-¡Bostil! ¡Bostil! -exclamó la voz de Holley.

Bostil salto al suelo y no tuvo necesidad de vestirse, porque se había acostado sin quitarse más que las botas.

-Bueno, Hawk, ¿para que vienes a despertar a un hombre a estas horas? -gruñó Bostil.

El rostro de Holley apareció sobre el antepecho de la ventana. Estaba pálido y grave y sus ojos de gavilán tenían un brillo vidrioso.

-No es muy pronto, mi amo -dijo-. Escuche.

Bostil se detuvo en el acto de ponerse una bota y, al prestar oído, miro a su empleado.

En el exterior se oía claramente un rumor intenso, semejante a un trueno lejano. Y Bostil se esforzó en manifestar su asombro.

-¡Demonio! ¡Es el Colorado! ¡Una avenida

-Sí. Eso parece cosa del demonio, y al pobre Creech le sabrá muy mal -replicó Holley -. ¿Por que no fue usted a buscar sus caballos, mi amo?

Se ensombreció el rostro de Bostil. Era hombre peligroso cuando se le contrariaba y hasta, incluso, no convenía dirigirle muchas preguntas.

-Veo que estás muy inquieto por Creech, Holley. ¿Eres amigo suyo?

-De sobra sabe usted que Creech no me importa nada -replicó Holley-. En cambio, me duele lo que pueda ocurrirles a sus caballos, y lo sentiría del mismo modo, cualquiera que fuese su amo.

-Bueno. Y ¿que quieres decirme con eso?

-Nada. A excepción de que podía usted haber ido a buscarlos antes de la avenida. Eso es todo.

El viejo tratante en caballos y su picador principal se miraron en silencio durante un momento. Se comprendieron perfectamente. Luego Bostil se entrego de nuevo a la tarea de calzarse las mojadas botas y Holley se alejo.

Bostil abrió la puerta y salió. Las murallas orientales del desierto eran entonces de color rojo, a causa del sol naciente. Después de pasada la noche y al verse en aquella mañana fría, luminosa y bella, Bostil va no sintió el menor remordimiento. Echo a andar por debajo de los álamos, en los que cantaban los pájaros, burlones. El discordante rebuzno de un burro altero la tranquilidad de la mañana y poco después los ruidos del pueblo, que despertaba, ahogaron aquel rugido apagado y terrible de la crecida del río. Bostil entro en la casa para desayunarse.

En la cocina encontró a Lucía y no evito su presencia. A juzgar por el sonriente saludo de

la joven, no pudo dudar de que esta le vio en su habitual continente. Lucía llevaba un delantal, se había subido las mangas y dejaba al descubierto sus redondos, fuertes y morenos brazos. A su padre le pareció que había cambiado. Antes era linda, pero en aquel momento merecía algo más que este calificativo, porque estaba radiante. Bailaban sus ojos azules y parecía estar muy excitada. Había dicho algo a su tía, y la digna mujer se quedo, a la vez escandalizada y entusiasmada. Pero la entrada de Bostil interrumpió la conversación, aunque no la preparación del desayuno.

-Estoy seguro de que he interrumpido una conspiración -exclamó Bostil con acento de buen humor.

-Puedes estar seguro, papá - contesto Lucía con radiante sonrisa.

-Bueno. Pues dejadme tomar parte en ella.

-No es posible, papá -contestó Lucía.

-Vamos a ver, Jane, ¿que se propone esta niña? -preguntó Bostil dirigiéndose a su hermana.

-¡Dios lo sabe! -replicó la tía Jane suspirando.

-¿Niña? Mira, papá, ya he cumplido los dieciocho años y estoy hecha una mujer. Puedo hacer lo que quiera, ir adonde me guste y todo lo demás. Piensa, papá, que incluso, si quiero, puedo casarme.

-¡Ja! ¡Ja! -exclamó riéndose Bostil-. Oye lo que dice la niña, Jane.

-Ya lo oigo, Bostil -suspiró la tía Jane.

-Bueno. Lucía, me gustaría ver como te las arreglas para encontrar un novio entre todos estos caballistas -observó Bostil.

Lucía se echo a reír, pero en la mirada de sus ojos había una expresión traviesa.

-Tú has asustado a todos esos muchachos, papá. Sin embargo, llegará el día en que venga uno parecido a ti mismo, cuando eras joven, y a quien nadie será capaz de rechazar. Y ese me conquistará.

-Supongo que hablas en broma, Lucía.

La joven meneo la cabeza, pero no contestó.

-¿Qué ha pasado, Jane? - preguntó Bostil dirigiéndose a su hermana.

-No le hagas caso, Bostil, porque habla en broma -declaró la tía Jane-. Sin embargo, no creas que dice ningún disparate. Pero ven a desayunarte.

Bostil se sentó a la mesa satisfecho de poder mostrarse amable con las dos mujeres.

-Mira, Lucía, mañana será el día más grande de
cuantos se han visto en el Vado de Bostil -dijo.

-Sin duda alguna, papá. Será el día más sorprendente
de cuantos se han visto en el Vado -replicó Lucía.

-¿Sorprendente?

-Sí, papá.

-Y ¿quién va a sorprenderse? -Todo el mundo.

Bostil se dijo que ya estaba acostumbrado a las bromas de Lucía; pero durante los últimos días que pasó enfurruñado, había olvidado ya el modo de acoger estas bromas, o quizás ella se mostraba algo diferente.

-Brackton me ha dicho que has inscrito un caballo.

-Creo que la inscripción es libre, ¿no es verdad?

-Tanto como el desierto, Lucía -replicó-. Y ¿qué caballo es ese Huracán que has inscrito?

-Je gustaría saberlo? - preguntó Lucía.

-Si justifica su nombre, podrías ganar la carrera. Y ahora, Lucía, hablemos en serio. Supongo que no te propondrás hacer correr a algún mustang indómito.

-Ten presente, papá, que voy a montar un caballo.

-Recuerda, Lucía, que en una broma de éstas podrías correr peligro.

-¿Broma? En mi vida he obrado con tanta seriedad.

A Bostil le gustó el aspecto de su hija, mientras pronunciaba estas palabras. Palideció un poco, brillaron sus ojos y demostró que hablaba con la mayor seriedad. Eso preocupó un poco a Bostil. Si Lucía hubiese sido un muchacho, no hay duda de que habría llegado a ser el mejor jinete de las tierras altas, y aun siendo mujer, yendo bien montada, sería peligrosa en cualquier carrera.

-Me consta que sabes manejar un caballo -se limitó a decir-. Y puesto que hablas en serio, no quiero impedirte que realices tu propósito. Sin embargo, no te permitiré apostar.

--¿Ni siquiera contigo? - preguntó ella, insinuante.

Bostil se quedó mirándola preguntándose qué se proponía.

-Estoy dispuesta, papá, a apostar cien dólares oro a que gano la carrera.

Bostil echó la cabeza hacia atrás, con objeto de reírse con toda su alma. La muchacha había heredado su propia sangre.

-Ten presente, niña, que habrá muy buenos caballos que llegarán después de King. Por consiguiente, creo que perderás tu dinero.

Resplandecieron los ojos de la joven, que, sin duda alguna, hablaba en serio, y Bostil se enorgulleció de ella.

-Pues mira, papá. Te apuesto doscientos dólares a que derroto a King - replicó.

-No se puede negar que eres valiente -observó Bostil-. Pero no quiero aceptar la apuesta. Hasta ahora no he rechazado ninguna que sea proporcionada. Conténtate, Lucía, con saber que si te permito tomar parte en la carrera ya es bastante.

-Muy bien, papá - replicó obediente la joven.

En aquel momento Bostil apartó el plato que tenía delante y volvió el rostro hacia la puerta abierta, diciendo

-Me parece que oigo correr un caballo.

La tía Jane cesó de hacer ruido y Lucía se dirigió a la puerta. Entonces Bostil oyó el paso regular de un caballo, que reconoció perfectamente. Los pasos se acortaron y, de pronto, cesaron cerca de la casa.

-Es King, montado por Van -dijo Lucía desde la puerta-. Ahora Van echa pie a tierra, papá, y viene hacia acá corriendo. ¿Habrá ocurrido algo? También llegan otros caballos montados por indios.

Bostil comprendió lo que ocurría y se preparó. En el exterior sonaban los pasos rápidos de numerosos caballos.

-Buenos días, señorita Lucía. ¿Dónde está Bostil?

Ante la puerta apareció un jinete flaco y esbelto. Era Van, que estaba muy excitado.

-Entra, muchacho -dijo Bostil-. ¿Qué te pasa?

Entró Van, haciendo sonar las espuelas y con el sombrero en la mano.

-Pues que el río ha crecido sesenta pies -contestó el jinete.

-¡Oh! - exclamó Lucía dando media vuelta para mirar a su padre.

-Ya lo sabía, Van -replicó Bostil-. Es posible que envejezca, pero aún tengo buen oído. Escucha.

Lucía se dirigió de puntillas a la puerta, volvió un poco la cabeza y la inclinó, quedándose inmóvil. En el exterior se percibían los ruidos producidos por los pájaros, los caballos y los hombres, pero en los momentos de silencio se oía un apagado ruido.

-Es la crecida mayor que hemos visto -dijo Van.

-¿Habéis ido allá abajo? - preguntó Bostil.

-Hasta el río, no -dijo Van-. Yo fuí hasta donde se abre la quebrada en el acantilado. Vi a unos cuantos navajos que bajaban y otros que subían a su vez. Allí me quedé observando la

avenida y pronto llegó Somers con Blakesley, Brack y algunos otros jinetes... Y Somers empezó a gritar : «¡Ha desaparecido el bote!»

-¿Que ha desaparecido? -exclamó Bostil con acento de consternación.

-¡Oh, papá! ¡Oh, Van! -dijo a su vez Lucía con los ojos y los labios entreabiertos.

-Sin duda. Y toda la orilla inmediata, donde había aquellos sauces y la barra de arena... todo ha desaparecido bajo el agua.

-Y ¿qué será de los caballos de Creech? - preguntó Lucía sin aliento.

-¡Dios mío! ¡Qué desgracia! -continuó Bostil, aunque experimentaba deseos de reírse de su propia hipocresía y entre tanto los azules ojos de Lucía estaban fijos en su rostro.

-Esto es lo que dijimos todos -añadió Van-. Mientras observábamos esa imponente avenida y escuchábamos el rodar de las rocas, alguien pudo ver a Creech y a dos piutes que conducían a los caballos hacia el sendero que antes llegaba hasta la orilla del río. Contamos los caballos... nueve, y vimos al roano claramente a la luz del sol.

-¡Los piutes con Creech! -exclamó Bostil mientras resplandecían sus ojos, hasta entonces sombríos-. ¡Qué suerte! Tal vez los indios podrán sacar los caballos de ese agujero y encontrar la hierba y el agua suficientes.

-Puede ser -replicó Van en tono de duda-. Si hubiese alguna probabilidad, no hay duda de que los piutes la aprovecharían. Pero por allí no hay hierba.

-Viajando de noche no necesitarán mucha.

-Así dicen los muchachos. Pero los navajos menearon la cabeza en señal de duda. Y Farlane y Holley levantaron las manos al cielo.

-Pues, con esos indios, Creech podrá sacar, quizá, los caballos - declaró Bostil, seguro de su sinceridad, aunque no lo estaba tanto de que ésta no hiciese nacer una extraña y repentina esperanza. Entonces se sintió capaz de mirar a su hija a los ojos, lo cual era la prueba suprema.

-¡Oh, papá! ¿Por qué no te apresuraste a hacer pasar los caballos de Creech? - preguntó Lucía con los ojos llenos de lágrimas.

A Bostil le pareció sentir que desaparecía una molestia que tenía en el pecho.

-¿Que por qué no lo hice? Ya comprenderás, Lucía, que no tenía ninguna necesidad de apresurarme para servir a Creech. De todos modos, ahora lo siento.

-Eso no será tan desagradable, si consigue salvar sus caballos -murmuró Lucía.

-¿Dónde está el joven Joel Creech? - preguntó Bostil.

-Anoche se quedó en este lado del río -contestó Van-. Lo cierto es que Joel fué uno de los primeros en prever la avenida. Alguien ha dicho que ha dormido esta noche en el cañón. Sea como fuere, ahora está como un loco y no me extrañaría mucho que ejecutara alguna violencia contra alguien o contra sí mismo.

-Tienes razón -gruñó Bostil.

-¿Y no se podría hacer nada, papá, para ayudar a Creech?

Bostil le rodeó el talle con el brazo y experimentó un alivio enorme al sentir aquella dorada cabeza apoyada en su hombro.

-No podemos atravesar el río volando, hija mía. Pero no llores los caballos de Creech. Todavía no se han muerto de hambre. Es una desgracia. Pero es posible que Creech no pierda nada más que la carrera. Por otra parte, Lucía, ésa ya la tenía perdida.

Bostil acarició un momento a su hija, por primera vez desde mucho tiempo, y luego se volvió hacia su picador, que estaba en la puerta.

-¿Cómo está King, Van?

-Deseoso de correr, Bostil. Estoy seguro de que mañana no podrá disputarle la victoria ningún caballo.

Lucía levantó su inclinada cabeza y dijo:

-¿Lo cree usted así, Van Sickle? Escuche. Si usted y Sage King no corren mañana más que hasta ahora, yo no volveré a montar.

Dicho esto, Lucía abandonó la estancia.

Van se quedó mirando a la puerta y luego fijó los ojos en Bostil.

-¿Qué le parece? -preguntó en tono de queja-. Por más que hago, siempre está enojada conmigo.

-No te apures, Van. Reconozco que no has dicho nada ofensivo. Estos días Lucía está de mal humor. Parece que ha encontrado por ahí un caballo y que mañana lo hará correr. Incluso ha querido apostar conmigo contra King. No sabes lo que me ha extrañado eso. Pero ahora escucha, Van. Sospecho que mi hija nos prepara una sorpresa. Por consiguiente, procura no fiarte demasiado de Lucía y de su caballo, cualquiera que sea. Ella lo llama Huracán. ¿Lo has visto alguna vez?

-No. En realidad hace varios días que no he visto a Lucía. Y en cuanto a la sospecha de usted, le diré que siempre tuve la impresión de que Lucía quería tomar parte en la carrera. Pero ella no hace correr a un caballo, sino que éste corre para darle gusto. Por otra parte, Lucía es más ligera que una pluma, de modo que si montase a Blue Roan o a otro caballo tan rápido como ése, no sé lo que pasaría.

Bostil se rió, orgulloso de su hija.

-Estoy seguro de que no montará a Blue Roan. En cuanto a eso no hay duda. Y ahora acompáñame porque quiero ver a King.

Bostil se dirigió al pueblo. Durante todo el día estuvo tan ocupado con las numerosas cosas que le interesaban, las que le preguntaron, las que emprendió, que ni siquiera tuvo tiempo para reflexionar. En lo más profundo de su mente, sin embargo, sentía una molestia de la que se daba cuenta de un modo vago. Trabajó hasta una hora avanzada de la noche y al día siguiente se despertó bastante tarde.

Jamás en su vida se mostró Bostil triste o pesaroso en un día de carreras. No tuvo tiempo más que para dirigir una palabra a Lucía, y por respuesta recibió una valerosa

mirada. Y cuando fué a reunirse con la procesión de los habitantes del pueblo, de los forasteros y de los indios que se dirigían hacia los campos de salvia, estaba verdaderamente contento.

La pista elegida para la carrera se hallaba al pie de la pendiente, y entre la salvia, de color gris y amoratada, se veían entonces numerosos caballos e indios y más colores y cosas que se movían de cuantas Bostil había visto en su vida entera. Aquel espectáculo le enardecía. Numerosas hogueras despedían azules columnas de humo entre las cabañas, apresuradamente construídas con toda clase de malezas, en donde los indios guisaban y comían. Las mantas parecían brillar al recibir la luz del sol. Los burros pacían y rebuznaban; los caballos relinchaban, con voz aguda, en la pendiente. Los indios estaban tendidos ante las cabañas o hablaban en grupos, sentados o todavía montados en sus ponies; en lo más profundo del valle veíanse algunos indios que hacían correr a sus caballos y otros que perseguían a los ágiles y flacos mustangs. Más allá de esa alegre escena, llena de color, se extendía el valle, confundiéndose con el desierto cuyos límites marcaban los monumentos de un modo asombroso y bello.

Bostil figuraba entre los últimos al descender por la pendiente que dominaba la meta de llegada de la pista. Calculó que habría congregados en aquel punto, que era el mejor para presenciar la llegada, un millar de indios y de blancos. Su propia presencia, a pesar de la alegría reinante, vióse rodeada de la mayor importancia y dignidad. Si Bostil se enorgullecía alguna vez, era, sin duda, en un momento como aquél. Su liberalidad convertía el acontecimiento en un gran día de carreras. Allí estaban los caballos de pura sangre, cubiertos con mantas y al cuidado de vigilantes picadores. En el centro de la cresta de aquella larga

meseta veíase una enorme roca plana que siempre fué el asiento de Bostil, cuando iba apresenciar una carrera. Allí estaban reunidos sus vecinos y visitantes, muy interesados en las carreras, y también los indios más importantes de ambas tribus, y todos esperándole.

En cuanto Bostil echó pie a tierra y entregó la brida a uno de sus hombres, vió un rostro que, repentinamente, apagó la alegría del momento. Era un hombre alto, flaco, de ojos hundidos y cavernosos, que tenía un bigote negro, enorme y caído y que parecía esperarle. ¡Cordts! Bostil le había olvidado ya y, por instinto, se puso en guardia. Durante muchos años se preparó para el momento en que se vería frente a frente de aquel famoso cuatrero.

-¿Cómo está usted, Bostil? - preguntó Cordts con la mayor amabilidad y sin duda agradecido por habérsele otorgado el permiso de asistir a la fiesta.

De su mano izquierda colgaba un cinturón que contenía dos grandes revólveres.

-¡Hola, Cordts! - replicó Bostil enderezándose con lentitud y estrechando luego la mano que el otro le ofrecía.

-He apostado fuerte en favor de King -dijo Cordts.

En aquel momento no podía haberse congraciado mejor con Bostil, y esta observación mitigó la dura expresión del rostro de éste.

-Pues yo esperaba que apostarías por otro caballo, para poder ganarte el dinero.

Cordts tendió el cinturón y los revólveres a Bostil.

-Quiero disfrutar de esta carrera -dijo con una sonrisa que indicaba los muchos años que había estado usando aquellas armas de día y de noche.

-No quiero aceptar tus armas, Cordts -replicó Bostil con seco acento-. Tengo tu palabra, y eso basta.

-Gracias, Bostil. De todos modos, soy su huésped y no quiero ir armado -respondió Cordts, colgando el cinturón del pomo de la silla de Bostil-. Me acompañan algunos de mis hombres, de lo cual no puede resultar ningún mal, siempre y cuando estén alejados del whisky de Brackton. De todos modos, no me atrevo a responder de ellos.

-Me gusta tu franqueza -respondió Bostil-. Yo, en cambio, y gracias a las carreras, no tengo inconveniente en responder de todo el mundo.

Bostil reconoció a Hutchinson y Dick Sears, pero no a los demás acompañantes de la cuadrilla de Cordts. Se trataba de unos tipos muy desagradables. Hutchinson era hombre flaco, alto, cargado de hombros, de rostro enrojecido, bizco y con todas las señales y muestras de ser un bandido. Dick Sears justificaba por completo su fama. No tenía más que músculos, era bajito y algo torcido de piernas y de aspecto tan hostil como un cacto. Llevaba un viejo sombrero de anchas alas, muy encasquetado. Su rostro y su barba, de gruesos pelos, eran del color del polvo y en cuanto a sus ojos, inquietos y vigilantes, tenían una mirada sombría y recelosa. A Bostil le recordó una serpiente de cascabel, llena de polvo, dura y escamosa. Así pensó de aquel hombre que era la mano derecha de Cordts y, ciertamente, no le infundió temor alguno, aunque Sears tenía fama de ser hombre que poseía una rapidez extraordinaria y una extremada habilidad para sacar y disparar el revólver. Bostil se dijo que estaba dispuesto a vérselas con Sears revólver en mano, y miró a aquel diminuto ladrón de caballos de modo tal, que nadie se hubiera equivocado acerca de sus sentimientos. Sears no estaba borracho, aunque tampoco libre de la inseguridad de movimiento causada por el abuso de la bebida. A su vez no demostró sentir miedo de Bostil, y le contestó con la mayor insolencia. Este último se alejó del grupo de sus picadores y preguntó por su hija.

-Lucía está por ahí - dijo Farlane señalando a un alegre grupo.

Bostil le dirigió un saludo con la mano y Lucía, interpretando mal este gesto, se acercó llevando de la brida a uno de sus ponies. Vestía una blusa gris con corbata encarnada y una falda sobre un pantalón y botas de montar. Estaba pálida, pero sonriente, y en sus azules ojos había un resplandor de entusiasmo. Iba con la cabeza descubierta. Habíase peinado el cabello

Librodot

en una trenza y llevaba una cinta roja, muy apretada, sobre la frente. Bostil la examinó de una mirada. La vió decidida y con aspecto de ser un rival peligroso. Díjose que una vez se hubiese quitado la falda, podría competir con cualquiera de los jinetes allí presentes. Observó, también, que la joven era el centro de todas las miradas, y eso le complació. Aquella muchacha era suya, como su madre, y tan hermosa y de tan buena sangre como cualquier caballista podía desear a su hija.

-¿Dónde está tu caballo, Lucía? -preguntó con curiosidad.

-No te preocupes, papá. Estará aquí en el momento de la carrera -replicó.

-Observo que hoy tu color es rojo -exclamó llevando su enorme mano hacia la cinta encarnada que oprimía la cabeza de la joven.

Ella afirmó con un gesto.

-La verdad, Lucía, es que nunca me figuré que te atrevieras a ponerte un color rojo ante tu padre. De sobras sabes que el color de King es parecido al de esa salvia. Deberías demostrarte partidaria de nuestro caballo.

-No, papá. Nunca he tenido afición a Sage King, pues, de lo contrario, no llevaría este color rojo.

-Pero, ¿estás decidida a correr en esta importante carrera?

-Completamente.

-Pues bien, te aseguro que, en un día tan alegre como hoy, lo único que me lo amargará será tu derrota. De todos modos, si llegas en segundo lugar, te haré un regalo que llenará de envidia a todo el mundo.

Incluso los jefes indios estaban sonrientes. El navajo «Caballo Viejo» sonreía con benignidad hacia aquella hija del amigo de los indios. «Plata», su hermano y segundo jefe, movía la cabeza de arriba abajo, cual si comprendiese el orgullo y el pesar de Bostil. Algunos de los jóvenes jinetes exteriorizaban en sus rostros los sentimientos de su corazón. En cuanto a Farlane, había adoptado un aspecto misterioso, como si quisiera aparentar que estaba en el secreto de Lucía.

-Si realmente va usted a correr, Lucía, retiraré mi caballo para que pueda ganar-dijo galantemente Wetherby.

Al oír estas palabras, resonó una carcajada de Bostil.

-Por mi parte, señorita Lucía, me sabrá muy mal hacer correr a mi caballo contra el de usted -dijo el viejo Cal Blinn.

Entonces, Colson, Sticks, Burthwait y otros caballistas dirigieron risueños cumplidos a la joven de rubios cabellos.

Bostil se divertía mucho, hasta que sorprendió la extraña intensidad de la mirada de los ojos cavernosos de Cordts, y eso le sobresaltó. Cordts deseaba tanto a aquella muchacha como al mismo Sage King. Corrían algunas historias terribles que manchaban el nombre de Cordts. Bostil llegó a lamentar su impulso de dar permiso al ladrón de caballos para que pudiese presenciar las carreras. La contemplación del caballo de Lucía y del dulce rostro de la joven podía inflamar a ese Cordts, a aquel «kentuckiano» que se había jactado siempre del amor que le inspiraban los caballos y las mujeres. Detrás de Cordts se hallaba el pequeño Sears, manchado de polvo como una serpiente enroscada y dispuesta al ataque. Bostil sintió despertar en su interior un fuego dormido por largo tiempo y que circuló por todas sus venas, una pasión de odio.

-Lucía, vuélvete con las mujeres, hasta que estés dispuesta a montar a caballo -dijo- y sé prudente.

Le dirigió una significativa mirada que ella comprendió muy bien, según su padre pudo ver, y entonces se volvió para dar las disposiciones necesarias a fin de que empezase la fiesta.

Las carreras de los indios se celebraban entre dos o tres jinetes y también entre un

número mayor que llenaba la pista; las apuestas, los gritos y las carreras, los salvajes mustangs, el calor, el polvo y el ruido de los cascos de los caballos, las sorpresas de las derrotas y de las victorias; las pruebas de los caballistas que, celosamente, se cerraban el paso por entre la salvia; el incesante movimiento, la procesión de colores alegres, la agitación y la emoción, todo eso alegraba sobremanera a Bostil.

Pero nada era en comparación con el magno acontecimiento que se preparaba, es decir, con la gran carrera.

Había llegado ya la tarde cuando todo quedó dispuesto para ella, y a la luz del sol, que iniciaba su descenso, la salvia tenía un color gris brillante. Todos estaban ansiosos. La afectada tranquilidad de los jinetes parecía imponerse a toda la asamblea. Últimamente los caballos de pura sangre demostraban inquietud. Temblaban de pies a cabeza, pateaban y movían de un lado a otro sus cabezas pequeñas y finas. Sabían muy bien lo que iba a ocurrir, y deseaban echar a correr.

Entre ellos predominaban los colores negro, bayo y blanco ; y los caballos y mustangs eran iguales por lo que se refiere a la raíz, a la velocidad y al ánimo que los señalaba como individuos de pura sangre.

Bostil en persona quitó la manta a su favorito. Sage King estaba en magníficas condiciones. Formaba un contraste muy notable con los demás caballos. Su cuerpo, de color gris de salvia, brillaba y resplandecía como si fuese de satén. Habíanlo preparado muy bien para aquel momento. Meneaba la cabeza y tascaba el freno, y sus músculos se hinchaban bajo su fina piel. Estaba hermoso, lleno de fuego y de orgullo.

Sage King era el favorito de los que apostaban, y los indios, que eran ardientes jugadores, aventuraban por él gruesas sumas.

Bostil ensilló el caballo, cosa que hizo con lentitud. Van le observaba, pálido y nervioso, y su jefe lo advirtió.

-Van -le dijo-, ésta es tu carrera.

El picador llevó una mano rápida a la brida y al pomo de la silla, y en cuanto su pie tocó el estribo, ya Sage King estaba alzado de manos. Con la mayor suavidad, rapidez y gracia se dejó caer al suelo, y luego se situó en línea con los demás jinetes y caballos.

Bostil agitó la mano y entonces el grupo de jinetes y caballos se encaminó al punto de partida, situado dos millas más lejos, en el valle. Macomber y Blinn, con un jinete y un navajo, estaban ya allí para dar la salida a los corredores.

Los ojos de Bostil resplandecieron y, cordialmente, apoyó la mano en el hombro de Cordts, acto que demostró la emoción de aquel momento. Muchos hombres rodearon a Bostil. Sears y Hutchinson se situaron al lado de Cordts y Holley, junto a su jefe, se fijaba en otras cosas que nada tenían que ver con los caballos.

De pronto tocó en un hombro a Bostil y señaló hacia la pendiente.

-Ahí va Lucía - dijo -, dispuesta a unirse con los demás.

-¿Lucía? ¿Dónde? Había olvidado ya a mi hija. ¿Dónde está?

-Allí -repitió Holley, señalando con el dedo, en tanto otros del mismo grupo empezaban a hablar después de haber visto a la joven.

-Monta un caballo alazán -dijo uno.

-¡Es enorme ese caballo! -exclamó otro-. ¿Quién tiene un anteojo?

Bostil era el único que lo tenía y en aquel momento lo usaba. En el aumentado campo de su visión se movía un caballo rojo y gigantesco, cuya crin ondeaba como si fuese de fuego. Lucía lo montaba. Salían entonces de un grupo de rocas que se hallaba a una milla más abajo de la pendiente. Allí tuvo la joven oculto su caballo. Bostil sintió que se aceleraban las palpitaciones de su corazón, diciéndose que nunca vió un caballo como aquél. Pero, como la distancia era grande y el anteojo no muy bueno, no se atrevía a confiar en lo que veía. De

pronto, aquel espectáculo se enturbió.

-Ya no veo nada, Holley -dijo quejándose-. Toma el anteojo y dime cómo es el caballo de Lucía.

-No necesito el anteojo para ver que monta un caballo -replicó Holley tomando el instrumento.

Lo asestó debidamente, lo graduó a su visión y luego estuvo un rato mirando. Bostil se impacientaba. Lucía alcanzaba con rapidez a los corredores, en su camino hacia el punto de partida; pero, sin embargo, nada era capaz de apresurar o de excitar a Holley.

-Me parece que no puedes ver lo que ocurre mejor que yo -observó Bostil.

-Vamos, Holley, dinos algo antes de que llegue al poste -rogó un jinete.

Cordts demostraba el mayor interés y todo el grupo estaba excitado. La aparición de Lucía montando un caballo desconocido, que ni siquiera podía identificar su padre, era la última y la más inesperada emoción para todos los allí reunidos. Y no había ninguno que dudase de que si el caballo demostraba ser buen corredor, Lucía se convertiría en un rival temible.

Por fin habló Holley diciendo:

-Monta un garañón salvaje y rojo como el fuego. Es un animal enorme y fuerte. ¡Dios mío, qué animal! Le aseguro, Bostil, que es un gran caballo.

Hubo un momento de intenso silencio entre el grupo que rodeaba a Bostil. Holley no era hombre que se equivocase al juzgar a un caballo, o que se excediese en sus alabanzas o en sus censuras.

-¿Un garañón salvaje? -repitió Bostil-. Ahora recuerdo que ella le llama Huracán. ¿De dónde lo habrá sacado? Dame el anteojo.

Pero Bostil no podía ver cosa alguna porque tenía los ojos húmedos. Entonces comprendió que la primera vez había visto muy bien a Lucía montada en aquel caballo y que esto, precisamente, fué la causa de que se enturbiasen sus ojos.

-Mira, Holley. Sigue observando tú con el anteojo y dime lo que ocurra-dijo mientras se limpiaba los ojos. Se alegró al notar que se le aclaraba la vista-. ¡Dios mío! ¡Ojalá pudiese ver la llegada!

Entonces los ojos de todos se fijaron en la compacta y oscura masa de caballos y jinetes que descendía por el valle. Luego se quedaron aguardando a que hablase Holley.

-Se están alineando -empezó a decir éste-. Parece que hay un poco de confusión. Escuche, Bostil, el caballo rojo parece muy inquieto. Quiere pelea. Ya está con las manos en el aire. ¡Muchachos, eso es un diablo! Un animal matador de caballos como todos los garañones salvajes... Ahora se acerca a King, como si quisiera darle un par de coces. Pero Lucía lo ha dominado. Lo maneja muy bien. Han puesto a King en el otro lado. Así ya mejor. Pero el caballo de Lucía no está quieto. Ya están dispuestos a echar a correr... Van ha tomado un buen puesto. Es muy astuto ese Van. Alcanzará el primer lugar antes de que los demás se den cuenta de que ha terminado la carrera. Esos mustangs indios se portan de un modo escandaloso. Me parece que el garañón rojo los ha asustado. Ya están todos alineados. Ahora se ye el humo de un revólver. ¡Empiezan a correr! ¡Ya ha comenzado la carrera!

Holley se interrumpió, pues observaba con toda su alma y sus compañeros guardaron el mayor silencio. Bostil pudo ver por el valle una larga línea de caballos que se movían.

-¡Ya se alejan! ¡Ya se alejan! -exclamó Holley, emocionado.

Bostil profirió un poderoso grito que dominó los de cuantos lo rodeaban, e incluso los alaridos de los indios. Luego, con la misma rapidez con que surgieron las exclamaciones, se interrumpieron de pronto.

Holley estaba en pie sobre la roca y con el anteojo asestado.

-Mac ha bajado la bandera. Ya están en plena carrera. Van ha tomado la delantera. King

ha empezado a correr, y adelanta a los demás. ¡Mirad! ¡Mirad! Mirad cómo salta el caballo rojo. ¡Bostil! ¡Está acercándose a King! ¡Ya lo sabía! ¡Parece un rayo! ¡Y empuja a King fuera de la pista! ¡Mirad! ¡Se arroja contra él! ¡Dios mío! Lucía no puede dominarlo. La pobrecilla parece que está a punto de caer, pero se agarra a él como una lapa. ¡Firme, Lucía! ¡No te sueltes! ¡Dios mío, Bostil! ¡King ha caído! Ahora se levanta, a un lado de la pista. Los otros pasan corriendo por su lado. Van ha perdido ya.

Y ahora, Bostil, ahora, caballeros, puede decirse ya que ese caballo rojo ganará la carrera.

El corazón de Bostil dió un gran salto y luego pareció como si fuese a detenerse. El viejo caballista sentía a la vez frío y calor.

¡Qué horrible y desagradable desengaño! Bostil dirigió una pregunta, entre dos maldiciones, pero la respuesta de Holley fué corta y seca. King había perdido. Esta noticia enfureció a Bostil. No podía ver cosa alguna, ni tampoco se resignaba a creer. Después de tantas semanas de preparación, de excitación y de ansiedad, ¿venir a parar en eso? ¡Ya no había carrera! King estaba anulado y eso no le parecía posible. Mil ideas cruzaron la mente de Bostil, que se sintió poseído de impotente rabia. Maldijo a Van, juró que mataría a aquel garañón rojo; pero, en aquel momento, alguien le dió una fuerte sacudida. En sus oídos, que zumbaban, resonaron algunas palabras incisivas:

-Todavía no se ha perdido todo. King no ha sido derrotado, sino que, simplemente, se ha despistado.

Al oír estas palabras, Bostil se esforzó en recobrar la tranquilidad. Para King aquella caída fué un golpe de mala suerte. Pero no había perdido la carrera. La angustia y el orgullo luchaban por dominarle. Aunque King se hubiese despistado, de todos modos un Bostil ganaría la gran carrera.

-¡No está derrotado! -murmuró Bostil-. Y eso no ha sido correcto, porque se vió obligado a abandonar la pista por culpa de ese garañón salvaje.

Sus enturbiados ojos recobraron la visión clara y aguda. Y, conteniendo el aliento, vió cómo iba tomando forma aquella línea oscura y rápida, convirtiéndose en caballos. Uno de color brillante iba a la cabeza de todos los demás y, por momentos, aumentaba de tamaño y en intensidad de color. Se aproximaba cada vez más de prisa y el tono brillante de su pelaje se convirtió en rojo. Bostil oyó que Holley y Cordts gritaban, y que los imitaban también otras voces, pero no llegó a distinguir lo que decían. La línea de caballos empezó a transformarse en un grupo de animales que corrían y saltaban. A pesar de lo que Holley había dicho, parecía estar ya decidida aquella carrera.

Los indios empezaban a inclinarse hacia delante, profiriendo, a veces, un grito agudo y corto. En el interior de Bostil reinó la mayor confusión de ideas y sintió que su corazón palpitaba emocionado. Sus ojos ejercitados y de nuevo agudos sorprendieron un resplandor de oro sobre una mancha roja, que no era otra cosa que el cabello de Lucía. Bostil, entonces, olvidó a King.

En aquel momento Holley le gritó al oído:

-¡Están a medio camino!

La carrera ofrecía un hermoso espectáculo y Bostil esforzó la mirada. Envanecíase ante lo que veía, es decir, a su hija, muy inclinaba sobre el cuello de aquel garañón rojo. Aun pudo ver mejor, porque los caballos se acercaban. ¡Cuán rápidos iban! Los indios empezaron a gritar ahogando las voces roncas de los jinetes. Con el rabillo del ojo Bostil vió a Cordts, a Sears y a Hutchinson. Parecían locos. ¡Qué raro era que aquellos cuatreros tomasen tanto interés por la carrera! Las infinitas emociones de Bostil se sumaron para producir en él un fuerte estremecimiento de entusiasmo. Sintió su cuerpo inundado de sudor, y su voz estentórea expresó el entusiasmo del deseo de que Lucía alcanzara la victoria.

-¡Han recorrido ya las tres cuartas partes! -gritó Holley al oído de Bostil-. Y Lucía ha

dado rienda suelta a su caballo salvaje. Mire, Bostil. Nunca en su vida ha visto a un caballo correr de esa manera.

Ello era cierto, y el corazón del caballista se dilató, aunque preguntándose si aquella joven, aquella manchita de color gris, casi oculta entre la llameante crin del enorme garañón, sería, en realidad, su hija. Se había acortado la distancia entre Lucía y los demás corredores agrupados, pero no tardó en aumentar de un modo considerable. Aquel caballo de fuego se alejaba enormemente de los demás. Pero éstos corrían a su vez, rápidamente, en la última parte de la pista, dirigiéndose ya a la meta. Un rugido que surgió de las gargantas de los que presenciaban la carrera ahogó todos los demás sonidos y rodeó a Bostil una horda entusiasmada que movía brazos y pies, sin darse cuenta de lo que hacía.

Vió el cabello dorado de Lucía, casi confundido con la roja crin. Pero luego ya no distinguió más que aquel caballo rojo. Huracán justificaba su nombre y a Bostil le dió la impresión de que aquella caballo no era tal, sino una llama que, impulsada por el viento de la tempestad, iba prendiendo en la pradera. El garañón rojo corría, corría sin cesar. ¡Qué enormes saltos daba! ¡Qué maravilloso galope! ¡Qué facilidad! ¡Qué extraordinaria energía!

Y así atravesó la línea de la meta, aumentando su velocidad a cada uno de los pasos que daba, y ganó por la diferencia de una docena de cuerpos de caballo.

XIII

Huracán siguió corriendo hacia la parte inferior del valle y mucho más allá de la mitad de la multitud aulladora, que se alineaba a lo largo de la pendiente. Bostil no oía nada y seguía con los ojos fijos en el garañón, hasta que Lucía le obligó a detenerse y a emprender el regreso.

Entonces Bostil se volvió para averiguar dónde estaba Van con King. Gran parte del público bajó a la pista para rodear a los corredores, y dejaron de oírse los gritos, que se convirtieron en un zumbido, formado por muchas voces. Algunos de los rancheros y picadores permanecieron cerca de Bostil y, al parecer, todos hablaban a la vez. Bostil se enteró, por fin, de que Pies Blancos, de Holley, había llegado en segundo lugar, y en el tercero se colocó el mustang del navajo. Holley en persona le confirmó lo que Bostil acababa de oír, y los ojos del anciano picador ardían de entusiasmo.

-¡Ha llegado en segundo lugar, mi amo! -repetía Holley.

Bostil tuvo ánimos para estrechar la mano de Holley y decirle que se alegraba, cuando ya tenía en los labios la exclamación de que allí no hubo carrera alguna. Se estremecieron luego los nervios de Bostil al ver a Van que avanzaba por la pista al trote de King y en dirección a la pendiente. Bostil observó al animal con ojos escrutadores. Sage King parecía no estar contusionado. Van subió la pendiente y luego echó pie a tierra de un salto. Se hallaba blanco y sudoroso.

El brillante pelaje de King aparecía seco de polvo y lleno de pinchos de cacto. No daba la menor señal de estar acalorado ni en su cuerpo se distinguía marca o contusión alguna, Relinchó y frotó su cabeza contra Bostil y luego, después de vacilar un instante, levantó la cabeza y enderezó las orejas, en tanto que en sus ojos resplandecía el miedo y la cólera.

-Bueno, Van, cuéntame ahora lo que ha pasado -dijo Bostil con acento bondadoso, porque se mostraba mucho más severo antes de empezar una carrera que cuando, una vez terminada, la había perdido.

-Pues ese caballo rojo atacó a King, ya antes de salir, y lo asustó -replicó Van rápidamente-. Ya temíamos algo por el estilo, según sabe usted; pero, de todos modos, el caballo de Lucía nos dió una sorpresa. Es preciso confesar, señor, que Lucía montó bien ese caballo y lo manejó perfectamente. Por dos veces le obligó a alejarse de King, porque el rojo quería matarlo. Puede usted preguntar a todos los demás. Por fin nos dieron la salida y yo me puse a la cabeza con King. No miré hacia atrás, hasta que oí un grito de Lucía, a quien, en aquel momento, no le era posible dominar a su montura. El caballo rojo perseguía a King, dispuesto a matarlo. Sage King, por su parte, también deseaba luchar. ¡Oh! ¡Si yo hubiese podido hacerlo correr! Entonces habríamos visto una buena carrera. Pero Huracán se acercaba cada vez más, hasta que, por fin, nos cortó el paso y mordió el flanco, el hombro y el cuello de King. Lucía tiraba de las riendas, con todas sus fuerzas, hasta que yo le dije que haría caer los caballos y nos matarían a ambos. Entonces Huracán se arrojó contra nosotros, corriendo y coceando con ambas patas a la vez. Le aseguro, Bostil, que ese caballo es un demonio. Por último nos alcanzó y así caímos al suelo. Tuve una caída mala, pero, por suerte, y por extraño que parezca, King no se ha lastimado.

-No ha habido carrera, Van. Hemos tenido mala suerte. En fin, llévalo a casa -dijo Bostil.

La referencia que Van diera del accidente vindicó las dudas de Bostil. Había aparecido en escena un nuevo caballo salvaje, rápido y enorme, pero, en una lucha leal, Sage King no habría sido vencido aún. Sin duda, se reconocería esta verdad. Y luego Bostil se preguntó, enfurruñado, quién sería el dueño de aquel Huracán.

Pareció como si Holley hubiese leído sus pensamientos.

-Me parece que ese individuo que se acerca ahora será quien se lleve el premio-observó el viejo, señalando a un hombre que montaba en un caballo negro, enorme y peludo y que además llevaba de la rienda el poney de Lucía.

-¡Caramba! -exclamó Bostil -. A éste no le conocemos en absoluto.

-Y ahí va Lucía acariciando al garañón - añadió Holley.

-Un garañón salvaje nunca corre de un modo igual -observó Cordts.

Todos los circundantes se quedaron mirando y cada uno de ellos tuvo una frase de alabanza para Lucía o para su montura.

Bostil miraba con extrañeza e irresistible atracción. Nunca se figuró ver a un garañón salvaje como aquél, eso sin hablar de su hija que lo montaba, y que, además de haber ganado la carrera, podía jactarse de haber dejado a King fuera de combate.

Un millar de pares de ojos observaron a Huracán. Éste se alejó del grupo de hombres y caballos, poco deseoso de situarse junto a ellos. Sin embargo, no resistía a su amazona. Lucía se inclinaba sobre su cuello, al parecer exhausta, y, al mismo tiempo, le daba palmadas y lo acariciaba. A ambos lados de la pista había numerosos indios y caballos y, al parecer, era probable que Lucía no quisiera avanzar por entre ellos.

Bostil descendió por la pendiente, gritando y haciendo señales para que todo el mundo retrocediese, de modo que despejó el lugar y luego se quedó en el centro y solo por completo.

-¡Adelante! -dijo a Lucía.

Entonces descubrió que su hija no llevaba espuelas ni tampoco empuñaba ningún látigo c fusta. Hizo dar la

vuelta a Huracán, que avanzó caracoleando con la cabeza erguida y la cola levantada. Avanzaba con la mayor gracia y soltura, y a cortos intervalos, cuando Lucía se lo indicaba, saltaba con maravillosa rapidez y facilidad.

Bostil miraba embelesado. Sin embargo, no veía a su hija mientras ésta exhibía al vencedor ante la entusiasma da multitud. Y Bostil registró en su mente algo que no olvidaría jamás: un garañón salvaje, casi indómito, un caballo gigantesco que tenía rojos resplandores, una crincentelleante, y que daba todo él pruebas de tener vigoro sos músculos, la mayor gracia

Librodot

y extraordinaria fuerza; un cuello largo y esbelto, que se encorvaba para terminar en una cabeza pequeña y hermosa, de expresión salvaje; las mandíbulas abiertas y las narices cubiertas por una piel fina de color rojo, lo cual probaba su origen árabe; los hombros caídos y el pecho amplio y vigoroso, las patas poderosas y las rodillas ni demasiado altas ni sobrado bajas, en tanto que las patas tenían unas pezuñas simétricas, que golpeaban las piedrecillas; en una palabra: que poseía todas las señales de resistencia y de velocidad. Aquél era un garañón dotado de maravillosa perfección física, que armonizaba perfectamente con el espíritu salvaje e indomable de un caballo del desierto, aficionado a matar a sus semejantes.

Lucía agitó la mano, y el desconocido jinete, a quien señalara Holley, se destacó de la multitud en dirección a Huracán.

La mirada de Bostil examinó la magnífica constitución de aquel esbelto jinete, en cuyo rostro vió una facciones vigorosas animadas por unos ojos negros. Se acercó a Huracán y el garañón dió un ronquido y un salto. Entonces Bostil pudo ver el odio expresado por un caballo que, sin embargo, parecía dejarse dominar por completo por la joven. Comprendió en un instante aquella extraña situación. Lucía pudo conquistar el cariño del salvaje garañón. Éste había sido siempre el secreto de su poder sobre los caballos. Y la joven odiaba a Sage King por ser el único que manifestó desagrado por ella. Por eso Bostil acabó diciéndose que los caballos eran, a veces, tan caprichosos como las personas.

El jinete avanzó en línea recta hacia el tembloroso Huracán. Cuando éste saltó y retrocedió, el jinete dió, a su vez, un salto para coger la brida, y con brazo de hierro retuvo al caballo. Huracán probó a saltar otra vez, casi levantando al jinete, pero éste le dió un golpe con el lazo y le obligó a quedarse quieto. Era indudable que lo dominaba.

-¡Papá! -exclamó Lucía con débil acento.

Bostil se adelantó y se acercó a su hija mientras el jinete retenía a Huracán. Lucía estaba pálida y desencajada, como una flor alumbrada por la luz de la luna. Sus ojos parecían oscuros a causa de las numerosas emociones pasadas, entre las cuales predominaba el miedo. Entonces el lado humano del corazón de Bostil dominó en sus sentimientos. Lucía era, simplemente, una jovencita débil, y su miedo y su sonrisa triste, como si no esperase la aprobación de su padre, conmovieron en extremo a éste, que abrió los brazos, y Lucía se dejó caer en ellos.

-¡Lucía! ¡Hija mía! Has ganado la carrera a King, y has engañado y has burlado a tu viejo padre.

-¡Oh papá! Yo no sabía... Nunca pude imaginarme que Huracán... se arrojara contra King - tartamudeó Lucía-. No pude dominarlo. Era terrible... y me asustó... y ahora, papá, dime que ni Van ni King han salido heridos.

-Tanto el caballo como Van están sin novedad -replicó Bostil-. Has hecho una tontería, pero reconozco que has alcanzado un gran éxito. ¡Caramba! No hay duda de que has montado y dominado a ese diablo rojo. De modo, pequeña, que no tengas ningún temor, porque estoy contento.

Lucía no se desmayó entonces, pero estuvo muy cerca de perder el sentido. Bostil la dejó en el suelo y la llevó hacia las filas de los admiradores indios y de los jinetes que aplaudían, y la acompañó hasta un grupo de mujeres.

Al volverse de nuevo tuvo tiempo de ver al jinete desconocido que montaba a Huracán. Ello resultaba peligroso porque el garañón, en realidad, estaba siempre encabritado. Al caer al suelo destrozó la hierba y la mandó volando en todas direcciones y al alzarse de nuevo pareció convertirse en un nudo rojo, erizado de crines del mismo color; era un animal salvaje y furioso, loco de rabia, que deseaba derribar a su jinete. Bostil no había oído nunca que un caballo profiriese un alarido salvaje, pero tampoco viera nunca tan incomparable jinete como aquel desconocido. Tanto los indios como los picadores estaban entusiasmados al presenciar

aquel espectáculo, que de tal manera se hallaba de acuerdo con sus aficiones. El jinete había enganchado sus largas espuelas por debajo del cuerpo del caballo y parecía formar parte del mismo, de modo que su montura no podía desprenderse de él. No era un mustang rebelde, sino un garañón feroz, poderoso y luchador. Bostil se dijo que, sin duda alguna, ocurría aquella misma lucha cada vez que el jinete quería montarlo. Era un espectáculo muy del gusto de los picadores, de tal manera que muchos de ellos no habrían querido poseer un caballo que no se resistiese a ser montado. Sin embargo, Bostil se dijo que, tratándose de aquel garañón, nadie que no estuviese desprovisto de sentido común querría intentar siquiera aquella lucha, en vista de la fuerza extraordinaria, de la energía, de la ligereza y de la ferocidad del animal.

Los espectadores estaban entonces cruzando apuestas acerca de que el caballo acabaría por desmontar al desconocido, y Bostil, observando el vigor y la ferocidad de que Huracán daba pruebas, estuvo de acuerdo con esta opinión. No había ningún picador capaz de sostenerse sobre aquella bestia. De pronto, Huracán se dejó caer sobre la salvia, se revolcó en el polvo y consiguió librarse de su jinete. Tanto el hombre como el bruto se levantaron con la mayor rapidez, pero el primero tenía ya un pie en el estribo antes de que Huracán pudiese levantarse. Entonces el caballo echó a correr y a dar vueltas y, poco a poco, acabó por obedecer al gobierno de su jinete. Aquellos pocos momentos de actividad frenética cubrieron el cuerpo del caballo de sudor y su boca de espuma. El jinete entonces lo llevó frente a donde estaba Bostil y echó pie a tierra.

-Algunas veces lo domino, pero otras no puedo -dijo sonriendo.

Bostil le tendió la mano, porque aquel hombre le resultaba simpático. Habíale gustado su rostro franco, menos duro que el de los jinetes en general, y los ojos negros y bellos, sinceros y firmes, aunque su poseedor no se hubiese presentado a él provisto de un talismán como el que tenía, es decir, un gran caballo salvaje y el valor suficiente para dominarlo.

-La verdad es que ha conseguido usted domarlo -exclamó tendiéndole cordialmente la mano-. Soy Bostil... y me alegro mucho de conocerle.

-Yo me llamo Slone, Lin Slone - replicó el jinete con franco acento-. Soy cazador de caballos salvajes y procedo de Utah.

-¿De Utah? Pues ¿cómo ha venido hasta aquí?... En fin, tiene usted un gran caballo y lo ha montado un buen jinete en la carrera... Mi hija Lucía.

Bostil vaciló mientras las ideas cruzaban rápidas por su mente. En el fondo de ésta se formó el deseo y la decisión de poseer aquel salvaje Huracán. Olvidó lo que podía haber dicho al forastero en otras circunstancias.

Miró con fijeza al rostro de Slone y no pudo advertir en él ningún temor ni ninguna doblez. El joven era, sin duda, un hombre honrado.

-Sepa usted, Bostil, que perseguí a este caballo salvaje durante días, semanas y meses, y por espacio de muchos centenares de millas y atravesando cañones y ríos.

-¿De veras?-exclamó Bostil.

-Así es. Ya se lo contaré otro rato. Por fin por ahí cerca pude coger a Huracán y le agoté las fuerzas en cuanto era posible. Pero él consiguió burlarme y escapar. Luego se presentó inesperadamente su hija, salvó mi caballo y también me salvó la vida. Estuve muy malo durante algunos días. Pero luego me restablecí y... y ella quiso que yo le dejase montar a Huracán en esta carrera. No pude negárselo. Y habría sido una carrera estupenda de no ocurrir ese desgraciado accidente a Sage King. Lo siento mucho.

-No puedo negar, Slone, que este acontecimiento me ha disgustado bastante, pero ya no hay que pensar más en él -replicó Bostil-. ¿De modo que así fué como Lucía encontró su caballo? Mi hija ha estado muy misteriosa estos últimos días... Bueno, bueno -añadió Bostil al notar que a su espalda tenía a varios individuos que le estaban escuchando- Holley, da la mano a Slone, cazador de caballos de Utah. Tú también, Cal Blinn... Macomber, Wetherby...

Librodot

os presento a mi amigo el joven Slone, y tú, Cordts, estrecha la mano de este muchacho que posee tan estupendo caballo.

Bostil se sonrió al presentar el cuatrero a Slone. Los demás se rieron también y Cordts los imitó también. Bostil conservaba aún su antigua travesura y los interesó y divirtió presenciar el encuentro de Cordts y de Slone. Éste, sin duda, habría oído hablar del famoso cuatrero. La ventaja estaba ciertamente del lado de Cordts, porque se mostró muy amable y complaciente, en tanto que Slone se erguía, palideciendo ligeramente, al verse obligado a aquella presentación.

-¿Cómo está usted, Slone? -dijo Cordts extendiendo la mano-. Me alegro mucho de conocerle. Me gustaría mucho cambiar a Sage King por ese garañón rojo.

Una carcajada general acogió esta broma y todos se rieron, a excepción de Bostil y de Slone. La chanza se hacía a costa de Bostil, y así lo demostró éste con su expresión. Slone, por su parte, ni siquiera sonrió.

-¿Cómo está usted, Cordts? -replicó-. Me alegro de verle porque así le conoceré otra vez.

-Bien, hoy somos todos buenos amigos -exclamó Bostil-. Ahora vamos a casa a tomar algo. Acompáñeme usted, Slone.

El grupo subió lentamente la cuesta hasta el lugar en que aguardaban los caballos. Macomber, Wetherby, Burthwait, Blinn, es decir, los amigos de Bostil, felicitaron al joven jinete, y era evidente que éste les había causado muy buena impresión.

El sol estaba ya cerca de su ocaso. Las sombras amoratadas borraban los dorados resplandores del valle ; el día de las grandes carreras había terminado casi. Los indios andaban desperdigados o en grupos y otros llevaban de la brida a los mustangs; pero la mayoría se dirigía a caballo y a pie con la multitud que había tomado el camino del pueblo.

Bostil observó que Cordts se había apresurado a tomar la delantera, y luego notó que decía algo a Dicks Sears y a Hutchinson. Oyó al primero proferir una maldición. Probablemente, estaba regañando al sombrío Sears. Cordts se portó muy bien y cumplió su palabra, como ya esperaba Bostil. Él y Hutchinson montaron sus caballos y se alejaron, situándose a la izquierda de la diseminada multitud, pero Sears se quedó atrás. Eso le pareció raro a Bostil y lo atribuyó al mal humor de aquel individuo, que había perdido en las carreras. Y deseando que aquel tuno se alejara para siempre de su presencia, resolvió no cometer nunca más la imprudencia de consentir que unos cuatreros presenciaran la carrera.

Todos los caballos, a excepción de Huracán, estaban agrupados cerca de la pendiente. Sears estuvo muy ocupado, al parecer, con las correas de su silla. Y Bostil no podía apartar su mirada de Huracán, que exhibía su enorme corpulencia y su salvaje gracia.

De pronto cesó la conversación entre los hombres. Holley profirió una maldición y el grupo se dividió. Bostil dió media vuelta y vió a Sears en actitud amenazadora y apuntando con dos revólveres.

-¡Silencio! -ordenó-. ¡Y que no se mueva nadie!

-¿Qué pasa, Sears? -preguntó Bostil.

-Pues que le pegaré un tiro si se mueve. Eso es lo que pasa -replicó Sears.

Sus ojos, atrevidos y acerados, con un centelleo que ya conocía Bostil, parecían vibrar mientras contemplaba a los hombres que tenía delante. Semejaba realmente una serpiente de cascabel dispuesta a atacar.

-Vuélvete de espaldas, Holley -ordenó Sears.

El anciano picador, que estaba delante de todos los demás, obedeció en el acto, con las manos en alto. No quiso resistir porque él tenía sólo un revólver. Con rápidos pasos, Sears se acercó, le quitó el arma y la tiró a un lado, por entre las matas de salvia.

-¡Esto es un atraco, Sears! -exclamó Bostil, a quien le parecía aquello demasiado atrevido, incluso tratándose de Dick Sears.

-¿De veras?-replicó éste con irónico acento-. Pues mire, Bostil, yo quería quedarme con King, pero prefiero el caballo que lo ha vencido.

El rostro de Bostil se congestionó y se hinchó su cuello mientras decía:

-¡Por Dios, Sears! Espero que no irás a robar el caballo de ese muchacho.

-¡Cállese! -replicó el cuatrero apuntando de cerca a Bostil -. Siempre he deseado meterme con usted, porque le tengo montado en las narices. Y si no temiera espantar a ese caballo... pero, de todos modos, si le oigo una palabra le mato, y ya veremos lo que pasa luego.

Mientras pronunciaba esas palabras vibraba su voz a impulsos del odio, de la crueldad y del deseo de matar.

-Sears, si quieres mi caballo, no tienes para qué matar a Bostil -dijo Slone con voz fría y apacible, cuyo acento pareció tranquilizar a todos.

-Tráigalo aquí-ordenó Sears.

Huracán parecía recelar más de los caballos que tenía a su espalda que de los mismos hombres. Slone consiguió cogerlo por la brida y llevarlo a pocos pasos de distancia de Sears. Entonces el primero dejó caer las riendas. Seguía sujetando el lazo arrollador, y el nudo corredizo de su extremo colgaba ante él mientras retrocedía.

Sears metió en la funda el revólver de la mano izquierda y sin dejar de apuntar al grupo con el de la mano derecha, dió unos pasos atrás, a fin de sujetar las riendas del caballo. Huracán dió un ronquido y pareció dispuesto a saltar, pero Sears se apoderó de las riendas. Bostil, inmóvil como si fuese de piedra, mientras sus compañeros estaban tan quietos como el, no pudo menos de admirar el atrevimiento de aquel cuatrero. ¿Cómo montaría a aquel garañón salvaje? Sears era famoso por dos cualidades : su valor ante los hombres y su habilidad con los caballos. Huracán empezó a recelar de el y a mirarle en vez de fijarse en los demás caballos. De pronto y con la agilidad de un gato. Sears saltó a la silla. Huracán volvió a dar un ronquido y se levantó de manos, preparándose a saltar.

Sears, en el momento de montar, levantó el revólver y luego volvió a apuntar con el, aunque, como es natural, sin ninguna fijeza, porque Huracán había empezado a moverse.

Bostil comprendió cuán fatal habría sido aquel momento para Sears si el u Holley hubiesen tenido un arma de fuego. De pronto se oyó un leve silbido. Bostil vió surgir el lazo de Slone y avanzar el nudo amenazador que fué a enroscarse en torno a los hombros de Sears. La cuerda se puso tirante y Sears fué derribado al suelo, contra el que dió un gran golpe.

Casi tan rápido como la mirada de Bostil fué el acto de Slone, que saltó en el aire para caer sobre el inquieto caballo. Sears disparó dos tiros y en aquel momento Huracán saltó, mientras su jinete anudaba el extremo del lazo en el pomo de la silla. Sears, que estaba incorporándose, se vió obligado a dar un salto de diez pies de longitud y en su garganta se ahogó un terrible alarido.

Bostil se quedó asombrado. El garañón daba cortos saltos. Slone se inclinó para coger las riendas y, al enderezarse en la silla, Huracán emprendió el galope.

Fue muy característico en Holley que en aquel emocionante y trágico momento empezase a buscar su revólver, que estaba entre las matas de salvia.

A partir de aquel momento vióse una faja de polvo en la pendiente y algo que dividía las matas de salvia.

-Me apuntó con su arma, cogiéndome desprevenido, y luego me quitó el revólver -murmuró enojado y con un tono tal, que cualquiera hubiese podido creer que estaba deshonrado.

-¡Dios mío! ¡Y yo que temía que Sears se apoderase del caballo! -exclamó Bostil.

Holley pensaba en su arma y Bostil sólo se acordó del espléndido caballo. Tales ideas eran características en aquellos dos hombres. Los demás, sin embargo, al recobrarse del silencio que les impuso el horror, prorrumpieron en aclamaciones en honor de la hazaña de

Slone.

-Dick Sears ya está listo. Lo han cogido con un lazo -exclamó Cal Blinn con la mayor convicción.

-Ese jinete es digno de su caballo, Bostil -dijo Wetherby-. Estoy seguro de que Sears le habría pegado a usted un tiro. Vi que su dedo se disponía a apretar el gatillo. Los individuos como Sears apenas se pueden contener al encontrarse en una situación como esa.

-Ha sido el golpe más rápido que he visto en mi vida - declaró Macomber.

Observaron cómo descendía Huracán por la pendiente y llegaba al valle, dejando tras el una estela de polvo. De pronto notaron que esta no se producía ya, aunque Huracán siguió corriendo con mayor velocidad. Luego acortó la marcha. Su jinete le hizo volver grupas y regresar junto al grupo a un galope rápido. Pronto Huracán ascendió por la pendiente y se detuvo, dando ronquidos y estremeciéndose, ante los reunidos. Aun se arrastraba el lazo tras de el, pero ya no sostenía ningún peso.

Bostil dió unos pasos hacia el caballo, simpatizando con la impresión sufrida por Slone. Comprendía bien la razón de que el rostro de este se hubiera puesto gris y de que moviese los labios sin hablar, en tanto que en sus negros ojos se pintaba el horror y las manos flacas y fuertes temblaban como las hojas agitadas por el viento mientras desataba el lazo del pomo de la silla.

La cuerda estaba llena de polvo, y Bostil y todos los demás sabían que el cuatrero había sufrido una horrible muerte.

No pudo Bostil hallar palabras para lo que quería decir. Apoyó la mano sobre el garañón rojo y le acarició el lomo. Luego estrechó la mano a Slone, pensando en lo feliz que habría sido de tener un hijo como aquel jinete, joven y valiente. Luego se volvió a sus camaradas y les preguntó:

-¿Creéis que Cordts estaba enterado de esa tentativa de Sears?

-No. Cordts se ha portado bien -replicó Holley-, pero al ver lo que se preparaba abandonó a Sears a su destino. No hay duda de que fué un magnífico recorrido final para un cuatrero.

Bostil envió a Holley y a Farlane para que se anticipasen y trataran de encontrar a Cordts y a Hutchinson, con sus camaradas, y les comunicaran la muerte de Sears, aconsejándoles también que se alejasen antes de que la noticia llegase a oídos de los demás jinetes.

El sol teñía con resplandores rojos y dorados las quebradas murallas de los cañones del Oeste. Aminoraba el calor del día, gracias a la brisa que doblaba las ramitas superiores de las matas de salvia.

Una canción salvaje partió del grupo de jinetes que iban a la vanguardia y llegó a los oídos de los que marchaban detrás. Avanzaba la procesión de los indios, y sus trajes de alegres colores parecían más hermosos a la luz del sol poniente.

Cuando Bostil y sus invitados llegaron a sus corrales, vieron que Holley, Farlane y otros jinetes les estaban aguardando.

-Patrón - dijo Holley-, ni Cordts ni los suyos llegaron aquí. Algunos navajos los vieron cuando se encaminaban hacia los cañones.

-Muy bien -replicó Bostil sintiendo grande alivio-. Ahora, muchachos, cuidad de los caballos. Slone, hágame el favor de entregar Huracán a esos chicos, dándoles las instrucciones que crea convenientes, y puede estar tranquilo con respecto a él.

Farlane se rascó la cabeza, al parecer algo indeciso.

-No sé si nosotros podremos estar tranquilos -dijo.

-Yo cuidaré de él -replicó Slone.

Bostil aprobó con la cabeza, como si ya esperase que su nuevo amigo no querría encargar a ningún jinete el cuidado del garañón. Huracán no quiso entrar en la cuadra, y en vista de eso lo condujo Slone a uno de los corrales provistos de altas cercas. Bostil esperó, hablando con

sus amigos, hasta que volvió Slone, y todos juntos entraron en la vivienda.

-Tal vez convendría ir ahora a casa de Brackton -observó Bostil-. Pero en unas circunstancias como las actuales, creo mucho mejor no tomar ningún licor.

Las ventanas de la casa resplandecían a través de la oscuridad que había bajo los álamos. Bostil se detuvo ante la puerta, como si recordase algo de pronto, y dijo:

-Más valdría que las mujeres no se enteren de lo ocurrido con Sears... por lo menos durante esta noche.

Luego guió a sus invitados hacia la enorme sala de la familia.

De las paredes colgaban algunas luces y en el hogar resplandecía la leña ardiendo. Lucía acudió presurosa a su encuentro y Bostil no dejó de observar que vestía su mejor traje blanco. Nunca, como entonces, le pareció su hija tan linda y agradable y, precisamente por eso, jamás observó en ella aquel aspecto nuevo y raro. El rubor y la expresión sombría de sus ojos daban nuevos atractivos a su rostro tierno, vigoroso y reflexivo, lo cual, en ella, era algo nuevo. Bostil se fijó en su hija mientras ésta saludaba a los invitados. Slone, que se había quedado atrás, fué de los últimos en saludarla y Lucía le correspondió de la misma manera que a los demás. Slone lo hizo con cierta timidez. Todavía su rostro parecía estar gris y Lucía volvió a mirarle con distinta expresión.

-¿,Qué... ha ocurrido? -preguntó.

A Bostil le supo muy mal que tanto Slone como los demás se hubiesen alarmado al oír aquella pregunta.

-Nada - contestó por fin Slone-. A excepción de que estoy un poco cansado.

Lucía u otra muchacha cualquiera no habría dejado de notar que ocultaba la verdad, y así apartó la mirada de Slone para fijarla en su padre.

-Hasta hoy nunca se ha celebrado ninguna carrera sin que ocurriese algo horrible -dijo Lucía-. Y éste ha sido mi día... el de mi carrera. ¡Oh, cuánto deseaba que no sucediese nada desagradable...!

-Querida Lucía-replicó Bostil, interrumpiendo las entrecortadas palabras de su hija-, no ha ocurrido nada que deba disgustarte. El joven Slone se asustó a causa de su caballo, pero ya Huracán está sano y salvo en el corral y será guardado como King v Sarchedon. Y Slone necesita, como todos nosotros, beber y comer algo.

Lucía recobró la sonrisa y el color sonrosado de su rostro, pero Bostil notó que mientras servía a todos y se mostraba amable al recibir los cumplidos de los invitados, dirigió más de una mirada a Slone. Estaba preocupada, según pudo ver su padre, y le enojó un poco el hecho de que demostrase interés en algo que se refiriese a aquel forastero.

Cenaron; sentáronse doce a la mesa. Las esposas de tres amigos de Bostil ayudaron a la tía Jane en la preparación del festín y luego contribuyeron a la alegría general. A Bostil no le gustaba mucho el trato social y habría preferido estar con sus caballos y con sus picadores, pero aquella noche se excedió a sí mismo. como anfitrión, de modo que asombró a su hermana Jane. quien, sin duda, sospechó que había bebido mucho, aunque por otra parte complació a su hija Lucía. El aspecto exterior de Bostil y sus palabras y actos nunca reflejaban las ideas que hubiese en su mente. Nadie habría sospechado la profundidad de su amargo desengaño por los resultados de la carrera. Después de haber concurrido Blue Roan, de Creech, se presentó inopinadamente otro caballo más rápido y peligroso para destruir las oportunidades de King. Bostil sentía cada vez mayor codicia e interés por la posesión de Huracán y eso dió mayor calor y animación a sus palabras y a sus actos. Las tierras altas, enormes y quebradas, eran demasiado pequeñas para Bostil, siempre y cuando Sage King y Huracán no le perteneciesen. Y cuando el viejo Cal Blinn brindó, muy entusiasmado, por Lucía, diciendo que esperaba vivir lo bastante para verla montar a Huracán en la gran carrera que éste había de correr con King, Bostil sintió en él un temor sutil y amargo. Al principio se

Librodot

burló de sí mismo. ¡Él, Bostil, temeroso de una carrera! Era una mentira de su excitada imaginación. Y se apresuró a rechazarla; pero, de un modo insidioso, aquella idea volvió a dominarle. Y ya enojado consigo mismo, trató de ahogarla; mas, sin embargo, no pudo destruirla por completo.

Después de la cena, Bostil, en compañía de sus invitados, se dirigió a casa de Brackton, en donde Slone y los demás vencedores del día recibieron los premios.

-¡Caramba! Aquí hay mucho más dinero de cuando he tenido en mi vida -exclamó Slone, mirando, incrédulo, el dinero que acababan de entregarle.

Bostil estaba alegre y complacido, pero en el fondo sentía su antigua inventiva que le inclinaba a conseguir sus propios fines. Aquel día mostrábase extraordinariamente generoso de muchos modos, aunque, de otra manera, egoísta en grado enorme.

-He observado, Slone, que no ha bebido usted nada -dijo con acento de curiosidad.

-No, no me gusta el licor.

-¿Juega usted?

-Me gusta una pequeña apuesta .. en una carrera -replicó Slone con franqueza.

-Eso no es jugar. Esos tontos picadores que tengo a mis órdenes son capaces de apostar sobre los movimientos de la cola de un caballo. -Hizo de modo que Slone se alejase un poco de los demás, que en aquel momento se interesaban por la distribución de premios que realizaba Brackton, y le preguntó-: ¿Le gustaría a usted, Slone, quedarse a mis órdenes como picador?

El joven pareció sorprenderse en extremo al oír tal proposición.

-Nunca he montado a caballo a las órdenes de nadie -replicó-. No podría resignarme a estar atado. Como usted ya sabe, soy cazador de caballos.

Bostil contempló al joven, preguntándose qué dificultades tenía el empleo que le proponía y no le costó convencerse de que Slone era, a la vez, el mejor y el peor de cuantos hombres montaban a caballo en las tierras altas.

-Ya lo supongo, pero eso no importa -replicó en tono persuasivo- Si trabajásemos una temporada juntos... podría ahorrar algunas monedas como ésas de oro que ahora tiene en el bolsillo. Piense que un jinete errante jamás llega a poseer un corral.

-Gracias, Bostil -replicó Slone, con acento de gratitud- Lo pensaré. En realidad, después de haber cogido a Huracán, no me quedan muchas ganas de ir a luchar con los caballos salvajes. Reflexionaré acerca de esto. Y tal vez lo haga si usted sigue creyendo que valgo alguna cosa con una cuerda y un caballo.

-¡Caramba! -exclamó Bostil-. Holley dice que mejor preferiría que le atacara usted con un revólver que con una cuerda. Yo pienso lo mismo, y en cuanto a manejar un caballo, nunca he visto cosa igual.

Slone parecía estar muy preocupado y continuó examinando las monedas de oro que tenía en la palma de la mano. Alguien tocó entonces a Bostil, y al volverse éste se vió frente a Brackton tomando un farol- Quiero mostrarle una cosa.

Bostil siguió a Brackton y Slone le acompañó. El viejo abrió una puerta que daba a una pequeña habitación, casi llena de mercancías y hortalizas. El farol alumbraba débilmente aquel lugar.

-¡Mire usted aquí! -añadió Brackton dirigiendo la luz a un hombre tendido en el suelo.

Bostil reconoció el pálido rostro de Joel Creech.

-Brackton, ¿que es eso? ¿Está muerto?

Bostil había sentido un sobresalto raro e incomprensible, porque nunca le impresiono la contemplación de un cadáver.

-No, no ha muerto, aunque más valdría que así fuese, en bien del pueblo -replicó Brackton-. Tan solo ha tenido un ataque. Primero me figure que estaría borracho, pero luego

he visto que no es así.

-Y ¿para que me lo enseña usted? -preguntó Bostil dando un gruñido.

-Me figure que le gustaría verlo.

-¿Y por que, Brackton?

Éste dejo la linterna en el suelo y haciendo salir de un empujón a Slone, dijo:

-Un minuto, hijo.-Luego cerró la puerta-. Joel ha estado a mi cuidado desde que la avenida le impidió volver a casa -dijo Brackton -. El pobre lo paso muy mal, porque nadie quería hacer cosa alguna en su favor, y así no tuve más remedio que ampararle. Debo confesar que me dio lástima. Él lloraba como un niño que acaba de perder a su madre, y luego empezó a mirar de mala manera y, al parecer, con malas intenciones. Mientras yo estaba ocupado no dejaba de vigilarle, pero, aprovechando los momentos en que yo me distraía, me robo bebidas, lo cual empeoro su estado. Pero cuando vi que trataba de quitarme uno de mis revólveres, eso me hizo recelar, porque ya una vez había dicho: «Los caballos de mi padre van a morir de hambre, pero yo matare a alguien.» Desde luego, estaba fuera de si y era peligroso. En fin, yo me hallaba muy preocupado, pero todo lo que pude hacer fue guardar los revólveres bajo llave. Anoche le sorprendí mientras se confabulaba con algunos hombres en la oscuridad y en la parte trasera del almacén. Todos se alejaron, a excepción de Joel, pero reconocí a Cordts. Eso tampoco me gusto. Joel estaba rabioso y sin duda alguna animado de malas intenciones. Y cuando uno de los jinetes le llamo, el repuso: «Me consta que el bote no rompió sus amarras, porque yo mismo, durante la noche de la avenida, fui a reforzarlas, y además no se desataron los nudos. Alguien corto la cuerda, poco antes de la avenida, para tener la seguridad de que los caballos de mi padre no podrían atravesar el río. Alguien fue a examinar el río y previo la avenida. Pero si los caballos de mi padre se mueren de hambre, no hay duda de que yo matare a alguien.»

Brackton tomo de nuevo el farol y puso una mano sobre la puerta, disponiéndose a alejarse.

-Entonces un jinete le dio un puñetazo; no pude saber quien, y Joel tuvo un ataque. Yo lo traje aquí a rastras... y, como usted ve, no ha recobrado el sentido.

-Bueno, Brackton, ese muchacho está loco -dijo Bostil.

-No hay duda, pero temo que un día nos hará perecer en un incendio, pues le gusta mucho el fuego... o bien hará alguna cosa por el estilo.

-Reconozco que eso es un problema que hay que tener en cuenta. En fin, ya veremos -contesto Bostil.

Y salieron al encuentro de Slone, que los esperaba.

Entonces Bostil llamo a sus invitados y, acompañado también de Slone, volvió a su casa.

Bostil olvido su mal humor y se mostró amable cuando Lucia fue a su habitación para darle las buenas noches. Desde luego, comprendió que había ido con objeto de decirle algo más.

-¡Hola, hija! - exclamó-. ¿No te avergüenzas de presentarte ante tu pobre padre?

-No. No estoy avergonzada -contesto Lucia con alguna indecisión- Pero aún estoy un poco asustada.

-Soy inofensivo, hija mía, ya no valgo nada. Al despistar a Sage King acabaste conmigo definitivamente.

-Eso no es nada divertido, papá. A mi misma me hiciste enojar al insinuar que yo obraba con disimulo.

-La verdad es que no me lo consultaste.

-Me figure que seria muy divertido daros a todos una sorpresa. Y la verdad es que siempre te ha gustado una sorpresa en una carrera, a no ser que tus caballos queden derrotados. Además piensa que era la única oportunidad que se me presentaría en la vida para

vencer a Sage King. ¡Oh, qué hermosa carrera ha sido! ¡Cuánto me gustaría haberle aventajado de igual modo que a los demás!

-No te habría sido posible -declaró Bostil.

-Ten en cuenta, papá, que Huracán puede derrotar a King.

-Nunca, hija. Piensa que lo que ha hecho en realidad es derribar a un buen caballo y sacarlo de la pista.

Padre e hija se quedaron mirándose con ojos retadores; el primero oponía su habitual testarudez a la joven, quien le replicaba con ojos centelleantes e impulsada por su atrevimiento. Y al fin la cosa terminó cuando Lucía dijo a Bostil que nunca se arriesgaría en otra carrera. Eso enojó mucho al padre, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

-Mira, dejemos eso. Ahora cuéntame cómo salvaste a Huracán y a Slone.

Lucía empezó de buena gana la narración y, apenas había pronunciado algunas palabras, cuando Bostil se sintió en extremo interesado y hasta absorto. Aquello era la mejor novela que podía oír un hombre de sus sentimientos.

-La verdad, Lucía, es que eres una muchacha ani

mosa -dijo entusiasmado, cuando ella terminó-. Y no puedo censurar a Slone por haberse enamorado de ti.

-¿Quién te ha dicho eso?-preguntó la joven.

-Nadie, pero es verdad. ¿No?

Ella le miró con la misma sinceridad de siempre, aunque con alguna tristeza, según le pareció a su padre, maravillada y preocupada, cual si se hallase ante un hecho raro y de la mayor importancia.

-Sí, papá, es... es verdad -contestó con voz entrecortada.

-No había necesidad de que me lo dijeras, aunque celebro que lo hayas hecho.

Bostil quiso preguntarle entonces si correspondía de algún modo a la pasión del jinete, pero el caso es que no pudo resolverse a hacer tal pregunta. La muchacha era tan sincera y franca como siempre. Valía tanto oro como pesaba. Bostil temió enterarse de un secreto que le enojara.

Y con la misma certeza con que gozaba de la vida y le esperaba la muerte a una distancia imprecisa, más o menos tarde un caballista acabaría por conquistar el amor

de la joven. Bostil lo sabía y esta idea despertaba su odio, su temor y su enojo. Sin embargo, díjose que nunca entregaría su hija a un caballista pobre. Por ejemplo, Wetherby debería esforzarse en conquistar a Lucía. En fin, Bostil no quería averiguar mucho en aquellos momentos, deseoso de evitar que se despertase su animosidad antes de tiempo. Sin embargo, sentía gran curiosidad, y con objeto de ver si podía distraer la imaginación de la joven, haciendo de modo que olvidase lo que quizá no era más que un capricho momentáneo, apeló a su antigua costumbre de bromear.

-¡Otro pobretón! -dijo- Tú, Lucía, tienes la cabeza a pájaros y deberías avergonzarte de mirar siquiera a esos mendigos.

- ¡Papá!

-Eres una muchacha aficionada a flirtear y que no tiene corazón. Lo mismo que tu madre antes de conocerme.

-No es verdad. No soy así. Y tampoco creo que lo fuese mi madre-replicó Lucía, enardecida.

-Bueno. El caso es que hiciste mal yendo todos los días al encuentro de ese Slone, porque ten en cuenta, niña, que si él tuviese el atrevimiento de pedirme tu mano le daría una paliza.

-Pues demostrarías ser un hombre brutal -replicó Lucía.

-Puede ser-contestó Bostil, lleno de secreto júbilo, al observar que Lucía no adivinaba sus intenciones. Ésta estaba muy ensimismada, de modo que su padre se preguntó cuáles serían

sus secretos sentimientos. Pero no podría resistir tanto atrevimiento.

-Pues él... se propone... pedirte mi mano...

-¡Y un demonio!

Lucía no adivinó las verdaderas intenciones de su padre. Estaba muy sonrojada y continuó

-Dijo que nunca me habría permitido ir sola a su encuentro.., a no ser que... me amase... Y como sin duda nuestros vecinos y todos los jinetes se enterarían de ello, y hablarían..., quería presentarse a ti para que los demás supieran también que había solicitado mi mano.

-Hay que reconocer que es un buen muchacho -exclamó Bostil casi involuntariamente, pues le era muy difícil ocultar su sinceridad y su espontaneidad, mucho más

que disimular sus malas cualidades. Entonces empezó a seguir otro camino y dijo-: Siendo así me obligará a tratarle con alguna consideración, de manera que cuando venga a solicitar tu mano me limitare a contestarle que no.

Lucía inclino la cabeza y Bostil hubiera dado cuanto tenía, a excepción de sus caballos, para estar seguro de que no quería a Slone.

-Has de saber, papá, que yo misma le dije que no -murmuró la muchacha.

Aquella vez, Bostil no pudo contener una expresión de sorpresa.

-¿De modo que te ha pedido relaciones? ¡Vamos! ¿Cuándo?

-Hoy mismo, cuando le vi detrás de las rocas, en donde me esperaba con Huracán. Entonces el...

Lucía se arrojo en brazos de su padre, mientras se estremecía su esbelto cuerpo. Bostil comprendió, instintivamente, que lo que entonces necesitaba su hija era una madre. La suya había muerto y el no era más que un viejo caballista, duro y rudo. No sabía que hacer ni que decir. Se ablando su corazón y la estrecho en sus brazos. Arrepentíase de no haber sido un padre mejor y más bondadoso, por el temor de que ella acabase por descubrir sus verdaderos sentimientos. Pero eso probaba que aquel hombre la quería y que la trataba con consideración y afecto.

-Bueno, hijita, dímelo todo-rogó.

-Pues que me dijo eso.

-Hizo mal. Y ¿como lo dijo?

-Pues... -empezó a decir Lucía, aunque se callo de pronto.

Bostil estaba seguro de que quiso decirle algo y, de pronto, cambio de idea. Repentinamente desapareció la jovencita para dar paso a la mujer y así Lucía se incorporo ya dueña de sí misma. Alguna idea poderosa la había transformado.

La aguda percepción de Bostil comprendió que lo que le ocultaba no era ella quien debía revelarlo, porque la joven era la personificación de la sinceridad y de la franqueza.

-Hace algunos días le dije que !e quería -continuo la muchacha-, pero le prohibí que me hablase de ello.

É1 me lo prometio. Yo deseaba que esperase hasta después de la carrera... Hasta que yo tuviese el valor necesario para confesártelo. Pero falto a su palabra... y hoy, cuando me ayudo a montar a Huracán... de repente perdió la cabeza...

Lucía se sonrojó intensamente y su mirada adquirió una expresión vergonzosa, mas no por ello dejo de mirar a su padre.

-Me cogió... me abrazo... y luego... luego me besó. ¡Oh, fue horroroso! Creí morirme de vergüenza. Entonces yo le devolví... una cosa que el me había dado... y le dije... le dije que le odiaba, y luego le conteste que no le quería.

-Sin embargo, montaste su caballo en la carrera -observó Bostil.

Lucía inclino la cabeza al oír esas palabras y contestó:

-No pude resistir.

Bostil acaricio la brillante cabeza de la joven.

-¡Vaya un caso para un viejo de cabeza dura como yo! Aunque debo decirte que, a mi juicio, Slone no cometió ningún crimen. Tú ya le habías dicho que le querías. Si no fuese por esto... Recuerdo que yo hice lo mismo con tu madre. Ella se enojo mucho entonces, pero no por eso me quiso menos.

-Pues yo no se lo perdonare nunca -exclamó Lucía, apasionada-. ¡Le odio ! Un hombre que falta a su palabra en una cosa es capaz de hacer lo mismo con otra.

Bostil comprendió, con tristeza, que aquella niña había alcanzado la femineidad completa y, Al mismo tiempo, el amor, y que, por otra causa, empezaba a sentir los dulces y amargos dolores de la vida. También comprendió que estaba atravesando una crisis y que una palabra injusta o falsa de sus labios arruinaría para siempre cualquier esperanza que aún pudiera existir para Slone. Bostil se dio cuenta de eso, pero, sin embargo, no tuvo la tentación de llevarlo a cabo.

-Escúchame. No tengo inconveniente en convenir que tu nuevo amigo va bastante de prisa. Pero, en fin, Lucía, si hoy no hubiese manejado su cuerda con la mayor rapidez, tanto quizá como lo hace con respecto al amor... en fin, que... quizá tu padre estaría muerto.

La joven se puso tan blanca como su traje.

-¡ Oh, papá ! Ya sabía yo que había ocurrido algo -exclamó acercándose a el.

Entonces Bostil le contó la amenaza de Dick Sears y de que manera Slone burló al cuatrero. Le refirió la historia, sin buscar atenuantes, pero con la mayor elocuencia posible y con el entusiasmo que en el despertaba aquella hazaña.

Lucía se puso en pie, oprimiéndose el pecho con las manos. ¿Cuándo vio Bostil unos ojos como aquellos, oscuros, brillantes y maravillados? ¡Ah! Entonces recordó a su madre, a quien vio una vez de igual modo cuando era una jovencita.

Luego Lucía le dio un beso y, sin pronunciar otra palabra, huyó de la estancia.

Bostil siguió con la vista fija en ella mientras se alejaba.

-¡Maldito sea yo! -exclamó tirando una bota contra la pared-. Comprendo que no me resolveré nunca a permitirle que se case con Slone, pero no he tenido más remedio que decirle lo que pienso de ese muchacho.

XIV

Slone estaba despierto, tendido bajo una ventana abierta, observando el brillo de las estrellas a través del follaje de los álamos, que producía suave ruido al ser agitado por el viento. A lo lejos aullaba un perro solitario, y también a gran distancia se percibía el argentino rumor del agua corriente.

En la mañana siguiente a la carrera, Lucía fue a verle. ¿Podría el olvidar sus ojos y su voz?

-¡Dios le bendiga por haber salvado a mi padre! -dijo-. Fue usted muy valiente... Pero tenga cuidado y no se deje engañar por el. No crea en su bondad y, sobre todo, no acepte sus proposiciones de trabajar para el. Mi padre solamente desea adquirir a Huracán, pero si no lo logra le odiará.

Estas palabras de Lucía fueron causa de que los días siguientes resultaran muy violentos

para Slone. Bostil le agobiaba a fuerza de obsequios y de bondades, y no cesaba de importunarle para que aceptase sus ofrecimientos.

De no haber sido por Lucía, quizá el habría consentido. Lucía sostenía que su padre era un hombre estupendo y bueno en todo cuanto no se refiriese a los caballos rápidos, porque, al tratarse de eso, era un hombre imposible.

El gran garañón, por el cual Slone casi sacrificó su vida cuando quiso cogerlo, era una espina que el viejo caballista tenía clavada en el alma. Slone estaba tendido en la oscuridad, inquieto, sintiendo mucho calor y revolvien- dose en la cama, mientras contemplaba el cielo tachonado de estrellas y se sentía desgraciado a más no poder a causa de aquel caballo. Casi llegó a odiarlo. ¡Cuánto orgullo sintió por Huracán! ¡Cuánto le satisfizo el regalarlo a Lucía! Luego, en la mañana de la carrera, realizó aquel acto inconsiderado, imprevisto e incomprensible. Mas ni aun cuando hubiera servido para salvar su vida y su alma podía lamentarlo. ¿Fue verdaderamente el quien tuvo la culpa de aquello o algún salvaje desconocido que existiera en su interior? Había cumplido la palabra que diera a Lucía cuando, día tras día, se abrasaba de amor, hasta el momento fatal en que la tocó y levantó para montarla en Huracán. Eso le enloqueció. La estrechó en sus brazos y la retuvo abrazada. Y al ver el rostro de la joven junto al suyo empezó a besar aquellos dulces y entreabiertos labios hasta que se quedó como ciego.

Entonces pudo enterarse de que la joven era una fierecilla. Dióse cuenta de que acababa de faltar a su palabra, y con el asombro que le causó su propia conducta, humillado y lleno de vergüenza, no pudo pronunciar siquiera una palabra en defensa propia. Ella ignoraba aún que su acto fuese imposible de reprimir y que el mismo no se enteró de lo que había hecho hasta que era ya demasiado tarde. Y la joven terminó diciendo : «Montare a Huracán en las carreras..., pero no lo quiero, y tampoco le quiero a usted. ¡No!»

Y pronunció estas palabras con la misma acerada rudeza de su padre.

En Slone el presenciar la carrera despertó, al mismo tiempo, su entusiasmo y desesperación. Mentalmente revivió las horas que transcurrieron entre aquella y la en que estaba agobiado por el remordimiento y por el insomnio. Su mente era como una pista de carreras, en la que corriesen muchos caballos; y, dominándolo todo, recordaba las palabras y los actos de Lucía Bostil.

¡Cuán tonto fue al figurarse que ella había pronuncíado sinceramente aquellas tiernas palabras cuando, al amparo de los altos monumentos, aceptó el regalo de Huracán! Portóse como una niña impulsiva. Su desdén y su furia, en la mañana de la carrera, no le dejaron a el otra cosa que fantasías desprovistas de base. Ella confundió el deseo de obtener a Huracán con el amor hacia su dueño. No, su caso era desesperado con Lucía y aun no siendo así, Bostil habría logrado que lo fuese. Sin embargo, Slone no podía comprender algunas cosas y en especial el orgullo, la preocupación y la frialdad de la joven junto a sus dulces miradas y sus afables actos.

Todo esto agobiaba mentalmente a Slone. Le obligaba a darse cuenta de que tenía una mente que le torturaba con tales ideas. Pero no poseía ninguna experiencia con respecto a las mujeres para aplicarla a lo que entonces le ocurría. Parecíale aquel hecho, aceptado el desdén que recordaba y la fría incertidumbre que sentía, algo distinto de lo que el mismo se había figurado de un modo intuitivo. Lucía le evitaba, si por casualidad lo encontraba a solas. En cambio, cuando Bostil, la tía Jane u otra persona estaba presente, Lucía le trataba con bondad, era agradable y cariñosa. ¿Por que se sonrojaría al verle y por que palidecería luego? ¿Por que, con tanta frecuencia, cuando estaban sentados a la mesa o se hallaban en la sala de familia, parecía procurar rozarse con el, cuando con tanta facilidad lo habría evitado? Varias veces sintió el una fuerza de atracción inexplicable y al levantar los ojos encontraba los suyos sobre el, ojos extraños y llenos de misterio que la joven desviaba de pronto. ¿Habría algún

Librodot

significado en el hecho de que su habitación estuviese tan limpia y ordenada y en que todos los días se añadiese algo en ella, destinado a su comodidad o al adorno de la estancia, o en que encontrara flores recién cortadas cada vez que entraba en la habitación, o un libro, una fruta, un bocado exquisito y hasta, una vez, un manojo de pinceles indios o flores silvestres del desierto que a el le gustaban tanto, según le constaba a Lucía? Pero principalmente lo raro eran aquellos ojos de la joven, que tanto preocupaban a Slone, ojos que habían cambiado, oscureciéndose, que perdieron su atrevido centelleo y que, sin embargo, parecían más dulces que nunca. Las miradas que sorprendía y que se figuró eran robadas, aunque luego se reía él mismo de semejante idea, le emocionaban de un modo considerable.

Así Slone pasó varias horas, despierto de día y de noche; loco de amor y de remordimiento, atormentado, a veces, por imaginarias esperanzas y resignado, en otros instantes, a la desesperación.

En la sexta mañana de su estancia en casa de Bostil, Slone se levantó animado por una parte de su antigua fuerza de voluntad. No podía continuar en casa de Bostil por más tiempo sin aceptar el ofrecimiento de este y no había que pensar en ello.

Haciendo un esfuerzo acabó de decidirse y se apresuró a ir al encuentro del dueño de la casa, aprovechando su reciente decisión.

Encontró a Bostil en el corral y en compañía de Huracán. Así lo halló por segunda vez. El caballo parecía considerar a Bostil con mayor agrado que a su mismo amo. Al notarlo, Slone sintió un leve calor que corría por sus venas, pues eso era un gran disgusto para un jinete.

-Me gusta mucho su caballo -dijo Bostil con su malhumorada franqueza, aunque debajo de la barba su piel se tiñó de rojo.

-Bostil, lo siento mucho, pero el caso es que no puedo aceptar su oferta de quedarme a trabajar aquí -exclamó Slone hablando con rapidez-. Me ha costado mucho decidirme, porque ha sido usted muy bondadoso. Le estoy muy agradecido, pero ya ha llegado el momento de decírselo.

-Y ¿por que no puede usted?-preguntó Bostil levantando sus grandes ojos, que centellearon al mirarle. Era la primera vez que le preguntaba tal cosa.

-No puedo montar a caballo por usted-replicó brevemente Slone.

-Tiene algo que ver eso con Lucía? -preguntó Bostil.

-Por que? - preguntó Slone sintiendo que se ruborizaba.

-Pues porque usted la pretendía y ella no ha querido aceptarle -replicó Bostil.

Slone sintió que la sangre hervía en sus venas. Aquel Bostil justificaba su fama de saber decir las cosas con la mayor rudeza y desconsideración.

-Sí, pretendo a Lucía y ella no me quiere –contestó Slone con voz firme- Le rogué que me permitiese presentarme a usted para pedirle su mano. Pero no ha querido.

-Bueno, vale más que no haya venido con ese propósito, porque yo podría haber... -Bostil interrumpió la frase y continuo-: Desde luego, es usted hombre de pelo en pecho, Slone; mas, eso aparte, ¿qué puede ofrecer a Lucía?

-Nada, a excepción de... pero eso no importa -replicó Slone, resentido por el desdén de Bostil -. Sin embargo, me alegro mucho de que esté usted enterado de todo eso.

Bostil se volvió para contemplar una vez más a Huracán y permaneció largo rato con la mirada fija en él. Cuando volvió el rostro parecía otro hombre, y Slone comprendió perfectamente la poderosa pasión que dominaba al antiguo tratante en caballos.

-Oiga usted, Slone, le daré a elegir cien mustangs y luego mil dólares a cambio de Huracán.

Así desenmascaro su riqueza y poderío ante un jinete que no tenía nada.

Y aunque estas palabras impresionaron a Slone cual si hubiesen sido un trueno le hicieron gracia, si bien se abstuvo de demostrarlo.

Bostil solo poseía una cosa, además de su gran riqueza, capaz de obligar a su propietario a desprenderse de Huracán.

-No -contesto Slone con alguna sequedad.

-Doblo la oferta -replicó Bostil con la misma concisión.

-No.

-Pues entonces...

-No gaste palabras en vano, Bostil -interrumpió Slone-. Usted no me conoce. Permítame decirle, pues, que no puede comprar mi caballo.

Se hincharon las grandes venas del cuello de Bostil, parecido al de un toro, su rostro quedo contraído de un modo raro y sus ojos reflejaron una rabia salvaje.

Slone vio que en Bostil tenían imperio dos pasiones una, un amargo y terrible desencanto, y la otra, la ira de un hombre incapaz de resignarse a que le contrariaban, y Slone comprendió que lo mejor que podía hacer era alejarse cuanto antes; con este objeto saco a Huracán del corral, para llevarlo al patio de la cuadra y, una vez allí, se apresuro a ensillarlo. Luego penetro en otro corral, en busca de Nagger, y sacándolo a su vez, observo que Bostil le había seguido hasta el patio.

Al parecer, la rabia del viejo había pasado ya o estaba apaciguada.

-Vamos -empezó diciendo con voz gruesa-. No sea usted un imb... y destruya la mejor oportunidad de su vida. Yo...

-Oiga, Bostil, la oportunidad de mi vida está ya destruída, y ya sabe usted quién tiene la culpa-replicó Slone. mientras reunía con su mano la cuerda de Nagger y la brida de Huracán -. No me creo hombre de sentimientos duros... pero no puedo venderle mi caballo. Tampoco me resigno a ser empleado de usted, porque... ¡bueno!, porque eso traería disgustos.

-¿De qué clase? -preguntó Bostil.

Holley, Farlane, Van y otros picadores habían acudido y escuchaban la conversación con la boca abierta. Slone comprendió por su expresión que, sin duda, ocurriría algo, dado el humor que entonces tenía Bostil.

-Con seguridad haríamos correr juntos a King con Huracán. ¿No es verdad? -contesto Slone.

-Y suponiendo que así fuese, ¿qué? -replicó Bostil con acento amenazador y mientras su cuerpo poderoso se estremecía ligeramente.

-Pues que Huracán derrotaría a su favorito, y a usted le gustaría eso -contestó Slone. Su sangre de caballista le impulso a pronunciar esta bravata. No pudo remediarlo.

-Oiga usted, señor cazador de caballos salvajes -rugió Bostil-. Su Huracán puede ser un perfecto asesino, pero no es capaz de vencer a King en una carrera.

-Dispénseme, Bostil, pero Huracán ya ha vencido a King.

Esto era sólo añadir leña al fuego. Slone vio que Holley le hacía señas para que se callara, pero su sangre estaba ya enardecida, porque Bostil le excito indebidamente.

-¡Miente usted! -declaró Bostil dando un paso hacia delante. Slone comprendió cuán peligroso era aquel hombre-. No hubo carrera, porque su caballo hizo salir a King de la pista.

-Sage King iba a la cabeza de los demás, ¿no es cierto? Pues ¿por qué no conservo su puesto?

Bostil se pareció entonces a un niño furioso e intratable a quien le han roto su juguete preferido; y estallo en un torrente de palabras incoherentes, que al parecer eran razones encaminadas a justificar su apreciación. Slone no comprendió siquiera lo que quería decir Bostil, ni tampoco le importo gran cosa averiguarlo. Y cuando el viejo se hubo quedado sin aliento, Slone dijo:

-Estamos hablando inútilmente. Yo no quiero que usted me llame mentiroso por segunda vez. Haga usted montar a King por su jinete y vamos a verlo ahora mismo. Yo...

-¡Cállese, Slone, y váyase! -interrumpió Holley.

-¡Vaya usted al diablo! -replicó fríamente Slone.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Slone se quedó mirando a Holley. Era posible que el viejo picador de ojos de gavilán fuese hombre leal y correcto, pero en aquel momento sólo pensaba en Bostil.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó Slone-. ¿Acaso van a pegarme un tiro porque defiendo mi causa, y usted, Holley, con sus compañeros, temen a ese viejo diablo? ¡Pero no! No temo nada de eso y a ustedes nadie les ha dado vela en este entierro.

-No debe usted incomodarse, amigo -replicó Holley en son de disculpa-. Solo quería evitarle que pronuncie palabras de que tal vez podrá arrepentirse.

-No he de arrepentirme de nada. Únicamente quiero obligar a ese gran tratante en caballos, a ese rico y poderoso ranchero, a ese juez de excelentes caballos, a ese Bostil... quiero obligarle a que haga correr a King o a que se calle-Entonces Entonces Slone se volvió hacia Bostil, que estaba asombrado al ver que un hombre como Slone se atrevía a contrariarle-. Bueno, vamos, haga usted traer a King, que sus mismos picadores sean jueces de la carrera.

Bostil hizo un grande esfuerzo para contenerse y para hablar.

-No. No quiero dar otra vez a ese asesino rojo la oportunidad de atacar a King.

-¡Bah! Está usted asustado. Ya sabe que ahora no lo montaría ninguna joven. Lo que pasa es que está usted convencido de que vencería a King y por eso quiere comprar a Huracán.

Slone contuvo la respiración, porque al ver el rostro pálido de Bostil comprendió que tal vez se había atrevido demasiado. Sin embargo, aquellas verdades que acababa de arrojar a la cara del viejo eran, sin duda, lo que más convenía. Y Slone adivino, más que comprendió, que había hecho algo sin precedentes.

-Me marcho ahora, Bostil.

Slone se despidió de los picadores con un movimiento de cabeza y, volviéndose, guió a los dos caballos por el callejón y en dirección a la casa. Sólo necesitaba ver a Lucía bajo los álamos para calmar su cólera y despertar su arrepentimiento. Lucía le vio llegar y, como de costumbre, se dispuso a evitar su encuentro, pero ya fuese por haber divisado los caballos o por otra causa cualquiera, el caso es que es sentía inclinada, por el contrario, a acercarse a Slone.

Éste se detuvo, y tanto Huracán como Nagger relincharon al ver a la joven. Lucía dirigió una rápida mirada a los animales y luego a Slone, y con toda evidencia adivino que había ocurrido algo desagradable.

-Lucía, ya no he podido contenerme más y con toda seguridad he cometido una tontería-dijo Slone.

-¿Qué ha pasado? -exclamó ella.

-Pues que dije a su padre... Le llamé... Y él...

-¡Lin! ¡Oh, no! ¡No me diga usted eso! - exclamó Lucía palideciendo y poniendo su mano sobre el brazo del joven, quien se estremeció al sentir aquel contacto-. ¡Oh, Lin, tiene usted sangre en la cara...! ¡ No me diga...! ¡ No me diga que papá le ha pegado!

-Nada de eso -exclamó Slone llevándose la mano al rostro-. Esta sangre procede, sin duda, de un corte que me había hecho y que tal vez he abierto yo mismo mientras sostenía a Huracán.

-¡Oh! ¡No sabe usted cuánto...! -tartamudeó Lucía, que no acabó la frase y retrocedió con rapidez y como si, de pronto, se diese cuenta de sus actos y de sus palabras.

Entonces Slone empezó a referir con detalle lo que se dijeron él y Bostil y, antes de que concluyese su historia, se estremeció al ver el aspecto del rostro y de los ojos de la joven.

-¿Ha dicho usted todo eso a papá? -grito asombrada, temerosa y llena de admiración-. ¡Oh, bien lo merecía él, pero me gustaría que no lo hubiese hecho usted ¡Ojalá no le hubiera

dicho esas cosas!

-¿Por qué? -preguntó Slone.

Ella no le contesto a esas palabras, sino que le preguntó:

-¿Adonde va usted ahora?

-Pues, en realidad, no lo se -replicó Slone con la mayor franqueza-. He vuelto para recoger en mi habitación los objetos de mi propiedad. No se me había ocurrido nada más que eso.

-¿Sus efectos...? ¡Oh! -De pronto palideció en extremo, y las pequeñas pecas de su rostro que, por lo común, eran invisibles, parecieron de gran relieve, como si ella nunca hubiese tenido curtido el cutis. Una de sus morenas manos se apoyó en su pecho y la otra volvió a posarse en el brazo del joven-. ¿De modo que se propone... se propone usted... alejarse de una vez para siempre?

-Claro. No puedo hacer otra cosa.

-¡Lin...! ¡Oh, aquí viene papá! No conviene que me vea. He de marcharme... Lin, no se vaya usted del Vado de Bostil. No se vaya. No se vaya.

Dicho esto echo a correr para dar la vuelta a la esquina de la casa, a fin de desaparecer por allí. Slone se quedo emocionado e inmóvil. Incluso los pesados pasos de Bostil no fueron bastantes para interrumpir su éxtasis, de modo que habría sido inevitable el encuentro si Bostil no hubiese tomado el camino que conducía a la parte posterior de la casa. Slone se sobresalto de pronto, recogió sus ideas y entro en la pequeña habitación que fue suya y allí reunió los escasos objetos de su pertenencia. Tuvo el mayor cuidado en dejar los regalos de armas de fuego, mantas, guantes y otras casas propias de un jinete, que Bostil le había ofrecido.

Así provisto, salió de casa, y agitado por emociones dulces y, al mismo tiempo, extrañas, guió a los caballos hacia el pueblo.

Se encamino a casa de Brackton y dejo los caballos en un dilatado corral de pasto, provisto de altas vallas, que estaba inmediato a la casa de Brackton. Razonablemente, se imagino que sus monturas estarían allí seguras; mas, sin embargo, se dispuso a vigilarlas.

Y el viejo Brackton, como si hubiese leído las ideas de Slone, le dijo:

-No pierda usted de vista a ese muchacho loco llamado Joel Creech. Anda rondando mi casa, duerme por ahí y los caballos le tienen chiflado.

No necesitaba Slone una advertencia como esta ni tampoco se preocupo en pedir informes con respecto al joven Creech. Lucía va le había referido lo que con él le paso, de modo que deseaba encontrar a aquel imbécil que tan gravemente ofendiera y amenazara a la joven. El pueblo había recobrado su aspecto habitual y sus soñolientas costumbres. Los indios fueron los últimos en marcharse, pero a la sazón ya no quedaba ninguno. Los días eran muy calurosos mientras brillaba el sol y únicamente los jinetes se atrevían a desafiar sus ardores.

No por eso transcurrió la mañana sin ningún incidente. Brackton se acercó a Slone para proponerle que se hiciese cargo de una expedición de mercancías entre el Vado y Durango.

-¿Que haría yo de Huracán? -preguntó al contestar a tal proposición.

Pero Brackton no hizo más que levantar las manos al cielo. Un incidente que ocurrió después solicito con mayor intensidad la atención de Slone. Había observado a un hombre en el almacén de Brackton, y dio la casualidad de que aquél oyese al joven cuando contestaba a la proposición del viejo. Entonces dijo:

-Con seguridad necesitará usted un buen corral para guardar a ese garañón rojo. Es el caballo más grande que he visto en mi vida.

Esta alabanza satisfizo a Slone, que trabo conversación con aquel hombre, quien dijo llamarse Vorhees. Pronto supo que este poseía una casita, un corral y una faja de terreno en un lugar muy apropiado, al pie del risco y que deseaba vender muy barato, porque se le había

presentado una buena oportunidad en Durango, donde vivía su familia. Lo que más intereso a Slone fue la observación de aquel hombre acerca de que tenía un corral, cuya entrada era muy difícil de forzar. El precio que pedía era ridículamente bajo si, en efecto, su propiedad valía algo. Por la mente de Slone cruzó una idea. Fué a visitar la casa de Vorhees y todo le gusto en extremo, especialmente el corral, construído, sin duda, por un hombre que, como Bostil, temía a los cuatreros. La vista de que se gozaba desde la puerta de la cabaña era magnífica sobre toda ponderación.

Slone recordó las últimas palabras de Lucía, que resonaban sin cesar en sus oídos : « ¡No se vaya! ¡No se vaya! » Ello era más que suficiente para encadenarlo al Vado de Bostil hasta que sucediera algo grave. No se atrevía a soñar siquiera en el significado que pudieran tener tales palabras. Solamente se deleitaba con su música mientras resonaban en sus oídos.

-¿Habla usted en serio, Vorhees? -preguntó-. El precio que me pide es muy bajo.

-Es suficiente, y en realidad para mí será un ahorro -replicó aquel-. Además, consideraré su compra como un favor.

-Pues bien, estamos de acuerdo -dijo Slone riéndose-. Solo deseo que usted publique el hecho de que le he comprado su casa.

Se formalizo el trato y aun le quedo a Slone la mitad del dinero que ganara en la carrera. Estaba entusiasmado y se considero rico. Poseía dos caballos, uno de los cuales era el más notable de las tierras altas, y el otro el más fiel. También era propietario de una cabaña muy bonita, en donde era sumamente agradable sentarse a contemplar el panorama, y de un corral que le permitía dormir tranquilo por las noches, sin contar con que tenía bastante dinero para comprar muebles y provisiones y arreglar un buen jardín. Y después de haber bebido en la fuente que manaba al pie del risco, se dijo que ésta sola valía mucho más de lo que acababa de pagar.

-Desde aquí se ve perfectamente la casa de Bostil -se dijo entusiasmado-. Él se pondrá furioso. ¿Y Lucía? ¿Que pensará de todo eso?

Cuanto más miraba Slone a su alrededor y reflexionaba acerca del caso, más se convencía de que, por fin, la fortuna acababa de llamar a su Puerta, de modo que, al volver a casa de Brackton, estaba entusiasmado. El anciano tendero le dio un codazo y le señalo a un muchacho joven, de aspecto derrotado y que, muy triste, estaba sentado en una caja.

Slone reconoció a Joel Creech, y le compadeció, porque su aspecto era lamentable. Al parecer estaba necesitado y muy hambriento.

-¡Oye! -le preguntó de pronto- ¿Quieres ayudarme a llevar a casa algunos objetos y provisiones?

-No hay inconveniente -contestó Creech levantando la cabeza.

Slone experimento el mayor sobresalto de su vida al fijar su mirada en aquellos ojos de distinto color, aunque no creyó que a este detalle se debiera la impresión que acababa de sentir. En aquel encuentro había, sin duda, un presagio.

Compro a Brackton varias cosas y, con ayuda de Creech, las transporto a la cabaña del risco. Tuvieron necesidad de hacer tres viajes para dejarlo todo en su sitio y, mientras tanto, Creech apenas tuvo ocasión de pronunciar algunas palabras, y estas sin importancia alguna. Slone le ofreció dinero, pero el no quiso aceptarlo.

-Le ayudare a colocarlo todo en su sitio y luego comeré un bocado -dijo-. Este lugar es muy agradable.

Pareció lo bastante razonable para corresponder al buen trato. Slone observo que Vorhees había dejado la cabaña tan limpia que apenas tuvo necesidad de arreglar cosa alguna. Solo el hogar de piedra parecía necesitar una pequeña reparación, y además había leña que cortar.

-Mira, Joel, enciende el fuego, mientras yo voy en busca de mis caballos - dijo Slone.

El joven Creech movió la cabeza en señal de asentimiento y Slone lo dejo. No fue fácil

apoderarse de Huracán, ni tampoco hacerle entrar en el nuevo corral; mas por fin Slone lo vio en seguridad dentro de aquel. Las trancas y los cerrojos de la puerta desafiarían cualquier esfuerzo que desde el exterior se realizase para penetrar en el recinto. Al llegar diviso a Creech de pie en la puerta, observando los caballos, y Slone vio o creyó ver que el joven tenía un aspecto distinto.

-¡Gran caballo salvaje! Hizo lo que habría hecho Blue... derrotar a ese maldito King de Bostil.

Creech agitaba la cabeza y parecía estar de humor sombrío. Era desagradable mirar a sus ojos. Cambio su rostro y empezó a mascullar palabras. Slone se compadeció aún más de el, aunque, al mismo tiempo, deseo Perderlo de vista. Sin embargo, se quedo, y durante la comida resulto más simpático que antes, aunque charlo mucho más. Con frecuencia repetía determinadas cosas, hablaba sin ilación y daba otras pruebas de no estar en su sano juicio. No obstante, Slone sospecho que la falta de equilibrio mental de Creech solo se evidenciaba con referencia a los caballos y a la familia Bostil. Y Slone, que deseaba averiguar cuanto le fuese posible, alentó a Creech para que hablara acerca de su padre, de los caballos de carreras, del río y del bote y, finalmente, de Bostil.

Quedo convencido de que, tanto si Creech era loco o no, comprendía muy bien que los caballos de su padre estaban condenados a morir y que alguien corto las amarras del bote. Slone no pudo averiguar las razones de su convicción, pero era evidente. Por fin Creech le dijo que un día antes había ido a la orilla, encontrándolo muy crecido todavía, pero ya más bajo que antes; añadió que buscó por entre las rocas y que, encontrando los cables de cuerda, observo que habían sido cortados.

-Ya ve usted que Bostil los corto cuando ninguna necesidad tenía de hacerlo -continuo Creech con astuta expresión-. Pero no pudo adivinar, en cambio, que la avenida bajase de nivel con tanta rapidez. Temió que aquella noche pudiéramos cruzar el río. Desde luego, él quiso llevarse los cables cortados para que nadie descubrie- se lo ocurrido, pero, sin duda, no tuvo tiempo.

-¿Bostil? - preguntó Slone mirando fijamente a Creech.

No había duda de que el muchacho acababa de contar el suceso de un modo muy razonable, y Slone se preguntaba si Bostil podía haber obrado con tanta bajeza. No. Y, no obstante... Al tratarse de caballos, Bostil apenas daba muestras de tener sentimientos humanos.

La pregunta de Slone sirvió para hacer tomar a Creech otro camino, pues entonces empezó a proferir oscuras y misteriosas amenazas.

De pronto, aquél oyó el nombre de Lucía y eso fijé bastante para hacer desaparecer toda la simpatía que huí biera podido sentir por Creech.

-¿Qué tiene que ver la joven con todo eso? -preguntó enojado- Si quieres seguir hablando conmigo, procura no volver a pronunciar su nombre.

-Lo haré siempre y cuando me parezca bien -grito Creech.

-No delante de mí.

-Sí, señor, porque usted no me importa un comino.

-Eres un imbécil y un estúpido -exclamó Slone con impaciencia, asco y cólera a la vez-. Veo que no sirve de nada el tratarte con bondad.

Creech se agacho mientras sus manos arañaban la mesa como si fuesen garras y cual si se dispusiese a saltar. En aquel momento estaba horrible.

-¿Qué soy un estúpido? -gritó- Tal vez no tanto como usted se figura. Usted, me consta muy bien que se ha visto varias veces con Lucía Bostil, y la mañana de la carrera le sorprendí entre las rocas con ella. Y vi lo que hizo. Ahora voy a decirlo a todo el mundo. Y luego iré a buscar a Lucía Bostil, y le romperé el traje, hasta dejarla desnuda, la ataré encima de un

caballo y prenderé fuego a la maleza. ¡Por Dios, juro que lo haré!

Y, convertido en una fiera, con el rostro lívido y maligno, respiraba con fuerza al ponerse en pie, mientras con la mayor malicia desafiaba a Slone.

-¡Tanto si estás loco como no, largo de aquí! -exclamó el joven.

Y, dando un salto, asesto un golpe a Creech que le obligo a caer tendido sobre el umbral de la puerta y, luego, a puntapiés, acabo de arrojarlo de su casa.

-¡Vete, y tanto me importa que tengas un ataque como no lo tengas! -gritó-. Si no fuese por eso te mataría.

Creech se puso en pie y echo a correr por el sendero, aunque se volvió dos veces. Luego desapareció por entre los árboles.

Slone se sentó y, hablando consigo mismo, dijo:

-Ya he perdido otra vez la paciencia. ¡Vaya un día ! Me parece que lo mejor que puedo hacer es quedarme aquí y apaciguarme. Ese infeliz quizá no sea tan loco como parece, pero, en cambio, no hay duda de que es más salvaje que un indio. Convendrá avisar a Lucía. ¡Dios mío! Me extraña mucho que Bostil hubiese retrasado el arreglo del bote para luego soltarlo en el río. En fin, no lo sé. Ayer habría jurado que nadie era capaz de tal cosa, pero hoy...

Slone llego a la conclusión de esta idea incluso antes de admitirla. Luego empezó a cortar la larga hierba de los rincones húmedos y sombreados que había al pie del risco y en donde la fuente fertilizaba la tierra. Llevo un brazado de hierba al corral. Nagger daba vueltas alrededor de éste, buscándole él mismo algunos tallos de hierba. Huracán dio un ronquido, como tenía por costumbre al ver a Slone, y este, como solía, trato de amansar al garañón con respecto a el. Nunca lo había logrado y tampoco lo consiguió aquella vez. Pero en cuanto dejo el brazado de hierba en el suelo y salió del corral, Huracán se acerco de muy buena gana a comerla.

-Sin embargo, a veces eres manso, hambriento diablo rojo -exclamó Slone, impulsado por los celos.

En efecto, Huracán no tenía inconveniente en tomar un puñado de hierba de las manos de Lucía Bostil. Los sentimientos de Slone sufrieron alguna reacción, a pesar de que aun seguía queriendo al caballo, pero en su afecto se confundía cierta amargura. Y más que nunca, se decidió a que Lucía fuese la dueña de Huracán. Inmediatamente examino su nueva posición y empezó a planear el trabajo que quería emprender cuanto antes.

Transcurrieron varios días sin que casi lo notara. El trabajo, a que no estaba acostumbrado, le cansaba de tal manera que se acostaba temprano y se quedaba dormido como un leño. Y, de no haber sido por la preocupación constante y por la ansiedad y añoranza con respecto a Lucía, aquella habría sido la temporada más feliz de su vida. Repentinamente casi se aficiono a su casita y cuanto más trabajaba con objeto de hacerla productiva y cómoda, mayor era su afecto por ella. El trabajo no suele inspirar sueños ni fantasías, de modo que Slone solo recordaba, de un modo vago, una perdida que le parecía haber experimentado. Con frecuencia se sorprendía con los ojos fijos en los álamos, con objeto de ver si podía descubrir a Lucía, aunque solo fuese por un instante, pero no la vio nunca y, en realidad, fueron tan escasos los aldeanos que pudo distinguir, que se veía rodeado por una soledad que empezaba a serle muy grata. Además, la contemplación de aquel valle de color gris hasta los monumentos purpúreos despertaba siempre en Slone un recuerdo emocionante. Allí salvo Lucía a su caballo Huracán y también su propia vida. Sus ojos agudos y hechos a contemplar el desierto podían distinguir, incluso a tanta distancia, aquel grande y oscuro monumento coronado de pro, a cuya sombra oyó a la muchacha pronunciar palabras que transformaron su propia vida. Algún día iría allá, montado a caballo, pues aún se sentía atraído por el encanto de aquellas grandes rocas coloradas.

Una mañana Slone recibió una visita, la del viejo Brackton, y la cordialidad del joven

Librodot

murió en sus labios aun antes de exteriorizarse. La antigua afabilidad de Brackton no apareció por parte alguna y miro al joven con disgusto y curiosidad a un tiempo.

-¿Como está usted, Slone? He venido a ver lo que hace por aquí arriba -dijo.

El joven extendió las manos y se explico en pocas palabras.

-¿De modo que ha comprado usted esta casa? Todos nos lo figurábamos, aunque Vorhees no quiso explicarse. En realidad, parecía muy misterioso. -Brackton se sentó y con el mayor interés se quedo contemplando a Slone.

-La gente habla mucho de usted -dijo de pronto Brackton.

-¿De veras?

-Usted, Slone, es un hombre muy reservado y misterioso. Al principio me fue simpático y por eso he venido a decirle que lo mejor que podría hacer es marcharse de aquí.

-¿Por que? -exclamó Slone.

Brackton repitió los mismos conceptos y, después de hacer una pausa continuo:

-Desde luego, no tengo ningún derecho para aconsejarle; pero de todos modos, me tomo esta libertad, recordando la buena impresión que me causo usted la primera vez que le vi.

El viejo parecía estar inquieto, nervioso y deseando proteger a aquel joven, aun siendo evidente la repugnancia que por el sentía.

-¿Por que pego usted a ese pobre Joel Creech? -preguntó luego.

-Recibió lo que merecía -replicó Slone, sintiendo renacer su ira al recordar el hecho.

-Pues bien, Joel nos ha contado algunas cosas raras acerca de usted... Por ejemplo, que en cierta ocasión trato de un modo incorrecto a Lucía Bostil abrazándola y besándola, sin notar que Joel le estaba contemplando.

-¡Maldito idiota! -murmuró Slone levantándose dispuesto a salir de su casa.

-Lo cierto es que Joel es un muchacho algo extraño, pero no por eso debe creerse que es tonto. Le vio a usted, y ahora lo está divulgando por todas partes. Y cuando Bostil se entere, mejor sería que usted estuviese al otro lado del cañón.

Slone sintió un sonrojo considerable y se apoderaron de el la humillación y la rabia.

-Ahora Joel está en mi casa. Tuvo algunos ataques a consecuencia de una paliza que usted le dio y aun no se ha repuesto por completo. Sin embargo, ha podido contar a los picadores lo que pudo presenciar. Van Sickle tiene muchas ganas de verse con usted. Y hoy, mientras estábamos solos Joel y yo, me contó algunas otras cosas con respecto a usted. Desde luego, yo le hice callar, pero no estoy seguro de que no lo diga a los demás.

-Ya comprendo que charlará -dijo Slone-. ¿Que le ha dicho ese imbécil?

-Vamos a ver, Slone, ¿cuánto tiempo estuvo usted ahí, entre los monumentos, antes de que le conociésemos? - preguntó Brackton.

-Estuve recorriendo la región durante varias semanas y permanecí unos diez días cerca del Vado de Bostil.

-Y ¿donde estaba usted la noche de la avenida?

El interrogatorio del viejo y las sospechas que, sin duda, sentía, suscitaron la cólera de Slone.

-Estaba en la pendiente y entre las rocas. Pero me di cuenta de que llegaba la avenida mucho antes de ir hacia allá -contesto.

Brackton evito su mirada, se levanto de pronto, como si ya su presencia no tuviese más objeto, y añadió:

-Bueno, tome usted mi consejo y váyase.

-Si su consejo es sincero, Brackton, le quedo muy reconocido -replicó Slone, todavía muy extrañado de sus palabras-; pero, desde luego, le advierto que no lo seguiré.

-Haga lo que quiera -replicó Brackton con la mayor frialdad y emprendieron en seguida la marcha para alejarse.

Slone le estuvo observando mientras descendía por el sendero y desapareció entre los álamos.

-¡Maldito sea! -murmuró-. ¡Vaya un viejo cargante! Es posible que Creech no sea el único loco de la vecindad.

Después de murmurar esas palabras quiso reírse, pero no por eso alejo su preocupación, que le duro todo el día. Después de comer decidió bajar al pueblo, y así lo habría hecho de no observar que un hombre subía por el sendero que llevaba a su casa. Al reconocer al viejo Holley, temió que iba a ocurrir algo desagradable y se puso fosco. Sin duda, aquel individuo, que era la mano derecha de Bostil, no iría a visitarle en son de paz. Holley siguió subiendo con alguna torpeza y como pudiera hacerlo un jinete poco acostumbrado a andar. Slone había construído un pequeño soportal en la parte delantera de su cabaña y dispuesto allí un banco cubierto con pieles de cabra. Y se sorprendió a sí mismo al observar que, mientras subía Holley, se sintiese inclinado a arreglar aquellas pieles.

-¿Como está usted, amigo? -preguntó lentamente el viejo-. El subir esta montaña me ha dejado casi sin aliento.

Slone se volvió en el acto, sorprendido al notar el acento cordial del viejo y, dudando de lo que oía, sintió el deseo de convencerse de ello. Sin duda, le sorprendió en extremo el notar que Holley estaba muy amable.

-¡Hola, Holley ! ¿Como está usted? -replicó-. Haga el favor de sentarse.

-Para ser viejo como soy, me siento bastante vigoroso; pero, de todos modos, me resulta muy violento el emprender una ascensión como esta. ¡Caramba! Desde aquí se ve muy bien la casa de Bostil.

-Sí, gozo de un panorama muy bonito -replicó Slone con cierta reserva, mientras se sentaba en el escalón del pórtico.

¿Que quería Holley? Sin duda alguna aquel viejo no era curioso ni chismoso.

-Supongo, Slone, que no me tendrá usted mala voluntad por el hecho de que, hace algunos días, quisiera obligarle a callar - observo con la mayor franqueza.

-De ninguna manera, Holley. Comprendí su intención, y no puedo negar que obraba con la mayor prudencia. Pero el viejo Bostil me puso como loco.

-Lo comprendo. Es capaz de irritar a cualquiera. Alguna vez he visto a algún jinete enloquecido por las palabras de Bostil y mordiéndose a sí mismo en acceso de furor. Lo que usted dijo fue del agrado de todos los que le escucharon, pero usted no puede imaginarse cuánto se perjudico al mismo tiempo, porque Bostil es el amo indiscutible en el Vado.

-Ya lo había notado -replicó Slone.

-Hizo usted muy mal, porque Bostil le ha indispuesto a usted con todos sus picadores v, además, al pegar a Creech, usted mismo se ha granjeado la enemistad de todo el pueblo. ¿Y por que le pego?

Slone observo el bondadoso interés y la intención del viejo picador, y esto le dio tantos ánimos como disgusto la desaprobación de Brackton.

-Comprendo que será mejor decírselo -añadió Holley-, pero el caso es que Lucía quiere estar segura de si usted pego a Joel y de la razón que le obligo a hacerlo.

-¡Como, Holley! ¿Le ha encargado ella de eso?

-Sin duda. La pobrecilla está muy preocupada estos días. Como usted no ha bajado al pueblo y no sabe lo que pasa.

-Hoy ha venido a visitarme Brackton y me ha comunicado muchas cosas, de modo que, en realidad, estoy también bastante preocupado.

-Ese Huracán es más que suficiente para que le odien Bostil y todos sus amigos. Pero, además, su comportamiento no fue muy acertado, pues cometió usted varias tonterías.

Slone inclino la cabeza, admitiendo aquella censura.

-Ahora dígame si es verdad que, según Joel Creech jura, le vio a usted besar y abrazar a la señorita Lucía, entre las rocas, en donde estaba escondido con Huracán - le preguntó Holley-. Dígamelo, Slone. La gente lo cree, y eso le ha perjudicado mucho en el Vado. Bostil no se ha enterado aún y Lucía tampoco lo sabe. Yo me figuro que si usted pego a Joel fue porque este se atrevió a decírselo a la cara.

-Sí, lo dijo y le pegue -replicó Slone, airado.

-Hizo usted bien. Pero quisiera saber si es cierto lo que Joel asegura haber visto.

-Es verdad, Holley. Pero, de todos modos, mi conducta no es tan mala... como el quiere hacer creer.

-Ya me lo figuraba. Hace ya bastante tiempo que he podido observar que Lucía le quiere a usted -replicó el caballista con bondadoso acento.

Slone levanto rápidamente la cabeza con expresión de incredulidad.

-¡Holley! ¿Habla usted en serio?

-Por completo. Durante dieciocho años he sido casi el hermano mayor de Lucía. Cuando ella no pesaba más que mis espuelas, la he llevado en estos brazos. Le enseñe a

montar y todo cuanto ella sabe acerca de caballos, de modo que ahora conoce de esto bastante más que su padre. También le enseñe a tirar, cosa que hace mejor que nadie. Y durante estos últimos tiempos, note en ella una gran diferencia, viendo, también, que estaba preocupada y no era feliz.

-Sin embargo, Holley, todo eso no me parece...

-Es verdad -continuo Holley al notar que Slone se interrumpía- De todos modos, creo que le quiere a usted. Y yo soy su amigo, Slone. No tardará mucho en verse en algún aprieto, y para este caso necesita usted un amigo.

-Gracias, Holley -replicó el joven, algo intranquilo y estremeciéndose emocionado al sentir la presión de la mano de hierro del anciano picador.

-Además tiene usted otro amigo en quien puede confiar -dijo Holley con acento significativo.

-¿Otro? ¿Quien es?

-Lucía Bostil. Y no olvide usted que tengo la completa seguridad de que en cuanto se entere de lo que anda diciendo Joel Creech, ella armará más ruido que su mismo padre. Y no tiene más remedio que enterarse, porque Van Sickle jura que se lo dirá y que luego vendrá a darle a usted de latigazos.

-¿De veras? -replicó Slone.

-De todos modos, creo que Lucía ha adivinado la razón de que usted pegara a Joel, pero quiere estar segura. Ahora, Slone, yo podré comunicarle la causa de este suceso.

-No, no lo haga usted-exclamó Slone involuntariamente.

-Mejor será que lo sepa por usted y por mí. No lo dude. Yo preparare a Lucía, y tengo la seguridad de que esa muchacha es de tanto cuidado como el mismo Bostil.

-Todo eso me desagrada mucho -replicó Slone, que sentía el temor del descrédito que pudiera recaer sobre la joven. Se sintió bañado en un sudor frío, al preguntarse que haría Bostil-. Yo, Holley, amo a Lucía, y por eso... no puede decirse que le faltara al respeto o la insultara, al obrar como hice. Bostil no lo comprenderá quizá. Y ¿que cree usted que hará en cuanto se entere?

-Esperemos que no recibirá usted un trato peor del que dio al mismo Joel.

-¿Dejar que Bostil me pegue? -exclamó Slone-. A fe que me encuentro en buena situación para eso. Como usted comprenderá, amigo Holley, tengo mi genio, y ese Bostil ha tenido siempre la habilidad de excitarlo.

-Bueno. Lo mejor será que se deje usted en casa el revolver antes de luchar con Bostil. Es usted un mozo de pelo en pecho, y aunque es seguro que le pegará, tal vez pueda usted

Librodot

ponerle un ojo amoratado.

Y Holley se rió, como si tal idea le divirtiese en extremo.

-¿Pelearme con Bostil? Lucía me odiaría.

-Nada de eso. No conoce usted a esa muchacha. Y si el viejo se muestra enojado contra usted ella todavía le querrá más. En ciertas ocasiones se parece mucho a su padre. - Holley saco una pipa negra y corta, y después de llenarla, y de encenderla, pareció quedarse muy pensativo- Pero no solamente Lucía me ha mandado a verle, sino que Bostil no cesa de molestarme desde hace varios días con la misma pretensión; pero yo no me manifestaba dispuesto hasta que la misma Lucía me lo rogó.

-Y ¿para qué le ha enviado Bostil?

-Parece mentira que no lo adivine. Hace ya muchos días que no puede dormir pensando en su caballo rojo. Nunca ha visto nadie a Bostil tan malhumorado como ahora. Él mismo crió a Sage King, pero siempre estuvo loco por poseer un gran garañón salvaje. Por eso, en cuanto usted apareció y su caballo derribo a King, ha sido cosa natural que se haya originado todo lo que ocurre.

-Vamos a ver, Holley. ¿Cree usted que Huracán puede derrotar a Sage King? -preguntó Slone con la mayor vehemencia.

-Creo que sí. Lucía lo asegura y yo le doy la razón. Pero tenga en cuenta, hijo mío, que yo nunca hago gala de lo que pienso, porque más de una vez me metería en un apuro. Farlane y los demás dan la razón a Bostil y de ello tiene la culpa Van. Éste sintió por usted la mayor antipatía desde que le vio. Y lo que él ha contado a Bostil y a sus compañeros acerca de esa carrera, no concuerda con lo que Lucía me contó a mí. Está segura que Huracán empezó a mostrarse furioso desde el primer momento, deseando matar a King en vez de correr. Y estaba detrás, separado por tres cuerpos de caballo, de King, cuando Macomber bajó la bandera. Lucía dice que King echó a correr, pero entonces Huracán empezó a perseguirle, le aventajó y le derribo. Van, en cambio, cuenta una historia diferente.

-Pues la cosa ocurrió tal como Lucía ha dicho -declaro Slone-. Yo pude presenciar esos pormenores.

-En fin, eso importa poco. El caso es el siguiente Bostil está triste a partir de entonces, pero se contiene porque aún no ha abandonado la esperanza de obtener a Huracán. Eso, Slone, le dará a entender que hace usted muy mal en permanecer aquí, si no quiere usted vender el caballo a Bostil.

-Sepa usted que hago muy bien permaneciendo aquí; pero, de todos modos, no quiero vender a Huracán-replicó Slone con la mayor testarudez.

-Bueno, yo no habría perdido el tiempo diciéndole todo eso, si no estuviera Lucía de por medio. Es preciso que usted tenga en cuenta a la pobre muchacha.

Slone se volvió hacia su interlocutor exclamando:

-Usted está diciéndome que todavía hay esperanzas para mí, pero me consta que eso no es cierto.

-Es usted demasiado joven -replicó Holley-. Mientras hay vida hay esperanza. Y no se figure que voy a regalarle los oídos contándole otra vez lo que he observado en Lucía.

Slone no sabía si sentarse o permanecer en pie, y temblaba de pies a cabeza.

-Huracán no es mío y no puedo venderlo -confesó por fin-. Pertenece a Lucía.

-¿Como? -exclamó Holley, asombradísimo y casi dejando caer la pipa.

-Yo le regalé Huracán. Ella lo acepto, de modo que ya no hay más que hablar. Luego... luego yo perdí la cabeza y ella se enojó conmigo... y dijo... que lo montaría en la carrera, pero que luego no querría quedárselo. De todos modos es suyo.

-¡Oh, ya comprendo! Pues yo, Slone, le aconsejaba que vendiese a Huracán a causa de Lucía. Es usted todavía muy joven, y si quisiera podría alcanzar grandes éxitos en la vida.

Pero Lucía es su amada y usted le ha dado el caballo. No hay más que hablar.

-Y si yo me alejo de aquí dejando a Huracán en poder de Lucía, ¿cree usted que ella lo conservará? ¿No se lo quitará su padre?

-Mire, amigo mío. Si el tratara de hacer tal cosa, Lucía montaría a Huracán, buscaría las huellas de usted e iría a su encuentro.

-Y ¿que le dirá usted a Bostil? -preguntó Slone casi fuera de sí.

-No lo sé -replicó Holley-. Tal vez se me ocurra alguna idea. Ahora me marchare, pero no sin recomendarle que no se aleje mucho de su casa. Si encuentra a Bostil en el pueblo, no hay duda de que habrá pelea. Pronto volveré, pero no de día, sino en cuanto haya anochecido.

-Es usted muy bueno, Holley -dijo Slone-. Y por mi parte...

-Cállese -replicó secamente el viejo-. Ésta es su única debilidad, la de hablar demasiado.

Holley emprendió la marcha, y sus largas y sonoras espuelas se clavaron en el empinado sendero. Al partir dejo a Slone presa de gran preocupación y a la vez inquieto e ilusionado.

Al día siguiente, Slone trabajo mucho y sin parar, en espera del crepúsculo y creyendo que Holley le haría la anunciada visita. Se esforzó en resistir la dulce v tentadora esperanza de un mensaje de Lucía, pero todo fue en vano.

El viejo picador despertó en Slone la esperanza de que Lucía le amaba, y el joven paso todo el día sumido en tan agradable impresión. Al anochecer estaba tan emocio- nado que ni siquiera tuvo apetito ni se fijo en la magnífica puesta de sol. Pero Holley no compareció y Slone se acostó tarde, casi enfermo de ansiedad.

El siguiente día fue peor y el trabajo le pareció fastidioso, aun cuando ni por un momento estuvo desocupado. Al tercer día se entrego al descanso de sus ensueños, le asaltaron de nuevo las dudas y luego se puso triste. Al otro, el joven noto que necesitaba ir a comprar provisiones al almacén. No olvido las advertencias de Holley, pero no hizo caso, creyendo que sería muy difícil encontrar allí a Bostil al mediodía.

Ante el establecimiento de Brackton vio varios caballos con las riendas colgando y a sus jinetes conversando ante el mostrador y ante la puerta. Algunos de aquellos hombres se mostraron amables con Slone en otras ocasiones, pero aquel día no pareció sino que nadie le había visto.

Cuando el joven entro en el establecimiento estaba excitado a más no poder, diciéndose que, sin duda alguna, tramaban algo contra el. Y maldijo a aquellos individuos, por no ser capaces de reflexionar por sí mismos. Dentro del establecimiento Slone encontró a Wetherby, el joven ranchero de Durango. Le hablo, pero este se limito a contestarle con una mirada insolente.

Slone no se fijo siquiera en el individuo con quien estaba hablando el ranchero. Dentro del establecimiento había muy pocas personas y Brackton se dedicaba a servirlas. El joven se quedo en la sombra y aunque Brackton observo su entrada, no acudió a saludarle, lo cual le dio a entender que la buena voluntad y excelente acogida que encontrara en el Vado de Bostil era ya una cosa que pertenecía al pasado.

Cuando Brackton hubo terminado momentáneamente sus quehaceres, no pareció, sin embargo, dispuesto a atender a Slone y, en vista de eso, este se acerco al mostrador y le pidió algunas provisiones.

-¿Tiene usted ya el dinero preparado? -preguntó Brackton como si se dirigiera a una persona que no le inspirase confianza.

-Sí -replicó Slone enrojeciendo ante aquel insulto. que sin duda había oído Wetherby.

Brackton le entrego los géneros y recibió el dinero, sin pronunciar palabra. Slone tenía la cabeza inclinada al suelo, lo cual era muy singular en un hombre como el, acostumbrado a tratar a los demás con nobleza y sinceridad. Pero se sentía ultrajado. Salió del establecimiento avergonzado y sonrojado, y en su prisa tropezó con un hombre corpulento. Retrocedió y

levanto la mirada. ¡Bostil! El viejo jinete le contemplaba con frialdad y de un modo insultante.

-¿Está usted borracho? -preguntó, aunque sin dar a su rostro ninguna expresión particular.

Aquellas palabras equivalieron casi a un golpe para Slone. Levanto la cabeza y fijo la mirada en su interlocutor.

-Ya sabe usted, Bostil, que no bebo -contestó.

-Sí. Sé muchas cosas de usted, Slone. Me he enterado de que ha comprado la cabaña de Vorhees, situada al pie del risco.

-Sí.

-¿Le dijo el que estaba hipotecada por mí y por bastante más de lo que vale?

-No me dijo una sola palabra.

-¿Le entrego algún documento?

-No.

-Pues, si le interesa, le mostrará algunos que prueban que tal propiedad es mía.

Slone oyó muy dolorido estas palabras, porque había llegado a cobrar cariño por la casita.

-Muy bien, Bostil. Si usted dice que es suya, no hay duda de que le pertenece -dijo con bastante tranquilidad.

-Yo, desde luego, le habría expulsado, si no creyera que aún podemos hacer un trato.

-No será posible que nos pongamos de acuerdo en nada, Bostil -replicó Slone.

Ciertamente, no fue a causa de las palabras pronunciadas por Bostil, sino por el modo de decirlas, lo que dio a entender a Slone que le amenazaba un peligro. A ellos estaba ya acostumbrado desde muchos años atrás y sabía afrontarlos. Pero, de todos modos, comprendía que en aquel caso no le sería posible ponerse frente a frente de Bostil, porque no estaba en libertad de pelear con el, ya que se trataba del padre de Lucía. Y su situación, así como su propia impotencia, le hizo más difícil conservar el dominio de sí mismo.

-¿Por que no podremos? -preguntó Bostil-. Si no fuese usted tan susceptible, llegaríamos a un acuerdo y permítame que le diga, joven amigo, que hay más de una razón que le aconseja celebrar un convenio conmigo.

-¿Acerca de que?

-De su caballo rojo.

-¿De Huracán?... No podemos tratar, Bostil -replicó disponiéndose a salir.

La enorme mano que le obligo a retroceder estaba muy lejos de ser cariñosa y Slone sintió de nuevo que la sangre acudía a su rostro.

-Tal vez podré decirle algo que le obligará a vender

a Huracán-añadió Bostil.

-No lo logrará, aunque llegara a gastar la lenguareplicó Slone. Era inútil tratar de conservar la calma con Bostil cuando este hablaba de caballos-. Estoy dispuesto a hacer correr Huracán contra King. Pero nada más.

-¿A correr? Pues sepa usted, señor mío, que aquí no habrá más carreras sin que se apueste algo que valga la pena-replicó Bostil con el mayor desdén-. Y ¿que puede usted apostar? El dinero que gano en la carrera pasada ha desaparecido ya casi, y, además, no sería suficiente para apostar contra mí. Aquí es usted un forastero y yo he de sostener mi orgullo y mi buena fama. Y quiere usted hacer correr su caballo contra el mío, a pesar de no tener donde caerse muerto. Recuerde que ni siquiera tendría ahora un traje y unas botas si mi hija no se lo hubiese regalado.

Los que acompañaban a Bostil se echaron a reír. El rostro de Wetherby expresaba el mayor desdén. Slone sintió un acceso de repentina ira que le hizo estremecer. Y luego el rápido enfriamiento de su piel le produjo la misma sensación que sí, de pronto, se hubiese sumergido en un baño de hielo.

-Sí, Bostil, soy todo lo que usted ha dicho -contestó con voz muy sonora-, pero está usted muy equivocado al decir que no tengo nada que apostar.

-Y ¿que apostará usted?

-Mi vida y mi caballo.

Los oyentes se quedaron silenciosos y atentos, y el mismo Bostil vibro al oír tales palabras. Luego palideció, porque más que otro cualquiera caballista de las tierras altas comprendía el valor de aquella oferta.

-¿Y contra que? -preguntó con voz ronca.

-Contra su hija Lucía.

Por un instante la sorpresa dejo inmóvil a Bostil; luego se recobro, su enorme cuerpo empezó a moverse y dio un mugido como un toro furioso.

Slone vio venir el golpe, pero no hizo ningún movimiento para evitarlo. El enorme puño le golpeo en plena boca y también la barbilla, de modo que cayo desplomado al suelo. Sintió la impresión de que había estallado su cabeza y una nube rojiza se interpuso ante sus ojos. Luego se disipó y sintió un intenso dolor. Se esforzó en ponerse en pie, mientras la cabeza le daba vueltas. ¿Donde estaba el revolver? Recordó haberlo dejado en casa. De no ser así habría matado a Bostil. Ya una vez dio muerte a un hombre. Lo recordó con extremada palidez y tal idea desapareció de su mente. Pero se dijo que podría volverlo a hacer. Sin embargo, Bostil era el padre de Lucía.

Recogió los paquetes de comestibles y, sin mirar a nadie, salió. Sentíase presa de un impulso casi irresistible de volver. Pero una fuerza invisible se lo impidió. Al llegar a la cabaña se encerró en ella y se tendió en su camastro, olvidando que aquel lugar no le pertenecía, pues no pensaba más que en su desagradable situación y en la vergüenza que había tenido que soportar. Oscureció antes de llegar a tranquilizarse y salió, pero no tuvo deseo de comer. Ni siquiera abrió los paquetes ni encendió la luz. Pero salió para dar hierba y agua a los caballos. En cuanto estuvo de regreso en la cabaña, vio a un hombre en pie ante el soportal. Reconoció la figura de Holley y luego su voz.

-¡Buena la ha armado usted hoy, amigo

-No tengo ninguna culpa, Holley -exclamó Slone-. Me vi obligado.

-No hable usted tan alto -murmuró el jinete-. Sólo dispongo de un minuto. Tome... Una carta de Lucía. Y no crea que yo le achaco la culpa de lo ocurrido.

Slone tomo la carta con temblorosos dedos y en un momento desapareció su tristeza y su cólera. ¡Lucía le había escrito! Y no se sintió capaz de hablar.

-En este momento, hijo, estoy haciendo traición al patrón -murmuró Holley con voz ronca - y al mismo tiempo estoy trabajando en favor de Lucía. Si Bostil se entera me matará. Es preciso que no me sorprendan aquí. Sin embargo, vaya usted donde vaya no le perderé de vista.

Holley se alejo, ocultándose en las sombras y dejando a Slone con el corazón palpitante.

-Vaya a donde vaya-repitió- ¡Ah! Me había olvidado de que no puedo continuar aquí.

La carta de Lucía le hizo temblar los dedos y, al mismo tiempo, le comunico tal torpeza que con dificultad pudo encender la luz necesaria para leer. La carta era muy breve y estaba escrita con lápiz en una hoja arrancada de un libro de cuentas. Slone no podía leer con rapidez, pues perdió la costumbre durante los muchos años que pasó en el desierto, y la misma prisa que tenía por enterarse del mensaje de Lucía acababa por dificultar su empeño, de manera que en los primeros momentos las letras parecieron bailar ante sus ojos:

«Vaya usted inmediatamente al banco que hay entre los álamos. Iré a encontrarle allí. Tengo el corazón destrozado. Es una mentira... Una mentira lo que dicen... Juraré que usted estaba conmigo la noche en que se cortaron las amarras del bote. Me consta que usted no hizo

tal cosa. Y sé quién... ¡Oh!, venga. Yo le apoyaré en todo y por todo. Y si es preciso huiré con usted, ¡porque le amo ! »

XV

A Slone le dio un salto el corazón y se le hizo un nudo en la garganta, de modo que ni siquiera pudo exteriorizar su emoción, su dicha, su asombro y su temor. Mas, sobre toda emoción, le dominaba su felicidad. Y apenas pudo contener el impulso de echar a correr en busca de Lucía, sin pensar para nada en la prudencia.

Se guardo la preciosa carta en el interior de su blusa, en donde parecía caldear su corazón, se abrochó el cinturón que contenía la pistolera y, después de apagar la luz, emprendió la marcha.

La luna, en su cuarto creciente, acababa de rozar la punta del risco. Las callejuelas del pueblo, las cabañas y los árboles estaban iluminados por su plateada luz. Un coyote solitario ladraba a gran distancia. Todo lo demás estaba tranquilo; el aire era fresco, suave y aromático. Y en el desierto se advertía el encanto combinado de la luz de la luna, el silencio y la belleza del paisaje.

Slone siguió andando, amparándose en la sombra del risco, y tomo un camino por encima del pueblo, en el que no hubiese gran peligro de encontrar a nadie. Sin embargo, pronto tuvo que abandonar la sombra, para atravesar un espacio iluminado por la luz de la luna. Rápido y silencioso como un indio, continuo su camino ocultándose en las sombras de los árboles que encontraba, hasta que, por fin, llegó a la avenida de los álamos. Esta avenida parecía un túnel misterioso, atravesado por las plateadas lanzas de la luz lunar. Se deslizó por entre los árboles, deteniéndose con frecuencia para escuchar. El movimiento y la realidad le devolvieron la tranquilidad y la firmeza, a pesar de que nunca en su vida estuvo tan emocionado. La persecución y la captura de Huracán, que, en otro tiempo, fue el mayor deseo de su corazón, nada representaba al lado de lo que sentía. El amor le había llamado, y también la vida, y comprendió que la muerte se hallaba en el otro platillo de la balanza. Si Bostil le sorprendía en unión de su hija, era indudable que se derramaría sangre. A Slone eso le horripilaba, porque a veces volvía a sentir el mismo frío y la espantosa opresión que experimentó después de la muerte de Sears. Pero tales ideas eran fugitivas y una sola llenaba en realidad su mente : la de que Lucía le amaba y le había dirigido extrañas y apasionadas palabras.

Encontró el estrecho paso cruzado por algunas fajas de sombras que alternaban con otras iluminadas por la luna, y con rápidos pasos siguió por allí, con los ojos y los oídos atentos, deteniéndose a cada rumor que oía. Conocía muy bien el banco mencionado por Lucía. Hallábase en un rincón remoto de la alameda, bajo unos árboles muy altos que había junto a la fuente. Una vez Slone se figuro haber distinguido una sombra blanca. Quizá no era más que un rayo de luna. Siguió avanzando y al llegar a la bifurcación del camino que conducía a la casa, respiro con mayor libertad. La alameda parecía estar desierta. Por fin se vio junto a 11a fuente, percibió la humedad del musgo y de los berros, y noto un enorme álamo que dominaba a los demás.

Una faja de luz lunar hacía brillar un pequeño claro, precisamente al lado de la sombra intensa proyectada por el árbol. Allí estaba el banco, pero observo que no lo ocupaba nadie.

Se desvaneció en el acto su exaltación y sintió un escalofrío. Ella no estaba allí. Quizá le habían impedido salir. No la vería. El desencanto y el desengaño que sufrió fueron horribles.

De pronto, una figura blanca y esbelta salió de detrás del negro tronco del árbol y corrió hacia el. No producía ningún ruido, cual si fuera un espectro, y era rápida como el viento. ¿Soñaría acaso? Aquello le parecía muy raro. Pero entonces la forma blanca llegó a su lado y comprendió que era cierto.

Lucía se arrojo en sus brazos.

- ¡Lin! ¡Lin! ¡Oh, que contenta estoy de verle! -murmuró. Parecía estar sin aliento, emocionada, muy distinta de antes y en modo alguno asustada o tímida. Slone no pudo hacer sino estrecharla en sus brazos. Y no habría sido capaz de hablar aunque ella le hubiese dado la oportunidad-. Lo se todo... Se las acusaciones que le dirigen... Lo que de usted dijeron los picadores. Y también que mi padre le ha pegado. ¡Oh! ¡Es un animal... ! Por eso solo le odio. ¿Por qué no se alejo usted de su camino? Van lo presencio todo. ¡Oh! También le odio. Dijo que se había quedado usted inmóvil en el mismo lugar en que cayó... Querido Lin, ese golpe le habrá hecho mucho daño... y quizá le produjo gran dolor y vergüenza por no haber podido pegar a mi padre. Pero también lo he sentido yo. Y a mí misma me ha hecho daño. Ese golpe ha despertado mi corazón. ¿Donde, donde le golpeo? ¡Oh! Muchas veces le he visto pegar a un hombre. ¡Tiene unos puños terribles!

-No se preocupe, Lucía -murmuró Slone-. A cambio de mi felicidad actual no habría tenido inconveniente en que me pegasen un tiro.

El joven sintió en su rostro las suaves manos de la joven, que palparon hasta encontrar la hinchazón de la boca y de la barbilla.

-¡Ah! Él le ha pegado. Pero yo... yo le besaremurmuró-. Y si los besos pueden curarlo, le curare.

Aquella joven parecía muy rara, salvaje y apasionada en su ternura. Levanto el rostro y le beso con suavidad, una y otra vez, hasta que el contacto doloroso en sus contusionados labios llego a parecerle exquisito. Luego la joven retrocedió un poco, con las manos puestas en los hombros de Slone y con el rostro pálido, de ojos oscuros, se rió con expresión amorosa y atrevida, cual si quisiera desafiar al mundo, satisfecha de lo que acababa de hacer.

-Lucía... Lucía... Puede pegarme más si quiere -dijo Slone en voz baja y ronca.

-Pues si usted me ama, procurará apartarse de su camino-replicó la joven.

-¿Sí, la amo? ¡Dios mío...! Desde esta mañana he sentido que mi corazón se moría un millar de veces cuando usted... cuando...

-Yo no lo sabia, Lin -le interrumpió con dulce y grave vehemencia-. Pero ahora lo sé ya.

Y Slone, al mirarla, se extasió ante la dulzura, la elocuencia y el noble abandono de la confesión de la joven, que tanto le conmovía a él. Sus temores, su resignación, su vergüenza, todo desapareció con el suspiro de alivio que dio en aquel momento. Por vez primera en su vida saboreaba el néctar de la felicidad. Levanto la cabeza, bien resuelto a no inclinarla nunca más, pues quería ser fiel a lo que ella acababa de hacer con él.

-Venga a la sombra - murmuró Slone mientras rodeaba con el brazo el talle de la joven y la guiaba hacia el enorme tronco-. ¿Está usted segura aquí? ¿No corre ningún peligro? ¿Cuánto tiempo puede permanecer ausente de su casa?

-He tenido una entrevista con mi padre durante la cual le he cantado las verdades ; es decir, que, por primera vez en su vida, me le he impuesto -replicó ella-. Luego me fui a mi habitación, cerré la puerta por dentro y salí por la ventana. Por consiguiente, puedo estar aquí todo el tiempo que quiera. Nadie lo sabrá.

Palpito el corazón de Slone al ver que aquella mujer era suya. El apretón de sus manos, el resplandor de sus ojos, el atrevimiento que mostraba su rostro a la luz de la luna, todo aquello le daba a entender que le pertenecía. No podía comprender como era posible, pero no tuvo más remedio que decirse que aquello era cierto sin duda alguna. ¡Qué muchacha ! Aquel atrevimiento era el mismo de que dio muestras cuando corrió montada en Huracán, a la

cabeza de los más rápidos caballos de las tierras altas.

-Dígame usted -rogó él aguzando la mirada a la sombra de los árboles-. Dígame qué ha ocurrido.

-Solo he podido observar que, por alguna razón que ignoro, ya no puedo seguir viviendo en el Vado de Bostil. Y no es posible que eso se deba al hecho de haber pegado a Joel Creech. Ya lo. comprendí antes de encontrar a su padre en el almacén. Él me insulto. Luego cruzamos algunas palabras amargas y, ante todos los circunstantes, su padre no tuvo reparo en decirme que toda la ropa que yo llevaba me la había dado usted. Entonces, yo le propuse correr contra King y aposté mi caballo y mi vida contra usted misma.

-Ya lo sé -contesto la joven con débil murmullo-. Y lo sabe todo el pueblo. ¡Oh, Lin! Fué una apuesta estupenda. Los picadores me han asegurado que mi padre se sonrojó de un modo extraordinario. Durante muchos días no se hablará de otra cosa que de la posible carrera entre Huracán y King. Con toda seguridad no habrá paz en el Vado de Bostil hasta que se haya celebrado tal encuentro.

-Pero, Lucia, ¿es posible que el deseo de su padre de obtener a Huracán y el odio que me demuestra sean causas suficientes para hacerme la vida imposible en el Vado?

-Si. Pero aún hay más, Lin. Y no sabe usted cuánto me duele tener que decirlo-murmuró apasionada-. Me figuraba que ya lo sabría. Joel Creech ha jurado que usted corto las cuerdas de la embarcación y la dejo abandonada a la corriente.

-¿Ese imbécil? -exclamó Slone riéndose a impulsos de la cólera y del ridículo-. Pero todo eso no pasa de ser una estupidez propia de un loco.

-Si. Está loco, y si alguna vez se presenta ante mi, cuando vaya montada en Sarchedon... juro que le...

Dejo la frase sin terminar y por un momento se apoyo en Slone. Éste sintió los latidos del corazón de la muchacha y la fuerte presión de sus manos. Era digna de Bostil y resultaba peligroso despertar su cólera.

-La gente es muy extraña, Lin -siguió diciendo la joven con voz más tranquila-. Durante largos años mi padre ha impuesto su voluntad a todos los habitantes del Vado, de modo que todo el mundo ve con sus ojos y habla con su voz. Joel Creech ha jurado que le siguió a usted y Brackton le creyó, igual que Van, y se lo dijeron a mi padre. Y mi padre... Dios le perdone... se apresuro a dar por buena esa acusación. Y ahora el pueblo, como una sola persona, cree que usted abandono la embarcación a la corriente, con objeto de que los caballos de Creech no pudiesen cruzar el río ni disputarle a usted la victoria en la carrera.

-Si yo hubiese sido capaz de hacer eso, Lucia, habría dado muestras de estar tan loco como...-replicó Slone.

-Si. Es terrible. Yo sé quién corto los cables. Holley lo sabe también y de igual modo mi padre está enterado. ¡Oh, Lin ! Odio... odio a mi padre.

-¡Dios mío! -exclamó Slone, comprendiendo entonces la verdad. Inmediatamente pensó en Lucía- óigame, querida mía. Es preciso que no diga usted esas cosas -rogó-. Es su padre. Y, sin duda alguna, es un buen hombre cuando no se. trata de caballos, porque entonces el mismo casi se convierte en otro tal. Yo lo comprendo muy bien y hasta le compadezco. Y aunque a mí me de la culpa de todo, me tiene sin cuidado. Eso, sin duda, se debe a que yo no quise venderle mi caballo. Poco importa lo que crea la gente, acerca de lo que pude hacer para conseguir la victoria. Pero si supieran que lo hizo su padre... y si los caballos de Creech se mueren de hambre, eso sería una deshonra para el y para usted.

-¿De modo, Lin Slone, que usted aceptaría esa acusación? -murmuró ella con los ojos muy abiertos fijos en el y las manos apoyadas en sus hombros.

-Sin duda-replicó Slone -. Ya no puedo estar en peor situación.

-Es usted mucho mejor que cualquiera de ellos, amado mío -exclamó la joven en voz alta

y trémula-. Esta conducta, Lin, aumenta mi amor, si eso fuese posible y, al mismo tiempo, me apena mucho. - Y dió muestras de querer arrojarse de nuevo en sus brazos-. Pero no quiero que cargue usted con la vergüenza de tal acto. No lo permitiré. Diré a mi padre que yo estaba con usted en el momento en que fueron cortados los cables de la embarcación. Y estoy segura de que me creerá.

-Sí. Y me matará - gimió Slone-. ¡Dios mío ! No haga usted eso, Lucía.

-Lo haré y no le matará. Sepa usted, Lin, que fue muy simpático a mi padre. Lo se. Él se figura que le odia, pero en el fondo de su corazón no es así. Y si pudiese apoderarse de Huracán, nunca se creería en paz con usted ni le parecería haberle recompensado bastante. ¿Que se figuraba? Sepa que le dije que usted me abrazó y me beso el día de la carrera.

-¿Eso hizo usted, Lucía? - exclamó Slone, asustado.

-Sí. Y ¿sabe usted lo que me contestó el? Pues que en su juventud hizo lo mismo con mi madre. No, Lin. Mi padre no le mataría nunca, a no ser en un exceso de cólera y a causa de alguna cuestión relacionada con los caballos. Siempre que ha sostenido alguna lucha ha sido por esta razón. Los dos hombres que el... que... el... -Lucía tartamudeó y su temblor fue en extremo elocuente para Slone-. En ambos casos la lucha se debió a una cuestión de compra o venta de caballos.

-Pues 'bien, Lucía. Si alguna vez tengo la desgracia de volver a encontrarme con su padre, seré mudo y sordo. Y ahora prométame usted que no le dirá que los dos estábamos juntos aquella noche.

-Si se presentase la ocasión, Lin, se lo diré. No podría evitarlo -replicó Lucía.

-Procure que no se presente este caso-rogó el-, porque así llegaría el fin de Lin Slone.

-¿Que podemos hacer?-preguntó Lucía que, al parecer, había perdido el ánimo.

-Creo que debemos aguardar. En su carta me prometió usted apoyarme en todo y por todo. -Y no se decidió a repetir la frase, aunque recordaba perfectamente las palabras.

-En caso necesario huiré con usted-replicó Lucía, de nuevo animada por la pasión.

-¡Oh! ¿Huir con usted, Lucía? ¿Tenerla para mí solo...? No me atrevo siquiera a pensar en ello. Es una idea muy egoísta.

-Tal vez no tanto como usted se figura. Si se marchara del Vado, al mismo tiempo destrozaría mi corazón, porque no podría consolarme.

-Lucía, ¿me ama usted... tanto?

Entonces volvieron a encontrarse sus labios, se entrelazaron sus manos y se quedaron en silencio, mirándose apasionadamente. Él estrechaba contra su cuerpo la esbelta figura de la joven, tan dúctil y amante, tan plena de vida y con el rostro apoyado en su pecho; luego el joven miro por encima de la cabeza de Lucía, a las temblorosas sombras de los árboles. La noche era tan tranquila como puede serlo en el desierto, alejado de las habitaciones de los hombres. Y a el le pareció que aquella noche era mucho más hermosa que cualquiera otra de las que pasó en su vida, al aire libre, en extrañas tierras, pobladas de caballos, y en las que abundaban los bosques y las altas cumbres iluminadas por la luna.

-Pues si es necesario huiremos-dijo Slone con voz ronca-. Pero esperaré y continuaré aquí, aceptando lo que me traiga la suerte. Así quizá evitaré que usted pueda ser víctima de alguna otra infamia.

-Pues yo le dije a Van que me enorgullecía de que usted me abrazara aquel día-replicó la joven mientras su risa retadora daba a entender lo que pensaba de aquel pretendido insulto.

-¿De modo que usted atormenta a Van? -observó Slone-. Y así le pone entre nosotros dos. Sería mucho mejor dejarle tranquilo.

-Tengo la sangre enardecida -dijo ella golpeando con el puño el hombro del joven- Y lucharé. Lucharé. No pude evitar a Van. Holley me dijo que Van le amenazaba a usted, y cuando le encontré me dijo que todo el mundo aseguraba que usted me había insultado, que se

Librodot

portó peor que un jinete borracho y que él se disponía a matarle de una paliza. Yo le contesté que Joel Creech debía de habernos visto, sin duda alguna, pero que él no pudo observar si a mí me gustó ser abrazada de aquel modo.

-Y ¿qué replicó Van? -preguntó Slone, entusiasmado.

-Se marchó con el rabo entre piernas... y por eso yo procuraré que lo sepan todos.

-¿Y siempre ha sido usted tan... tan sincera, Lucía?

-¿Qué quiere usted decir?

-Pues que, al asegurar que le gustó ser abrazada aquel día... sin duda no dijo la verdad.

-Precisamente, eso es lo que me puso furiosa-confesó con alguna timidez-. Me sorprendió que me tomara usted en sus brazos, y mi corazón latía con la mayor violencia. Y cuando me besó usted... me quedé petrificada. Observé que me gustaba y me enfurecí conmigo misma.

Slone dió un profundo suspiro de satisfacción y preguntó

-¿Querrá usted volver a aceptar a Huracán?

-¡Oh, Lin! ¡No me pida usted eso! -rogó ella.

-Acéptelo y quédese también conmigo.

-Siendo así, no hay inconveniente. Pero es preciso que, por ahora, nadie lo sepa.

Entonces se separaron y Slone, de mala gana, dijo:

-Ahora debe usted marcharse. Pero antes escúcheme me olvidé avisar a usted acerca de Joel Creech. No le permita que se acerque, porque está loco y animado de malas intenciones.

-¡Oh, ya lo sé, Lin! Tendrá mucho cuidado, aunque, de todos modos, no me da miedo.

-Es fuerte, Lucía. Le he visto levantar pesos que para mí resultan excesivos. ¿Sigue usted montando a caballo?

-Cada día. Si no lo hiciese me parecería que no vivo.

-No estoy tranquilo -dijo Slone, algo nervioso-. Tanto Creech como Cordts le han amenazado.

-Cordts me da miedo -replicó Lucía estremeciéndose-. Debería usted haberle visto cómo me miraba el día de la carrera. Me encolericé y al mismo tiempo sentí una gran debilidad. Papá, sin embargo, me dice que si ando con cuidado no me amenazará ningún peligro. Y vagilo sin cesar. ¿Quién podría apoderarse de mí cuando voy montada en Sarchedon?

-Cualquier caballo puede ser cogido por entre la salvia. Usted misma me dijo que, en cierta ocasión, Joel trató de echar el lazo a Sage King. ¿Le ha dicho eso a su padre?

-Me olvidé. Pero luego me alegré de ello. Papá sería capaz de pegarle un tiro. De todos modos, no se preocupe, Lin, porque siempre llevo un arma de fuego.

-Pero, ¿sabe usted manejarla?

-¿Se figura que no sé hacer otra cosa que montar a caballo? -exclamó Lucía riéndose.

Slone recordó entonces que, según Holley le había dicho, enseñó a Lucía a tirar y también a montar.

-De todos modos, debe usted tener el mayor cuidado y vigilar mucho -aconsejó.

-Más ha de procurarlo usted, Slone. Y ¿qué hará ahora?

-Pues no saldré de la cabaña que hasta hoy me figuré poseer.

-¿Acaso no la compró? -preguntó Lucía.

-Creí haberlo hecho, pero... en fin, no importa. Tal vez no me saquen todavía de ella. ¿Cuándo volveré a verla?

-Todas las noches podremos vernos aquí mismo. Usted podría esperar mi llegada-replicó la joven-. Buenas noches, Lin.

-¡Oh, sí, esperaré! -exclamó él con voz emocionada-. Sí, esperaré, Lucía, todos los días... confiando que desaparezcan esos inconvenientes. Y esperaré, si es preciso, toda la noche... aguardando su llegada.

La beso para despedirse y se quedo observando como desaparecía la esbelta figura, a

veces iluminada por la luna y otras sumida en la sombra, hasta que, por fin, ya no la vio más. Y se quedo solo en la silenciosa alameda.

Luego se volvió a su cabaña, y, extasiado, permaneció observando las estrellas hasta hora muy avanzada.

Durante todo el día siguiente apenas hizo otra cosa que cuidar y contemplar a sus caballos, esperando que transcurriera el tiempo para entregarse a sus ensueños a pesar del temor que sentía. Pero nadie le visito, de modo que paso la jornada en completa soledad.

Hizo mucho calor y estallo una tormenta de truenos, mientras rodaban por el cielo unas nubes negras y amarillentas, desde la región de los cañones. En el Vado no llovió, pero, sin duda, lo hizo por las cercanías, porque refresco la atmósfera. A la puesta del sol, Slone observo un arco iris que parecía poner en contacto el tono amoratado de las nubes con el rojizo del horizonte.

Más allá, y sobre el valle, las nubes se habían roto, dejando ver algunas manchas de color azul, y por fin descendieron hasta ocultar la parte superior de los monumentos, proporcionando un espectáculo magnífico e imponente. Siguió el crepúsculo y, al parecer, fue levantándose para ir al encuentro de las oscuras nubes. Luego se debilitó el tono dorado de los rayos del astro del día, se desvanecieron en la sombra los monumentos y en el valle empezó a reinar la oscuridad.

Slone aprovecho la hora anterior de la salida de la luna para dirigirse, sin ser visto, a la alameda, a fin de esperar a Lucía. Ésta llego tan pronto, que al joven apenas le pareció haber estado aguardándola; y luego el tiempo que paso con ella, fugaz, dulce y precioso, le dio nuevas fuerzas para esperarla al día siguiente, para no sentirse, de nuevo, malhumorado y para tener fe en algo más profundo de lo que el mismo podía advertir.

Al día siguiente quiso trabajar, pero observo que el no hacer nada le daba la ilusión de que el tiempo pasaba con más rapidez, porque así podía entregarse a sus ensueños. A Ja sombra de los álamos temblorones encontró a Lucía, fan deseosa de verle como el mismo de hallarse a su lado, tierna, amante y llena de remordimientos, y, en fin, animada por infinitos sentires que, por lo dulces y lo nuevos, le parecían increíbles a Slone.

Aquella le entero de que Bostil había emprendido el viaje a Durango, acompañado de algunos jinetes. Ello le sorprendió y de paso le comunico cierta tranquilidad, porque Durango se hallaba a más de doscientas millas de distancia; de modo que el trayecto, incluso para unos jinetes excelentes, era cosa de varios días.

-No ha dejado ordenes con respecto a mí -dijo Lucía- a excepción de encargarme que tenga prudencia. ¿Crees que doy ahora muestras de ser prudente?-murmuró abrazándose a Slone, audaz y atormentadora, como se mostró antes- Además encargo a Holley que me acompañase y cuidase de mí, en mis expediciones a caballo. ¡Pobre Holley! Eso es muy divertido, porque, según dice, muy a disgusto suyo se ha resuelto a traicionar a mi padre.

-Me alegro de que Holley se haya encargado de vigilarte-replicó Slone-. Ayer te vi atravesar las matas de salvia montada en Sarchedon. Y me pregunte que harías, Lucía, si Cordts o ese loco de Creech se apoderasen de ti.

-Luchar.

-Eso es una tontería, querida Lucía, porque no podrías resistir a ninguno de ellos.

-¿Crees que no? Pues te equivocas. Por ejemplo, mataría a Cordts de un balazo o daría una paliza a Joel Creech con mi látigo. Y si se acercase mucho a mí, haría de modo que Sarchedon le atropellase, pues ese caballo le odia a muerte.

-Eres muy valiente -murmuró Stone-. Pero supongamos que te cogieran y se te llevaran. ¿Dejarías huellas de tu paso?

-Sin duda.

-Lucía, yo soy cazador de caballos salvajes -continuó pensativo y cual si hablara consigo

mismo-. Nunca he perdido ninguna pista y estoy seguro de que podría seguir tris huellas, incluso sobre las peladas rocas.

-Ten la seguridad de que dejaria una pista, de modo que no debes tener miedo - replicó -. Pero no te preocupes. Siempre temes por mí. Vale más que pienses en cosas alegres. Al parecer, mi padre ya no se acuerda de ti. Quizá la situación no es tan mala como nos habíamos figurado. No sabes cuánto lo deseo. ¿Como está mi caballo Huracán? Tengo muchas ganas de volver a montar

en él, y apenas puedo contenerme para no ir a buscarlo.

Y así murmuraban los dos amantes, mientras el tiempo transcurría rápidamente.

Durante la primera parte de la tarde del día siguiente, Slone, al oír el ruido de los cascos de unos ponies sin herrar, salió de la cabaña para ver lo que ocurría. Podía divisar claramente parte del callejón, y en él penetro el joven Creech, conduciendo a los ponies más flacos y esqueleticos que Slone viera en su vida. Y detrás iba un hombre que, en cuanto a delgadez, podía sostener digna comparación con los caballos.

Aquel espectáculo impresiono al joven. Sin duda, serian Joel Creech y su padre. Slone no tenia pruebas de que el desconocido fuese quien se figuraba, mas, sin embargo, estaba convencido de ello.

Algunas ideas desagradables empezaron a cruzar su mente. Creech se enteraría sin duda de que le acusaban a él de haber cortado las amarras de la embarcación. ¿Qué diría? Si creía, como todos los habitantes del pueblo, en la verdad de tal afirmación, no hay duda de que el Vado de Bostil llegaría a ser un lugar muy malsano para Lin Slone. ¿Donde estarían los grandes caballos de carreras Blue Roan, Peg y los demás de pura sangre? Slone sintió una impresión dolorosa al hacerse esta pregunta.

-¡Oh! -murmuró-. No es posible que hayan muerto de hambre. ¡Seria espantoso!

Sin embargo, tenia casi la convicción de que eso era lo ocurrido. Era muy extraño que nunca hubiera pensado en la posibilidad de que Creech compareciese en el pueblo.

-Conviene que yo le vea bien, antes de que él me observe a mi -dijo Slone para si.

En un momento se ciño el cinturón del que colgaba el revolver. Luego descendió por el sendero, tomando la dirección del almacén de Brackton. Comprendió que todos los peligros pasados no eran nada en comparación con el que le amenazaba ahora. Tendría que afrontar a un hombre a quien la fama consideraba justo, pero al mismo tiempo, severo.

Antes de que Slone llegase a las cercanías de la tienda, vio a algunos jinetes que avanzaban Al encuentro de los Creech. Y pudo ver, también, que a aquella hora había más clientes que de costumbre en casa de Brackton. El viejo tendero se presento a su vez y levanto las manos. Slone pudo oír a los jinetes, que hablaban muy excitados y en voz alta. Se aproximo y a medida que lo hacia andaba más de prisa. El instinto le indico la conveniencia de lo que se proponía realizar, o sea presentarse ante aquel hombre, de cuya ruina le acusaban a él. Los pobres mustangs inclinaban tristemente la cabeza al suelo.

-Esos bichos no son más que sacos de huesos-dijo un jinete en voz alta.

Entonces Slone se aproximo al excitado grupo. En el centro estaba Brackton, gesticulando, y su voz aguda se oía con la mayor claridad:

-¡Creech! ¿Dónde están Peg y Roan? ¡Dios mío! ¿Va usted a decirme que esos caballos es todo lo que le queda de los magníficos ejemplares que tenia?

Apenas se oía ningún otro ruido. Todos los jinetes estaban inmóviles, y Slone clavo los ojos en Creech. Vio a un hombre flaco, de rostro desencajado y casi negro de polvo, derrengado y triste, con ojos muy grandes y de mirada hosca y terrible. En fin, era un hombre sucio y mal vestido, salpicado todo él de barro seco.

Creech guardaba silencio y la dignidad de su desesperación impresiono dolorosamente el corazón de Slone. Su silencio era, por si mismo, una respuesta. Joel Creech interrumpió la

pausa general.

-¿No os dije yo lo que había ocurrido? -gritó-. Se murieron de hambre y de sed.

-¡Que desgracia ! -exclamaron los oyentes.

Brackton se echo a temblar y sus ojos se cubrieron de lágrimas, pero no se avergonzaba de ellas.

-¡Así Dios me ayude; cuánto lo siento en el alma! -exclamó con voz entrecortada.

Slone se había olvidado de si mismo y de la posible revelación que le interesara; pero cuando Holley apareció a su lado, dirigiéndole una significativa mirada de aviso, volvió a prestar atención al asunto. Sintióse animado por extraño fuego y por la cólera contra el hombre que pudiera haber salvado los caballos de Creech. Y, como Brackton, se compadecía de este último y tomaba parte en el dolor de aquel pobre caballista. Aquellos caballos, aquellos nobles y mudos animales, fieles y a veces cariñosos y generosos, tuvieron que sufrir una muerte horrible a causa del egoísmo de un hombre.

-Todos deseamos saber lo que ocurrió, Creech. Cuéntenoslo si eso no aumenta su dolor-dijo Brackton.

-Déme algo de beber-replicó Creech.

-En seguida -exclamó Brackton-. Entre, entrad todos, todos, para celebrar el regreso de Creech.

Los jinetes penetraron en el establecimiento, siguiendo a Brackton y a los Creech. Holley se situó al lado de Slone y ambos se quedaron a espaldas de los demás.

-Pues aquella noche oí llegar la avenida-empezó a decir Creech a sus atentos oyentes -. Percibí el rugido desde muchas millas de distancia, río arriba. Parecía un trueno, más intenso que en otra cualquiera de las avenidas anteriores. Y como entonces yo estaba solo, me costó bastante tiempo el hacer subir a los caballos. Si me hubiese acompañado un indio o hasta el mismo Joel... quién sabe... -Su voz tembló un poco y luego continuó diciendo-: Incluso cuando lleve los caballos al embarcadero, aun entonces, no era demasiado tarde. Suponiendo que alguien me hubiese oído y se apresurara a venir con la embarcación hasta donde yo estaba, grité y disparé el revólver varias veces, pero nadie me contestó. El río crecía con la mayor rapidez. Y aquel rugido me puso los cabellos de punta. Esperé tanto, que me pareció que hacía ya años que estaba allí. Por fin llegó la avenida, negra, tormentosa v horrible. Y me costó mucho hacer retroceder a los caballos.

»A la mañana siguiente llegaron dos pintes que habían perdido algunos mustangs entre las las rocas. Toda la comida de por allí había desaparecido ya, de modo que no había otro remedio sino intentar la salida. Los pintes me dijeron que no había probabilidades hacia el Norte, y tampoco agua o hierba; decidí, pues, ir hacia el Sur para ver si por allí podíamos salir del cañón. Peg se rompió una pata y... y no tuve más remedio que pegarle un tiro. Pero seguimos subiendo con el resto de los caballos. Yo me confié a los piutes. Viajamos durante cinco días en dirección al Oeste, para buscar la salida del cañón. No había hierba, sino un poco de agua y aun salada. Blue Roan estaba tan animoso como siempre. Entonces los pintes empezaron a ir de un lado a otro, no para buscar la salida sino para ver si encontraban un poco de hierba.

Nunca vi un lugar tan estéril como aquél. Uno a uno cayeron los caballos, muertos de hambre y, por fin... por fin no tuve ánimos para ver morir a Bloc Roan... También tuve que pegarle un tiro. Y lo que siento ahora es no Haber tenido valor para matarlos antes.

Después de estas palabras reinó un largo silencio y luego Creech continuó:

-Los piutes serán muy bien pagados si ello depende de mí. De no ser por ellos, yo mismo habría muerto de sed. Rodeamos y cruzamos unos rojos acantilados; luego una gran faja de arena roja y seguirlos por el interior del cañón. Al pie de éste había una playa de arena y junto a ella encontramos la embarcación de Bostil.

-¿,Cómo? ¿,Cómo? -exclamó Barckton-. ¿La embarcación de Botsil? ¿Acaso Joel no le ha hablado de ella?

-No. Joel no me ha dicho nada-replicó Creech -.¿Qué ocurrió?

-Pues que alguien cortó las amarras, precisamente antes de la avenida.

Sin duda, Brackton esperaba que Creech se sorprendiese, pero no manifestó la menor extrañeza.

-Aquí hay un caballista llamado Slone, cazador de caballos salvajes-continuó Brackton-. Y Joel jura que ese Slone cortó las amarras de la embarcación, a fin de tener más probabilidades de ganar la carrera. Joel asegura que vio a ese Slone.

Para este el momento era muy emocionante, pero no sintió ningún temor. No necesitaba tampoco el empujón que le dió Holley para que avanzase, pues atravesando el grupo se puso frente a frente de Creech.

-Eso no es cierto -dijo- Y aseguro que yo no corté las amarras de la embarcación.

-¿.Quién es usted? -preguntó Creech.

-Me llamo Slone. Llegué aquí con un caballo salvaje que ganó la carrera y luego me han acusado de esa indignidad.

Los ojos doloridos y terribles de Creech parecieron atravesar a Slone. Su mirada era dura a más no poder; pero, sin embargo, no amenazadora.

-¿Joel le ha acusado?

-Así dicen. Yo luche con él y le pegué por haber insultado a una joven.

-Ven aquí, Joel - exclamó Creech con la mayor seriedad. Al mismo tiempo, su enorme, negra y escamosa mano agarro al joven por el hombro, de modo que Joel profirió una queja-. ¿De modo que has mentido? ¿Por que?

Joel demostró que su padre le inspiraba un gran temor.

-Se marchó con Lucía y yo le sorprendí con ella -murmuró.

-¿Y has mentido para perjudicar a Slone?

Joel no contesto, aunque no era necesario que lo hiciese para confesar su embuste. Parecía no darse cuenta de haber cometido una falta. Creech le miro con expresión compasiva y luego le dió un empujón para hacerle retroceder.

-Muchachos -dijo-, mi hijo ha calumniado a este jinete. Ya veis, pues, que Slone no corto las amarras de la embarcación. Además, vosotros os figuráis que el hacerlo fue el mayor crimen en este caso, pero os engañáis. El crimen consistió en no botar al agua la embarcación durante varios días, cuando mis caballos podían haber cruzado el río sin inconveniente.

Slone retrocedió, al parecer olvidado de todos, y a la vez sintió alegría y pesar. Había sido expulsado, pero era evidente que Creech, aquel hombre duro y taciturno, sabía muy bien donde le apretaba el zapato, y Slone pensó en Lucía.

-¿Quien corto, pues, las amarras de la embarcación? -preguntó Brackton con acento de incredulidad.

Creech le dirigió una extraña mirada y continuó su relación:

-Como decía, encontramos la embarcación embarran cada en aquel banco de arena. Observe que los cables habían sido contados, pero también vi algo más... En fin, el río estaba muy crecido y rápido, pero al otro lado había un sitio excelente para desembarcar. Nos metimos en el bote, y tras remar de firme y dejarnos arrastrar por la corriente, llegamos al otro lado con los caballos. Cuando llegamos al río teníamos cinco, pero dos se cayeron al agua. Luego tomamos tierra y los piutes fueron en busca de algunos navajos y también de algunos caballos. Yo tomé el camino del Vado... Acampe dos veces y Joel me vio llegar.

-¿Y observo usted, Creech, algo más en la embarcación? -preguntó Brackton con mayor interés-. Es decir, salgo en las cuerdas u otra cosa cualquiera que le diese una idea de quién pudo ser el que las corto?

Creech no contesto a eso. Su mirada parecía más hosca que antes. Al parecer, tenía un secreto y no confiaba en ninguno de sus oyentes. Todos aquellos hombres eran amigos suyos, pero se hallaban en condiciones especiales. Su silencio era trágico v aquel hombre, sin duda, respiraba venganza.

XVI

Aquella noche no se mostró la luna, y sólo algunas estrellas parpadearon entre las nubes que cruzaban despacio el cielo. La atmósfera estaba pesada, cargada aún con el calor del día, que el viento no había alejado. En el horizonte amenazaba una tempestad y los rayos que cruzaban el cielo, por detrás de los negros monumentos, daban una grandeza especial a aquel lugar desierto.

Lucía Bostil tuyo que engañar a su tía para poder salir de la casa, v así la ventana, que no había necesitado para salir, desde que se marchó Bostil, volvió a ser utilizada aquella noche. Últimamente la tía Jane pareció estar recelosa, v aunque Lucía deseaba confiarle su secreto, no acababa de resolverse a ello. Por alguna razón que Lucía no pudo averiguar, Holley resultaba bastante difícil de manejar, especialmente aquel día. La joven no deseaba que Holley la acompañase en sus citas nocturnas con Slone, y cambió su traje ligero, poniéndose el de montar, que' era mucho más oscuro y grueso.

En aquella aventura nocturna había cierto carácter de incertidumbre y de peligro que nada tenía que ver con el amor. El secreto, el tener que burlar a sus guardianes, la oscuridad, el silencio y el mismo peligro, todo eso despertaba en ella un instinto profundo y aun no desarrollado, y la hacía estremecer de pies a cabeza, proporcionándole una grande excitación y extraordinario atrevimiento. En ella sentía correr la sangre de los más grandes aventureros de su tiempo.

Lucía temía haberse retrasado. Después de calmar los recelos de su tía, tuvo que cambiar de traje, y eso le hizo perder algún tiempo. La joven echó a correr con pasos menos cautelosos, aunque, una vez en la alameda, sólo tomaba precauciones por habérselo prometido así a Slone. Aquella noche olvido o no quiso precaverse como lo hiciera en otras ocasiones. Las sombras eran muy oscuras, más que en otra cualquiera de las noches anteriores. Siempre sintió algún temor por la oscuridad, cosa que le inspiraba un poco de desdén hacia sí misma. Sin embargo, no se atrevía nunca a sondear los lugares tenebrosos. Y como conocía el camino, siguió avanzando, sin producir más ruido que el de '.as hojas que rozaba.

De pronto se imaginó oír pasos v se detuvo, quedándose tan inmóvil como el tronco de un árbol. No había ninguna razón para asustarse del ruido de pasos. Incluso siempre la había sorprendido no encontrar a ningún paseante que estuviese fumando tranquilamente un cigarro debajo de los árboles. Presto oído, se cercioro de que se había equivocado y luego continuo avanzando. Pero miró hacia atrás.

¿No se veía una sombra más oscura que las otras, que se movía? Pero solo era una ilusión. Sentía un poco de frío. La atmósfera le parecía más opresiva, o quizá en el ambiente había algo intangible y raro. Continuo andando y llego al sendero que atravesaba la alameda, pero no cruzo en seguida.

En aquel sendero había un poco más de luz y así podía ver a mayor distancia.

Mientras estaba allí escuchando v prestando oído a todas las influencias de la noche, recibió una impresión no originada por la vista ni por el oído. Solo sintió el contacto de las

hojas y únicamente llegó a su olfato el aroma de éstas. Pero adivino una presencia extraña e indefinible.

Lucía era valiente, v aquella sensación. cualquiera que fuese, despertó su enojo. Entro en el sendero se dirigió con ligereza hacia el extremo de la alameda. Cuando encontraba algún sendero en ármalo recto, la joven apresuraba el paso. Estaba incomodada por tener que confesar a Slone que se había asustado. Y al pensar en el joven, sintió que la abandonaba el temor y la excitación nerviosa y que, en cambio, despertaba el enojo contra sí misma.

Llegó entonces a un camino más ancho, que apenas notó, y siguió adelante. De pronto percibió un roce repentino y una rápida sombra. Dos pasos más allá, y mientras su corazón daba un salto, unos brazos vigorosos la derribaron al suelo, una mano dura se poso sobre su boca y se sintió transportada velozmente a través de la oscuridad.

Trató de luchar, pero apenas si pudo mover un músculo. Unos brazos de hierro rodeaban su cuerpo con tal fuerza, que se sintió casi aplastada. Quiso gritar, pero no pudo a causa de la piano que le apretaba con fuerza la boca, y dos dedos fuertes que olían a caballo le oprimieron la nariz.

La joven estaba indefensa, y así tuvo que confesárselo, en extremo enfurecida. Pero luego se quedo paralizada de horror. Cordts la había cogido. Estaba segura. Y se quedo casi inanimada y sin fuerzas. A punto estuvo de perder el sentido. Se aumentó la parálisis de sus facultades, pero no tardó en sentir que la soltaban, que volvía a apoyar los pies en el suelo y que una mano ruda la sacudía. Se tambaleo, y de no haber sido por aquella mano se hubiese caído al suelo. Pudo ver, dominándola, la figura de un hombre alto y negro, algunos caballos a poca distancia y la extensión gris oscura de la pendiente cubierta de salvia. Luego la mano se apartó de su rostro.

-No grites, niña.

Llegó a sus oídos esta orden en voz baja y dura. Vio el brillo de un revolver apuntando hacia su rostro. El miedo instintivo despertó sus antiguas facultades, y la debilidad, la confusión y el temblor la abandonaron por completo.

-No me moveré –tartamudeó.

Sabía que lo que siempre temió su padre acababa de ocurrir. Y aunque le habían aconsejado que en aquella circunstancia no había de dar ningún valor a su propia vida, no se sintió con fuerzas para correr. Y ello ocurría cuando la vida le parecía tan dulce y cuando no tenía fuerzas para sufrir el dolor a la muerte.

El hombre retrocedió un poco. Era alto, flaco y estaba mal vestido, pero no se parecía a Cordts. La joven no podía olvidar la figura de este. Miró al desconocido y a la débil luz de algunas estrellas reconoció al padre de Joel.

- ¡Oh, gracias a Dios! -murmuró, sintiendo un gran alivio-. ¡Me figuré... que era usted... Cordts

-¡Cállese! -mandó él con acento severo, en tanto que le daba una sacudida con su ruda mano.

Lucía despertó a la realidad. Era indudable que la amenazaba algún mal, a pesar de que aquel hombre no era Cordts. Su mente no acababa de comprender lo que ocurría, pues estaba asombrada y anonadada. Luchó por hablar, aunque sin alejarse de aquella orden que, a la vez, era un aviso.

-¿Qué significa esto? - preguntó en voz baja, algo emocionada, Lucía.

No tenía ningún miedo de Creech, pues en un tiempo, cuando éste y su padre eran amigos, ella fue la niña mimada de Creech. Recordaba haberse subido muchas veces a sus rodillas. Entre Creech y Cordts había una distancia inmensa. Y, sin embargo, había sido cogida con violencia, transportada a un lugar desierto y, además, amenazada.

Creech se inclinó, y su flaco rostro, alumbrado por unos ojos terribles, obligó a retroceder

a la joven.

-Bostil me ha arruinado. Ha sido la causa de la muerte de mis caballos -murmuró con acento de cólera-. Y yo te secuestro. Te conservaré como rehén a cambio de King, de Sarchedon y de todos sus caballos de carreras.

-¡Oh! -exclamó Lucía con sorpresa y sobresalto, sintiendo una punzada de dolor-. ¡Oh, Creech...! ¿De modo que no se propone usted hacerme daño?

Aquel hombre se enderezó y por un momento guardó silencio, como si la pregunta de la joven presentase un nuevo aspecto del caso.

-Lucía Bostil, soy un hombre arruinado, salvaje y dominado por el odio. Pero Dios sabe muy bien que nunca he pensado en eso... es decir, en hacerte daño. No, niña, no te haré ningún daño, pero te aconsejo que obedezcas y me acompañes-sin resistirme, porque me siento poseído por una legión de demonios.

-¿Y adónde me llevará usted? -preguntó ella.

-Seguiremos el curso de los cañones hasta llegar al lugar donde nadie pueda encontrarme -dijo-. Comprendo que este viaje será muy duro para ti, pero quiero herir el corazón de Bostil del mismo modo que él ha destrozado el mío. Le mandaré un aviso. Y le diré que si no quiere entregarme sus caballos te abandonaré a Cordts.

-¡Oh, Creech! ¡Usted no hará eso! -murmuró la joven asiendo el brazo musculoso de aquel hombre.

-Si hiciese eso, Lucía, daría pruebas de ser un criminal -dijo con triste acento-, pero creo que esta amenaza inducirá a Bostil a entregarme sus caballos.

-Temo que no lo haga, Creech. Mejor sería que me dejase usted volver a mi casa. Yo no diré nada. No le guardo rencor, porque creo que tiene usted razón. Mi padre es... ¡Oh! No me haga usted sufrir. Cuando yo era pequeña usted me tenía cariño.

-Es inútil-replicó él-. No hables más. Monta ahora ese caballo y echa a andar, precediéndome.

Le acompañó al lado de un mustang muy flaco. Lucía subió a él y pensó en la afortunada coincidencia de haberse puesto un traje de montar. Éste era de color oscuro y grueso, y resultaba muy cómodo para montar a caballo.

De haberse puesto aquella noche su traje blanco y delgado, el mismo que llevaba la primera noche que fue al encuentro de Slone... Y al pensar en el joven, sintió una punzada en el corazón. El pobre la esperaría en vano y volvería a su cabaña sin saber lo que le había ocurrido a ella.

De pronto, Lucía descubrió a otro hombre que empuñaba la brida de dos mustangs. Éste montó a su vez y se le adelantó. Lucía reconoció a Joel Creech, lo cual le infundió cierto temor, pero luego se dijo que el padre era muy capaz de dominar a su hijo.

-¡Adelante! -dijo Creech azotando en la grupa al caballo de la joven.

Éste avanzó en fila india con los dos hombres y un caballo de carga, alejándose de la pendiente cubierta de salvia. Tomaron la dirección de los monumentos, que entonces parecían muy negros a la luz de los relámpagos que cruzaban el cielo.

Desde que Lucía había cumplido los diez años, le profetizaron varias veces que un día sería secuestrada y ahora eso acababa de ocurrir. Comprendía que la amenazaba un gran peligro, aunque infinitamente menor que si lo hubiera hecho algún otro personaje de los que habitaban en aquellas tierras altas. Creía que si se limitaba a obedecer, sin protesta, las órdenes de Creech, por lo menos se vería libre de todo daño personal. Díjose que aquello era un golpe desgraciado para su padre, pero no peor de lo que merecía. Por fin le había alcanzado el castigo.

¡Cuánto sentiría tener que desprenderse de sus caballos! Sin embargo, Lucía se preguntó si querría entregar a King, aun para evitarle a ella las privaciones y los peligros. Su padre era

mucho más capaz de seguir su rastro, en compañía de sus hombres, para matar a los Creech, antes de acceder a las peticiones de estos. Pero era posible que la amenaza de que la entregarían a Cordts asustase a aquel hombre viejo y de carácter duro.

Los caballos trotaban y daban la vuelta por la pendiente, sin duda para describir un gran rodeo en torno del Vado, de modo que, por fin, Lucía dió la espalda a los monumentos. Ante ella se extendía el oscuro y árido desierto, y a través de las tinieblas reinantes no podía divisar cosa alguna. Comprendió que se encaminaban hacia el Norte, hacia los cañones salvajes y desconocidos por los jinetes.

Cordts y su cuadrilla se ocultaban por allí. ¿Que no ocurriría si los Creech se ponían al alcance del bandido y de sus hombres? La confianza de Lucía sufrió un notable descenso. Luego recordó que los Creech eran casi como los indios. ¿Qué haría Slone? Sin duda saldría a caballo en busca de sus huellas. Lucía temió por los Creech si Slone llegaba a darles alcance. Y al recordar la habilidad de aquel cazador de caballos salvajes y su costumbre de seguir toda clase de huellas, sin contar con el rápido e incansable Huracán, quedó convencida de que Creech no podía conservar largo tiempo a su cautiva. Slone sería muy prudente y no daría señales de su persecución. Era casi seguro que caería sobre los Creech durante las horas de la oscuridad nocturna... y Lucía volvió a estremecerse. ¡Que horrible muerte la de Dick Sears!

Así, mientras la joven seguía avanzando, montada a caballo, tenía la mente ocupada por infinitas ideas. Estaba acostumbrada a montar a caballo, y el movimiento del animal parecía ser algo en armonía con el de su propio cuerpo. Aun ahora, agobiada por sus preocupaciones y por sus temores, no olvidaba su astucia natural y, gracias a su hábito de montar a caballo, las horas le parecían pasar muy aprisa. Se sorprendió al notar que sus compañeros se detenían, obligándola a hacer lo mismo, y que ante ella pudiera divisar algunos montículos de rocas poco elevados y bastante imprecisos.

-Desmonta -ordenó Creech.

-¿Dónde estamos? -preguntó Lucía.

-Me parece que entre unas rocas. Ahora procura dormir, porque lo necesitarás.

Tendió una manta en el suelo, puso a guisa de alma. hada la silla de un caballo y luego extendió encima otra manta.

-Quisiera saber si será preciso atarte o no -observó Creech-. Si te ato te haré daño, sin contar con que hemos de hacer un Viaje bastante largo.

-Vamos, que quiere usted saber si tratare de escapar o no -preguntó Lucía.

-Precisamente.

Lucía se quedó pensativa, diciéndose que en aquel! hombre rudo se advertía cierta delicadeza de sentimientos. Quería evitarle no sólo un dolor, sino la necesidad de vigilarla continuamente. A ella le repugnaba tener que dar su palabra de no escaparse si se presentaba una ocasión favorable. Sin embargo, se dijo que una vez se hubiesen aventurado por los cañones, cosa que ocurriría al día siguiente, lo peor que podría hacer sería huir. Y el recuerdo de los ojos cavernosos y llenos de codicia de Cordts no influyó poco en la decisión que tomó.

-¿Querrá usted creerme, Creech, si le doy palabra de no intentar la fuga? -preguntó.

Creech se quedó un instante muy pensativo y luego dijo:

-Me parece que sí.

-Pues, en tal caso, se lo prometo.

-Haces bien. Ahora duerme.

Lucía obedeció y se cubrió con una manta. El lugar era triste y solitario. Oyó el ruido que hacían los mustangs al pacer la hierba y los quedos pasos de los dos hombres. De pronto cesaron los ruidos. Un viento bastante frío fue a chocar contra su rostro y agitó las matas de salvia que la rodeaban. Poco a poco disminuyó el frío y sintió un calor agradable. Sus ojos dieron muestras de fatiga. ¿Que le había ocurrido? Luego, y ya disponiéndose a dormir, creyó

por un momento que todo era un sueño; pero al sentir bajo su cabeza la silla que le servía de almohada comprendió que estaba muy lejos de su dormitorio. ¿Que haría la pobre tía Jane cuando, a la mañana siguiente, descubriese su ausencia? ¿Que haría Holley, ¿Cuándo regresaría su padre? Tanto podía ocurrir eso en breve como tardar bastante. En cuanto a Slone, Lucía pensaba en él con tristeza, porque sin duda el joven la amaba con toda su alma. Se estremeció al pensar en él montado a lomos del garañón salvaje, de su Huracán. Y mientras su mente estaba ocupada por estas ideas, insensiblemente se convirtieron estas en sueños y se quedo dormida.

Despertó al amanecer notando que una mano le dolía a causa del frío, porque la tenía al descubierto. Su duro lecho le había dejado doloridos todos los miembros. Ovo los chasquidos del fuego, y a su olfato llegó el olor de la madera de cedro. Y a la luz gris de la mañana vio a los Creech en torno de una hoguera.

Se levanto, y aunque los dos hombres la vieron no hicieron ningún comentario. En aquel amanecer frío y gris comprendió mejor su situación. Tenía el cabello mojado, porque cabalgo casi toda la noche sin sombrero. No poseía nada absolutamente, aparte de lo que llevaba encima, pero dio gracias al cielo por haberse puesto el traje de montar y las botas, porque, de haber llevado el de verano y los zapatos, su situación sería entonces mucho más desagradable.

-Ven a comer -dijo Creech-. Eres una muchacha de sentido común y ya comprenderás la necesidad de alimentarte.

Bostil sostenía siempre en sus discusiones que un hombre debe comer cuanto pueda al emprender un viaje, con objeto de llegar al final en el mejor estado posible. Y Lucía comió a pesar de los temores que sentía. Miro una vez con curiosidad a Joel Creech. Sintió los ojos de este clavados en ella, pero el los desvió en el acto. Y daba muestras de estar más taciturno y fuera de sí que otras veces.

Ni el padre ni el hijo se entretuvieron en el campamento. Dejaron a Lucía entregada a sí misma. Aquel lugar parecía una depresión desde la cual el desierto se extendía hacia el rosado Oriente, y las rocas que tenían detrás, quebradas y amarillas, estaban rodeadas de cedros.

-Trae los caballos-ordeno Creech a Lucía. Y mientras ella obedecía, pudo oír que regañaba a su hijo-: Oye, tú, hazme el favor de dejar tranquila a esa muchacha o, de lo contrario, te voy a escarmentar.

Lucía trajo los tres mustangs al campamento y Creech empezó a ensillarlos. El restante, o sea el de carga, se hallaba entre los cedros y junto a la base de unos pequeños acantilados. Y cuando la joven lo trajo también al lado de Creech observó que éste decía a su hijo, que ya había montado:

-Cuando vuelvas, sigue este cañón hasta el final. Conduce a una llanura cubierta de pinos. Yo te veré fácilmente o a cualquiera que se acerque, mucho antes de que llegues hasta donde estamos. Y no hay necesidad de que vengas sin los caballos de Bostil. Ya sabes lo que has de decirle si te amenaza o se niega a entregar sus caballos, o si manda a sus picadores para que me sigan la pista. Eso es todo. Ahora vete.

Joel Creech se alejó hacia la parte alta de aquel árido desierto.

-Ahora tú y yo continuaremos el viaje-dijo Creech a Lucía.

Cuando lo tuvo todo dispuesto, ordenó a la joven que siguiera de cerca sus huellas. Penetro entonces en una estrecha hendidura que había entre las altas rocas, que describía algunas curvas y tenía el suelo lleno de matas de salvia y de pequeños cedros. Lucía, al pasar junto a estos últimos, concibió la idea de recoger las diminutas piñas y dejarlas caer en aquellos trechos de su camino en donde fuera difícil seguir sus huellas. Y así, con la mayor prudencia, se lleno con ellas los bolsillos.

Creech seguía andando sin mirar hacia atrás, y, al parecer, no le importaba el lugar que pisaran los caballos. Lucía se dijo que aun no había llegado la ocasión de ocultar su rastro. De

pronto la estrecha hendidura fue a desembocar en un cañón poco profundo, lleno de pedazos de roca procedente de los desmoronamientos de sus propias paredes y poco después llegaron a un cañón principal, en el que abundaban los despeñaderos de un color amarillento. Al parecer se dirigían hacia el Norte, y a gran distancia, y por encima de los despeñaderos y de las crestas, se divisaba una línea larga y negra, como si fuese un horizonte cubierto de nubes.

Creech cruzo aquel ancho cañón y penetro en una de las muchas aberturas que había en sus paredes. Ésta se hallaba llena de rocas desmenuzadas y de fragmentos de pizarra, de modo que el trayecto era muy penoso, tanto para las personas como para los caballos. Lucía tenía mucho cuidado con su montura y así no dejaba de ayudar a su caballo de las mil maneras que conoce un buen jinete. Y a pesar de que eso solicitaba casi toda su atención, no cejó en dejar caer alguna de las piñas de cedro sobre la tierra dura o las rocas. Y se dijo que dejaba una buena pista para los agudos ojos de Slone.

Aquel día fue para Lucía el en que realizó el viaje más pesado y rápido de su vida entera. A la puesta del sol, cuando Creech se detuvo en una garganta rodeada de altas rocas, Lucía echó pie a tierra y se apresuró a tenderse sobre la hierba.

Creech le dirigió una mirada impregnada de simpatía y de admiración, pero no dijo cosa alguna acerca de la pesada marcha durante aquella jornada. La joven nunca en su vida había deseado el descanso cómo entonces y nunca, tampoco, estimó en tanto la blandura de la hierba o la satisfacción de haber terminado una etapa. Estaba inmóvil y con el cuerpo dolorido. Creech, después de soltar los caballos, le ofreció un poco de agua fresca, procedente del arroyó que corría a poca distancia.

-¿Qué trayecto hemos recorrido? -preguntó ella.

-Calculó que unas sesenta millas desde que salimos -replicó-. Pero ni siquiera estamos a treinta de nuestro último campamento.

Luego se ocupó en preparar lo necesario para acampar. Lucía meneó la cabeza cuando Creech le ofreció algo que comer, pero insistió y por fin la joven se resignó a aceptar. Creech era hombre rudo, pero muy bondadoso con ella, de modo que en cuanto la joven se hubo acostumbrado a su rostro duró, flaco y negro, le pareció advertir en él cierta expresión de tristeza. También notó Lucía que Creech nunca dejaba de ayudar a su caballo, siempre que le fuese posible, pues a veces se encaramaba a pie o desmontaba en los momentos difíciles.

Pronto la noche dejó rodeado de espesas tinieblas aquel lugar. Lucía, a juzgar por lo que divisaba, no habría podido asegurar si tenía los ojos abiertos o cerrados. Sin embargo, éstos estaban llenos de mil escenas y aspectos del salvaje y tortuoso cañón y de las gargantas junto a las cuales había pasado aquel día. El dolor de sus miembros y la fiebre de su sangre le impedían conciliar el sueño y le pareció que siempre más experimentaría desagradables sensaciones. Durante doce horas había montado a caballo sin pensar siquiera en la naturaleza de aquel país salvaje; pero en cuanto se tendió en el suelo, para descansar, su mente le ofreció una interminable procesión de escenas, de estrechas y rojas fisuras llenas de vegetación, amarillas gargantas y pendientes acentuadas de las rocas alisadas por la inclemencia del tiempo; aberturas traidoras y llenas de polvo, que ponían en comunicación los cañones, montones de roca y de pizarra desmenuzada, millas y millas de paredes de líneas sinuosas, amarillentas y más ó menos verticales. Y, a través de todo aquello, la joven fue dejando un rastro.

Al día siguiente, Creech se encaramó por las paredes, no muy altas, de aquel cañón y Lucía contempló una extensión desierta y rocosa, cortada por gargantas áridas aveces o cubierta de fajas verdes y de bosquecillos de cedros. La línea larga y negra que observó el día antes parecía estar mucho más cerca, por encima de aquel laberinto formado por los cañones. Cada media hora, Creech se hundia en uno de ellos para salir al poco rato. Y cruzaban lugares arenosos y de terreno duró, así como grandes extensiones de rocas peladas en donde ni

siquiera un caballo herrado podría dejar la menor huella.

Sin embargo, aquella etapa no fue tan dura y Lucía no tuvo que andar a pie con tanta frecuencia, de modo que terminó la etapa sin estar tan fatigada como el día anterior.

Al siguiente, Creech avanzó con las mayores precauciones. Numerosas veces abandonaba el caminó directo, ordenando a Lucía que le esperase, y se subía al borde de 1s cañones ó a alguna prominencia cubierta de cedros y desde aquellos puntos examinaba la región. Lucía no tardó en comprender que temía algún encuentro y quizá que le persiguiesen. Eso a la joven le pareció raro, porque no podía esperarse que tan pronto hubiese emprendido alguien la persecución de Creech.

La extraña conducta de éste se acentuó al tercer día, y Lucía llegó a sentirse dominada por la aprensión. No podía adivinar la razón de lo que ocurría, pero cada vez que Creech se encaramaba a alguna alta cresta, que le proporcionaba un buen observatorio de la enorme meseta que habían atravesado, Lucía no podía dejar de descubrir algunos puntos movibles a bastantes millas de distancia.

-¡Ya sabrás qué es eso! -observo Creech.

-Caballos - replicó ella.

É1 meneo la cabeza con expresión de disgusto y, al parecer, se quedo entregado a profundas reflexiones.

-¿Nos sigue alguien? - pregunto Lucía sin poder dominar el temblor de su voz.

-Sin duda. Hace ya dos días. Y eso me extraña.

-¿Nos han visto ya?

-Aún no nos han visto, pero, con toda seguridad, nos siguen.

-¿Quién?-pregunto ella.

-Me sabe mal decírtelo, muchacha, pero no tengo otro remedio. Es Cordts, a quien acompañan dos de sus hombres.

-¡Oh, no me diga eso! -exclamo Lucía, aterrada.

Antes no la asustaba el nombre del bandido; pero entonces volvió a sentir el mismo temor que en el primer momento la domino en la alameda, la noche en que fue capturada.

-Sí. Es Cordts -replicó Creech-. Ya lo sabía antes de haberle visto. Hace ya dos semanas que vi su caballo mientras pastaba en el cañón que seguíamos. Por un momento creí haber cometido un error, que alguien nos hubiese visto o descubriera nuestra pista. Pero, en fin, sea como fuere, nos persigue. Y lo que más me extraña es ver con qué seguridad sigue nuestros pasos. Cordts no ha sido nunca un buen rastreador. Y después de la muerte de Dick Sears, en su cuadrilla no queda ninguno capaz de seguir una pista. Yo oculté con el mayor cuidado nuestras huellas. No lo comprendo.

-El caso es, Creech, que yo he dejado una pista -confesó Lucía.

-¿Como?

Entonces ella le dijo que había dejado caer algunas piñas de cedro y hojas del mismo árbol cuando atravesaban los lugares cubiertos de rocas peladas.

-La verdad es que... -Creech ahogó una blasfemia y luego, riéndose, exclamó-: Eres muy lista. De todos modos, confieso que no me diste palabra acerca del particular. En fin, si Cordts te coge, tú tendrás la culpa.

-¡Oh! -exclamo Lucía mirando frenética hacia atrás y observando que aquellas manchas diminutas eran cada vez más visibles-. Pero ¿cómo sabe usted que me persigue a mí?

-Ignoro este detalle y quizá él tampoco lo conoce. Sin embargo, sus caballos están descansados, y si no podemos darle esquinazo, no tardará en descubrir a quien persigue.

-Sigamos, sigamos marchando. Es preciso engañarle no volveré a hacer eso. ¡Por Dios vivo, Creech, no deje que ese hombre se me acerque!

Entonces Creech abandonó la meseta para hundirse de nuevo en los cañones.

Termino el día, y la noche muy oscura. La salida del sol del día siguiente encontró a Creech prosiguiendo su viaje, sin tener en cuenta el cansancio de Lucía ni el de los caballos. Seguía al trote de éstos y escogía el terreno que con más dificultad pudiera conservar sus huellas. Corro un gamo viejo disimulaba a veces su pista. Aprovechaba toda ocasión de avanzar por el lecho de algún arroyo, pues en el agua no quedaba ninguna huella. Aquel día los mustangs empezaron a dar muestras de fatiga.

Los cañones seguían entonces una dirección casi paralela y a medida que avanzaban eran cada vez más profundos y estaban más cubiertos de vegetación. Aquella noche Lucía se vio en el fondo de un abismo. El silencio impresionante de aquel lugar la tuvo despierta bastante rato, aunque, por fin, se quedo dormida y soñó que Cordts la capturaba y se la llevaba a muchas millas de distancia, por entre aquellos profundos cañones de paredes purpúreas. Luego soñó con Slone, que perseguía al bandido, montado en su garañón Huracán, y en una lucha salvaje entre los dos hombres. Y se despertó aterrada y sintiendo mucho frío, cuando todavía la rodeaba la noche.

Al día siguiente, Creech se dirigió hacia el Oeste. A Lucía le pareció que se desviaban muy a la izquierda de la dirección que tomaran en primer lugar. Y la joven, a pesar de su tremendo cansancio y de la necesidad de cuidar de sí misma y de su caballo, no podía dejar de maravillarse ante el espectáculo que le ofrecía aquel cañón salvaje y huraño. Solo era un tributario del Gran Cañón, según creía, pero era distinto, extraño e impresionante, porque todo estaba al alcance de la mano, incluso las desigualdades de las rocas, que parecían enormes insectos que se encaramasen por las paredes. Y a cada recodo del camino parecía imposible seguir avanzando por aquel terreno sembrado de rocas sueltas. Sin embargo, Creech hallaba siempre el modo de avanzar.

Durante muchas horas tuvieron que encaramarse por toda suerte de pendientes, cosa que hasta entonces no se vieron obligados a hacer. Los troncos muertos y rotos de los cedros rompían con sus astillas el traje de la joven, que también recibió más de un arañazo. Hacia la mitad de la tarde, Creech la condujo a la última pendiente, cubierta de cedros y en dirección a un terreno llano, en el que abundaban los pinos y la alta hierba descolorida. Allí descansaron.

-Hemos engañado a Cordts, puedes estar segura de ello -dijo Creech-. Eres una muchacha muy animosa; pero por Dios te juro que si tuviera que hacer otra vez este viaje, no me atrevería a intentarlo.

-¡Oh! ¿Está usted seguro de que ha perdido nuestro rastro? -preguntó Lucía.

-Tan seguro como que me he de morir. Pero todavía estaremos más tranquilos después de cruzar esta ranura. Está situada a mucha distancia del lugar en que había de esperar a Joel. Pero no dejaremos huellas de nuestro paso.

-Esta hierba demostrará por donde hemos pasado.

-Fíjate en los pasos que hay entre ella. Están todos cubiertos de agujas de pino, que son suaves y elásticas. Solamente un indio sería capaz de llegar a descubrir nuestro paso.

Lucía miró ante ella y por debajo de los pinos. Era un hermoso bosque, en el cual los árboles estaban bastante separados uno de otro, aunque no demasiado para que sus ramas no se entrelazasen. Llegó a su olfato un aroma seco y fuerte, como el de un perfume concentrado. A su pesar pensó en un incendio, en cómo las llamas prenderían' en todo aquello, y recordó la horrible amenaza de Joel Creech. Y la joven se estremeció y se apresuró a olvidar tal idea.

-No puedo..., no puedo seguir adelante-dijo. Creech la miró compasivo, y entonces Lucía se fijó en

que últimamente aquel hombre se había suavizado mucho.

-Es preciso -dijo-. Por este lado no hay agua, y más allá, y junto a la pared del cañón, la encontraremos abundante.

Así, pues, atravesaron el bosque y Lucía observó que, a pesar de su creencia, pudo seguir

avanzando. Los caballos pisaban suave y muelle y eso facilitaba la marcha. Abundaban allí los gamos y los pavos, que no demostraban alarmarse al ver a los viajeros. Pronto creyó Lucía que llegaría a embriagarla aquel aroma tan fuerte, intenso y penetrante. Pero lo cierto es que, a pesar de figurarse que perdería el sentido por aquella causa, le dió ánimos.

Pasó la tarde y el sol atravesó las ramas de los pinos con algunos rayos de color dorado; en breve el crepúsculo se convirtió en noche. Los árboles tenían una apariencia espectral en la oscuridad y el bosque parecía ser más espeso que nunca. Oíanse, a veces, los aullidos de los lobos y también se percibieron gritos de búhos y de gatos monteses.

Lucía se quedó dormida a lomos de su caballo y, por fin, a una hora avanzada de la noche, cuando Creech la levantó de la silla y la dejó en el suelo, ella se extendió en el blando colchón de las agujas de pino y ya no se dió cuenta de nada más.

No se despertó hasta la tarde del siguiente día.

El lugar en que Creech había establecido su campamento final dominaba la escena más salvaje de aquella comarca de tierras altas. Los pinos se habían diseminado y agrupado en torno de un hermoso parque de hierba, que terminaba de pronto sobre las desnudas rocas. Amarillos despeñaderos se alzaban sobre aquella cresta, y por debajo de ellos se veía una estrecha garganta de azuladas profundidades, que dividía el extremo de la gran meseta y se encaminaba directamente hacia el comienzo del cañón, el cual, de acuerdo con lo que Creech dijera, se extendía por entre aquella soledad de rojas piedras y de verdes hendiduras. Cuando la mirada de Lucía se dirigió a lo lejos quedóse asombrada ante aquellas superficies desnudas, enormes y ondulantes ; cada una de las hendiduras verdes era, en realidad, un cañón corto que corría en sentido paralelo al mayor y central. Las quebradas fisuras y las gargantas mostraban la comunicación que existía entre aquellos cañones, y obligaban a la mirada a seguir su curso y a descender gradualmente hasta la purpúrea y vaga lejanía, en la que aún se divisaba la llanura ondulante y desnuda del desierto.

Lucía se limitaba a mirar. Aquel día no tuvo fuerzas ni deseos de andar ni de comer. Creech iba sin cesar de un lado a otro, en torno de ella, al parecer agobiado por un remordimiento que no llegaba a exteriorizar con sus palabras.

-¿Espera usted que Joel venga por este enorme cañón?

-Espero que se presentará algún día -replicó Creech.

Y me gustaría mucho que se apresurara.

-¿Conoce el camino?

-No. Pero es muy hábil en encontrar huellas. Además le dije que siguiera sin cesar el cañón principal. ¿Crees que sería capaz de seguir esta cresta por espacio de cincuenta millas sin echar pie a tierra?

-Me parece que no es posible.

-Pues yo lo he hecho. Y no quise venir por este camino, porque habría tenido que dejar huellas.

-¿De modo que se figura usted que estamos seguros? ¿Quiero decir, seguros de Cordts?

-Creo que sí. Él no sabe seguir huellas.

-Pero supongamos que encuentre las nuestras.

-En fin, suponiendo que fuese así, aun entonces, y empuñando un revólver, tengo esperanza de que acabaría por vencer a Cordts.

Lucía le miró muy sorprendida.

-Esto es extraordinario -exclamó-. ¿De modo que estaría usted dispuesto a luchar por mí? Y, sin embargo, me ha llevado durante días y días por entre estas peñas horribles. Ahora míreme, Creech. ¿Me parezco mucho a la Lucía Bostil que usted conocía?

Creech inclinó la cabeza y replicó:

-Lo cierto es que yo me tenía por un hombre honrado, pero veo que en realidad soy un

bandido.

-Cuando yo era pequeña, usted me quería, y recuerdo que muchas veces me subió en sus rodillas.

-Cuando me apoderé de ti, Lucía, no recordé esas cosas. No era más que un medio para lograr un fin. Bostil me odiaba y me arruinó. Yo me entregué a la venganza, que solamente podía lograr gracias a ti.

-Sepa usted, Creech, que no defiendo a mi padre.

Es... no es ningún hombre bueno, en cuanto se trata de caballos. Sé que le ha perjudicado a usted. Pero ¿por qué no le esperó para verse con él, cara a cara, como un hombre, en vez de arrastrarme a mí a esta desgracia?

-El caso es que no se me ocurrió. ¡Ojalá hubiese pensado en eso!

A partir de entonces pareció estar más triste que nunca y se sumió en una silenciosa vigilancia.

Lucía se encontró mucho mejor al día siguiente y ofreció a Creech ayudarle en los trabajos propios del campamento, pero él no quiso permitírselo. No había que hacer más sino descansar, y aquella inacción parecía pesar más en Creech que en Lucía, pues el primero siempre fue hombre más activo. La joven adivinó que a medida que transcurría el tiempo aumentaban los remordimientos de su raptor y ella, por su parte, no procuró impedirlo, sino todo lo contrario. Creech construyó para ella un peine rudimentario, atando algunas pequeñas raíces v cortando luego en línea recta los extremos. Y Lucía pudo desenredarse el cabello, según el sistema indio. Aquel día Creech pareció deseoso de oír la voz de Lucía, y por esta razón procuró conversar con ella. Y en una ocasión dijo muy pensativo

-Quisiera recordar algo que oí en el Vado. Deseo preguntarte... -De pronto se volvió a ella con animada expresión, y aquel hombre, que estuvo tan triste y sombrío, mostró en aquel momento el mayor interés y animación-. Oí decir que venciste King montando un caballo rojo y salvaje. Sin duda, eso será una broma como las de Joel.

-No. Es verdad. Y mi padre casi tuvo un ataque.

-¡Caramba! -exclamó Creech, muy excitado-. No me extraña. ¡Su propia hija! Y ahora recuerdo, Lucía, que siempre habías asegurado que llegarías a vencer a King... Te ruego, por Dios, que me cuentes todo eso.

A pesar de lo dolorido que estaba aquel hombre, experimentaba la mayor alegría de que otro caballo, aunque no fuese el suyo, pudiese haber ganado la carrera. Bosta debió de tener un gran disgusto. Lucía le refirió todos los pormenores de la carrera y luego tuvo que hablar de Huracán y también de Slone. Al principio, todo el interés de Creech se concentró en Huracán y en la carrera que realmente no existió. Hizo un centenar de preguntas y, al parecer, estaba tan satisfecho como un muchacho a quien se refiere una buena historia. Una y otra vez alabó a Lucía y se regocijó de pensar en el disgusto de Bostil. Y cuando ella le dijo que Slone desafió a su padre a celebrar otra carrera, ofreciendo apostar su propia vida y su caballo contra su mano, Creech preguntó distraído

-¿De modo que ese Slone deseaba tu mano?

-Es un cazador de caballos salvajes y hombre muy capaz de seguir nuestro rastro.

-¿De seguir nuestro rastro? ¿Ese Slone? Vamos a ver, Lucía. ¿Tú le quieres?

Lucía profirió una exclamación entrecortada, que habría sido difícil decir si era risa o sollozo. -¿Que si le quiero? ¡Ah!

-Y tu padre está contra él. Como es natural, Bostil odiará a cualquier hombre que posea un caballo rápido. ¿Y por qué ese tonto no ha vendido su garañón a tu padre?

-Porque antes me había regalado Huracán.

-Yo habría hecho lo mismo. ¿Y que pasará ahora cuando vuelvas a tu casa?

Lucía meneó la cabeza con aire pesaroso.

-Sólo Dios lo sabe. Mi padre no será nunca el dueño de Huracán y no me dejará casarme con Slone. Y cuando usted le haya quitado a King como rescate mío, entonces mi vida será un infierno, porque si mi padre sacrifica a Sage King, me odiará como causante de la perdida del caballo.

-Comprendo muy bien que tienes razón -replicó Creech quedándose pensativo.

Lucía podía leer las ideas de aquel hombre como si él fuese de cristal. Se adivinaba que no tenía mal fondo y ahora, en su simplicidad, y animado por la simpatía que sentía por la joven, resultaba digno de ser querido y compadecido.

-Nos hemos metido en un buen lío -dijo por fin-. Y no me gusta el papel que estoy desempeñando. Pero mira, Lucía, si Bostil no cede o... supongamos que, de un modo u otro, volviese a ser dueño de Sage King, eso no facilitaría tu asunto con Slone.

-No lo sé.

-Será preciso celebrar esa carrera.

-Y ¿que bien podría resultar de ello? -exclamó Lucía con lágrimas en los ojos-. Yo no quiero que pierda

papá. Aunque a veces ha demostrado algunos sentimientos bajos, a pesar de todo eso, yo le quiero. Y también tendría un gran disgusto de que perdiese Lin. Además, Huracán puede derrotar a Sage King, y eso significaría que para jamás dejaría de guardar rencor a Slone.

-¿Y no podría el propietario de Huracán hacer de manera que King ganase?

-Desde luego, podría, pero no querría.

-¿Y no podrías tú rogárselo de modo que él no fuese capaz de negártelo?

-Desde luego, podría, pero no quiero.

Estaba tan interesado Creech por aquel asunto, que más no habría hecho para alcanzar la felicidad de una hija suya.

-Es posible que, en definitiva, no os queráis lo bastante. En este país un caballo rápido tiene la mayor importancia para un hombre. Me consta porque he perdido los míos. Pero, de todos modos, en la vida hay algo más... Y eso es lo que me hace comprender que vosotros, los jóvenes, no os queréis lo bastante.

-Sí que nos queremos - exclamó Lucía dejando escapar luego un apasionado sollozo, porque aquella conversación le había quitado el ánimo.

-Entonces el único recurso es que Slone mienta a Bostil.

-¿Cómo? -exclamó Lucía.

-Pues que, de un modo u otro, se celebre una carrera entre los dos caballos y que Bostil no pueda verla. Así le será posible engañarle, diciéndole que King ha alcanzado la victoria.

Lucía díjose que aquella idea de Creech no era muy mala.

-Olvida usted que muy en breve mi padre no será ya dueño de Sage King, de Sarchedon o de Dusty Ben, ni de ningún otro caballo de carreras. Según tengo entendido se hallará en la alternativa de quedarse sin mí o sin tos caballos. Por esta razón me encuentro aquí.

Cambió entonces el aspecto de Creech. De su rostro huyeron la simpatía y la expresión afectuosa. Se puso en pie y, de nuevo, volvió a ser el mismo hombre sombrío que recordaba su pérdida al mirar hacia el cañón. Poco después, él se inclinó y puso su mano en la cabeza de la joven.

Su contacto fue cariñoso v tierno, comparado con otros anteriores, y eso hizo estremecer a Lucía. No pudo ver su rostro ni adivinó que querría decirle, aunque suponiendo que sería algo asombroso, continuó sentada, llena de ansiedad y temblorosa.

-Bostil no perderá a su única hija... ni tampoco su caballo favorito. Yo, Lucía, no he tenido nunca una hija. Pero no puedo apartar de mi recuerdo las ocasiones en que te senté en mis rodillas cuando eras pequeñita.

Dicho esto, se alejó en dirección al bosque. Lucía lo observó muy conmovida y

diciéndose que aquel hombre era capaz de olvidar sus deseos de venganza, cuando, en cambio, su padre se dejó dominar por sus malas intenciones, y eso le hizo sentir una vergüenza muy intensa. Aquel Creech no era un hombre malo. Ya estaba dispuesto a soltarla e, incluso, a devolver los caballos a Bostil en cuanto llegasen. Lucía, , con apasionada determinación, resolvió que su padre debía dar una compensación generosa por la pérdida sufrida por Creech. Y se proponía comunicar su intención a este último.

Pero cuando él volvió a su lado, estaba de nuevo tan sombrío y silencioso, que ella no se atrevió a dirigirle la palabra. ¿Habría desistido de sus generosas intenciones? Lucía sentíase inclinada a creerlo así. Aquellos viejos tratantes en caballos eran hombres incomprensibles en cuanto se refería a estos animales. Al recordar el interés intenso que Creech demostró por Huracán y por la carrera inevitable que había de celebrarse entre él y Sage King, Lucía creyó casi que Creech sacrificaría su venganza sólo con el único objeto de ver cómo el rojo garañón vencía al de pelaje gris. Si Creech guardaba en rehenes a King a cambio de Lucía, tendría que permanecer muy oculto en los lugares más abruptos de aquella región, cruzada por numerosos cañones, o abandonar las tierras altas, porque Bostil no reconocería nunca la legitimidad de su cesión. Como su mismo padre, el viejo Creech era medio hombre y medio caballo. Sus sentimientos humanos le dieron algunos remordimientos. Sintió la suerte de Lucía y deseaba verla de nuevo en su casa, para encontrar la dicha, recordando cuánto la quiso durante su infancia. Pero los otros sentimientos de Creech eran bastante mas complejos.

Antes de que terminase la cena, Lucía adivinó que Creech estaba turbado y sombrío, porque se había resignado a un sacrificio mucho más duro de lo que le pareció en los primeros momentos, en que habló impulsado por sus nobles sentimientos. Pero la joven va no dudaba de él. Estaba segura por completo. King sería devuelto y ella obligaría a su padre a que pagase a Creech el importe de los caballos que había perdido. Y quizá la lección que recibiese Bostil justificaría muy bien todos los dolores, esfuerzos y preocupaciones que le hubiese costado a ella.

Aquella noche, mientras estaba despierta y escuchando el rugido del viento entre los pinos, tuvo una singular premonición, percibió algo semejante a una extraña voz que llegaba a sus oídos con la seguridad de que Slone estaba siguiendo sus huellas.

Al día siguiente Creech parecía estar algo más animado. Sin embargo, no se mostraba locuaz y se dedicaba sin cesar a vigilar de un modo constante.

Lucía empezó a tranquilizarse. Aquel largo viaje con Creech la obligó a reflexionar intensamente desde d primer día. Pasó muchas horas a la sombra de un cedro y en un lugar en que estala protegida contra el sol y contra el viento. Éste, especialmente, era difícil de resistir. Soplaba con mucha fuerza desde el Oeste y era seco, aromático y continuo, cuando agitaba las copas de los pinos, o inclinaba la larga hierba blanda. Aquel día Creech tuvo que construir una barrera de rocas en torno de la higuera del campamento, para que el viento no la diseminara. La espesa vegetación constituía un peligro constante de incendiar la hierba.

Lucía preguntó un día a Creech que ocurriría en este último caso.

-Pues creo que la hierba ardería incluso contra el viento -replicó Creech-. A mí me sabría muy mal que se incendiara el bosque antes de que vengan las lluas. Ésta es la sequía más larga que he visto en toda mi vida. A no ser por eso, mis caballos... Este viento sopla del Oeste y cada día es más fuerte. Nos traerá la lluvia.

Hacia el mediodía siguiente el viento era más fuerte y el calor más intenso, cuando Lucía despertó de una siesta. Creech estaba en pie ante ella y, al separar la mirada del lejano cañón, se volvió para decirle con sonrisa a la vez triunfante y triste:

-Joel está ya muy cerca con los caballos. Lucía dió un salto, temblorosa y agitada. -¡Oh! ¿Donde?

Creech señalo cuidadosamente, con la mano inclinada como un indio, y Lucía o no pudo

fijar exactamente la dirección o su vista no alcanzo a tanto.

-Por ahí, junto a la base de esa pared roja. Hay una línea de caballos. Parecen hormigas. Ahora, en este momento, se están ocultando a nosotros.

-¡Oh! No puedo verlos -exclamo Lucía-. ¿Está usted seguro?

-Por completo - dijo él-. Mi hijo está ya cerca y no tardará en llegar. Lo mejor será que no nos movamos y esperemos a que se presente, porque hay hierba y agua, en tanto que abajo es escasa.

El tiempo pareció interminable a Lucía, hasta que vio a los caballos que avanzaban en zigzag. De pronto desaparecieron y paso largo rato antes de que se presentasen de nuevo junto a una de las paredes contiguas del cañón. La joven se estremeció de alegría al ver a Sage King y a Sarchedon, aunque solo pudo contemplarlos por un instante, porque habían de pasar junto a otra prominencia rocosa antes de subir hasta ella por medio de una garganta inclinada que atravesaba el cañón e iba a parar a la llanura inmediata del bosque. Pero estaban cerca, y Lucía se esforzó en esperar con paciencia. Creech demostró al principio el mayor interés, pero luego continuo dedicándose a cumplir sus deberes de conservar la hoguera encendida. Todos los días, mientras estuvieron acampados, él preparo por sí mismo la comida del mediodía.

Lucía fue la qué vio primero a los caballos y gritó.

Creech se puso en pie de un salto, alarmado.

Joel Creech, montado en Sage King y llevando a Sarchedon de la brida, avanzaba al galope de los caballos. Los demás le seguían.

-¿Para qué esta prisa? -pregunto Lucía-. Después de salir del cañón, Joel no debía haber fatigado a los caballos.

-Pues si no tiene ningún motivo justificado, me va a oír -gruñó Creech-. Los caballos están sudados.

-Mire usted a Sarchedon. Está furioso. Siempre tuvo antipatía por Joel.

-Esto no me gusta, Lucía - murmuro Creech saliendo al encuentro de su hijo.

Lucía le siguió y sólo vio a Sage King. El caballo la descubrió a su vez, la reconoció y relincho, a pesar de que Joel le hacía correr. El animal demostró la mayor alegría al ver a la joven. Durante el viaje recibió un trato bastante malo, pero no estaba jadeante, sino tan solo acalorado y sudoroso. Ella se fijó en eso y luego se acerco al inquieto Sarchedon, el cual se tranquilizo en el acto y puso su hocico casi en contacto con el rostro de Lucía, quien acaricio su enorme cuello, que temblaba. La joven oyó también los otros dos caballos y reconoció el relincho de Two Face; la yegua, llena de alegría, disponíase a acudir al lado de su ama cuando la obligo a estarse quieta la voz severa de Creech. Luego el pobre animal, al ver el rostro de Joel, pareció asustarse.

-¿Por que has hecho eso? - pregunto Creech.

-Tenía muy buenas razones para obligar a correr a los caballos- replicó Joel, que en la comisura de sus labios tenía un poco de espuma.

-¡Bueno, habla!

-¡Cordts y Hutchinson...!

-¿Como? - rugió Creech cogiendo a su hijo por el hombro y dándole una sacudida.

-Cordts y Hutchinson me seguían por ese cañón. E incluso me vieron. Entonces empezaron a perseguirme.

Creech examino con la mayor atención el extraño rostro de su hijo. Luego se volvió diciendo:

-Ayúdame a empaquetarlo todo. Y tú también, Lucía. Hemos de marchamos cuanto antes.

Lucía procuro dominar un desaliento, que parecía quitarle todas sus fuerzas. Sin embargo, se esforzó en ayudar y la necesidad de emprender la acción pareció prestarle nuevos ánimos.

Los dos Creech no tardaron en abandonar el campamento; pero cuando fue necesario

reunir los caballos, pareció que eso les ocuparía bastante tiempo. Sarchedon había conducido a Dusty Ben y a Two Face a un lugar abundante en hierba. Cuando Joel fue a cogerlos, los tres caballos empezaron a galopar en dirección al bosque y Joel regreso.

-¡Vaya un caballista! -exclamo Creech con expresión de disgusto.

-¿Quieres que monte a King para ir a coger a los demás, padre?

-No, deja a King.

Creech fue en busca de Plume, pero el excitado y prudente caballo lo evitó.

Entonces el viejo desistió, recogió sus propios mustangs y volvió al campamento.

-Mira, Lucía, si Cordts se apodera de Sarchedon y de los demás caballos, nada le costará alcanzamos - dijo.

Pronto estuvieron en camino, en dirección del bosque. Creech llevaba la delantera. Lucía iba en el centro y Joel cerraba la marcha, montado en King. Dos mustangs que llevaban algunos paquetes precedían al pequeño grupo.

Creech limitó la carga a lo que podían llevar fácilmente los caballos. Avanzaban con mucha rapidez, pues el terreno, duro y al mismo tiempo suave, gracias a las agujas de los pinos, les proporcionaba grandes facilidades para la marcha.

El corazón de Lucía volvió a sentir un sobresalto y se preguntó cuál sería el fin de aquella fuga. Al observar las miradas que Creech dirigía hacia su espalda, sintió aumentar su miedo. ¡Cuán terrible sería que Cordts cumpliera la amenaza que tantas veces había hecho, es decir, que se apoderase de ella y de King! Lucía perdió su confianza en Creech y se abstuvo de mirar por segunda vez a Joel, porque la primera le bastó. Seguía marchando con el corazón agobiado. La ansiedad, el temor y su esfuerzo en hacer conjeturas acabaron por quitarle el ánimo. Sin embargo, nunca tuvo una percepción más clara de las cosas exteriores. El bosque era cada vez más oscuro y tenebroso. Sólo se divisaban algunos puntitos del azul del cielo por entre las ramas entrecruzadas de los árboles, que producían un extraño rumor al ser agitadas por el viento. Éste, que merecía casi el nombre de huracán, soplaba sobre el rostro de Lucía, y su sequedad le cortaba los labios.

Salieron del bosque por una suave pendiente, llena de hierba, que inclinaba el huracán, y penetraron en un cañón. ¡Cuán rápidamente cruzaron el bosque!

-Echa pie a tierra, Lucía -dijo Creech desmontando-. Tú, Joel, date prisa y entrégame esos paquetes. Yo voy a llevarme por aquí a Lucía y a King. Tú, en cambio, vete por ahí con los caballos y haz como si quisie

ras ocultarte, pero sin hacerlo en realidad. ¿Comprendes?

Joel meneó la cabeza. Parecía estar sombrío y enfurruñado. Su padre le repitió las instrucciones.

-¿De modo que quieres que Cordts siga mi pista? -preguntó Joel.

-Eso es. Te seguirá un rato, pero tú no debes tener miedo.

-No quiero hacer eso.

-¿Por que no? -preguntó Creech alzando la voz.

-Yo iré contigo. ¿Que te propones hacer obrando así? En esta dirección acabarías por llegar al Vado. Y debes tener en cuenta que nos pondríamos en salvo en dirección contraria.

Era evidente que Creech hacía un esfuerzo para dominarse.

-Voy a devolver a Lucía y a King a Bostil.

Joel repitió estas palabras para acabar de comprender su significado.

-¿Que vas a devolverlos? ¿Vas a devolver a Lucía y a King?

-Sí. He cambiado de idea, Joel, y tú...

Pero Creech no acabó la frase, porque su hijo fue presa de un ataque de locura. Aquél era, el último hilo que conservaba su cordura relativa y por fin se rompió. Su rostro se puso verde, los ojos casi le salieron de las órbitas, empezó a mover las mandíbulas y su boca se llenó de

espuma. Saltó, al parecer, con objeto de aproximarse a su padre, pero se equivocó de dirección. Luego, como si hubiera recobrado la vista, dió media vuelta y empezó a hacer extraños gestos, en tanto que profería confusas maldiciones. El asombrado rostro de su padre empezó a demostrarle su repugnancia y entonces una parte de las palabras que pronunciaba Joel se hicieron ininteligibles.

-¡Cállate! - rugió de pronto Creech.

-¡No quiero! -gritó Joel meneando con furia la cabeza-. Y no quiero que lleves a esta muchacha a su casa... Me apoderaré de ella... me la llevaré y tú puedes devolver los caballos, si quieres.

-¡Estás loco! -gritó Creech con voz ronca y acento de rabia-. Todos lo dicen, pero yo hasta ahora no lo había creído.

-Pues si estoy loco, ella tiene la culpa. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora? Pues le romperé el traje, hasta dejarla desnuda, y luego...

Lucía vio que el viejo Creech avanzaba para pegar a su hijo, y oyó el golpe que le asesto. Joel cayo al suelo, pero volvió a incorporarse con ojos y boca parecidos a los de un perro rabioso. El hecho de que por dos veces llevase las manos en busca de su revolver y no pudiera encontrarlo demostró que no estaban ya coordinados sus sentidos y sus movimientos.

Creech dio un salto y se agarro con su hijo. Hubo entonces una lucha horrorosa. Se erizaron los cabellos del viejo y con el rostro furioso continuaba maldiciendo y ordenando. Luchaban por la posesión del arma de fuego, pero Joel parecía tener una fuerza sobrehumana, de modo que por más que hacía su padre no podía lograr que soltase el arma. Además, procuraba apuntarla contra el viejo. Lucía empezó a gritar. Y Creech la imito con voz ronca, pero el joven había perdido va la razón y se hallaba en una situación que no era fácil dominarle. Lucía le vio doblar el brazo, a pesar de los esfuerzos desesperados de su padre, y disparar el arma. Los ruegos que con voz ronca profería Creech cesaron al mismo tiempo que la presión que ejercía sobre su hijo. Se tambaleo, levanto los brazos con trágico gesto y luego cayo. Joel se quedo mirándole, lívido y tembloroso, mas apenas parecía darse cuenta de lo que acababa de hacer. Sus actos eran instintivos y habíase convertido en un animal, que solo deseaba conquistar la libertad. Una prueba más evidente de su aberración mental la dio cuando quiso meter el arma en su funda, porque a pesar de realizar el movimiento apropiado para ello, dejo caer el revolver en la hierba.

Al ver caer el arma, Lucía profirió una exclamación de horror, que hasta entonces había contenido, obligada por el mismo espanto. De pronto, la sangre empezó a correr velozmente por sus venas. Midió la distancia que la separaba de Sage King. Joel se volvió entonces y Lucía echó a correr, en dirección al caballo, lo alcanzo y dio un salto. Pero cuando estaba en el aire, el corcel profirió un ronquido y salto a su vez, de modo que, aun cuando no la obligo a soltarle, le impidió, sin embargo, montar en él. En aquel mismo instante unas manos de hierro cogieron a la joven y, como si fuese un saco vacío, la hicieron caer sobre la hierba.

Joel Creech no pronuncio una sola palabra. Su rostro convulso mostraba el desdén propio de un ser superior. Lucía estaba tendida de espaldas observándole, en tanto que su mente trabajaba con gran rapidez. Veríase obligada a luchar por su cuerpo y por su vida. Su terror habíase convertido en horror. No tenía ningún miedo de aquel loco.

Deseaba huir y calculaba como un indio astuto, tan animosa como un gato salvaje que hubiese caído en la trampa.

Permaneció inmóvil por completo, pues sabía que había caído muy cerca del lugar en que se hallaba el revolver. Si le fuera posible apoderarse del arma, con ella daría muerte a Joel. Sería obra de un momento. Observo a Joel mientras éste la vigilaba a su vez, y vio que el loco sujetaba con el pie la cuerda que rodeaba el cuello de Sage King. A éste no le gustaban las cuerdas v estaba nervioso y agitaba la cabeza para librarse de ella. Creech, que no separaba

los ojos de Lucía, se inclino para coger la cuerda, obligo al caballo a que se acercase y luego desato el nudo. King se quedo inmóvil y con la cuerda colgando. No llevaba ninguna silla, sino una manta que le rodeaba el cuerpo.

Pareció como si Lucía hubiese encontrado el revolver sin separar los ojos de Joel. Reunió toda su fuerza, rodó rápidamente por el suelo y, por fin, puso las manos sobre el arma, en el preciso instante en que Creech saltaba hacia ella, cual si fuese una pantera. El peso de su cuerpo obligo a la joven a tenderse en el suelo y la fuerza de él el permitió inmovilizarla. Le quito el arma y Lucía se quedo tendida de cara, incapaz de moverse mientras él la sujetaba. Luego el loco le dio un golpe, no para atontarla, sino para dominarla, como hace el jinete cruel para obligar a obedecer a su montura. El golpe provoco la cólera de Lucía, pero no disminuyo su atención, sino que, por el contrario, el golpe la aumento quizá. Éste demostraba la locura de Joel y así la joven se sintió capaz de burlar al loco del mismo modo que un hombre cuerdo, pero de malos sentimientos, la habría dominado a ella.

Creech se esforzó en obligarla a dar media vuelta, pero Lucía se resistió. Era fuerte y vigorosa, y la resistencia enfureció a Creech, que le pego con gran fuerza. Eso empeoró la situación, porque él, con manos que parecían garras de acero, le rasgo la blusa.

El contacto de sus manos sobre la carne desnuda debilito momentáneamente a Lucía y Creech la arrastro hasta que, al parecer, quedo indefensa ante él.

Lucía comprendió que, al verla él de aquel modo, algo se interpuso entre las intenciones del loco y su ejecución. En otro tiempo él la amo y la deseo. El loco tuvo entonces una mirada vaga y acaricio el hombro de la joven. Sus raros ojos se ablandaron y luego resplandecieron con luz distinta. Lucía comprendió que podía darse por perdida, si no podía volver a despertar su loco furor. Debía reanudar aquella lucha terrible, en la que su mejor esperanza consistía, precisamente, en que la matase cuanto antes.

Rápida y malintencionada como un gato, le clavo los dientes en un brazo. Mordió con cuanta fuerza pudo y siguió sujetando al loco con sus dientes. Quiso librarse de ella y lucho con este objeto. Luego la levanto, y el balanceo del cuerpo de la joven arranco la carne del brazo del loco, que así quedo libre de su enemiga. Lucía se incorporo en parte, se arrastró y empezó a buscar el revolver. Lo cogió por fin, pero en el acto Creech le dió una patada en la mano. Fue intenso el dolor que le produjo aquella voz brutal, pero solo cuando él la golpeo en la espalda desnuda con la cuerda profirió la joven un grito. Ligera y rápida dió un salto y echo a correr, pero fue en vano, porque Joel la alcanzo en seguida y la agarro. Lucía cayo sobre el cadáver del padre, eso no le hizo perder el ánimo, pues estaba dominada por la ferocidad del salvaje que se ha criado en el desierto.

Creech empezó a desenrollar la cuerda. No quería echar el lazo a la joven. Lucía agarro con fuerza el largo cabello de su enemigo, pero él, dando un alarido, enderezo la cabeza y la levanto del suelo. En un momento Lucía se sintió llevada de un lado a otro; todo lo vio de un modo confuso y sintió un gran dolor en las muñecas, en las que el loco clavaba las uñas. Y cuando él pudo conseguir libertarse, en las manos de Lucía había un puñado de cabellos.

Volvió a caer y ya no tuvo fuerza para ponerse en pie. Creech parecía estar rabioso y apenas si se podía comprender alguna palabra suelta de las que pronunciaba. La sujeto con una de sus rodillas y luego cortó la cuerda.

Con rapidez, ato un extremo de una cuerda en el tobillo y el de otra cuerda en la muñeca de la joven. Levantándose, asió los extremos libres de ambas cuerdas, y con rápido movimiento se apodero de la brida de Sage King.

Creech hizo una pausa considerándose triunfador, y en sus extraños ojos apareció una expresión burlona. Por fin estaba a punto de lograr la horrible venganza que, desde tanto tiempo atrás, acariciara en su locura, y se apresuro a llevar el caballo al lado de Lucía.

Se inclino con la mayor prudencia, pues no sabía si estaba ya agotada la fuerza de la

joven y temía que se le pudiera escapar. Con manos duras y rápidas se apodero de ella, la levanto y la puso a lomos de King, obligándola a tenderse sobre el caballo.

La resistencia de Lucía era la única salvación posible para ella, porque obligaba al loco a río acordarse de nada más que de su antigua amenaza. Resistió cuanto pudo. Él la obligo a rodear con sus brazos el cuello del caballo y luego se los ato. Hecho esto, tiró con fuerza de la cuerda sujeta al tobillo y, por debajo del vientre del caballo, la ato al otro tobillo que aún estaba libre.

Lucía comprendió que estaba muy bien sujeta. Creech había cumplido una gran parte de su amenaza y en su mente la esperanza de la muerte, que antes tuviera, se convirtió en la esperanza de vivir, suponiendo que esto fuera posible.

Toda su influencia sobre King quedaba reducida a su voz. ¡Si Creech quisiera quitar la brida o si el caballo tuviese libertad para correr...!

Lucía pudo volver el rostro lo bastante para ver a Creech, quien se mostraba muy satisfecho por lo que acababa de hacer. De pronto él recogió el revolver y con voz ronca exclamo

-¡Mira!

Sin dejar de contemplarla y sonriendo de un modo horrible, dio unos pasos hacia un lugar en donde la larga hierba no había sido hollada ni doblada. El viento que salía del cañón soplaba aún con la mayor furia. Creech acerco el arma a la hierba y disparo.

Sage King dio un salto, pero no era animal que temiese los disparos de las armas de fuego, de modo que se tranquilizo en el acto, aunque pateo con fuerza. Entonces Lucía pudo mirar otra vez. Empezó a desprenderse de la hierba una línea de humo amarillento, luego surgió una llamita que se retorcía como diminuta serpiente y, por fin, resonó un crujido que, al mismo tiempo, tenía algo de silbido. Y en cuanto el viento cogió la llama por su cuenta, se inicio un rápido y creciente rugido. El fuego, de un modo mágico, saltaba y se extendía ante el viento y en dirección al bosque.

Lucía había olvidado que Creech la amenazo también con rodearla de fuego, y el horror que eso le causo le hizo perder casi el sentido. La impresión que sufrió, el temor insconciente y la agonía que experimentaba la dejaron por un momento casi sorda y ciega. Pero las duras manos de Creech le devolvieron sus sentidos. Pudo verle entonces, aunque no con mucha claridad. Su rostro no tenía nada de humano, pues estaba contorsionado y era de color gris. Con las manos le dió unos cuantos tirones en los brazos, como última precaución para observar si estaba bien atada. Luego, con los hábiles dedos de un caballista, quitó la brida de Sage King.

Lucía no se resolvía a creer lo que estaba viendo. ¿Por que estaba King tan inmóvil? Éste enderezo las orejas.

Creech dió un paso atrás y puso una mano violenta en el traje de Lucía. Ésta se doblo, retorció el cuello para mirarle, pero no pudo lograr que se aclarara su visión. Sin embargo, comprendió que su enemigo se proponía desnudarla y, en efecto, se preparo para tirar con fuerza de su traje. Sus dientes amarillos se clavaron en su labio inferior y sus ojos de distinto color se iluminaron con alegría propia de un demente.

Pero no dió ningún tirón. Algo le distrajo. Miro y sin duda vio alguna cosa que volvió a convertirle en hombre, y fue en parte para que desapareciese su locura. Sus cenicientos labios profirieron un grito contenido y terrible.

Lucía sintió que a King le temblaban todos los músculos y comprendió que tenía miedo. Esperaba su leve ronquido y ya estaba preparada para él, en el momento en que el animal se dispusiera a echar a correr. Dentro de un segundo saltaría, y la joven, que estaba convencida, se emociono. Trato de llamar al loco, pero sus labios eran débiles. Creech parecía estar paralizado. King cambio de posición y la última visión que Lucía tuvo de Creech fue tal que

nunca más podría olvidarla.

Entonces King relinchó y empezó a retroceder. Lucía oyó unos pasos rápidos y vigorosos, los de un caballo que se acercaba corriendo. Sintió un estremecimiento de júbilo y su sangre, sus huesos y sus músculos parecían palpitar a un tiempo. De pronto resonó un relincho salvaje que Lucía reconoció en el acto.

-¡Huracán! -exclamó fuera de sí.

King dio un poderoso y convulsivo salto de terror, porque él también conocía aquel relincho. Y después de dar otro gran salto echo a correr, dispuesto, al parecer, a atravesar la faja de hierba que estaba ardiendo. Lucía sintió el aguijón de las llamas y que el humo la cegaba dejándola casi asfixiada. Luego un viento claro, seco y agudo silbo en sus oídos y le revolvió el cabello. La luz se oscureció a su alrededor. King habíase dirigido a los pinos, y el fuerte rugido del huracán, que agitaba las copas de los árboles, infundio a Lucía un temor nuevo y torturador. Sage King, por vez primera en su vida, huía sin brida; a su espalda quedaba el incendio que avanzaba en alas del viento.

XVII

También por vez primera en su vida, Bostil observó que su negocio de compra-venta de caballos empezaba a resultarle desagradable. Aquel viaje a Durango fue un fracaso. Ocurría algo que no acababa de explicarse. Estas ideas cruzaban por su mente, mas él se esforzaba en no hacerles caso. Y durante los cinco días del viaje de regreso volvió a apoderarse de el aquel humor extraño.

El último día, tanto él como sus compañeros recorrieron más de cincuenta millas y llegaron al Vado a altas horas de la noche. Nadie los esperaba, y solamente los que estaban de guardia en los corrales pudieron enterarse de su regreso. Bostil, muy satisfecho de verse de nuevo en su casa, se acostó y se quedó dormido.

Se despertó bastante tarde, contra lo que tenía por costumbre. Una vez se hubo vestido y salió a la cocina, supo que su hermana estaba ya enterada de su regreso y que, por consiguiente, ya tenía preparado el desayuno.

-¿Dónde está la niña? -preguntó Bostil.

-No se ha levantado todavía - contestó la tía Jane.

-¿Cómo?

-Lucía y yo tuvimos una disputa anoche, y ella, muy enojada, se metió en su habitación. -No es cosa rara en ella.

-A Holley y a mí nos ha costado bastante el gobernarla. Tenlo en cuenta.

-Bueno -dijo Bostil riéndose-. Ve a llamarla y dile que estoy en casa.

Tía Jane hizo lo que le mandaba su hermano, quien terminó su desayuno. Lucía no compareció.

Bostil empezó a extrañarse y yendo a la puerta de Lucía llamó. No obtuvo respuesta. En vista de eso derribó la puerta de un empujón, pero una vez dentro de la estancia no vio ni siquiera huellas de su hija, aunque la habitación no estaba tan ordenada como de costumbre. Observó que encima de la cama, que aun estaba sin deshacer, había arrojado su traje blanco. Bostil miró a su alrededor, sintiendo una extraña opresión en su corazón, y se alarmó. Luego vio una silla junto a la ventana abierta. Ésta era bastante alta y Lucía habría puesto la silla al lado para mirar al exterior o para salir. Bostil, miró fuera y en la tierra rojiza que había al pie de la ventana divisó huellas recientes de las botas de Lucía. Entonces dio un rugido y llamó a

Jane.

Llegó ésta corriendo, mas a pesar de las furiosas preguntas de Bostil y de las contestaciones excitadas que ella dio no pudieron descubrir cosa alguna.

Luego la tía observó el traje blanco, e inmediatamente se acercó al armario, y después de examinar su contenido, volvió a Bostil su pálido rostro.

-Se ha puesto el traje de montar -observó tía Juana.

-Eso importa poco. ¿Dónde está ahora? -preguntó.

-Se ha fugado con Slone.

Bostil no habría sufrido más si le hubiesen clavado un cuchillo.

Quedóse mirando a su hermana y exclamó

-¿Así es como la has vigilado?

-¿Vigilado? No era posible. Ya sabes que es tan rebelde como tú mismo. De todos modos, eso no me sorprende, porque ya sabía yo que Lucía amaba a ese muchacho.

Bostil salió de la estancia y de la casa. Se encaminó hacia la alameda y tomando luego el sendero continuó avanzando hacia la cabaña de Slone. Estaba desocupada, como ya esperaba Bostil. Vio levantadas las trancas del corral y que habían desaparecido los caballos, pero Bostil no tardó en observar que Nagger estaba en el pasto de Brackton.

Ante la casa de éste había varios jinetes. Todos hablaban a la vez con Bostil, quien únicamente se limitó a llamar al dueño. Por fin el anciano acudió alarmado.

-¿Dónde está Slone? -preguntó Bostil.

-¿Slone? -exclamó Brackton-. Así me maten como que no lo sé. ¿No está en su casa?

-No. Y ha dejado su caballo negro en la de usted.

-Esto ya lo sabía. En estos últimos días Slone se ha portado de un modo muy raro. -Brackton parecía no encontrar palabras apropiadas-. Tal vez se ha marchado a causa de lo que ocurrió anoche. Ahora, Joel, Creech y... y...

Bostil no se detuvo a oír nada más. ¿Qué le importaba el idiota de Creech? Echó a andar en dirección a los corrales, en donde encontró a Farlane, a Van y a otros picadores, que, como de costumbre, no tenían nada que hacer.

Entonces apareció Holley, que salía del henil, y su aspecto era también tranquilo, natural y apacible. Ninguno de aquellos hombres sospechaba siquiera que hubiese ocurrido algo desagradable. Pero en el acto cambio la expresión de todos, porque Bostil empuñó un revólver exclamando

-Me dan ganas de matarte de un tiro, Holley.

El picador de ojos de gavilán no se conmovió ni palideció.

-¿Por qué? -preguntó.

-Te encargué que vigilaras a Lucía... Y ha desaparecido.

Holley demostró la mayor sorpresa y pesadumbre a un tiempo. Los demás picadores repitieron las últimas palabras de Bostil y éste dejó de apuntar con su arma.

-Lo único que te salva es tu habilidad en descubrir los rastros, porque quiero que encuentres el de ese maldito Slone.

Holley no dio muestras de ninguna sorpresa, pero los demás se quedaron atónitos.

-Lucía se ha escapado con Slone -añadió Bostil.

-Pues bien, si se han ido los dos, han obrado con la mayor astucia -replicó Holley levantando las manos-. Y, en tal caso, Lucía me ha engañado lo mismo que a usted, porque me prometio continuar fielmente en su casa.

-¡Eso es una estupidez! -rugió Bostil-. Está enamorada de ese cazador de caballos salvajes. Y se vio con el anoche.

-Yo no podía evitarlo -replico Holley-. Además, tenía confianza en Lucía.

Bostil se retorció, rabioso, las manos, no porque temiese que se tardara en encontrar a

Lucía, sino a causa de que su hija había contrariado su voluntad.

Van abandono el grupo de picadores y dijo a Bostil:

-Apenas hace una hora vi a Slone salir solo y montado en su caballo rolo.

-¿Qué importa eso? -exclamo Bostil-. Sin duda, ella lo estaba esperando en alguna parte. No son tan tontos como para salir juntos. Ensillad, muchachos, y luego...

-Escuche, Bostil. Me consta que Slone no vio anoche a Lucía -interrumpió Holley.

-Bueno, explícate de una vez.

-Yo tenía confianza en Lucía -dijo Holley-; pero, de todos modos, como sabía que estaba enamorada, quería averiguar si era capaz de cumplir su palabra. Por eso, al anochecer, me dirigí a la alameda y esperé a Slone. No tardé en verle. Se dirigió al extremo más lejano y le seguí. Fue a sentarse en el banco que hay al lado del álamo grande y allí se quedo aguardando largo rato. Pero Lucía no acudió. Él la espero quizá hasta las doce y luego se marcho. Yo, mientras tanto, observé que se volvía a su cabaña.

-Bueno, pues si ella no fue a su encuentro, ¿donde estaría? Desde luego, no se hallaba en su habitación.

Bostil miro a Holley, y a los demás picadores y, de nuevo, fijo los ojos en el primero. ¿Qué le ocurría a éste? Bostil no lo había visto nunca con una expresión tan rara. Todo aquel asunto empezaba a adquirir caracteres extraños y oscuros. Bostil sintió cierto presentimiento desagradable. No parecía sino que la mente de Holley hubiese encontrado un obstáculo, que le impidiera reflexionar. De pronto, cambio el semblante del viejo picador, desapareció su color bronceado, se puso gris y por fin muy pálido.

-Bostil, tal vez no sabe usted todavía... que ayer llego ese Creech... ha perdido todos sus caballos. Y tuyo que pegar un tiro a Peg y a Roan.

Al oír estas palabras se interrumpieron los tristes pensamientos de Bostil. Luego, al comprender lo que le decían, tuyo un sobresalto hacia el cual se había preparado ya.

-¿De veras? ¿Y qué dijo?

Holley sonrió de un modo significativo.

-Creech dijo muchas cosas. Pero, por el momento, dejemos eso. Venga usted conmigo.

Holley salió con rápidos pasos hacia la calle y Bostil le siguió, oyendo que los picadores echaban a andar tras ellos. Se había apoderado de él una idea horrible, que no podía contener, pero que refrenaba su impaciencia y su cólera.

Holley se encamino hacia la parte exterior de la ventana de Lucía y una vez allí se arrodillo para examinar las huellas.

-Fueron hechas doce horas antes -dijo rápidamente-. Lucía llevaba sus botas, pero no espuelas. Vamos a ver ahora hacia donde se encamino.

Holley siguió las huellas de Lucía a lo largo de la alameda, señalando de vez en cuando algún indicio. Luego anduvo con mayor rapidez, de tal manera que Bostil tuyo que apresurarse para seguirle.

Holley parecía entonces un perro de buen olfato.

-Se detuvo aquí -dijo-, quizá para escuchar. Al parecer quería cruzar el sendero, pero no lo hizo. Aquí reanudo la marcha con pasos más vivos.

Holley llego a un camino que cruzaba la alameda y, de pronto, se detuvo señalando unas anchas huellas que había en el polvo.

-¡Dios mío! Mire usted esto, Bostil.

Éste sintió un temblor doloroso; pero luego volvió a ser el de antes, al verse ante el peligro que corría su hija amada. Al lado de aquellas huellas, enormes, descubrió las muy ligeras de los pies de Lucía. Aquella era la última prueba de su paso, y resultaba bastante elocuente.

-Éstas no son las huellas de Slone, Bostil -dijo Holley.

-Desde luego. Pertenecen a un hombre más corpulento - replico Bostil.

Los demás picadores, que andaban por allí con las cabezas inclinadas al suelo, se decían unos a otros que Slone no podía haber dejado aquellas huellas.

-Y quienquiera que fuese que se apodero de Lucía, debió llevársela. ¿No es así? - pregunto Bostil.

-Eso es tan claro como la luz del sol -exclamó Holley mientras sus ojos de gavilán despedían chispas.

- ¡ Cordts 1 - exclamo Bostil con voz ronca.

-¡Puede ser ! Pero yo me imagino otra cosa. ¡Sigamos!

Holley iba tan aprisa que casi corría, de modo que se adelanto a Bostil. Por fin, y a varios centenares de metros se detuvo entre las matas de salvia y de nuevo volvió a caer de rodillas. Bostil y los picadores le rodearon.

-¡Que se aleje todo el mundo! No vayan a borrar las huellas con los pies.

Luego, como un hombre que busca polvo de oro entre la arena y la hierba, empezó a registrar el suelo. Bostil se impacientaba al observar su tardanza. Cuando se levanto, su rostro demostraba una absoluta certeza y gracias a ella Bostil estuvo seguro de que a Lucía le había sucedido lo peor.

-Cuatro mustangs y dos hombres, anoche -dijo Holley con rapidez-. Aquí volvieron a dejar a Lucía en el suelo y luego la hicieron montar a caballo. Además hay huellas de otro hombre, pero son de esta mañana.

Bostil se enderezo y miro a Holley, como dispuesto a escuchar una noticia horrible.

-Sin duda estas últimas huellas serán de Slone -dijo.

-Sí. Las he reconocido -replicó Holley.

-Y las otras, ¿a quien pertenecen?

-A Creech y a su hijo.

Bostil se sintió como arrebatado por algo brillante como una llama. Al volver en sí se vio tendido en el henil y a la sombra del cobertizo. Estaba tendido sobre el oloroso heno. Había perdido la fuerza y hasta la cólera, y solo sentía un dolor apagado. No le quedo siquiera su ánimo luchador, pues estaba quebrantado moral y materialmente. Y examino el negro abismo de su alma.

Los picadores se aproximaron a él, le cogieron entre varios y le sacaron.

Él se apresuro a despedirlos y se quedo en pie respirando con lentitud. El aire le reanimo y refresco su cerebro ardiente y cansado. No le sorprendió ver a Joel Creech, que se amparaba detrás de Holley.

Bostil levanto una mano, deseando que alguien le hablase, y Holley dio un paso hacia él. Su rostro estaba desencajado, pero había desaparecido ya su palidez.

-Bostil -empezó diciendo con voz ronca-. ha de mandar usted a King, a Sarchedon, a Ben, a Two Face y a Plume para rescatar a Lucía. Si no lo hace usted, Creech venderá la joven a Cordts.

¡Qué extraña mirada apareció en los rostros de los picadores! ¿Se figuraban, acaso, que le importaba más la carne de caballo que su propia carne y su propia sangre?

-Mandad a King y todo lo que queráis. Y decid a Creech que vuelva al Vado... Comunicadle que según he dicho... ahora pago las consecuencias de mi pecado.

Bostil observo a Joel Creech montado en King en el momento de descender por la pendiente y llevando delante los demás caballos. Sage King quería correr y Sarchedon se mostraba rebelde. Mas al fin se perdieron de vista y entonces Bostil se volvió a sus silenciosos picadores.

-El ver a King tomar ese camino, no me importa gran cosa, muchachos. Lo único que me apura es el saber si eso será suficiente para que me devuelvan a mi hija.

-¡Dios lo sabe ! -replico Holley -. Tal vez no. Esto es lo más posible. Pero no olvide usted, Holley, que Slone está siguiendo el rastro de Lucía. Se ha anticipado a Joel. Y Slone es un cazador de caballos salvajes y el más inteligente, quizá, de cuantos he conocido. ¿Cree usted que Creech es capaz de hacerle seguir una pista falsa? Matará a Creech y cuando, al regreso, encuentre a Joel también le dará muerte. Y estoy seguro de que volverá aquí con Lucía y con King.

-Holley, ¿te figuras acaso que ese caballo rojo de Slone no aventajará a King?

Holley se echo a reír, como si la pregunta de Bostil fuese una cosa muy rara en aquel día angustioso.

-No. Slone esperará a Joel y le echará el lazo como hizo con Dick Sears.

-Comprendo, Holley, que ves en este asunto mucho más claro que yo -dijo Bostil-. No parece sino que nunca hubiese yo tenido ninguna pena, porque estoy destrozado. No me atrevo a conservar la esperanza. Lucía ha desaparecido y nosotros no podemos hacer más que esperar.

-Eso es. Nada más que esperar. Si saliéramos siguiendo a Joel, disminuiríamos la esperanza de que Creech cumpliese su palabra. Además, malograríamos los esfuerzos de Slone. Y no quiero obligarle a que siga mis huellas.

XVIII

El día en que el viejo Creech reconvino a su hijo por haber mentido, Slone salió de casa de Brackton y tomo el camino de su cabaña.

Empezó a sentirse malhumorado, como si las cosas no marcharan como se había figurado. ¿Que había ocurrido para apartar la copa de sus labios? ¿Acaso lamentaba el verse libre de toda culpa ante los ojos de los habitantes del pueblo o que las sospechas recayesen entonces en el padre de Lucía? No. Lo sentía por la joven, pero no por Bostil. No era, pues, el nuevo aspecto de la situación en el Vado lo que le apuraba.

Siguió la pista de sus vagas sensaciones hasta llegar al débil sobresalto que sintió al mirar el rostro sombrío y hosco de Creech. Era como el semblante de una Némesis. En aquel hombre todo respiraba fuerza silenciosa y vengativa. Slone quiso averiguar la razón de que aquello le causara cierta opresión y así se dijo que cuando el viejo Creech quisiera vengarse de Bostil lo haría por medio de su hija y de sus caballos.

Slone, pues, y gracias al amor que sentía por Lucía, adivino todo lo que iba a ocurrir. Ni por un momento pensó, como lo hiciera antes del regreso de Creech, que este querría matar a Bostil. La muerte no sería ninguna venganza. Lo mejor sería que Creech robase a King y lo dejase morir de hambre o que hiciese lo mismo o peor con Lucía. Así reflexionaba Slone al recordar el rostro de aquel hombre.

Antes de oscurecer, Slone vio salir a los Creech, padre e hijo, en dirección al campo de salvia, sin duda deseosos de alejarse del Vado. Esto pareció tranquilizarle, pero solo por un momento. Tal vez lo que los Creech parecían hacer entonces no tuviera ningún significado. Y, de haber permanecido en el pueblo, el los habría vigilado con tanta atención como si sospechara su propósito de robarle a Huracán.

Ceno, cuido a los caballos y, al oscurecer, se encamino hacia la alameda, a fin de acudir a la cita que tenía con Lucía. Esto siempre le hacía palpitar el corazón, pero aquella noche estaba muy excitado. La alameda parecía estar llena de fugitivas sombras, cada una de las

cuales le parecía ser Lucía. Al llegar al enorme álamo, trato de serenarse y de esperar con paciencia, sentándose en el banco. Pero le pareció imposible recobrar la tranquilidad. La noche era muy quieta y el silencio quedaba interrumpido solo por los grillos y por el manso susurro de las hojas. Slone tenía entonces un oído como el del caballo salvaje que se imagina oír cosas que en realidad no ocurren. Más de una noche solitaria, que paso emboscado y esperando junto a un pozo o cisterna, adonde acudían los caballos a beber, oyó suaves pasos solo existentes en su imaginación. Por este motivo aquella noche, que estaba muy excitado, se imagino ver venir a Lucía cuando, en realidad, no ocurrió tal cosa. Ésta fue la causa de que le pareciese oír pasos cautelosos.

Espero, mas Lucía no se dejo ver. Pero como hasta entonces nunca había faltado, estaba seguro de que, al fin, comparecería. La espera se le hizo difícil. Deseaba retroceder, con objeto de ir hacia la casa y encontrarla en su camino. Sin embargo, se quedo en su puesto, vigilante, con el oído atento y el corazón angustiado. Trato de razonar para alejar su extraño temor y su presentimiento de que era preciso precipitarse. Por unos momentos lo consiguió, recordando la dulzura de la joven, su valor y su amor. En tales ensueños había pasado muchas horas. Uno de aquellos, en particular, siempre le fascinaba. Era el de cuando vio a la joven montada en Huracán y consiguiendo la victoria en una gran carrera. Otro ensueño tan fascinador como este, pero, al mismo tiempo, tan doloroso que siempre se apresuraba a alejarlo de su mente, era aquel en que Lucía sola, y en situación peligrosa, luchaba contra Cordts o contra Joel Creech, por algo más importante que su vida. Estos vagos ensueños demostraban que Slone tenía la mayor fe en el valor y en el ánimo de su amada. Era hija de Bostil. No conocía el miedo, y cuando fuese preciso sabría luchar. Y aunque Slone se estremecía de orgullo, a veces también temblaba de miedo.

En otras ocasiones soñaba cosas distintas acerca de Lucía; es decir, en los momentos en que ella misma se abandonaba para convertirse en un viento del desierto, a fin de rodearlo de toda su dulzura. Pero ni siquiera eso bastaba para calmar la impaciencia de Slone. Empezó a andar de un lado para otro, junto al enorme árbol. Esperó largo rato, preguntándose qué la habría detenido. Interiormente se rió de la idea de que Holley o tía Jane pudiesen haberla obligado a permanecer en la casa cuando ella tuviera el propósito de, salir a su encuentro. Sin embargo, Lucía siempre le dijo que en alguna ocasión podría verse obligada a no acudir a la cita, porque algo se lo impidiese. En realidad no había razón alguna para que Slone se alarmara. Confundía sus emociones, su excitación, su amor y su desengaño con algo que, en realidad, no existía. No obstante, no podía evitarlo. Cuanto más esperaba, más aumentaban las sombras debajo de los álamos y más ruidos débiles parecíale oír.

Espero largo rato y, por fin, se convenció de que ella no acudiría. Al emprender su camino de regreso llego a un punto en que sus temores irreales e hijos de la imaginación se interrumpieron de repente. Acababa de oír pasos. Se detuvo como antes, y en las sombras profundas vio a un hombre, cuya figura se dibujaba débilmente. Uno de los picadores estuvo observándole y también le siguió. Slone siempre había esperado tal cosa, y lo mismo pensaba Lucía. Por fin había ocurrido, pero ella dió pruebas de su mayor astucia no compareciendo aquella noche. Descubrió sin duda al espía, o sospecho de el y quiso engañarle. Slone tenía razones para sentirse orgulloso de su amada y, ya tranquilo, regreso a su cabaña.

Sin embargo, antes de acostarse oyó en la calle el ruido de algunos caballos. Sin duda alguna los animales estaban fatigados. Díjose que pertenecían a unos jinetes que regresaban, pero en el acto se corrigió, diciéndose que eso ocurría muy pocas veces. Pero luego pensó que tal vez habría regresado Bostil. También podrían ser los Creech. Slone sintió entonces nuevos temores, pero ellos no le impidieron conciliar el sueño, aunque decidió antes que lo primero que haría a la mañana siguiente sería seguir la pista de los Creech, para ver adonde conducía. Y se quedó dormido.

Una vez hubo llegado la mañana, la brillante luz del día hizo que Slone considerase las cosas de un modo distinto. Sus temores de la víspera desaparecieron con la noche.

Sin embargo, sentía cierta curiosidad por averiguar algo acerca de los Creech, y en cuanto hubo terminado sus ocupaciones de la mañana emprendió el camino en busca de sus huellas. No fueron difíciles de seguir en el callejón porque no pasaron por allí otros caballos desde el momento en que lo hicieron los de Creech.

Una vez en la dilatada y ventosa pendiente, Slone sintiose atraído por el espacio, por el color y por el aroma, y empezó a seguir aquellas huellas sin otro objeto que el de practicar una habilidad que desde hacía mucho tiempo no había ejercitado. Media milla más allá, la pista parecía tomar el camino de Durango, pero no continuo por el, sino que, por el contrario, se interno por entre la salvia, y entonces Slone sintió aumentar su curiosidad.

Siguió rastreando hasta un montón de rocas, en donde los Creech hicieron una hoguera. Esto resultaba raro a una milla de distancia del Vado, pues Brackton y otras personas les habrían dado albergue sin dificultad. Pero lo más extraño era que el rastro tomaba allí la dirección del Sur y luego daba la vuelta en torno del pueblo.

Empezó a latir con violencia el corazón de Slone, pero se esforzó en pensar solamente en las huellas que seguía y no en el significado que pudieran tener. Siguió aquel rastro hasta un escalón de la pendiente, a pocos centenares de metros de la alameda de Bostil, y allí fue evidente que tanto los Creech como los caballos que llevaban estuvieron parados.

Allí Slone no pudo ya seguir conteniendo sus conjeturas y sus temores. Busco a uno y a otro lado, se arrodillo para observar mejor, y anduvo arrastrándose por entre la salvia y alrededor de aquel pequeño espacio pisoteado por los cascos de los caballos. De pronto sintió una punzada en el corazón, pues acababa de encontrar las huellas de Lucía en la blanda tierra. Dio un salto para ponerse en pie, animado por la rabia y por la ferocidad, y, sin necesitar enterarse de otra cosa alguna, echo a correr hacia su cabaña. No pensó siquiera en Bostil, en Holley ni en nada más, a excepción de la historia que revelaban las huellas de aquellas pequeñas botas. Llenó algunas alforjas de carne y galleta, tomo un frasco de tela impermeable lleno de agua, y después de descolgar el rifle salió en dirección al corral. Primero llevo a Nagger al pasto de Brackton y lo dejó allí, y al volver se dirigió al feroz garañón, como no lo había hecho en muchos días, lo sujetó con una cuerda, lo ensilló, montó en él y echo a correr, con la firme certidumbre de que la salvación de Lucía dependía de Huracán.

Cuatro horas más tarde, Slone interrumpió su camino en lo alto de una cresta amparándose en algunos cedros diseminados y observo una cuenca enorme, gris y árida, que se extendía hacia una meseta quebrada y muy rugosa.

Esperaba encontrar a Joel Creech de regreso y había tomado la precaución de avanzar dejando a un lado las huellas que iba siguiendo. No quería que Joel pudiese cruzar su pista, pues Slone estaba ya perfectamente enterado de la razón de la fuga de los Creech. Utilizarían a Lucía para obligar a Bostil a que les entregase los caballos, y era mucho más que probable que no permitiesen el regreso de la joven. Pero el hecho de que la tuvieran en su poder era más que suficiente para Slone, que se sentía animado por implacables sentimientos de venganza.

No hacía mucho rato que los ojos del cazador de caballos salvajes estaban fijos en aquella hondonada cuando descubrieron un punto que no era una roca o un cedro, sino un caballo. Slone observó mientras aumentaba de tamaño y, bien oculto por su parte, continuó en su puesto hasta reconocer que aquel jinete era Joel Creech, hizo retroceder su propio caballo y lo ató a una mata de salvia, en un lugar en que la hierba era bastante escasa. Luego volvió a observar. Al parecer, Creech subía hacia la cuesta, en cuya cima se hallaba Slone y a alguna distancia. Entonces Joel corrió serio peligro, porque Slone había resuelto matarlo. Pero desistió, al comprender que Joel iba a comunicar a Bostil el rapto de Lucía y podía ocurrir que

eso resultara muy conveniente.

Temblaba Slone de pies a cabeza cuando el joven Creech paso a corta distancia de él, y se desvaneció casi en seguida, animado como estaba por una pasión de venganza que nunca hasta entonces había conocido. Espero, se dominó poco a poco y, por fin, fue de nuevo en busca de Huracán.

A partir de entonces siguió atrevidamente las huellas. Calculo que el viejo Creech llevaría a Lucía a algún salvaje escondrijo en los cañones y que allí esperaría el regreso de su hijo con los caballos. Era indudable que el viejo Creech habría continuado su marcha y que no sospecharía que alguien le siguiese la pista a tan corta distancia. Slone siguió avanzando y vio una muesca oscura y baja en la pared rocosa y a cierta distancia. A partir de aquel momento ya no dedico más atención a escoger buen terreno para Huracán, sino a seguir la pista. El garañón estaba mucho más tratable de lo que Slone viera jamás. Era evidente que el magnífico animal gustaba de correr en un lugar tan despejado como aquél y aspiraba con delicia el olor de la salvia y de las demás plantas silvestres. Y siguió avanzando con su magnífico paso que, al parecer, no le costaba ningún esfuerzo y mediante el cual parecía devorar la distancia sin la menor dificultad. Slone estaba obsesionado por las ideas que le inspiraba Lucía y así el tiempo y la distancia para él eran dos factores apenas significativos.

El sol, rojizo, se había hundido ya en el dorado Occidente, cuando Slone llegó al muro de rocas y a la hendidura en que las huellas de Creech y también de Lucía indicaron el lugar en que habían acampado. Slone ni siquiera desmontó; se metió por aquella hendidura y así fue a parar a un cañón que conducía a otro mayor, en donde observo que Lucía recordó su consejo de dejar una pista. Entonces se aventuro en una abertura de la alta muralla yendo a parar a otro cañón de trazado irregular. El sol se había puesto ya, pero Slone continuó marchando mientras le fue posible divisar aquellas huellas, y aun más adelante, hasta que, al encontrar un cañón por el que los fugitivos podían haberse internado, creyó conveniente detenerse hasta la aurora siguiente.

Había allí muy buena hierba y excelente agua para su caballo. Aunque él no tenía hambre, comió y durmió también, a pesar de no estar fatigado ni soñoliento. Al amanecer volvió a montar en Huracán para reanudar la persecución. En los lugares rocosos encontró las piñas de cedro que Lucía había dejado, y aunque se alegró de verlas en realidad no las necesitaba. Aquel Creech era incapaz de ocultar su pista a un cazador de caballos salvajes como él, de manera que el joven siguió avanzando al trote rápido de su montura. Si alguna vez perdía la pista, seguía adelante sin equivocarse nunca acerca del lugar en que volvería a encontrar huellas. Había una enorme diferencia entre la astucia de Creech y la de un caballo salvaje. Y también existía otra igual entre la marcha y la resistencia de los mustangs de Creech y Huracán. Slone adivinaba que la salvación de Lucía dependía de este último. El camino era cada vez más empinado, duro y difícil, pero el garañón continuaba marchando con la mayor rapidez y a igual paso que siempre. Cuando llegaban a alguna parte recta del cañón o a un lugar elevado, Slone no dejaba nunca de mirar hacia adelante, esperando ver los mustangs de Creech. E incluso esperaba eso, aun sabiendo que estaba demasiado atrás. De pronto, en el terreno arenoso de un cañón secundario, que se abría en el principal que estaba siguiendo, descubrió huellas de tres caballos, uno de ellos herrado.

La sorpresa le dejo atónito. Por un momento se quedo mirando, extrañado, aquellas huellas tan raras. ¿Quién las había dejado? ¿Acaso Creech encontró algún enemigo? ¿Era eso probable, cuando aquel hombre no los tenía? Reflexionando acerca del caso, Slone continuo avanzando despacio, comprendiendo que acababa de presentarse un elemento nuevo y desagradable. Luego, cuando estas nuevas huellas se confundieron con las que dejara Creech, observo que aquellos desconocidos estaban tan interesados en seguir a Creech como él mismo. Después noto en la arena las huellas de su calzado y las que dejaron las manos de un

hombre que se arrodillo para examinar la pista de Creech.

Slone llevaba de la brida a su caballo y seguía andando cada vez más preocupado. Al llegar a un piso roqueño del cañón, en donde no había la menor cantidad de arena, ya no pudo encontrar más piñas de cedro. Habían sido recogidas. En el extremo opuesto de aquella faja de rocas encontró algunos trozos de piñas de cedro diseminadas en un punto, como si hubiesen sido arrojadas allí por alguien que hubiese comprendido su significado.

Este descubrimiento desalentó a Slone. Ello era en extremo elocuente, y si aún hubiese quedado alguna duda acerca de quiénes eran los desconocidos que seguían aquella pista a poca distancia, no habría podido ya continuar en su incertidumbre. Era indudable que estaban siguiendo a Creech. De pronto, Slone dió un salto que sobresalto a

Huracán.

-¡Cordts! -murmuró, mientras su cuerpo se bañaba de sudor frío.

Aquellos cañones eran el escondrijo del cuatrero. É1 y dos de sus hombres encontraron por casualidad la pista de Creech y quizá pudieron adivinar los motivos que éste tuvo para viajar por allá. Y aunque no lo hubiesen descubierto, no tardarían en averiguarlo. Esta circunstancia justificaba mucho más el empeño de Slone. Por un momento experimentó amargura y desaliento, pero no tardo en sentirse más animado que nunca. Tenía más enemigos que matar. A esto se reducía todo. Aquellos jinetes de las tierras altas no usaban rifle, y de ello estaba seguro Slone. Cuanto antes encontrase a Cordts, mejor sería. Entonces fue cuando dejo que Huracán eligiese la marcha que mejor le conviniera. Se puso el sol, llego el crepúsculo y la noche, pero Slone seguía avanzando. Mientras no encontrase cañones o hendiduras que interrumpieran las paredes del cañón que estaba siguiendo y que, por consiguiente, ofreciesen la posibilidad de que Creech se hubiera aventurado por ellos, Slone no tenía ninguna necesidad de interrumpir la marcha. Y así, cuando se detuvo era ya una hora muy avanzada de la noche.

Al día siguiente, temprano, salió de las quebradas y abandono las rocas por una meseta cubierta de cedros. Slone vio a cierta distancia otra meseta mayor y bordeada de negro. Todos aquellos cañones de sinuoso curso se dirigían sin duda alguna hacia aquella lejana y dilatada meseta.

Aquel día percibió las huellas de dos caballos. No observo el cambio durante un buen rato, ni se fijo en que se había dividido el grupo que perseguía a Creech. Luego ya fue demasiado tarde para regresar a fin de hacer averiguaciones, aun cuando eso hubiera sido prudente. Siguió marchando y tratando de averiguar si le habían descubierto o no, y si corría el peligro de caer en una emboscada o de ser perseguido. Díjose que tal vez Cordts habría dividido su fuerza, y una parte continuaría persiguiendo a Creech, en tanto que los otros darían un ligero rodeo para anticiparse. Sin duda, Cordts conocía muy bien la comarca y sabía hacia dónde se dirigía Creech y el modo de interceptar su camino.

La incertidumbre le resultaba muy desagradable. Estaba muy disgustado v no tenía tiempo para seguir avanzando con cautela. Era preciso ser el primero en llegar junto a Creech. Por esta razón continuó siguiendo la pista y avanzó con cuanta rapidez le permitió la naturaleza del terreno, aunque temiendo a cada momento que le pegasen un tiro desde cualquiera de los grupos de cedros que encontraba en su camino. La pista descendía hasta un estrecho cañón de paredes bajas, y Slone puso toda su atención en lo que se hallaba ante él.

De pronto, Huracán detuvo el paso y levantó la cabeza, profiriendo un ronquido, y apenas tardó un segundo en oírse el sonido de un rifle. Slone comprendió que acababan de dispararle un tiro, aunque no sintió ni oyó la bala. Tampoco pudo ver de dónde procedía el disparo, porque Huracán se asustó y su jinete tuvo que dedicarle toda su atención. Corrió por espacio de una milla y luego Slone pudo mirar a su alrededor. ¿Dispararon contra él desde detrás o desde arriba? Le era imposible averiguarlo, aunque esto importaba poco, porque el peligro no

se hallaba ante él. Continuó vigilando cuanto pudo y, al cabo de poco rato, distinguió en lo alto del muro del cañón, o sea a quinientos pies de altura, un caballo bayo montado por un hombre que empuñaba un rifle. Era, pues, evidente que se había equivocado acerca de aquellos hombres y de sus armas. Sin embargo, no creyó conveniente detenerse para disparar contra aquel perseguidor y espoleó a Huracán en el preciso instante en que resonaba una detonación. La bala fue a chocar contra el suelo y a pocos pies de distancia de él. Luego, recorriendo un camino muy difícil y con un caballo casi imposible de dominar, Slone tuvo que recibir numerosos tiros. Era evidente que su enemigo, que se hallaba sobre la muralla del cañón, tenía muy buen terreno delante de su caballo, porque con la mayor facilidad podía conservarse en la delantera de Slone. Pero, en cambio, no le fue posible herir a éste. Por fortuna para el jinete de Huracán, unas rocas impidieron a su enemigo seguir disparando contra él, y ya no volvió a verle.

Le fue muy agradable el observar que la pista de Creech se aventuraba por un cañón que había a mano izquierda, y una vez allí, con el sol ya bajo, Slone empezó a observar grupos de cedros y montones de rocas. Pero no cayó en ninguna emboscada. Vino la oscuridad y, como ya estaba cansado, se disponía a detenerse para pasar la noche; mas, de pronto, descubrió el brillo de una hoguera. También la divisó el garañón, pero no profirió ningún ronquido. Slone desmontó y llevándolo de la brida avanzó con cautela y empuñando el rifle.

El cañón se ensanchaba en un lugar en que había dos fisuras, y allí abundaban los cedros y los pinos. Slone, juzgando por la presencia de aquellos árboles y también por la atmósfera, menos densa, comprendió que había llegado a un lugar más elevado. Aquella hoguera debía pertenecer a Cordts o al hombre que tomó la delantera. Slone avanzó atrevidamente y no tuvo necesidad de decidirse acerca de lo que convenía hacer. Pero le asombró por varias formas oscuras que iban de un lado a otro ante la brillante hoguera, y entonces se contuvo de pronto. Reflexionando, díjose que convenía observar a aquellos individuos. Por esta razón ató a Huracán y, encaminándose al lugar más oscuro del cañón, avanzó con la mayor cautela.

La distancia era considerable, como ya había calculado. Sin embargo, pronto descubrió a varios caballos que pacían libremente. Se arrimó a la pared del cañón para que aquellos animales no le viesen, y por suerte la brisa nocturna soplaba hacia él. Con la mayor prudencia y silencio siguió avanzando, amparado por las profundas sombras del muro y por debajo de los cedros, hasta que llegó frente a la hoguera, y entonces se volvió hacia ella. Se acercó despacio, cuidadosamente y sin hacer ruido, y por fin se arrastró por entre unas matas de salvia y llegó a otro grupo de cedros que se hallaban iluminados ya por la luz del fuego.

Antes de levantarse para mirar oyó algunas voces gruñonas que le sirvieron para calcular la distancia. Estaba muy cerca, casi demasiado, pero como se había acurrucado en un lugar sombrío y no había caballos a poca distancia, no temió ser descubierto.

Al asomar la cara, la primera cosa que retuvo su rápida mirada fue la esbelta figura de una joven. Slone ahogó una exclamación en su garganta. Creyó reconocer a Lucía y, asombrado a más no poder, volvió a tenderse en el suelo, con las manos sosteniendo el rifle. Se quedo por un momento sin saber que hacer, muy emocionado, hasta que se rehizo. ¿Habría visto en realidad a Lucía? Algunas voces oyó hablar de alguna muchacha que acompañaba a los hombres en sus campamentos, especialmente a Cordts. También era posible que Creech hubiese encontrado a algunos camaradas. Pero, no, en aquellos lugares no habría podido tener más compañeros que los cuatreros, y Creech estaba muy por encima de ellos. Si éste se hallaba allí, debía de haber sido cogido por Cordts; y si Lucía estaba sola con la cuadrilla, era indudable que ya habían dado muerte a Creech.

Slone tuvo que esforzarse en mirar de nuevo. La joven había cambiado de situación, pero la luz, en cambio, brillaba sobre los hombres. Creech no era ninguno de aquellos tres, ni tampoco Cordts o cualquiera que Slone conociese. A juzgar por sus miradas malignas y duras,

Librodot

era indudable que no se trataba de personas honradas. Slone se quedo indeciso y comprendió que perdía el dominio de sí mismo. De nuevo se acurrucó y espero. Oyó la palabra «Durango» y también «caballos» y «ya es bastante», cuyo significado era muy vago. Luego la muchacha se rió y Slone tembló de alegría porque, sin duda alguna, aquella risa no podía ser de Lucía.

Retrocedió del mismo modo que había llegado, alcanzo la sombra de la pared del cañón y siguió retirándose despacio hasta que creyó poder hacerlo con rapidez. Al llegar al lugar en que esperaba encontrar a Huracán no pudo verlo. Miro a un lado y a otro, y se dijo que quizá había juzgado mal la distancia y el lugar a causa de la oscuridad. Sin embargo, nunca cometía errores de esta clase. Busco a su alrededor hasta encontrar el trozo de cedro al que había atado el lazo. En la oscuridad no pudo verlo, pero al llegar a su lado se convenció de que Huracán había desaparecido.

Se dejo caer al suelo, desalentado a más no poder. Se maldijo por haber sido tan descuidado, aun cuando le constaba que nunca lo fue con un caballo. ¿Que habría ocurrido? Lo ignoraba, pero Huracán había desaparecido y eso equivalía a la pérdida de Lucía y también de sí mismo. Y se sintió cubierto de sudor. Luego, mientras se inclinaba, temblando y sudoroso, contra el tronco del cedro, llego a sus oídos un ruido muy conocido, el de los dientes de un caballo que pacía y mordía hierba. Huracán estaba muy cerca. Slone entonces describió un corto círculo en torno del tronco y no tardo en encontrar el nudo del lazo. Y por medio de aquella cuerda, pocos momentos despues se vio junto al caballo, imposible de distinguir a causa de la oscuridad reinante

-¡Caramba! -murmuró secándose el sudor del rostro-. ¡Dios mío! ¡Vaya un susto!

No le costo mucho decidirse a seguir andando para situarse en el cañón y al lado opuesto del en que habían acampado aquellos desconocidos. Era preciso tomarles la delantera, y se dijo que no los temía ni de noche ni de día. Por otra parte, no tenía esperanzas de pasar inadvertido, de modo que todo lo que deseaba era poder llegar a bastante distancia para que no le impidiesen el paso. Los caballos que pacían olerían sin duda a Huracán o éste se daría cuenta de su presencia.

Por caso raro, Huracán se dejo llevar con tanta docilidad como si hubiera sido el viejo y fiel Nagger. Slone no pudo seguir mucho rato a lo largo de la pared del cañón a causa de los cedros; pero, de todos modos, consiguió avanzar, amparado por la sombra que proyectaba la pared. Huracán olió a los caballos, se detuvo y levanto la cabeza, pero por alguna razón que su amo ignoraba no ronco ni relincho. Y como conocía a Huracán, podía haberlo creído lo bastante inteligente y vengativo para hacer traición a su amo.

Uno de los caballos de los desconocidos relincho para dar la alarma en el momento en que Slone se hallaba casi junto al campamento, y no tuvo tiempo siquiera de poner el pie en el estribo, sino que salto a la silla y dio rienda suelta al caballo. Se oyeron en seguida algunos gritos roncos y resonaron varios disparos. Slone oyó zumbar las balas y temió por Huracán. Pero éste siguió corriendo en la oscuridad. Su jinete no pudo ver si el terreno era quebrado o unido, pero abandono este cuidado a su montura. La suerte los favoreció, y Slone se sintió ya seguro, aunque lamento no haber tenido la oportunidad de disparar un tiro contra el campamento.

Después de alejarse durante una hora, creyó que podía arriesgarse a acampar allí. Antes de amanecer estaba ya en pie y calentando su helado cuerpo por medio de violentos movimientos. Luego se obligo a comer.

La cresta de la pared occidental del cañón se convirtió de gris en rojiza. Un pájaro burlón empezó a cantar. Un coyote se alejo huyendo de la luz del día, y entonces Slone encontró las huellas que dejaron los mustangs de Creech y el caballo del hombre de Cordts. Este último no debía de estar muy lejos. Pronto llego Slone a un grupo de cedros en donde aquel hombre había acampado cosa de una hora antes.

El cañón estaba desembarazado, tenía el suelo nivelado y dividido por un profundo surco. Slone hizo galopar a Huracán y no tuvo necesidad de excitarlo ni de contenerlo. Poco después vio a un jinete que se hallaba a un cuarto de milla de distancia, y fue descubierto por éste casi al mismo tiempo. Aquel individuo demostró a la vez sorpresa y miedo. Puso su caballo a galope, pero en comparación con Huracán apenas parecía avanzar. Slone lo habría Alcanzado muy pronto de no haber observado un cambio en la configuración del terreno. El cañón empezaba a subir y todas las gargantas, cimas y surcos se dirigían a una meseta llena de pinos, que solo estaba a unas cuantas millas de distancia.

La marcha de los caballos tuvo que reducirse al trote y luego al paso. El hombre a quien perseguía Slone iba tras la pista de Creech y se aventuró por una fisura lateral. Slone se convenció de que pronto podría alcanzarlo y por eso continuo por el mismo camino que tomara Creech. Luego se vio obligado a subir. Huracán era tan superior al caballo del otro, y su jinete tan práctico en escoger los mejores puntos, que muy pronto lo habría alcanzado de no haber hallado el camino cortado por una depresión infranqueable. Después de un rápido examen, Slone abandono la persecución directa y, dando la vuelta a aquel obstáculo, llegó a un punto en donde el cuatrero pasaría junto a la base de la pared del cañón y allí Slone lo tendría al alcance de su rifle.

Aquel hombre, deseoso de salir del cañón, cayo en la trampa que Slone le había preparado, acercándose a un centenar de metros de éste, quien, en el acto, se mostró a pie y empuñando el rifle. La cortadura del camino le impedía avanzar, pero, en cambio, su rifle dominaba la situación.

-¡Alto! -exclamó avisándole.

-¡Vaya usted al diablo! -gritó el otro asustado y deteniendo su caballo.

Miro hacia abajo y con toda evidencia comprendió muy bien la situación.

Slone se había propuesto matar a aquel hombre sin pronunciar palabra, pero cuando se vio en el trance de hacerlo no se resolvió. Sin embargo, le apunto con su rifle.

- ¡Te tengo cogido! - dijo.

-Es verdad. Pero...

-Y puedo pegarte un tiro con la mayor facilidad.

-Lo reconozco.

-Muy bien. Ahora contesta de prisa. ¿Perteneces a la cuadrilla de Cordts?

-Sí.

-¿Por que estás solo?

-Porque nos separamos a poca distancia de aquí.

-¿Sabías que yo te perseguía?

-No. Si lo hubiese sabido no me habría alcanzado usted.

-¿Y a quien sigues?

-Al viejo Creech y a la joven que ha secuestrado. Slone se sobresaltó al oír estas palabras; le temblaron las manos, y con voz ronca preguntó.

-¿Quién es? -La hija de Bostil.

-¿Y por qué se ha separado Cordts de ti?

-Pues porque él y Hutchinson han ido a buscar a unos compañeros con objeto de adelantarse a Joel Creech cuando vuelva con los caballos de Bostil.

Slone se sorprendió al notar con cuánta exactitud habían adivinado la verdad los ladrones de caballos. Sin embargo, al pensar de nuevo en ello, una vez reconocidos los Creech, la cosa parecía ya muy sencilla.

-Y tú, ¿que te proponías? -preguntó.

-Yo seguía a Creech para saber en donde escondería a esa muchacha.

-Y ¿que se propone Cordts después de haber sorprendido a Joel Creech?

-Apoderarse de la joven.

Slone no tenía necesidad de que le dijeran todo eso,

pero las palabras que pronunciaba aquel hombre, que pertenecía a la cuadrilla de Cordts, probaban mejor todavía el peligro que corría Lucía Bostil. Y, sin embargo, Slone, no podía resolverse a matar a aquel hombre a sangre fría. Lo intento, pero fue en vano.

-¿Tienes un rifle? -gritó con voz ronca.

-Sí.

-Bueno, pues márchate cuanto antes y procura perderme de vista, porque, de lo contrario, te mato.

Aquel hombre se quedó mirando muy asombrado, y Slone vio que el color volvía a su pálido rostro. Luego hizo dar media vuelta a su caballo, y tomando la dirección opuesta se perdió de vista. Slone le oyó mientras hacía rodar ante él las piedras sueltas de la empinada pendiente; y en cuanto estuvo seguro de que el ladrón de caballos había tomado una buena delantera volvió a montar a Huracán con objeto de emprender la persecución de aquel hombre.

Éste no volvió a seguir las huellas de Lucía, ni tampoco pudo alejarse.

Pero Slone, en cuanto termino aquel día fatigoso, que empleo en la persecución de aquel bandido, se vio extraviado en los cañones. Entonces maldijo a la vez su debilidad por no haber muerto a aquel tuno en cuanto le vio y también su decidido empeño de seguirle con propósito implacable, porque su deseo de ser correcto y de dar a aquel individuo la oportunidad de salvar su vida, le hizo perder las huellas de Lucía. Este hecho le desespero y paso una noche de insomnio y sumido en las mayores torturas.

Durante todo el día siguiente anduvo como un loco de un lado a otro, subiendo y bajando impulsado por un propósito y agobiado por el temor y !a impaciencia. Aquella noche ato a Huracán cerca del agua y de la hierba, y él mismo se durmió derrengado.

Llego la mañana, pero no la esperanza. Slone se hallaba en una situación espantosa. Parecíale que habían pasado muchos días y noche horrorosas, mientras él estaba sumido en tan inútiles pesadillas.

Descendió a un cañón de paredes inclinadas y abruptas, como todas las demás que habían en aquella gran meseta y que tanto parecido tenían entre sí. Aquella región estaba abundantemente cruzada de ellos, de modo que el mundo parecía ser un laberinto de cañones, en el cual se había extraviado. ¿Que habría sido de Lucía? Todos sus pensamientos le conducían a esta pregunta, que era terrible y a la que no podía contestar.

Luego, de pronto, se quedo extasiado y con los ojos fijos en las huellas conocidas que dejaban los mustangs de Creech. Eran muy antiguas, pero no las había seguido nadie.

XIX

Aquellas huellas seguían el estrecho cañón hasta la base de la meseta. Slone, para no fatigar a su montura, subió a pie, deteniéndose, de vez en cuando, a descansar. La última parte del cañón si bien resultaba muy pina, no era, sin embargo, tan infranqueable como parecía desde abajo. Y en aquella altura el viento, absorbido por los cañones, soplaba con fuerza y se retorcía con violencia.

Por fin Slone condujo a Huracán a lo alto de la pendiente y se detuvo para respirar. Ante él había una ligera pendiente cubierta de hierba y que llevaba al sombrío bosque de pinos del

cual parecía proceder el fuerte viento. A los pies de Slone se extendían los salvajes cañones, maravillosos por su número, excavados en la roca pelada y que tenían reflejos rojos, amarillos y dorados, y cuyas profundidades estaban casi ocultas por algo que parecía una cortina de humo.

Huracán olfateó el viento y dio un ronquido. Slone se volvió algo inquieto al ver que el corcel le dio la alarma. Como un rayo monto a caballo y en el acto percibió un débil grito traído por el viento. Se parecía a otro que oyó en sueños. Pero estaba tan fatigado que no tenía seguridad de cosa alguna.

A la izquierda había unos cedros que casi le impedían la vista por aquel lado, hacia el cual señalaban las orejas y la nariz de Huracán. Slone se acerco al trote, con objeto de poder ver más allá de los árboles, pero aun antes de llegar diviso una cosa azul y movediza que parecía surgir del suelo.

-¡Humo! -murmuro, pensando más en el peligro de que el fuego se desarrollase en aquella ventosa altura que en el que pudiese significar para él mismo.

Como resultaba difícil contener a Huracán, dió la vuelta a los cedros y pronto pudo ver una faja de llamas coronadas de humo, la hierba incendiada... caballos... y un hombre.

Huracán relincho de un modo agudo para expresar su odio, su amenaza y su desafío dirigido a otro caballo.

Aquel hombre se volvió para mirar, y Slone distinguió a Joel Creech, a Sage King y a Lucía semidesnuda y atada sobre el lomo del caballo.

La alegría, la agonía y el terror que se apoderaron de Slone con la rapidez del rayo le dejaron inmóvil, pero Huracán siguió corriendo.

Sage King retrocedió asustado y se dispuso a correr. Luego, dando un salto magnífico, atravesó la línea de fuego.

Slone, más por costumbre que por resultado de una reflexión, procuro pegarse a la silla. Y algunos pasos largos de Huracán apresuraron el curso de la sangre de su jinete. Entonces Creech se movió a su vez : despertando de su extremada sorpresa, empuño un revolver y disparo. Slone diviso el fogonazo y las nubecillas de humo; pero, en cambio, no oyó nada, porque el torrente de su propia sangre, que corría veloz por sus venas, llenaba sus oídos por completo y no le dejaba percibir cosa alguna.

Guió al garañón, y éste, después de recorrer algunos pasos, fue a chocar contra Creech, de modo que Slone pudo adivinar por un instante el horrible rostro de aquel hombre. El choque fue tremendo. Creech vióse despedido por el aire y se desplomo sobre una roca, en la cual su cabeza se abrió como si fuese un melón.

Slone observo después que King iba corriendo en direcció al bosque. Vio el pobre cuerpo de Lucía atado al caballo y de una mirada comprendió que el gran corcel gris se había desbocado. Entonces el odio desapareció de él para dejarlo sumido en la ansiedad y en el terror.

Huracán llego a los pinos, y entonces Slone pudo ver que el caballo gris corría huyendo por entre los troncos. Huracán lo vio también y lanzo un ronquido, pero King estaba cien metros más allá.

-¡Por fin ha llegado la carrera, Huracán! -exclamó Slone.

Pero no pudo oír su propia voz. Llenaba el aire un tremendo rugido ensordecedor. ¡El viento! ¡El viento!

Sin embargo, aquel rugido no lograba apagar los crujidos que resonaban a su espalda. Huracán saltaba asustado y Slone se volvió. Las llamas habían prendido en un pino que estallaba como si el tronco estuviera lleno de pólvora.

-¡Dios mío! ¡Una carrera con el fuego! ¡Lucía ¡ Lucía!

Al gritar así, Slone comprendió el extraño destino que decidió la inevitable carrera entre

Librodot

Huracán y King; exteriorizo su amor desesperado por Lucía y la aceptación de la muerte por ella y también por él. No existía caballo alguno capaz de adelantarse al fuego impulsado por el viento huracanado en un bosque de pinos secos. Slone no abrigaba ninguna esperanza. ¡Con cuánta perfección y exactitud se habían encontrado los caballos, él mismo y su amada! Slone maldijo el alma de aquel loco de Joel Creech. Era odioso pensar que su estúpida amenaza resultaba cierta y eso con un huracán que soplaba agitando las copas de los pinos. Slone creyó que esta idea le había hecho envejecer, y luego todo lo que ocurría le pareció un sueño. Pero el aire seco y cargado del olor de los pinos hacía difícil la respiración ; el caballo gris, que llevaba aquella figura esbelta y semidesnuda, blanca en la sombra del bosque, alargaba su paso y su carrera; el movimiento de Huracán, tan fácil, suave y rápido, y los feroces movimientos de su cabeza demostrando que deseaba ir aún más de prisa, todo eso le probaba que no se trataba de ningún sueño.

El caos mental de Slone veíase atravesado a veces por las preguntas que él mismo se dirigía. ¿Que haría? ¿Derribar a King? ¿Exponer a que aplastase a Lucía? ¿Salvarla de la horrible muerte del fuego?

El caballo rojo no pudo aventajar un solo metro al de color gris. Slone, que era un buen juez por las distancias, lo observo y por primera vez dudo de que Huracán fuese capaz de vencer a King. Desde luego, no lo lograría con la carga que llevaba. No había ninguna esperanza.

Se volvió para mirar hacia atrás. No vio fuego ni humo, sino solo los troncos de color oscuro y la masa de follaje verde que se agitaba de un modo violento contra el cielo azul. Esto le comunico una débil esperanza. Si podía avanzar algunas millas, antes de que el fuego empezara a saltar de una a otra copa de árbol, tal vez sería posible alelarse del bosque si éste no era muy ancho. Luego parecio acentuarse la esperanza. Huracán iba aventajando lentamente a King. Slone examino la pendiente que hacía el bosque y de la cual cada vez estaba más cerca. Perdió la esperanza, luego volvió a recobrarla y, por fin, espoleó a su caballo. Huracán odiaba tanto el ser espoleado como odiaba a Slone, pero eso no le hizo apresurar su marcha. Desde luego no corría cuanto le era posible, pues a un caballo como él, había que dejarle que eligiese su paso; pero, de todos modos, era probable que aumentase su velocidad.

La sangre de caballista de Slone no se excito al presenciar aquella carrera, porque entonces tenía otras cosas en que pensar. Sentíase aterrado cada vez que se atrevía a mirar adelante y a la blanca figura de Lucía. Apenas podía soportar este espectáculo; pero, sin embargo, y a su pesar, clavaba a veces la vista en él. Observo que King no llevaba ninguna silla, de modo que el cuerpo de la joven apenas constituía una carga sensible para él. Era seguro que con tan poco peso sería capaz de correr todo el día. Huracán, en cambio, llevaba una silla pesada, unas alforjas, un odre de tela impermeable para agua y además un fusil. Slone desato las alforjas y las dejo caer. Disponíase a hacer lo mismo con la botella de agua, pero se contuvo y también conservo el rifle. ¿Que importaban unas cuantas onzas más para aquel garañón del desierto en su última carrera? En efecto, Slone, estaba seguro de que aquélla era la más grande y también la última carrera de Huracán.

De pronto los oídos del jinete percibieron un rugido terrible que, por un instante, pareció dejarle sin fuerzas, tanto que tuvo que agarrarse al pomo de la silla. Pero luego, los años de su vida en el desierto respondieron a una llamada más que humana.

Era preciso correr contra el fuego, vencer al incendio para salvar a la mujer que amaba. Había muchas millas de bosque seco y tan inflamable como si fuese pólvora, y el fuego, impulsado por el huracán, podía incendiar los árboles con mucha mayor rapidez que la carrera de cualquier caballo. Quizá no podría salvar a Lucía y el destino le daba una ocasión de celebrar una carrera terrible. Pero se juro vencer a las llamas. La pasión del caballista hablo

por él y despertó una salvaje y terrible violencia de su alma y de su corazón. Había aceptado la muerte y no tenía ningún miedo. Lo único que quería hacer, lo ,que más le importaba entonces era vencer en la carrera a King. ¡Como se envanecería de poder salvar a la joven, aunque ello le costase el morir abrasado dentro de aquel bosque!

Espoleo al caballo y luego miro hacia atrás.

A través de los claros del bosque vio algo extraño, confuso y brillante en algunos puntos, que se movía como si estuviese vivo y cambiaba continuamente de forma. Con seguridad era el viento, el calor que precede al fuego. Creyó poder mirar a través de él, pero más allá sólo diviso unas nubes misteriosas. Algunas bocanadas de calor iban a chocar contra su rostro, y sus ojos empezaron a sentir alguna irritación. Le dolían los oídos y, a medida que pasaba el •tiempo, percibía los sonidos con mayor dificultad. El tumulto se parecía al rugido de muchos aludes, o del mismo mar, o el que pudiera causar el naufragio de las tierras altas o la ruina del mundo. Y el rugido llego :.a ser tan intenso, que ya no lo oía y le pareció estar rodeado de silencio.

Entonces miro hacia delante. El garañón corría con toda ,su alma. Las copas de los pinos se inclinaban ante el viento y Huracán saltaba rápido por entre el bosque, pero no se oía nada. Frente a Slone, y por debajo de los árboles, extendiéndose sobre King, que corría, flotaba con rapidez algo que parecía un velo transparente. No era humo ni aire. Arrastraba unos diminutos puntos luminosos, unas centellas que aprecian átomos de polvo brillando a la luz del sol. Era una oleada de calor impulsada por la tempestad del fuego. Slone no sentía ningún calor; pero, en cambio, tuvo la sensación de que se estaba secando. Lucía debía sufrir también en aquellos momentos. Slone volvió a espolear al garañón, hiriendo sus ijadas. Huracán contesto con un grito y aumento la velocidad. Todo, a excepción de Lucía y Sage King y también de Huracán, parecía ser raro y poco real; la carrera rápida entre los pinos, que ya parecían espectros a la escasa luz reinante, la sensación de ser perseguido por una fuerza invencible y, asimismo, el verse rodeado por un silencio absoluto.

Slone luchó contra el deseo de mirar hacia atrás, pero no pudo resistirlo. Sentíase dominado por una horrible fascinación. Vio que a su espalda todo había cambiado.

Un viento ardiente, como el que sale por la boca de un horno, arrastraba consigo algunas partículas incendiadas que iban a chocar contra su rostro. El fuego corría con la mayor velocidad por las copas de los árboles, mientras más abajo continuaba como antes. Una rápida llama que saltaba invadió los pinos. Era algo blanco, de una rapidez inconcebible, y dotado de un millar de lenguas ardientes. Viajaba por encima del fuego y era tan transparente, que él pudo ver las ramas a través y detrás de las encendidas nubes. Aquello seguía avanzando y ofrecía un espectáculo sublime y espantoso. Slone no pudo decirse a que se parecía. Era fuego liberado, que habían soltado las entrañas de la tierra, tremendo y devorador. Aquél era, pues, el significado del fuego y aquél, también, el horrible destino que le había cabido a Lucía.

Pero no. Díjose que era preciso no dejarse vencer. Lucharía por Lucía contra aquellas llamas. Sintió la pérdida de algo, de alguna sensación que debiera haber tenido. Sin embargo, corría cuanto le era posible y a una velocidad desconocida para salvar a su amada. Continuo sosteniéndose en la silla, tratando de evitar las ramas bajas y dirigiendo su enloquecido caballo por el camino más corto, pues también King corría en línea recta.

Ningún caballo dió jamás una carrera tan magnífica como aquélla. Huracán adelantaba al viento y fuego y, a pesar del handicap que había de vencer, no perdía terreno contra el mejor de los caballos de carreras de las tierras altas.

Pero entonces no corría para matar a King, sino impulsado por el terror. Durante millas enteras sostuvo aquel paso rápido, largo y maravilloso, sin interrumpirse un solo instante. Corría hacia su muerte, tanto si lograba aventajar al fuego como si no. Nada podía ya detenerle, más que el estallido de su propio corazón.

Slone descolgó su lazo y lo preparó. Estaba casi al alcance de King. En cuanto pudiera arrojarlo, derribaría sin duda al caballo y Lucía apenas sufriría cosa alguna, porque el golpe sería repentino. Luego Slone se pregunto, apenadísimo, si podría matar a aquella mujer, si sería capaz de destrozar aquella cabeza adorada. No podría; mas, sin embargo, era preciso. En los hombros de la joven vio una línea larga, curva y roja. ¿Qué sería? ¿La golpeo alguna rama? No pudo ver su rostro. Sin duda, no estaba muerta ni desmayada, porque a pesar de verse atada era evidente que estimulaba a su caballo.

Huracán estaba cada vez más cerca y, al parecer, corría mucho más que el viento de fuego. El aire era demasiado denso para la respiración y podía creerse que tenía un peso apreciable; era como si empujase a los caballos y a los jinetes cual si fuesen pajas impulsadas por el viento.

De nuevo Slone volvió a mirar atrás y noto que el espectáculo volvía a ser distinto. Había una furia blanca y dorada de las llamas, que cegaban a quien las miraba, y por debajo y más atrás se descubría un infierno de fuego brillante, cruzado, a veces, de negro, en el cual abundaban los estallidos v las corrientes de humo amarillo. Entre los troncos de los Dinos el humo simulaba unas cavernas confusas, movedizas y extrañas. Slone observo que el fuego saltaba desde las copas de los árboles a sus troncos, los cuales estallaban a veces unos momentos después. Por el suelo del bosque parecían saltar las llamas. Los ojos de Slone estaban irritados y por fin la escena se hizo confusa.

Huracán alcanzaba poco a poco a King. El gran caballo gris no había disminuído su velocidad, pero era evidente que empezaba a perder las fuerzas. Slone sintió un horrible entusiasmo cuando empezó a voltear el lazo en torno de su cabeza. King estaba va al alcance de la cuerda, pero Slone se contuvo y no la arrojó porque ello sería ya el final. Y, mientras vacilaba, Huracán dio un agudo relincho.

Slone miro y vio que ante él aparecía una luz. Diviso un espacio blanco v abierto, lleno de hierba. ¿Un prado? No, el extremo del bosque. Huracán, como un demonio, siguió corriendo, aunque no con la misma ligereza anterior, pues, al parecer, empezaba también a perder fuerzas.

De la garganta de Slone surgió un grito, pero no lo oyó, dado el rugido intenso que reinaba en el bosque. Pero aquel grito era de vida y no de muerte. Tanto Sage King como Huracán lograrían vencer al fuego...

Luego, y cuando va tenía delante el espacio abierto, Slone sintió una oleada de aire caliente que rodaba sobre él. Distinguió las llamas veloces que inflamaban los pinos, cuyo ramaje se extendía sobre su cabeza. Pos fin la tempestad de fuego le había alcanzado y le aventajaba. Slone corría entonces bajo un dosel de fuego. A su alrededor caían incendiadas las piñas y experimentaba una intensa sofocación, como si el mismo aire se hubiese convertido en llamas.

Entonces Huracán, con el hocico junto al costado de Sage King, salió de entre los pinos al espacio libre. Slone vio una suave y amplia pendiente cubierta de hierba, que terminaba en una sima.

El aire claro y puro llenó sus pulmones y le prestó nueva vida. King corría ciego hacia la muerte y Huracán no podía detenerse, impulsado por la velocidad que llevaba.. Al parecer, todos estaban condenados a la muerte.

Slone arrojo el lazo a King y, sosteniendo con fuerza el extremo opuesto, esperó el final. Ambos caballos corrían aunque disminuyendo la velocidad. Slone pensó en que• sería necesario derribar al caballo gris, porque estaba peligrosamente cerca del abismo; pero en aquel momento, Sage King cayó sobre sus rodillas.

Slone saltó al suelo en el instante en que Huracán caía,. a su vez, y observó que la caída había roto la cuerda. que sujetaba a Lucía, que, mojada como estaba a causa del sudor y de la

espuma del caballo, se arrojó en los brazos de Slone. Éste no pudo hacer otra cosa que pronunciar su nombre. ¿Lo oiría a pesar del rugido que aún resonaba en el bosque? De las muñecas de la joven colgaban todavía las cuerdas, y Slone vio los cardenales ensangrentados que le habían causado. De pronto, ella cayó, sobre él. ¿Estaría muerta? Su corazón se contrajo al observar la extremada palidez de su amada, pero en seguida observó que se hinchaba su pecho v entonces él gritó impulsado por intensa alegría. ¡Estaba viva y no había recibido ninguna herida peligrosa! La joven se movió y se agarró a él con fuerza, estrechándolo en sus brazos. Luego Slone pudo oír su voz quebrada, pero vigorosa

-Ponme... tu... chaqueta.

Slone se estremeció y avergonzado, observó que había olvidado el hecho de que ella estuviese casi desnuda. E inmediatamente se quitó la chaqueta y con ella le rodeó los hombros.

-¡Lin! ¡Lin! -exclamó la joven.

-¡Lucía! ¡Oh! ¿Estás...? -replicó él con voz ronca.

-No estoy herida. Estoy bien.

-Pero ¿y aquel bandido de Joel? Vi que...

-Mató a su padre... un minuto antes... de que llegaras... Yo luché con él... ¡Oh! Pero me encuentro bien... ¿Acaso tú...?

-Huracán lo derribó y lo destrozó... Lucía... Esto parece que no puede ser cierto... Sin embargo, te tengo a mi lado... ¡Gracias, Dios mío! ...

Con su mano libre, Lucía le devolvió el abrazo. Parecía estar animosa, y aquel momento fue vara Slone el más precioso de su vida, pues había logrado algo que estaba muy por encima de todos sus sueños.

-Déjame un momento -dijo la joven-. Quiero ponerme tu chaqueta.

Se rió en cuanto él la hubo soltado, y Slone se sintió emocionado y penetrado de la mayor dulzura al oír aquella risa.

Se volvió sintiendo una racha de aire, luego un golpe de una fuerza invisible que le hizo tambalear y, al mismo tiempo, un dolor vivo en la carne. Inmediatamente llegó a sus oídos la detonación de un arma de fuego.

Slone cayó. Dióse cuenta de que le habían pegado un tiro, y en el acto de sentir el vivo dolor de la carne desgarrada, tuvo que sufrir como una intensa quemadura. Ello ocurrió en la parte superior del hombro, pero pudo ahogar el temor que momentáneamente sintió por su vida.

Lucía se quedó mirándole, sin comprender, y palideció. Con sus manos sujeto la chaqueta en torno del cuerpo. Slone la miraba entonces, vio las nubes de humo del incendio y, más allá de la garganta, dos hombres, uno de los cuales se disponía a apuntar un rifle humeante.

Si antes Slone prestó poca atención a lo que le rodeaba, en cambio le electrizó el descubrimiento de Cordts.

-Lucía, échate al suelo. ¡En seguida!

-¿Qué ha ocurrido?

-Me han pegado un tiro. Arrójate al suelo. Ponte detrás del caballo y coge mi rifle.

-¿Un tiro? -exclamó Lucía.

-Sí. Sí... ¡Dios mío ! ¡Lucía! Va a disparar otra vez.

Entonces Lucía Bostil vio a Cordts a través de la sima. No estaba ni a cincuenta metros de distancia y era posible reconocer su figura alta, flaca y sardónica. Sostenía el arma de fuego como si esperase para disparar otra vez. Habíase puesto al acecho y las nubes de humo rodaban

por encima de su cabeza, ocultando las desigualdades del terreno.

-¡Cordts! - La sangre de Bostil hablo en el agudo grito de la joven.

-¡Al suelo, Lucía! ¡Al suelo! -gritó Slone-. Saca mi rifle. Mi herida no vale nada. ¡De prisa! ¡Va a disparar!

Un nuevo estampido interrumpió a Slone. La bala no dió en el blanco, pero el joven fingió haber sido herido, pues dió un salto sobre sí mismo y se quedo inmóvil.

-¡Coge el rifle en seguida! -dijo.

Pero Lucía no comprendió su astucia para encañar a Cordts, sino que se figuro que le habían herido otra vez. Entonces echo a correr junto al caído Huracán y saco el rifle de la funda.

Cordts había empezado a subir en torno de una roca, que sin duda era un atajo para bajar al fondo v subir luego. Hutchinson vio el rifle y dio un grito a Cordts. El cuatrero se detuvo y con rostro sombrío miro a Lucía.

Cuando ésta se puso en pie, cavo la chaqueta de sus desnudos hombros y Slone, que la observaba, dejo de pensar en el peligro que ella corría y profirió un grito de desafío y de entusiasmo.

La Joven empezó a poner el rifle en posición horizontal. pero el arma no quedaba fija en sus manos. Hutchinson se hallaba a mayor altura que Cordts y éste, llegándose hasta él, le pidió auxilio. Hutchinson parecía disgustado. Pero luego le domino una fuerza mayor e. inclinándose, coció a Cordts por las manos v tiro de él. Hutchinson tirito con voz ronca y Cordts lo miro muy pálido, hallando dificultades en apoyar el pie en la roca. Movíase con lentitud.

Slone quiso recomendar a Lucía que tirase bajo, pero no le fue posible. Luego vio que sus blancos v redondos hombros se inclinaban, en tanto que su pálido rostro se doblaba sobre el arma y los brazos esbeltos y temblorosos iban cobrando firmeza y el cabello dorado y revuelto era agitado por el viento.

Entonces disparo.

Slone desvió la mirada y no vio que la bala levantase polvo alguno. Las figuras de los dos hombres continuaron en la misma posición. Hutchinson sostenía a Cordts. Pero

no. Cordts no era el mismo. En su figura se advertía un cambio raro. Sin embargo, siguió moviéndose.

Hutchinson obraba también de un modo muy extraño. Gritaba, se esforzaba y luchaba. Levanto un poco a Cordts, haciendo un violento esfuerzo, y luego pareció como si fuese a perder el equilibrio.

Cordts se apoyo en la roca, y Slone comprendió que Lucía había malherido al cuatrero. Y era evidente que no soltaría a Hutchinson. Éste resbalo y mientras tanto Cordts perdió pie y se quedo sostenido tan sólo por su tembloroso camarada.

Hutchinson profirió un grito terrible. Hizo el último esfuerzo convulsivo, pero eso fue la causa de su perdición. Lentamente perdió el equilibrio. El semblante oscuro y maligno de Cordts dio media vuelta. Los dos hombres perdieron la fuerza y dieron un gran resbalón. Luego se separaron y junto a ellos surgieron dos nubecillas de polvo. Al fin los dos cuerpos iniciaron la caída. Cordts iba delante en línea recta y Hutchinson cayo de cabeza, moviendo los brazos hasta que se desvaneció en las profundidades. No se oyó ningún otro ruido. Una pequeña columna de polvo amarillo se levanto en el borde de aquel precipicio fatal y al ser cogida por el viento fue a confundirse con las flotantes nubes de humo.

XX

Momentáneamente, Slone se sintió rodeado de una oscuridad extraña, semejante a la producida por las nubes de humo, y que luego se alejo, restituyéndosela claridad de su visión. Lucía estaba inclinada sobre él, vendándole el hombro con una tira de tela y diciéndole con la mayor vehemencia:

-No es nada, Lin. La herida no te ha interesado ningún hueso.

Slone se sentó y observo que el humo se aclaraba. A lo largo de la cresta ardía aún la hierba. Entonces él extendió una mano para coger a Lucía, recordando, de pronto, lo ocurrido y señaló a la roca que había al otro lado del abismo.

-¡Se han caído! -exclamó Lucía con extraña y profunda voz. Al mismo tiempo se estremeció con violencia, pero no apartó los ojos de Slone.

-¡Huracán! ¡Sage King! -añadió él con voz ronca. -Ambos estaban hace un momento donde cayeron.

¡Oh! Me da miedo mirar. Además vi que Sarchedon, Two Face, Ben y Plume pasaron por ahí.

Pronunció estas palabras vuelta de espaldas al abismo, pero lo señaló sin mirar a él.

Slone se puso en pie, aunque tuvo cierta dificultad en hacerlo y sintiendo al mismo tiempo un dolor apagado.

-Sarchedon volvió a casa y los demás le seguirán - dijo Lucía-. Llegaron aquí mismo conducidos por Joel. El fuego los arrojó del bosque. Sarchedon volverá a casa, y gracias a eso vendrán a buscamos los picadores de mi padre.

-No los necesitaríamos si Huracán y Sage King... Slone se interrumpió y dando un suspiro de pena se volvió hacia los caballos.

Fue realmente raro que él se acercara a King, en tanto que Lucía iba al lado de Huracán.

Sage King era un caballo fatigado y derrotado, pero aun viviría para correr en otra carrera.

Lucía estaba arrodillada al lado de Huracán y llorando exclamó:

-¡Huracán! ¡Oh, Huracán!

El cuerpo de éste era blanco, a excepción de los lugares en que estaba teñido de rojo, pero no por el color de su pelo. En aquel momento sufrió una terrible convulsión muscular, como si se debiera a un colapso interno. Sin embargo, asfixiado, ciego y moribundo, incapaz de dar un paso más, Huracán oyó la voz de Lucía.

-¡Oh, Lin! ¡Oh, Lin! -exclamó la joven.

Mientras los dos estaban arrodillados junto al caballo, las violentas convulsiones de éste se convirtieron en lentos suspiros.

-¡Ha vencido a King, a pesar de que llevaba un peso muy superior! -murmuró Slone acariciando con mano temblorosa el húmedo cuello del corcel.

-¡Oh! ¿Ha vencido a King? -exclamó Lucía-. ¡No le digas eso a papá!

-Pues ¿que le diremos?

-Lo que me recomendó el viejo Creech.

En aquel momento, en el cuerpo del gran garañón

pareció producirse un cambio corporal y espiritual al mismo tiempo.

- ¡Huracán! ¡Huracán!

De nuevo el jinete llamó a su caballo en voz baja y penetrante, pero Huracán ya no le oyó.

El sol de la mañana brillaba esplendoroso sobre la ondulante salvia, que desde el Vado se extendía como si fuese un mar de color gris.

Bostil estaba sentado en el soportal de su casa, como hombre que ha perdido el vigor y el ánimo. Miraba hacia la niebla azul del Norte, por donde pocos días atrás se desvaneció cuanto él amaba.

Todos los días, desde el amanecer hasta la puesta del sol, había permanecido sentado allí mismo, esperando y vigilando. Sus picadores estaban agrupados cerca de él, silenciosos, llenos de pasmo ante su agonía y esperando órdenes que nunca llegaban.

Por detrás de una roca surgió una débil columna de humo. Bostil la divisó y sintió un sobresalto. Por encima de la salvia apareció luego un objeto negro que se movía. Era la cabeza de un caballo y poco después fue visible también su cuerpo.

-¡Sarchedon! -exclamó Bostil.

Haciendo resonar las espuelas, los picadores se agruparon tras él.

-Ahí viene Plume -dijo Farlane.

-Y Two Face -añadió Van.

-Y Dusty Ben -dijo otro.

-Y todos sin jinete -dijo a su vez Bostil.

Todos se quedaron inmóviles, observando cómo los caballos de carrera se acercaban al trote y en fila a lo largo de la cresta de rocas. El agudo relincho de Sarchedon se dejó oír desde aquella distancia, y desde los campos y los corrales contestaron las voces de centenares de caballos...

Sarchedon y sus compañeros tomaron el trote largo, luego empezaron a galopar y muy pronto sus duros cascos resonaron en el patio enlosado. Como enjambre de abejas, los picadores rodearon a los caballos, los cogieron y los llevaron a Bostil.

En el cuello de Sarchedon descubrieron una mancha seca y de color rojizo. Holley, el jinete de los ojos de gavilán, se apresuró a examinarla.

-Esto, sin duda, es la señal de una bala -dijo.

-¿Quién disparó contra él? -preguntó Bostil. Holley meneó su cabeza gris.

-Huele a humo- observó Farlane, que se había arrodillado junto a las patas del caballo-. Ha corrido atravesando fuego. Fíjense ustedes en que tiene muchos pelos chamuscados.

Los picadores se miraron con grave expresión.

-Parece que haya atravesado el infierno -murmuró Holley.

Algunos de los picadores condujeron a los caballos hasta los corrales.

Bostil volvió a fijar su mirada hacia el Norte. Estaba pálido y con el ceño fruncido y los dientes apretados.

Los picadores fueron de un lado a otro, pero Bostil continuó de centinela. Pasaron las horas, llegó la tarde, esta transcurrió a su vez y, al fin, el sol perdió su brillantez y el cielo se tiñó de rojo.

De nuevo, como humo enrojecido sobre la cresta, surgieron otras nubes de polvo, y poco después apareció sobre la salvia un caballo que llevaba una figura gruesa y de color oscuro.

Bostil dió un salto y con voz insegura exclamó:

-¿Es ése un caballo gris, o estoy ciego?

Los jinetes no se atrevieron a contestar, pues querían cerciorarse antes. Cerraron casi los ojos para mirar y el silencio fue intenso.

Holley amparó sus agudos ojos con la mano.

-En efecto, es gris, Bostil, gris como la salvia. Y así me muera si no es King.

-¡Sí, es King! -exclamaron muy agitados los otros picadores-. ¡No hay duda! Con seguridad es King. No es posible equivocarse.

Bostil se estremeció, se frotó los ojos como si con ellos no pudiera ver y luego volvió a

mirar -¿Quién lo monta?

-Slone. Nunca vi a nadie que montara como él -replicó Holley.

-¿Y qué lleva? -preguntó Bostil con voz ronca.

Los agudos ojos de aquellos hombres distinguieron perfectamente el brillo del cabello dorado de Lucía, pero nadie más que Holley se atrevió a contestar:

-Es Lucía. Hace un rato que la veo.

Una extraña mirada de alegría murió en los ojos de Bostil. Aquel cambio impuso silencio en sus hombres. Todos observaron a King mientras trotaba por entre la salvia. Llevaba la cabeza inclinada, su pelaje era más gris que nunca y cojeaba, pero seguía siendo Sage King, espléndido como siempre y más precioso para los ojos de los picadores, precisamente por habérsele créído perdido. Y avanzó, apresurando el paso, al oír las voces de bienvenida que surgían de los corrales.

Holley adelantó la mano con rapidez y dijo

-¡Bostil, la niña vive y está sonriendo!

Los picadores observaban a Bostil. Slone penetró en el patio. Estaba pálido y fatigado, y se tambaleaba en la silla. Llevaba un trapo ensangrentado que le vendaba el hombro. Entre sus brazos sujetaba a Lucía, la cual llevaba la chaqueta de él, pero, sin embargo, una débil sonrisa cruzaba su fatigado rostro.

Bostil profirió algunas blasfemias con voz que parecía un trueno lejano y luego exclamó

-¡Lucía! ¿No estás malherida?

Y, al responder, nadie recordaba haber oído nunca aquel tono de voz.

-Estoy bien... papá-dijo dejándose deslizar por el cuerpo del caballo y cayendo en los brazos de su padre.

Éste besó su pálido rostro y la abrazó como si aún fuese una niña. Luego la llevó a la puerta de la casa y dió un par de rugidos a la tía Jane.

Al reaparecer vio que los picadores se disponían a alejarse de Slone, mas Bostil no veía otra cosa que King. El caballo estaba cubierto de polvo y de barro, lleno de arañazos; con las crines enredadas, fatigado, pero, sin embargo, seguía siendo hermoso. Levantó la inclinada cabeza y se acercó a su amo con una mirada tan suave, profunda y elocuente como pudiera haber sido la de una mujer.

Ningún jinete de los allí presentes sintió las dudas y las esperanzas de Bostil. ¿Había sido derrotado King? La gloria y el orgullo de Bostil luchaban entonces con el amor. Y a pesar de que éste era grande, sintió el temor de la derrota.

Lentamente, su mirada se alejó de Sage King para fijarse en la lejanía cual si esperase ver otro caballo. Pero no apareció ninguno más. Por fin sus ojos duros se fijaron en el pálido rostro de Slone.

-¿Ha sido un viaje duro?-pregunto con voz entrecortada, aunque todos comprendieron que no era ésta la pregunta que quería hacer.

-Muy duro, sí-contesto Slone, que daba muestras de estar cansado y de tener pocas ganas de hablar.

-¿Y los Creech? -pregunto Bostil.

-Muertos.

Por entre los picadores corrió un murmullo y todos se acercaron.

-¿Los dos?

-Sí. Joel mato a su padre luchando por apoderarse de Lucía... Y yo hice que Huracán atropellara a Joel, que quedo destrozado.

-Lo siento por el pobre viejo -replicó Bostil con voz ronca-. Me proponía darle una compensación. Pero en cuanto a aquel imbécil de muchacho... Observo, Slone, que tiene usted manchas de sangre.

Dio un paso para acercarse y retiro el trapo que cubría la herida. Mostrábase curioso y animado por bondadosos sentimientos, como si no tuviese más remedio que hacerlo así.

-Le pegaron a usted un tiro, ¿eh? Pero, en fin, la herida no parece mala y lo celebro. ¿Quién lo hizo?

- ¡Cordts!

-¿Cordts? -exclamó Bostil con feroz interés.

-Sí, Cordts. Él y su gente encontraron las huellas de Creech y luego nos vimos frente a frente. Ahora no puedo explicar lo que sucedió. En fin, tuvimos... ¡maldito sea ! Pero Cordts ha muerto y lo mismo puede decirse de Hutchinson y del otro compinche. Ya nunca más le quitarán a usted el sueño, Bostil.

Slone pronuncio estas palabras con extraña severidad, que casi parecía amargura.

Bostil levanto sus dos enormes puños. La sangre hinchaba su grueso cuello, dominado como estaba por otra pasión.

Tan sólo un violento esfuerzo para dominar su emoción le impidió dar un abrazo a Slone. Por fin se abrieron sus puños y movió los grandes dedos.

-¿Debo entender que hizo usted con Cordts y con Hutchinson lo mismo que con Sears? -grito.

-¡Han muerto, Bostil ! Esto basta -replicó Slone.

Holley extendió su mano morena, hasta que estuvo cerca del rostro de Bostil, y le gritó:

-¿Que le dije? ¿No le aconsejé esperar?

Bostil se esforzó por olvidar la furia de la pasión y, al parecer, no quedo en él otra cosa que una muda e invencible admiración. Siguió un momento de silencio y lospicadores se quedaron observando el fatigado rostro de Slone, mientras Bostil se inclinaba hacia él.

-¿Donde está el garañón rojo? -preguntó por fin haciendo aquella pregunta que le resultaba tan difícil. Slone levanto los ojos con expresión de dolor; mas, sin embargo, centellearon al mirar a Bostil.

-¡Huracán ha muerto!

-¿Ha muerto? -exclamo Bostil.

Siguió un momento de silencio, lleno de ansiedad.

-¿De un tiro? -continuo.

-No.

-Pues ¿quién lo mato?

-King. Le venció en la carrera.

Empezaron a temblar los músculos del rostro de Bostil y también su mano se poso, insegura, sobre las crines de Sage King, pues aquella era la primera vez que lo tocaba desde que su favorito había vuelto.

-¿Como fue eso, Slone?-dijo con voz insegura y al mismo tiempo suave, mientras se transfiguraba su rostro.

-Salte King reventó a Huracán. Fué una carrera magnífica, Bostil. Pero Huracán ha muerto y aquí traigo a King. Ahora no pregunte más, porque deseo olvidar.

Bostil rodeo con su brazo los hombros del joven.

-Slone, ningún caballista de la tierra comprenderá sus sentimientos si yo no me hago cargo del dolor que ha de haberle producido la pérdida de un caballo tan estupendo. ¡Muchachos, acompañadle todos a casa y cuidadle lo mejor que podáis!

Bostil quería quedarse solo para dar la bienvenida a King y devolverlo al corral, quizá para ocultar a los ojos de todos el cambio de sentimientos que en adelante no le permitirían perjudicar a otro hombre.

Pocos días después, las últimas lluvias llegaron como por arte de magia; la salvia se puso verde, lustrosa y fresca, y el gris se convirtió en púrpura.

Cada mañana el sol se elevaba blanco y ardiente en un cielo azul y despejado. Pero en seguida la linea del horizonte aparecía cubierta de nubes amarillentas que se extendían por el firmamento, oscureciéndolo. Cada tarde había una tormenta y luego aparecía el arco iris, que mostraba la belleza de sus colores. A veces, la negrura de las nubes tempestuosas quedaba atravesada por el fulgurante centelleo de un rayo, y el trueno rodaba por el firmamento retumbando como el Colorado en la época de las crecidas.

El viento era aromático, cargado con los efluvios de la salvia, y en la sombra ya no era seco y ardiente, sino fresco y húmedo.

Slone y Lucía, en sus paseos a caballo, nunca iban más allá de los majestuosos monumentos, aunque éstos les recordaban no sólo cosas dulces, sino también amargas y tristes. Lucía no montaba a King. En éste solía cabalgar Slone, que, poco a poco, le fue cobrando cariño. Además, Lucía ya no quería competir con nadie a la carrera. Cuando Slone trataba de despertar en ella sus antiguas aficiones, por toda respuesta no recibía más que un movimiento de cabeza o una carcajada, que ocultaba la verdadera razón o bien la excusa de que aún no se habían curado sus tobillos a causa de las cuerdas que en ellos atara Joel Creech. La joven se sentía en extremo feliz, pero era muy posible que nunca más quisiera montar un caballo para una carrera.

Cabalgaba en Sarchedon y gustaba de trotar al lado de Slone, mientras ambos, con las manos entrelazadas, contemplaban el lejano horizonte. Pero las miradas de ella se dirigían al Norte, 'a aquella región lejana, cruzada por ásperos cañones que iban a parar a la inmensa meseta cubierta de pinos.

-¿No querrás nunca que vayamos al lugar en que yo solía esperarte? -preguntó Slone.

-Algún día-contestaba ella con suave acento.

-¿Cuándo?

-Cuando volvamos de Durango -replicó ella desviando la mirada y sonrojándose.

Y Slone se quedó silencioso, porque aquel proyectado viaje a Durango, en donde había de recibir un precioso don, dilataba su corazón.

Y así, en aquel día, mientras ante ellos brillaba el arco iris, rodeado de nubes tempestuosas, en tanto que sobre sus cabezas el cielo estaba azul y sereno, los dos jóvenes se encaminaron al valle. Una vez allí, y antes de que se dispusieran a regresar, vieron a poca distancia los monumentos, que parecían más grandiosos que nunca, teniendo en segundo término las rocas de color purpúreo y una nube luminosa de luz dorada. Parecían centinelas, guardianes de un grande y hermoso amor, nacido al pie de sus majestuosas formas, en el solitario silencio del día y en las sombras de la noche, sólo alumbradas por las estrellas. Y aquellas rocas eran como aquel amor, y presidían el de Lucía y Slone, a quienes veían todos los días, proporcionándoles un apacible contento y obligándolos a ser fieles al amor, a la enorme extensión cubierta por la salvia, a aquella vida al aire libre y a aquel lugar, situado en las deshabitadas tierras altas.

